

HERMANN FISCHER

Sombras sobre Rapa Nui
Alegato por un pueblo olvidado

Traducción de
LUISA LUDWIG

COLECCION SIN NORTE
L'OM
EDICIONES

EDITORIAL SAN MARCO
SISTEMA DE LIBROS ECAS
SANTIAGO, CHILE DE CHILE

P. 0.500

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Título original : SCHATTEN AUF DER
OSTERINSEL
Plädoyer für ein vergessenes Volk

© 1999 by Hermann Fischer
Bibliotheks - und Informationssystem
der Carl-von-Ossietzky-
Universität Oldenburg
(Bis) - Verlag -
Postfach 2541, D-26015 Oldenburg
Telefon: (0441) 7 98 2261,
Fax: (0441) 7984040,
e-mail: sip@bis1.uni-oldenburg.de
ISBN: 3-8142-0588-x

© LOM Ediciones para la
1ª edición en español, marzo de 2001.

Registro de Propiedad Intelectual N° 119.153
I.S.B.N: 956-282-362-8

Motivo de la cubierta: Composición Ángela Aguilera

Diseño, Composición y Diagramación:
Editorial LOM
Concha y Toro 23, Santiago
Fono: 688 52 73 Fax: 696 63 88
web: www.lom.cl
e-mail: editorial@lom.cl

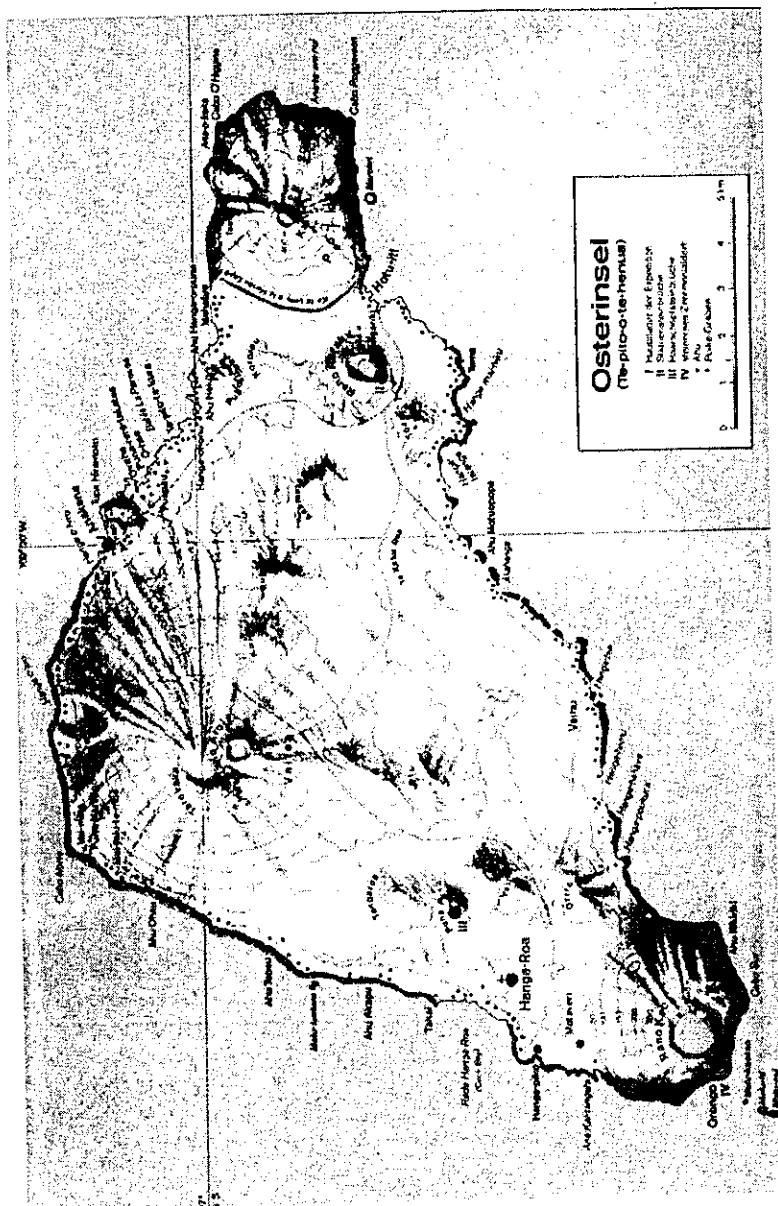
Impreso en los talleres de LOM
Maturana 9, Santiago
Fono: 672 22 36 Fax: 673 09 15

ESTA PUBLICACIÓN CONTÓ CON EL AUSPICIO DE INTER NATIONES.

Prólogo

Conociendo la historia de Rapa Nui...

BIRGIT JACOBS



En verano, a diario aterrizan aviones en el aeropuerto de Mataverí, llevando, cada año, cerca de 20.000 turistas a Isla de Pascua. Generalmente los visitantes permanecen unos cuatro días en la isla, para conocer una de las maravillas del mundo: los moais, esculturas de piedra de enormes proporciones, cuyo origen, fabricación, transporte y levantamiento constituyen uno de los misterios fascinantes de la historia universal. La gran mayoría de los turistas son extranjeros; sin embargo la telenovela "Torana", una producción nacional ambientada en la isla, ha empezado a motivar a un número creciente de chilenos para conocer este rincón de su territorio.

Aquellos que se han dado el trabajo de escribir un libro sobre la Isla de Pascua o Rapa Nui, generalmente se interesaron por los tesoros arqueológicos y por la así llamada prehistoria de la isla.

Pre-historia, vale decir, aquella parte del pasado no registrada por la mano del hombre, generalmente del europeo. Como historia, en cambio, suele definirse aquel período de tiempo del cual disponemos de antecedentes escritos sobre lo que sucedió en determinada cultura.

De acuerdo con esta definición, algo dudosa en todo caso, la historia de Isla de Pascua comienza el 6 de abril de 1722, cuando la flotilla holandesa de Roggeveen ancló frente a la isla. Lo decisivo no estuvo solamente en que éste fue el primer contacto entre europeos y rapa nui, sino



en el informe sobre la isla desconocida que escribió el alemán Carl Friedrich Behrens.

A éste le siguieron, hasta hoy, muchos otros autores. Europeos, norteamericanos, chilenos; todos escribieron y lo siguen haciendo, de modo que hoy podemos recurrir a una nutrida bibliografía sobre Isla de Pascua.

Tanto más sorprende el hecho de que, a pesar de todo, quedaba un vacío por llenar. Nuevamente es un alemán. Llegado inicialmente como un turista más, fue motivado por un rapa nui a investigar la cultura pascuense en un aspecto de importancia fundamental para su forma actual de vivir y pensar: su historia, vista con ojos rapa nui.

Me refiero a Hermann Fischer, maestro jubilado del norte de Alemania, que quiere transmitir conocimientos a través del medio literario, tratándose en este caso no sólo de hechos, sino de un enfoque especial. Hasta ahora, todos los autores habían venido de afuera y nos transmitieron su percepción de los rapa nui, la opinión que les merecía su cultura, o cómo evaluaban los acontecimientos de los últimos siglos. Visiones etnocéntricas eran inevitables. La historia insular, escrita por extraños. Extraños que muchas veces habían estado involucrados en los hechos, y ya por esa razón estaban inhabilitados para dar información objetiva. Lamentablemente, hasta ahora ningún rapa nui ha tomado la pluma para contraponer, a los trabajos existentes, una historia auténticamente isleña.

En alguna medida, Hermann Fischer se ha encargado de hacerlo. Una empresa delicada: otro extraño más, y más encima extranjero, que se propone contar la historia desde la perspectiva rapa nui. Que esto no sólo es posible, sino que además puede dar buenos resultados, lo demuestra el presente libro.

Etnocentrismo es la apreciación de una cultura ajena sobre la base del propio condicionamiento cultural. Todos los seres humanos estamos insertos en nuestras respectivas culturas. Ya como niños se nos educa para considerar ciertas cosas o conductas como buenas o malas, a adoptar determinadas formas de percepción y análisis, y a considerar, de entre la multiplicidad de formas de vida posibles, una sola como válida: la propia. Lo que hacen los demás nos puede divertir o molestar, podemos rechazarlo o también idealizarlo como modelo para superar déficits propios; pero no podemos quitarnos nuestros lentes culturales, a través de los que percibimos lo ajeno. Y justamente las diferencias son lo que más nos llama la atención. Desde esta perspectiva —yo, el europeo, veo a los otros, los rapa nui— es como fueron escritas las crónicas históricas.

Con empatía, sensibilidad y habilidades de detective, Fischer revisó estos textos, pulverizando sentencias autocomplacientes, al mismo tiempo de preguntarse una y otra vez, a sí mismo y al lector: ¿cómo éstos acontecimientos habrán sido vistos y evaluados por los rapa nui?

Por lo tanto, el autor no se limita a investigar la tradición oral y testimonios de ancianos rapa nui, sino que ha revisado una extensa bibliografía, por lo que no resulta exagerado decir: aquí ha nacido una nueva historiografía.

El motivo central del autor es la presentación del lado oscuro de la historia de Isla de Pascua: el ghetto. Sorprende que este término no sea usado en Rapa Nui. En cambio, también el turista novel no tardará en darse cuenta de que los pascuenses se definen a sí mismos en primer lugar como rapa nui y rara vez como chilenos, y que tienen una actitud ambivalente y más bien de rechazo contra los «contis» o chilenos continentales. Por qué es así, quedará claro a todos los que lean el presente libro.

Fischer de ninguna manera supone haber agotado el tema, y lo dice expresamente al comienzo del último capítulo. Lo seguro es que ha hecho un importante avance en el sentido de representar un aspecto de la historia insular y chilena de una forma que busca hacer justicia a los rapa nui.

Justamente por esa razón, el autor alemán siente la imperiosa necesidad de publicar este libro en castellano. Si bien los chilenos afirman orgullosamente que Isla de Pascua forma parte de su territorio nacional, en el pasado han cometido la negligencia de no prestar la debida atención a esta pequeña isla tan, tan lejana; una negligencia que hasta hoy se refleja en el desconocimiento generalizado que existe sobre la historia rapa nui.

En el marco de mi actividad docente en universidades chilenas, he leído en forma experimental algunos capítulos con mis estudiantes; la resonancia fue unánime: «De esto no teníamos idea. ¡Interesantísimo!»

Para que estudiantes, expertos, personas interesadas en el tema, pero también el lector lego pueda comprender mejor por qué por ejemplo los rapa nui están luchando a brazo partido por el derecho a sus tierras, hice todo lo posible para lograr que este texto fuera editado en Chile.

Gracias al apoyo del dos veces director del Instituto Goethe, Dieter Strauss, pudimos interesar a Jorge Barros de Editorial Pehuén para hacerse cargo de la publicación, la que finalmente fue realizada por ediciones LOM. Luisa Ludwig, chilena bilingüe de origen alemán, no sólo realizó una excelente traducción, sino que se identificó notablemente con el presente trabajo.

Gustosamente puedo recomendar esta edición en castellano de *Sombras sobre Rapa Nui*. Una historia más bien triste ha servido de base para un material de lectura sugestivo y sazonado con irónicos comentarios. Con todo, un libro que invita a reflexionar y a seguir profundizando el tema.

Santiago, abril de 2000

Agradezco

A mi amigo Christian Benöhr, que me ha ayudado en grandes pasajes de mi investigación, a mi amigo el Prof. Dr. Michael Daxner, quien impulsó en forma decisiva mi trabajo, y a todos los rapa nui, cuyos relatos y antecedentes constituyeron el aporte más importante para este libro, y que una y otra vez insistieron en que yo debía anotar todo. Vaya mi especial reconocimiento a la Dra. Birgit Jacobs, la cual durante un año ha luchado para hacer posible la presente edición, y que además supervisó la traducción de Luisa Ludwig.

Antes que nada

«Si esto cae en manos de los chilenos, mañana vamos todos presos», se asustó T. al escuchar la cinta con nuestra conversación. Pensativo, agregó: «Si quieres ponerlo en tu libro, mejor no menciones mi nombre. Nosotros todavía estamos con la soga al cuello». Varios más de mis interlocutores me pidieron no ser identificados.

Es difícil decidir si estos miedos son reales o traumáticos. En realidad, tampoco es decisivo. Son un síntoma del abandono por décadas en que vivieron estas personas, y sobre el cual la autoridad querría tender el manto del olvido.

De modo que, para no exponer a los amigos a un posible peligro, he cambiado algunos nombres, y otros los he omitido.

«Es demasiado cierto
que los desdichados en este mundo
no tienen derecho a su oportunidad:
como si la desgracia fuese una
descalificación legal».

JOSEPH CONRAD, *Chance*

Casualidad

*«Los afuerinos se fascinan con nuestra antigua cultura.
Nos miran con la boca abierta como un pueblo
hijo de la naturaleza, y siguen su viaje.
Lo que nos ha pasado y sigue pasando, nadie lo pregunta.
El mundo nos tiene olvidados».*

UNA ANCIANA RAPA NUI

Frenó su caballo frente a mi auto, un hijo de las tinieblas para mi fantasía asustada, se inclinó y tendió su mano por la ventanilla. "¿Wie lange bleibst du auf Rapa Nui?"* me preguntó. Y como este tataraniego de un caníbal me había preguntado en alemán, quedé tan pasmado que sólo atiné a balbucear: «Cuatro... cuatro semanas».

«¡Cuatro semanas!» Una fórmula mágica que fue el inesperado inicio de una larga amistad; porque casi todos los turistas permanecen sólo algunos días. Como pronto nos enteramos, Pitaki, nuestro nuevo amigo, había vivido largos años en Alemania. Por supuesto que aprovechamos de preguntarle acerca de su tierra cada vez que pudimos.

Porque cuando mi esposa y yo llegamos por primera vez a Isla de Pascua, en enero de 1992, con nuestras cabezas llenas de Heyerdahl y otra literatura, no teníamos la más mínima idea de la existencia e historia de los descendientes de aquéllos que tallaron los moais en los flancos del Rano Raraku. Si no hubiese sido por Pitaki, probablemente no nos habríamos enterado de la suerte de los rapa nui, que es el nombre con que este pueblo se designa a sí mismo, a su isla y a su lengua. Habríamos regresado a casa como ciegos y no nos habríamos dado ni cuenta. Este isleño nos guió por la enmarañada senda que nos llevó a descubrir la historia silenciada de su pueblo oprimido.



AHU AKIVI.

* ¿Cuánto tiempo te quedas en Rapa Nui?

«Los voy a llevar para que conozcan a las personas que les contarán de la violencia de que fuimos objeto», nos dijo en la noche al lado de la fogata. «Conocerán la alegría de mi gente, y su ira. Serán recibidos con cariño, pero les preguntarán: "¿A qué vienen a nuestra isla? Los extraños nunca han traído nada bueno. Han asesinado a nuestros hombres y violado a nuestras mujeres, usurpado nuestra tierra y destruido nuestra cultura". Ustedes nos han mandado la Coca-Cola, los autos y los insectos venenosos, la lepra y los cineastas. Nos dieron ganas de tener todo eso que ustedes también tienen. Y estamos olvidando nuestras tradiciones. Quizás llegue el día en que habremos olvidado hasta nuestro idioma. Ése es nuestro dolor».

De modo que los rapa nui nos contaron de su vida tras alambradas de púas y de la humillación de ser prisioneros en su propia isla. Ya alrededor de 1870 fueron expulsados de sus aldeas tradicionales y concentrados en Hanga Roa por un déspota francés. Cuando Chile anexó Isla de Pascua en 1888, se contaron 178 aborígenes. Siguieron encerrados. Cuando en 1966 por fin cayó el muro, la población había aumentado a casi 1000.

Durante casi nueve décadas, un pueblo entero vivió en un ghetto. Muchos nacieron y murieron tras alambradas, y ninguno de los que en 1966 pudieron por fin caminar libremente por su tierra ancestral, había nacido en libertad.

Nos insistieron en que teníamos que volver, y lo hicimos. En 1993, 1994 y 1996 pasamos en total casi medio año con los rapa nui.

¿Y qué se puede encontrar en la literatura sobre su situación? Todo lo que ha llegado a mis manos hasta hoy: legiones de científicos, escritores, periodistas y esotéricos se han interesado por la isla, pero casi exclusivamente por su cultura prehistórica. Lo poco que existe sobre el tiempo posterior a su descubrimiento por los blancos, describe la situación de los rapa nui exclusivamente desde la óptica del visitante. No he podido encontrar un solo trabajo en que se le dé la palabra a un rapa nui.

«¿Por qué pasa esto?», le pregunté al profesor Dr. Fernando Dougnac, que representa como abogado a los rapa nui y es titular de la única cátedra sobre minorías étnicas en Chile. Opina:

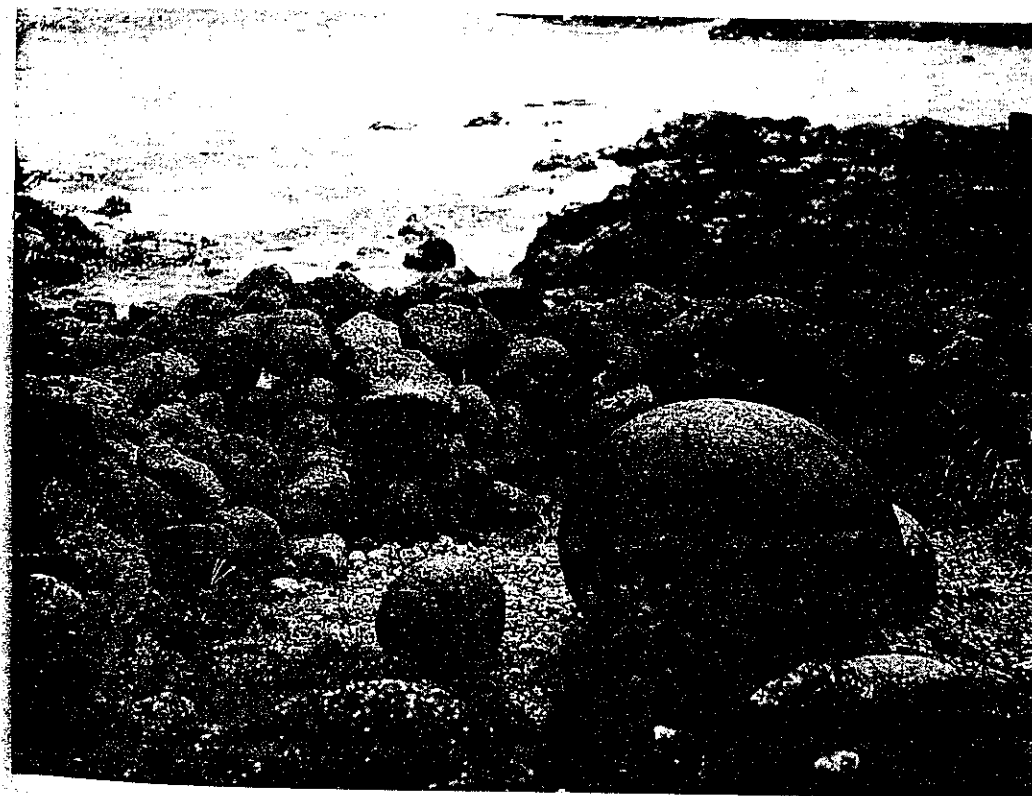
«El 90 % de los científicos se interesó solamente por las culturas pre-europeas. No establecieron ninguna relación entre esa cultura y los habitantes del ghetto. Despreciaron a los rapa nui como gente sin derechos, sin atractivos y superfluos, que a lo más podían servir para trabajar».

Algunos, que tuvieron otra visión, como Alfred Métraux y Francis Mazière, tendrán la palabra más adelante.

Sin embargo, la «voz de Rapa Nui» ha permanecido callada. ¿O no se ha querido escuchar? «Por demasiado tiempo, la historia ha sido enfocada desde arriba, desde la perspectiva de los gobernantes y los vencedores», opina Walter Jens. «En cambio, es necesario trasladar el centro de la atención a las víctimas de la historia».

Ya es hora de contar la historia desde el punto de vista de este pueblo oprimido, y de intentar una interpretación que le haga justicia.

Por encargo de Europa



«TE PITO O TE HENÚA» - EL OMBLIGO DEL MUNDO. SEGÚN UNA LEYENDA, HOTU MATUA TRAJÓ ESTA PIEDRA DE HIVA.

El hombre blanco pone su pie en el Ombligo del Mundo *Roggeveen - González - Cook - La Pérouse*

*«...así hacemos entrega de todos los países e islas descubiertos,
que no pertenezcan todavía a un rey cristiano, a Vosotros y a Vuestros herederos».*

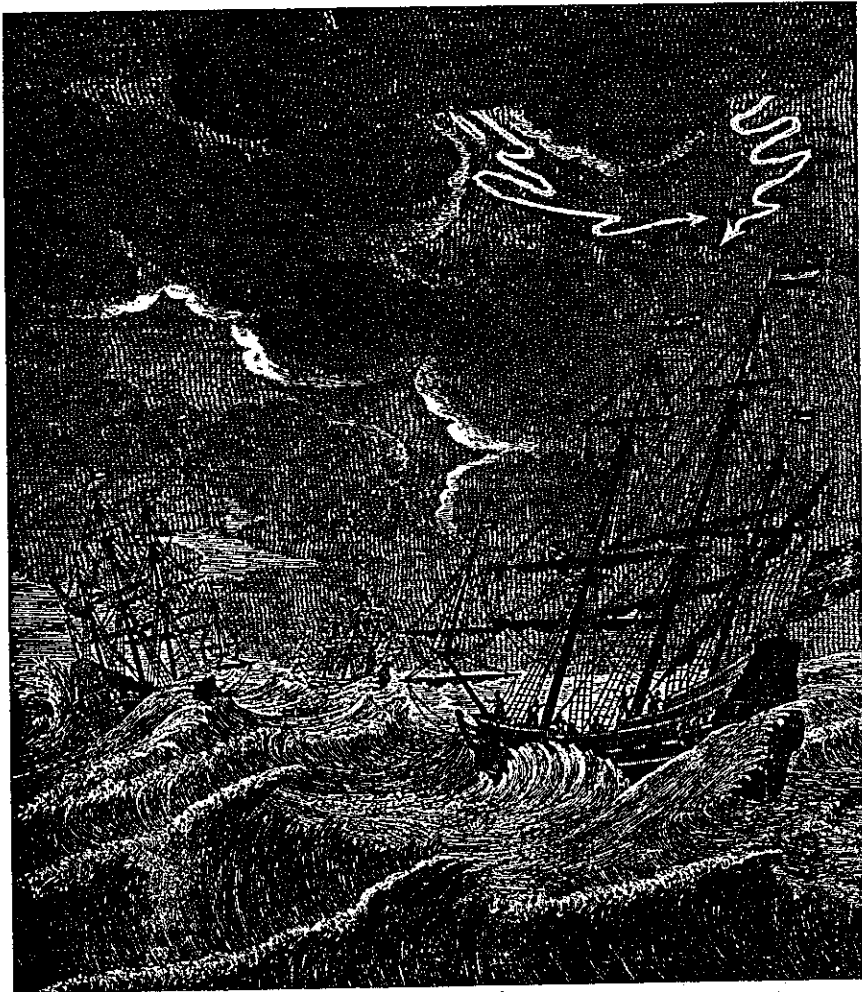
PAPA ALEJANDRO III, 3 DE MAYO DE 1493

Los festejos con motivo del regreso de Colón apenas habían terminado en Barcelona, cuando Roma, sin importarle que estos países «no cristianos» tampoco le pertenecían a la Iglesia, regaló todo el bulto a la corona española, sellando de esta manera una fatal alianza entre la cruz y la espada. Si los conquistadores llegaron para evangelizar, o los misioneros para conquistar, o fue al revés, carece de importancia. La corona y la tiara se cuidaron las espaldas y se ayudaron mutuamente. «Si bien la esclavitud ha de ser rechazada en términos generales», según Juan Ginés Sepúlveda en 1550, «es muchas veces imprescindible como medio para imponer la fe cristiana». Las heridas que sufrieron los indios latinoamericanos siguen sangrando después de 500 años.

Después que el reino «en que jamás se pone el sol» zozobró frente a los acantilados británicos, Holanda, Inglaterra y Francia se apuraron para asegurarse cada uno un máximo de la herencia. En el siglo XIX, se les unieron otros Estados europeos. Las luchas por el botín estaban en pleno auge. Cuatrocientos años después de Colón, la Tierra –salvo un resto sin importancia– estaba firmemente en poder de los reyes cristianos o de sus sucesores.

Rapa Nui, este minúsculo grano de arena en la inmensidad del Pacífico oriental, no pudo escapar al espíritu de empresa de las grandes potencias europeas. Los navegantes se aventuraron a lo desconocido, impulsados por la perspectiva de ganar fama, honor y riqueza, movidos por el interés científico o la codicia, acompañados por el miedo ante el tenebroso mundo desconocido con los espantosos salvajes que los habitaban.

El 6 de abril de 1722, una flotilla de tres barcos, comandada por el almirante holandés Jacobo Roggeveen ancló frente a la isla. Como era el día de la Resurrección del Señor, el navegante bautizó el pedazo de tierra con el nombre de *Paasch-Eiland* o Isla de Pascua. Ese nombre quedó, con excepción de un breve período: en el año 1770, don Felipe González tomó posesión de la isla



LOS GALEONES DE ROGGEVEEN: AREND, THIENHOVEN Y AFRIKAANISCHE GALEI.

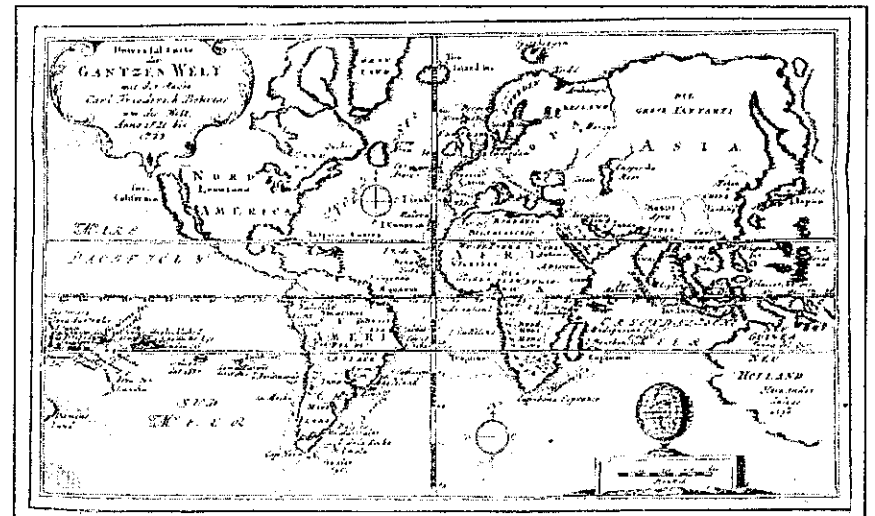
para la corona española, llamándola San Carlos en honor a su rey Carlos III. Pero Madrid quedaba lejos y muy pronto estaría impedida de actuar debido a las guerras napoleónicas y a los disturbios internos. En América Latina, los

descendientes de los conquistadores se sublevaron contra la tutela española, y la antigua potencia mundial perdió casi todas sus colonias, incluyendo Isla de Pascua.

Los rapa nui nuevamente pasaron a ser dueños de su isla, pero eso poco debe haberles importado. Si bien sus jefes habían firmado el «tratado oficial» de 1770, no comprendieron su significado. La isla seguía siendo de ellos, sin importar los nombres que le daban los extranjeros. Desde que el legendario rey Hotu Matua –probablemente en el siglo XIII– llegó a la isla con sus canoas, llamaban a su nueva patria Te Pito o te Henúa, el Ombligo del Mundo. Su isla había sido su mundo durante medio milenio. Era todo lo que conocían. Las estrellas del firmamento les eran más cercanas que los extraños mundos poblados más allá del mar, de los cuales vagamente narraban sus leyendas. Ahora habían llegado los extraños. Y seguirían llegando.

«El 11 de febrero de 1774, a las ocho de la mañana, desde la cofa se divisó tierra al oeste. No me cabe duda que es Isla de Pascua», anotó James Cook, quien durante su búsqueda de la Terra Australis con la *Resolution* se tomó tres días para investigar la isla.

Después de los informes de holandeses, españoles e ingleses, también Francia sintió la urgencia de hacer valer sus intereses en los mares del sur. Con



MAPA DEL VIAJE DE ROGGEVEEN, POR CARL FRIEDRICH BEHRENS.



CAPITÁN JAMES COOK (1728-1779).



CARL-FRIEDRICH BEHRENS.

las naves *Boussole* y *Astrolabe*, Luis XVI envió a La Pérouse al Pacífico. En abril de 1786, los franceses, con belicosa pomposidad, desembarcaron en Isla de Pascua, para asegurarse de una vez por todas el respeto de los aborígenes. Como enviado de su rey, el conde hizo entrega a los isleños de ovejas, cabras, cerdos y semillas de cultivo.

Los informes sobre estas cuatro expediciones son importantes documentos históricos. Los hombres, entre ellos renombrados expertos, registraron minuciosamente sus observaciones acerca del paisaje, la composición del suelo, la vegetación y la agricultura, los gigantes de piedra o moais, y el aspecto de los aborígenes. Vale la pena leer estos textos. Sin embargo, aquí interesa cómo transcurrieron los encuentros con los «salvajes»; con qué ojos los europeos vieron a los habitantes de esta isla.

El primer encuentro comienza con un baño de sangre. El sargento de milicia de Mecklenburgo, Carl-Friedrich Behrens, quien estaba al mando de los marinos holandeses y fue el primero en poner su pie en la isla, escribe:

«Los nativos nos rodearon en tan grande número que no pudimos seguir avanzando y tuvimos que disuadirlos por la fuerza. Cuando algunos de ellos incluso osaron tocar nuestras armas, abrimos fuego, lo que causó gran alarma entre ellos, y muchos murieron».

Behrens, que también parece haberse asustado, concluye pensativamente:

«En el futuro, los hijos de sus hijos seguramente todavía hablarán de nosotros».

Otro de los navegantes, cuyo nombre se desconoce, narra el incidente como si hubiese sido un ataque a una aldea indígena en alguna película del viejo oeste en norteamérica:

«El día diez de abril, y fuertemente armados, cruzamos en chalupas a la isla, para desembarcar y explorar esta tierra; donde un número incontable de salvajes se encontraba en la playa para vigilarla e impedirnos bajar de los botes. Nos amenazaron mucho con sus ademanes y parecían estar muy dispuestos a enfrentarnos y echarnos de su tierra. Pero en cuanto nos vimos forzados a disparar una salva de nuestros fusiles sobre su tosca piel, y uno que otro cayó de narices en la arena, perdieron todo su valor... Al oír los disparos, que les causaron mucho miedo, y al resonar en sus oídos las salvas de nuestros mosquetes, hicieron extraños y sorprendentes gestos y saltos, señalando a continuación con el dedo a nuestros hombres y en seguida a sus dioses, a quienes parecían estar clamando por socorro... Con gran consternación examinaron a sus camaradas caídos y las heridas que las balas habían causado en sus cuerpos. Acto seguido, y lanzando aullidos desagradables, huyeron desparovidos tierra adentro, arrastrando con ellos los cuerpos de los caídos. Con eso, la playa quedó despejada para nosotros y pudimos desembarcar con plena seguridad».

Puede ser que este desconocido se haya embriagado con el placer de sentirse superior, ¿o es que al redactar sus apuntes trató de compensar su propio horror?

El almirante Roggeveen relata el episodio de forma militarmente breve y concisa: había desembarcado con 134 hombres, armados con mosquetes y pistolas, cuando fueron rodeados por un gran número de aborígenes, a quienes se les ordenó que abriesen paso:

«Para gran sorpresa nuestra, desde atrás cayeron cuatro o cinco disparos. Se escucharon gritos "ahora-fuego", a lo que siguieron más de treinta disparos, y los indígenas huyeron. Diez o doce de ellos cayeron muertos».

A la pregunta acerca de quién había ordenado el fuego, el segundo timonel respondió que:



HOMBRES DE ROGGEVEEN DISPARANDO A LOS ISLEÑOS.

«un aborígen había puesto la mano sobre el cañón de un fusil y algunos de los aborígenes, ante la resistencia de nuestros hombres, recogieron piedras y comenzaron a tirarlas, a lo que se abrió el fuego».

El almirante cierra su informe lacónicamente: «No tuvimos tiempo de escuchar otras versiones de esta historia». Ni una palabra de compasión por las víctimas.

Los intrépidos marinos y los rectos oficiales de su majestad cumplieron su misión, plenamente conscientes de su superioridad material, y seguramente también de su superioridad moral de origen divino. Los holandeses no se consideraban visitantes en la isla, sino sus amos. Se abrieron paso por la fuerza de las armas, en una tierra que era de otro pueblo, y causaron un terrible baño de sangre. Seguramente ninguno de los europeos se preguntó cómo habría reaccionado él si su patria hubiese sido invadida por salvajes armados.

En vista de esta violencia, la indignación de los europeos por lo ladrones que habrían sido los isleños demuestra una inmensa altanería. Desde entonces, este prejuicio determinaría no sólo la historia, sino también la actitud de muchos visitantes frente a los rapa nui. Los extranjeros tampoco se preguntaron si los nativos realmente querían quitarles sus cosas. Quizás sólo tocaron estos objetos extraños y deseables con curiosidad infantil, y se colocaron los sombreros de los holandeses para divertirse con ellos. Que estos recién llegados de otra galaxia reaccionaran tan bruscamente puede haberles causado gracia a los isleños, o lo tomaron como parte de un juego. Entonces, cuando con el tronar de los mosquetes Roggeveen puso un sangriento fin al jolgorio, los «salvajes» quedaron profundamente consternados y asustados.

No hay testimonios históricos acerca de cómo los descendientes de Hotu-Matua vivieron esta terrible invasión. ¿Qué pensamientos habrán cruzado por las mentes de los sobrevivientes, cuando ya al día siguiente las naves holandesas se perdieron en el horizonte y tuvieron que sepultar a sus muertos? ¿Habían llegado los dioses a castigarlos? Pero ¿por qué?

Cuando casi medio siglo más tarde llegaron los españoles, ya casi no quedaban testigos de la matanza. ¿Se acordarían los vivos de lo sucedido? ¿Se lo habrían contado sus padres y abuelos? ¿Con qué sentimientos saldrían a recibir a los nuevos visitantes? ¿Acaso la memoria de lo sucedido el día de Pascua de 1722 fue un motivo para los jefes para ceder ante la presión española y firmar el acta de cesión de su territorio? «Creo que están asustados», anota un español.

Por lo menos, bajo González no hubo violencia. A la llegada de Cook bastaron algunos disparos al aire para hacerse respetar, y La Pérouse incluso dio orden de evitar cualquier empleo de la fuerza.

La matanza de los holandeses no había sido provocada por los isleños. Los próximos navegantes que llegaron relatan —y es importante recalcar esto— que los isleños se acercaban a los extraños sin temor y llenos de curiosidad.

Según González «son mansos, tímidos y amables». Y el Conde de La Pérouse informa:

«Nos salieron al encuentro a mar abierta, nadando hacia el barco como una milla, subieron a bordo riendo y sin demostrar temor alguno... En la playa, unos cuatrocientos a quinientos indios nos estaban esperando. Ninguno estaba armado; algunos se habían cubierto con unos retazos amarillos o blancos, pero la mayoría iba totalmente desnuda. Varias de estas gentes se habían tatuado y pintado sus rostros con color rojo. Sus exclamaciones, sus semblantes demostraban alegría. Se acercaron a nosotros, tendiéndonos la mano y deseándonos suerte con motivo de nuestra llegada».

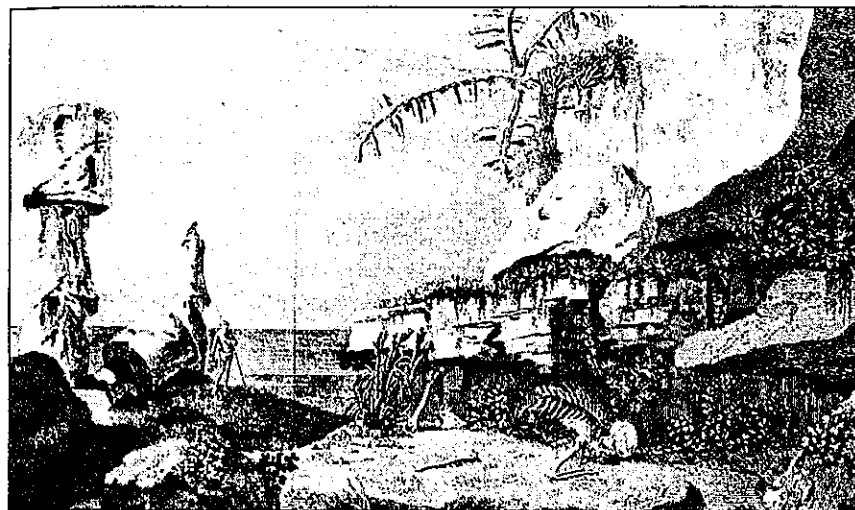
¿Fue este un gesto de sumisión, un intento de apaciguar a los extranjeros con sus armas mortales?

Pero ahí estaban las pillerías que hacían rabiar, incluso enfurecer a los europeos. «Los habitantes —dice González— se llevaron todo lo que pudieron». Georg Foster, el cronista de Cook, anota al respecto:

«Los isleños le llevaron [a Cook] gallinas y algunas cestas de junco con patatas dulces, sin embargo, algunas veces lo embaucaron, llenando las cestas de piedras y tapándolas con unas pocas patatas por encima... Un marinero que tenía que llevar mi saco con plantas, no lo cuidó como debía. Uno de los salvajes lo tomó y salió corriendo. El alférez Edgcombe le mandó enseguida un disparo de perdigones. El pobre diablo soltó la bolsa y cayó al suelo... Pero a pesar de su temor nos vaciaron los bolsillos y nos hurtaron lo que se les antojó. Uno se acercó sigilosamente a Mahine por atrás, le quitó su gorro y partió corriendo por las piedras tan rápido que nadie pudo alcanzarlo. El señor Hodges, que estaba sentado en una lomita dibujando, perdió del mismo modo su sombrero. El señor Wales estaba a su lado con su escopeta, pero opinó que un delito tan mínimo no ameritaba una bala».

Sin embargo, el alférez Fourneauux, oficial de Cook, registró un disparo mortal:

«Eran los más grandes ladrones con que nos topamos en nuestro viaje y nos vimos obligados a matar a uno... Claro que la gente estaba más que dispuesta a usar sus armas, y un marinero raso no respetó la vida de uno de estos pobres seres, que le había sustraído un clavo, más que lo que un campesino respeta la vida del zorro que entró a su gallinero».



«MONUMENTOS DE ISLA DE PASCUA» (1777). GRABADO DE WILLIAM WOOLCOETT, BASADO EN WILLIAM HODGES.

Fourneauux menciona otro conflicto violento, aunque sin dar las razones:

«Tenían máquinas lanzapiedras, las que usaron contra un grupo de infantes de marina».

Pérouse relata:

«Después de desembarcar, lo primero que hicimos fue hacer formar a nuestros soldados en círculo, de modo de rodear un considerable espacio... Hecho esto, hice desembarcar los objetos y animales destinados para regalo. Pero como había ordenado expresamente que ninguno de nuestros hombres podía disparar, ni siquiera repeler con la culata a los indios más atrevidos, al poco andar la situación llegó al extremo que incluso nuestros soldados estuvieron expuestos a la voracidad de estos isleños, cuyo número fue creciendo hasta contar por lo menos ochocientas cabezas, entre ellos no menos de ciento cincuenta mujeres. Varias de las mozas tenían agradables facciones y ofrecían sus favores a cualquiera, a cambio de algún regalo. Los indios nos alentaban de todas las maneras posibles para que nos sirviéramos de ellas, llegando algunos incluso a demostrarnos los placeres que serían capaces de prodigar. Pero mientras ellas nos atosigaban

con sus caricias, hurtaban los sombreros de nuestras cabezas y los pañuelos de nuestros bolsillos».

Si uno se imagina la escena, surge la pregunta si acaso las cosas no habrán sido al revés. En todo caso, los embromados fueron los franceses que habían estado tanto tiempo sin hacer el amor. Claro que ¿quién querría reconocer públicamente una situación tan bochornosa? Pero seamos justos; el noble galo admite un poco avergonzado:

«Si hubo momentos en que uno que otro sucumbió ante los dictados de la naturaleza, la razón fue que primero las mujeres los provocaron, y lo que pasó a continuación fue por común deseo y después de haberse puesto ambas partes de acuerdo».

Sin saber bien cómo reaccionar, el burlado concluye lacónicamente:

«Ya que nos habíamos propuesto no disparar, consideramos que lo mejor era divertirnos con sus raterías».

Pero el pobre francés estaba demasiado tocado en su amor propio, y no se guarda su rencor:

«En vista de su carácter moral los considero tan depravados como pueden serlo en su situación y condición... En nuestra Europa, los pillos más taimados no son tan hipócritas como los habitantes de Isla de Pascua. Todas sus adulaciones y muestras de cariño no fueron más que fingimiento».

Finaliza su crónica en un tono quejumbroso y autocompasivo:

«Les hicimos abundantes regalos, y tratamos de la manera más cariñosa a todas las personas débiles y desvalidas, especialmente a los infantes de pecho. Sembramos diversas semillas útiles en sus campos; les dejamos en sus casas ovejas, cabras y cerdos que probablemente se multiplicarán en poco tiempo, y por todo esto no les exigimos la menor cosa a manera de cambio. No obstante, nos tiraron piedras y robaron todo lo que podían llevarse».

El Conde de La Pérouse fustigó esta falta de agradecimiento, haciéndose a la mar durante la noche.

«Cuando al alba vean que nuestros barcos han desaparecido, asociarán nuestra partida precipitada con el disgusto que nos causaron, y este pensamiento los hará ser mejores hombres».

¡Dichosos europeos!

Por lo visto, aquí hubo muchos equívocos. Todas las sociedades humanas tienen valores éticos y morales. El así llamado robo podría tener un significado muy distinto. No vamos a considerar aquí que durante sus conflictos entre clanes, los aborígenes solían saquear la propiedad de los vencidos. Esto acostumbra hacerse hasta el día de hoy, incluso en los países altamente civilizados de Europa, cuando están en guerra. Preguntémoslos, por lo tanto, por el significado de los delitos contra la propiedad dentro de un mismo clan. En la *Enciclopedia Universal* de 1923 podemos leer:

«Antes, el hurto no tenía carácter de inmoral. El ladrón gozaba de la protección de un determinado dios, y la opinión generalizada era que se trataba de hurto solamente cuando el acto había sido cometido sin la aprobación del dios competente. Además existía un sistema de revancha, mediante el cual el perjudicado podía recuperar lo que le había sido sustraído, sin que eso afectase la reputación del ladrón».

No podríamos decir hasta qué punto esta afirmación tiene una base científica.

Un indicio interesante lo encontramos en Josefina Huppertz. Ella ve una posible relación entre la costumbre eurásica de la «reencarnación de los muertos» con la situación de Isla de Pascua y escribe:

«Ladrones fueron según el entender de los europeos. Pero los nativos se guiaban por convicciones muy distintas. Para ellos, los extranjeros aparecían como enviados por sus antepasados para proveerlos de todo lo que habían carecido hasta ese momento. La tarea de ellos era ahora apoderarse de estos bienes. Esto suena muy extraño, y para nosotros resulta incomprendible».

Hasta el día de hoy, los bienes reciben un trato muy distinto del que nosotros estamos acostumbrados. Mi esposa y yo hicimos la experiencia mientras vivíamos con una familia extensa de rapa nui. Pitaki «se llevó» un diccionario, a pesar de que ni su propietario ni otras personas estaban en casa. También usó nuestro auto cada vez que lo necesitaba. Ramón buscó su guitarra por todos lados, encontrándola finalmente donde Yepa. Después de una amable charla, se

la llevó de vuelta. Matunga, que tenía que arar el campo de toda la familia pero no tenía caballo, simplemente sacó uno de algún potrero. El dueño del animal llegó después de algunos días y se llevó de vuelta su jamego, observando simplemente que ahora lo necesitaba él. Del contenido del refrigerador se servían todos, sin importar quién había aportado los comestibles o bebidas. También los alimentos comprados por nosotros estaban a libre disposición. Nuestras maletas no fueron tocadas. Pero aparte de eso, cada quien ocupaba lo que le hacía falta en ese momento: ollas, sartenes, herramientas, un rollo de cable, la radio, etc. Cuando al comienzo una vez les preguntamos si este sistema no les causaba problemas, nos miraron con grandes ojos sin comprender.

No pretendo decir que esta observación personal sea una verdad científicamente comprobada. Pero ya el español había observado que los aborígenes estaban acostumbrados a «tomar cosas que no son suyas... sin que haya enojo, y siguen siendo amigos. Pareciera ser que entre ellos, todo es de todos». También Walter Knoche, que visitó Isla de Pascua en 1911, confirma esta observación cuando escribe:

«Todos los viajeros sin excepción cuentan que los canacos son sumamente inclinados a hurtar. Esto es, por supuesto, una interpretación completamente equivocada —me refiero a los así llamados hurtos—, y también otros hechos nos demuestran que la propiedad personal es poco conocida, de modo que también en esto reinaban principios comunistas».

Sobre la conducta sexuales de las mujeres, todos—desde Roggeveen hasta Pérouse— se expresaron debidamente escandalizados. Sobre esto Georg Forster escribe:

«No eran ni recatadas ni castas. A cambio de alguna cosita tahitiana, nuestros marineros conseguían de ellas lo que querían. Las pocas que alcanzamos a ver fueron las criaturas más licenciosas que jamás hayamos visto. Parecen estar más allá de toda vergüenza y pudor, y también nuestros marineros se comportaban como si jamás hubiesen oído hablar de esto».

Hacían como. O acaso ninguno de ellos jamás estuvo en Soho. En tono de disculpa, Forster continúa:

«Bien sabemos cuán viciosos y libertinos son los tripulantes, especialmente cuando tienen tal superioridad sobre los nativos como deben haberla tenido los holandeses y españoles sobre los habitantes de Isla de Pascua».

Sus propios compañeros, o sea la tripulación de Cook, quedan eximidos. Si se considera cuánto tiempo los navegantes estuvieron privados de ternura femenina, no parece tan descabellado imaginar que los tripulantes y soldados de marina, obedeciendo a «los dictados de la naturaleza», hayan hecho por su parte avances a las mujeres a cambio de «algunos obsequios tahitianos». Sin embargo, el texto no dice nada al respecto. ¿Será posible que, pensando en quiénes financiaban la expedición, y en la propia reputación, el cronista haya optado por un pudoroso silencio?

Pero volvamos a las «mozas». A la llegada de Roggeveen, había pasado medio milenio sin que, hasta donde sabemos, un extraño pusiese sus pies en Rapa Nui. En ese momento, nadie se preguntó cómo los isleños habían vivido su sexualidad hasta entonces. ¿Por qué se entregaban a los extraños? ¿Acaso las mujeres veían en los visitantes a sus antepasados reencarnados, a quienes se ofrecían porque eran enviados de los dioses? También se ha considerado la posibilidad que la forzada endogamia durante siglos haya causado síntomas de degeneración, y que los isleños buscaban, instintiva o conscientemente, renovar su sangre. Si bien los exploradores citados dijeron



DUCHÉ DE VANCY: «PASCUENSES Y MONUMENTOS DE ISLA DE PASCUA».

haber visto a niños, no describieron su aspecto. Otra observación –sobre que los marinos no vieron a muchas mujeres– llevó a la conjetura que las casadas habrían estado ocultas en las cuevas familiares y que sólo las solteras se habrían acercado a los visitantes. Sin embargo, esto último no explica la conducta de las mujeres.

La idea de superioridad moral y mojigatería no tenían razón de ser, ni siquiera entonces. En sus propios países, tan respetuosos de los mandamientos divinos, las condiciones distaban mucho de ser impecables. Pero a ninguno de los señores se le pasó por la mente que este pueblo desconocía el dogma según el cual toda relación sexual que no contaba con la bendición de la Iglesia y no tenía como fin la procreación, era considerada un pecado.

La labor de las cuatro expediciones se limitó a la observación. Los europeos anotaron, con mucha diligencia y detalle, todo lo que vieron. Pero no se preocuparon de investigar las causas, sobre todo de la conducta de los aborígenes. Cual espectadores en un teatro, percibieron a los actores como ladrones natos y «más libertinos que Cleopatra y Mesalina» (Forster). Probablemente, los comandantes y oficiales metían en un mismo saco a su tripulación y a los isleños. No olvidemos que en aquella época, las clases altas no miraban precisamente con respeto al pueblo común, la plebe. Esto no debería criticarse demasiado, pues el fariseísmo sobrevive hasta ahora. Además, estos «salvajes», por añadidura, no eran considerados auténticos seres humanos, pues según las enseñanzas de la Iglesia no tenían alma. Si bien el Papa Pablo III en su bula *Sublimus Deus* del 9 de junio de 1535 había reconocido a los indios como dotados de razón, al año siguiente, presionado por la corona española, tuvo que anular este decreto.

Estos navegantes, con el sistema valórico cristiano-occidental bien anclado en sus cabezas, pueden haber sido un poco déspotas, pero no eran rudos. Esto se refleja en dos observaciones comprensivas y pensativas que no podemos dejar de citar. Después del disparo al ladrón fugitivo, Forster reflexiona: «... no es menos lamentable que europeos se arroguen el derecho de castigar a hombres que desconocen por completo sus leyes». Y Pérouse concede, a pesar de su enojo: «Acercas de los usos y costumbres de este pueblo no puedo aventurar más que suposiciones».

Cuando tratamos de averiguar lo que realmente pasó, entramos en dificultades. Ya los relatos de los distintos integrantes de una misma tripulación difieren bastante. El holandés desconocido pinta la masacre con lujo de detalles, hasta podríamos decir con fruición. El mecklenburgués está espantado por la violencia. El almirante Roggeveen parece no haberse conmovido. El capitán Cook no menciona ni un solo disparo u otra agresión. Sin embargo, su

oficial habla de un nativo muerto por haber sustraído un clavo. Georg Forster refiere sólo disparos al aire, y a Reinhold Forster, padre de Georg y miembro de la tripulación, le fue prohibido publicar su diario de viaje.

Cada uno anotó sus impresiones, de acuerdo con su sensibilidad y lo que pudo observar. Los comandantes, que tenían que responder frente a sus superiores, quizás prefirieron omitir ciertos detalles para evitar molestas exigencias de aclaración.

Sea como sea: a pesar del baño de sangre, estos cuatro encuentros con europeos habrían de ser, para los isleños, los más amigables. Los blancos no habían llegado con afán bélico, sino comercial.

Por tanto, no sólo lamentaban las víctimas fatales, sino también el hecho de que Isla de Pascua no servía ni como plaza comercial ni como base naval. Dejemos que Cook hable por todos, cuando justifica el término de su exploración diciendo que «...el agua era de tan mala calidad, ...además prácticamente no hay otra isla en esos mares que ofrezca menos comodidades o ventajas para la navegación».

Podemos omitir los ochenta años que siguieron al desembarco de Roggeveen. El marino holandés tuvo sucesores: descubridores, buscadores de tierras, pioneros del imperialismo que no querían más que dibujar mapas e izar banderas. González, Cook y La Pérouse llegaron y partieron sin interesarse mayormente por la cultura de la isla, coincidiendo en que «sus terrenos eran tan pobres e improductivos que no valía la pena pelearse por su dominio», ironiza el norteamericano Robert J. Caséy.

También nosotros podríamos cerrar el capítulo, si no nos diese que pensar el hecho de que los exploradores vieron a los isleños sólo con ojos occidentales. Estos hombres, como incontables otros, han entrado en la literatura como héroes intrépidos, intachables y admirables, quienes cristiana y abnegadamente obsequiaron a sus reyes –y a sus empresas comerciales, para



WILLIAM HODGES: MUJER PASCUENSE.

su explotación— este Nuevo Mundo. Los habitantes de la isla más aislada de la Tierra lo habrán visto de otra manera.

Que los exploradores no hayan descrito a los hombres y mujeres de Rapa Nui precisamente como modelos de virtud europea, no ha de sorprendernos. Hay que considerar que la cosmovisión del viejo continente estaba muy marcada por la moral católica, luterana y calvinista la que también se reflejaba en las leyes civiles. Además, no hay que olvidar que en aquella época el tráfico de esclavos era considerado una actividad honorable, especialmente por los ingleses, y se encontraba en pleno apogeo. Visto así, nuestros aventureros-exploradores fueron bastantes abiertos a pesar de que pueden haber estado influidos por un sentido de superioridad europea. En general, no se les puede reprochar estrechez de miras, como pudimos ver en dos pequeños ejemplos. Por lo menos Cook y La Pérouse ya eran hijos de la Ilustración, y el galo hizo su viaje cuando en Francia se estaba gestando la revolución. Por lo tanto, ellos, los exploradores y descubridores del siglo XVIII, no son los responsables de que la Historia haya dejado, en la mayoría de las mentes, una clara separación entre los intachables por un lado, y los condenables por el otro.

Pero los prejuicios acerca de los aborígenes mentirosos, ladrones y totalmente carentes de moral sexual, se convirtieron en un fácil argumento para justificar la dominación de los rapa nui como seres indeseables, rebeldes y sin derecho alguno. Y como el mundo apartó la vista, este estigma los acompaña hasta el día de hoy.

La violencia



Objetos de libre caza

Los crímenes de la «Nancy» y la «Pindos»

«Todos vosotros estáis en pecado mortal y vivís y moriréis en él, por la crueldad y tiranía que empleáis contra aquellos pueblos inocentes».

PADRE ANTÓN MONTERINOS, 1511

Como si los disparos del día de Pascua de 1722 hubiesen sido un mal augurio, a comienzos del siglo XIX, la cumbre de la creación, la Europa occidental cristiana, mostró el lado cruel de su rostro jánico. La más brutal violencia se apoderó de los habitantes de Rapa Nui.

«Nos acercábamos a la playa. Todos corrían, gritaban y reían —señales de paz—, como también «amenazantes pedradas y disparos» anota el poeta alemán Adelbert von Chamisso el 28 de marzo de 1816, después de anclar con la barca rusa *Rurik*, comandada por su sobrino Otto von Kotzebue. Después de referir varias otras observaciones, Chamisso prosigue:

«Sólo he insinuado la extraña recepción, el posible motivo de la actitud semi amenazante de los isleños. El señor von Kotzebue mismo anotó la historia y a él le corresponde darla a conocer, tal como aquí la reproduzco: "Creo tener que comunicarle al lector una noticia que explica la actitud hostil de los isleños contra mí y de la cual me enteré recién más tarde, en las islas Sandwich, por intermedio de Alexander Adams. En el año 1805, el capitán de la goleta Nancy de New London (EE. UU.), estuvo cazando una especie de lobos marinos en la isla Más Afuera... En la aún deshabitada



ADELBERT VON CHAMISSO (1781-1838).

Más Afuera, situada al oeste de Juan Fernández, a la cual mandan desde Chile a los criminales, se encontró casualmente este animal e inmediatamente emprendieron la caza. No ofreciendo la isla ningún fondeadero seguro, el buque tenía que permanecer con su velamen en la mar, y como el capitán no disponía de suficiente tripulación para utilizar una parte de ella en la caza, resolvió navegar a la Isla de Pascua con el fin de robar hombres y mujeres, traerlos a Más Afuera y establecer una colonia que debería practicar regularmente la caza del lobo. Concretó este cruel propósito en 1805, desembarcando en la bahía de Cook para apoderarse de nativos. Dicen que la refriega fue sangrienta, ya que los bravos isleños se defendieron valientemente; mas tuvieron que ceder bajo las terribles armas europeas, y doce hombres con diez mujeres cayeron vivos en manos de los despiadados americanos. Consumado este hecho, los infelices fueron transportados a bordo, quedando atados durante los primeros tres días de la navegación; cuando ya no se divisaba tierra, fueron desatados. El primer uso que hicieron los hombres de su libertad consistió en saltar al agua. Las mujeres que quisieron seguirles fueron retenidas a la fuerza. El capitán hizo parar inmediatamente la nave, esperando que volverían a ponerse a salvo a bordo, tan pronto como las olas amanzaran engullirlos; pero luego se dio cuenta de su error, porque a estos bravos, habituados al elemento, no les parecía imposible alcanzar su patria no obstante la distancia de un viaje de tres días. En todo caso prefirieron la muerte a una vida en cautiverio. Después de discutir un rato entre sí sobre la dirección que deberían tomar, se dividió el grupo, tomando algunos el rumbo directo a la isla y el resto rumbo al norte. El capitán, indignadísimo por esta hazaña inesperada, mandó un bote tras de ellos; pero éste volvió después de muchas infructuosas tentativas, pues cada vez que se acercaba, ellos se sumergían y el mar los acogía compasivamente. Al fin, el capitán abandonó a los hombres a su suerte y llevó a las mujeres a Más Afuera".».

Después de las expediciones del siglo XVIII, que habían encontrado la Isla de Pascua poco interesante, ahora los bandoleros del océano cayeron cual aves de rapiña sobre sus habitantes. Los isleños se convirtieron en animales de presa, igual que los africanos negros.

Había comenzado la brutal represión de los rapa nui.

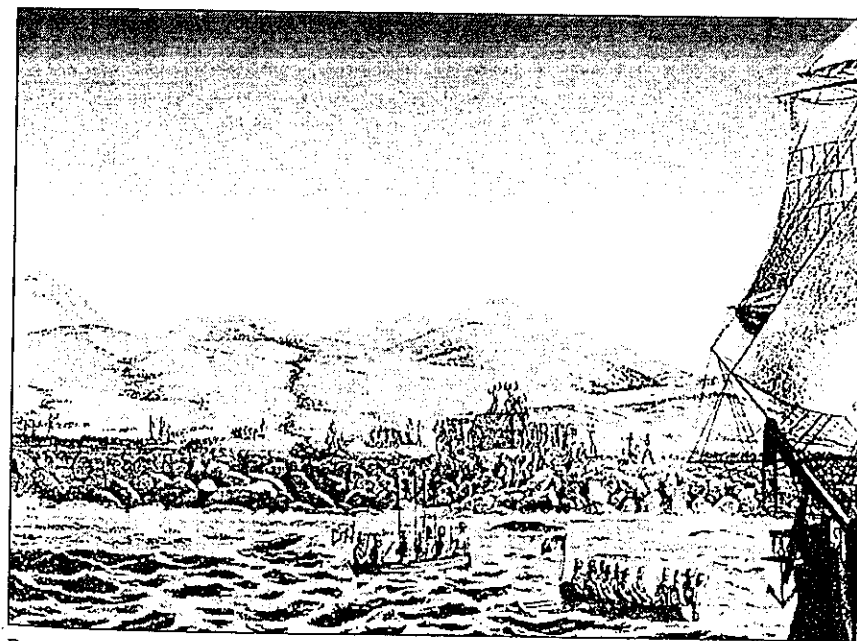
Con el ballenero norteamericano *Pindos*, en 1811, llegó nueva desventura. Los marineros bajaron a tierra para abastecerse de agua fresca. Desde una emboscada se lanzaron sobre un grupo de mujeres, secuestrando a tantas como hombres había a bordo. Después de una noche en que los tripulantes «se saciaron de la manera más atroz» (Mazière), arrojaron a las jóvenes al mar, como si fuesen un lastre inútil. Mr. Waden, el primer oficial, hizo culminar la orgía con

un alegre tiro al blanco sobre las jóvenes que nadaban hacia la costa, y estimulado por la algarabía de sus compañeros, una de sus balas fue mortal.

Era una banda depravada de cobardes grandilocuentes, valentones, codiciosos y crueles, que con un goce perverso y el dulce vértigo del poder se solazaban con el sufrimiento y la muerte de sus víctimas.

Desde la playa, los isleños fueron testigos, sin poder ayudar, de las atrocidades cometidas. ¿Furiosos? ¿Con rabia contenida? ¿O se resignaron ante la fatalidad? ¿Clamaron y lloraron o permanecieron apáticos, pétreos, sin poder comprender lo que estaban viendo? ¿Se metieron desesperados al mar, para ir en ayuda de las mujeres y finalmente rescatar y enterrar a los muertos? ¿Qué les contaron a sus hijos de los hombres blancos que llegaron en el barco grande para matar con un relámpago a su madre? Y ¡juraron venganza? No lo sabemos.

Una consecuencia fue, en todo caso, que los tripulantes de los barcos siguientes fueron obligados a retirarse bajo una lluvia de piedras ante la más mínima sospecha de peligro. Así le pasó al *Rurik*. También el barco hawaiano



DIBUJO DE CHORIS: EL RURIK FRENTE A RAPA NUI.

Kaakon-Manon bajo el mando del ya mencionado capitán Alexander Adams, tuvo que regresar en 1806 sin que ningún hombre haya podido bajar a tierra. El *Albatros* bajo el capitán Windshup no tuvo mejor suerte.

El capitán Beechey y sus hombres del *Blossom* tuvieron una experiencia similar a la del *Rurik*. «Me es difícil», escribe Beechey, «dar una idea de la impresión que causaba aquella multitud. No estaba dominada por ningún poder, ni menos por el respeto hacia sus visitantes».

En este punto cabe preguntarse de dónde el inglés sacó la idea que los rapa nui debían mostrarle respeto. En sus círculos de navegantes, Beechey tuvo que haberse enterado de lo sucedido diez o veinte años atrás. ¿Fue su arrogancia británica? ¿Se indignó porque estos isleños poco civilizados no manejaban las reglas de la hospitalidad inglesa? Inconcebible para un gentleman. Mal que mal, un sólido orden mundial establecía que los «salvajes» debían mostrar el debido respeto hacia la corona británica. O si no ¿qué fue lo que pensó Mr. Beechey al redactar la frase?

Pero sigamos escuchando al capitán: «Al desembarcar, los aborígenes se mostraron muy solícitos. Mientras ayudaban a sus huéspedes, los desvalijaban. Para despejar la playa, un oficial mandó disparar un tiro». Pero los rapa nui ya no salieron arrancando como de las salvas de Roggeveen. Adoptaron una actitud amenazante. Y Beechey continúa: «A los primeros indicios de hostilidades, todo el destacamento que había desembarcado se retiró. Quizás este movimiento fue interpretado como temor o hostilidad... Verdaderas salvas de piedras cayeron sobre los hombres. Finalmente, los infantes de marina tiraron a matar, alcanzando a un jefe». ¿Casualidad? Justamente un jefe. ¿Qué había provocado el disparo: miedo o arrogancia? Y Mr. Beechey tampoco parece haberse dado cuenta que las hostilidades estallaron con el disparo de uno de sus hombres.

La brutalidad del hombre blanco había enseñado a los rapa nui que tenían que defenderse. Su espontaneidad y amabilidad, la candidez y credulidad con que habían saludado a los extraños, fueron ahogadas en sangre. Los que llegarían de ahora en adelante, serían considerados enemigos.

Más tarde, a los rapa nui se les echaría en cara que son agresivos, buscapleitos y desconfiados frente al extraño, sin preguntarse el por qué. «Era de prever que en sus descripciones e investigaciones históricas los estudiosos de todos los países abonarían la suma de las bestialidades cometidas a la cuenta de los salvajes que no sabían apreciar la época gloriosa que les tocaba vivir».

(B. Traven)

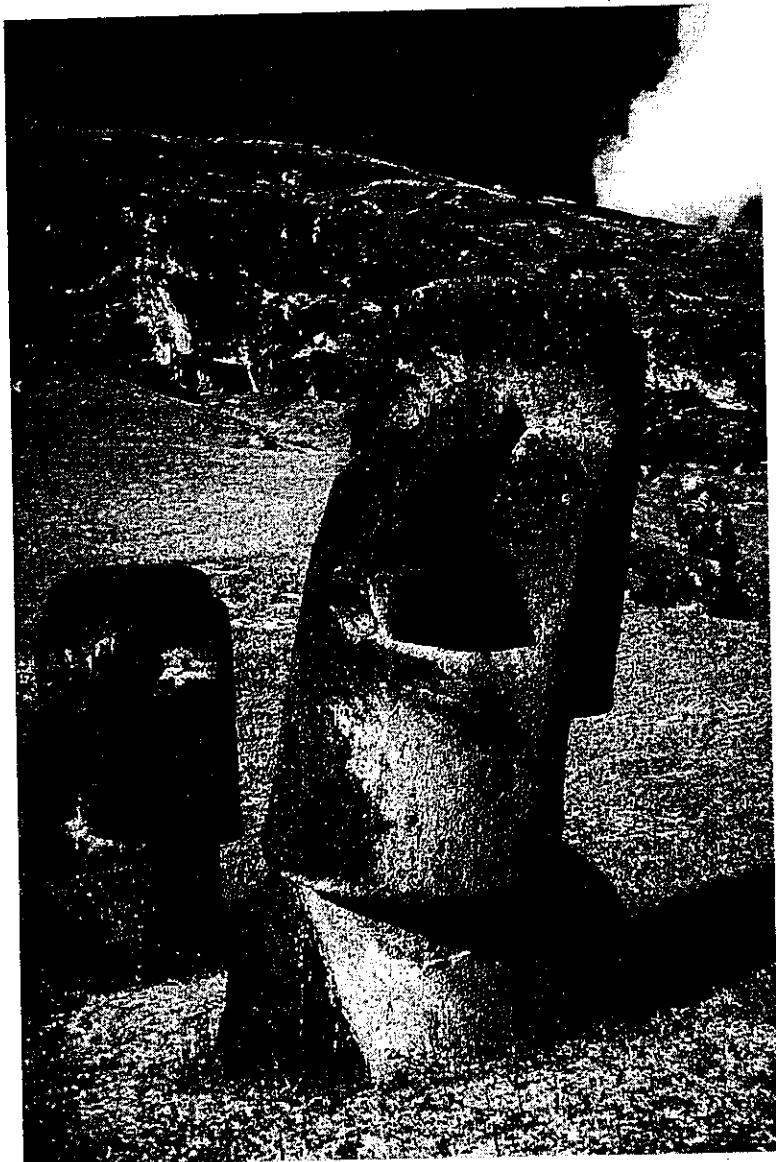
Los llamados de sus defensores, como la siguiente denuncia de Chamisso, se estrellaron contra una coraza de indiferencia:

«Aprovecho esta oportunidad para protestar solemnemente contra el apelativo de "salvajes" en relación con los habitantes de las islas de los Mares del Sur... Donde se les acusa de tener costumbres perversas, esto me parece no ser síntoma de salvajismo, sino de un exceso de civilización. Los distintos inventos, el dinero, la escritura, etc., que suelen utilizarse para medir los distintos grados de moralidad de los pueblos de nuestro Continente, dejan de ser válidos bajo circunstancias tan diferentes, y no son aplicables a estas familias humanas que bajo un cielo amable sin ayer ni mañana, viven el momento y el placer».

En los círculos de navegantes se había corrido la voz acerca de los crímenes, y se sabía del peligro de ser recibido a pedradas. Por lo tanto, los que llegaron a continuación, se comportaron con la debida precaución, ya que les interesaba reabastecerse de agua y trocar víveres. Parece que estas visitas apacibles hicieron que los isleños poco a poco recobraran la confianza. En todo caso, cuando el *Cassini* bajo el mando del Capitán Lejeune ancló en sus costas, los rapa nui ofrecieron una cordial bienvenida a los franceses. A modo de saludo, llevaron a bordo camotes, taro y un pollo. Pero ya a los pocos meses, esta recuperada naturalidad cobró un precio terrible. En Perú se abolió la esclavitud, con consecuencias desastrosas para los rapa nui.



AHU URA-URANGA TE MAHINA: LOS MOAIS DERRIBADOS.



MOAIS EN EL RANO RARAKU.

Cazadores de esclavos *Las incursiones de 1862 y 1863*

«Entonces, los indios que habíamos traído fueron repartidos de a cuatro y diez entre los españoles. Cada español amarró los suyos, también se vendieron indios entre ellos, y por cada esclavo el nuevo dueño pagó un peso a la corona».

GARCÍA DEL PILAR, MÉXICO 1531

«Llegaron en muchos buques y desparramaron en el suelo una gran cantidad de "regalos". De repente empezaron a disparar. Quisimos arrancar, pero nos acorralaron, nos pegaron hasta que caímos al suelo y nos amarraron. A los que no pudieron alcanzar los mataron, también a mujeres y niños. No nos pudimos defender. Todo era gritos, quejidos y sangre».

El viejo rapa nui lo cuenta como si hubiera estado presente. Luego se pasa la mano por los ojos, como queriendo borrar la horrible imagen que tiene grabada en la retina. Dice indignado:

«Encadenaron y castigaron a nuestro Ariki Kai Makoi y a su hijo Manuata, igual que a todos nuestros sacerdotes y jefes; todos los que sabían leer y escribir las tablillas rongo-rongo. No quedó nadie para decirnos qué debíamos hacer».

¿Por qué este asalto?

El comercio de esclavos había sido prohibido en casi todo el mundo. Chile había abolido la esclavitud en 1826 como segundo país del mundo después de Dinamarca. De las grandes potencias, Gran Bretaña dio el paso en 1833, seguida por Francia en 1848. En 1861 estalla la guerra civil en EE. UU. que llevaría a la abolición de la esclavitud. En la misma época, la Rusia zarista elimina la servidumbre. La mayoría de los países sudamericanos siguieron el ejemplo de los europeos, incluyendo Perú, para gran desconcierto de sus hidalgos, dueños de minas y empresarios de las guaneras en las Islas Chinchas. A esto se agregó que Inglaterra deseaba proteger sus recientes intereses en China y paró la «exportación» de obreros chinos, que ya habían sucumbido por miles en las infernales guaneras. Los esclavistas del país andino veían peligrar su bienestar. ¿De dónde sacar la «mercancía humana»?

El irlandés Joseph Charles Byrne tuvo una idea cómo se podía seguir comerciando con seres humanos, sin infringir las nuevas leyes. «Convenció al no excesivamente escéptico gobierno peruano de extenderle una licencia que le permitía contratar temporeros, asegurando que los contratos y no las personas serían vendidas al mejor postor». (Grant McCall). De este modo, el 1 de abril de 1862, el Presidente del Perú Ramón Castilla firmó un decreto que autorizaba a Mr. Byrne para reclutar mano de obra polinésica para trabajos agrícolas y servicio doméstico.

De un plumazo, los antiguos dueños de esclavos del Perú se habían convertido en empleadores, lo que por supuesto no cambió un ápice la situación infrahumana de sus trabajadores, tenidos en calidad de animales de trabajo. Los esclavistas estaban jubilosos. Rápidamente, numerosos patrones de barco y capitanes inescrupulosos se hicieron a la mar. Provistos de cantidades de contratos, iban a «reclutar» mano de obra en las islas polinésicas.

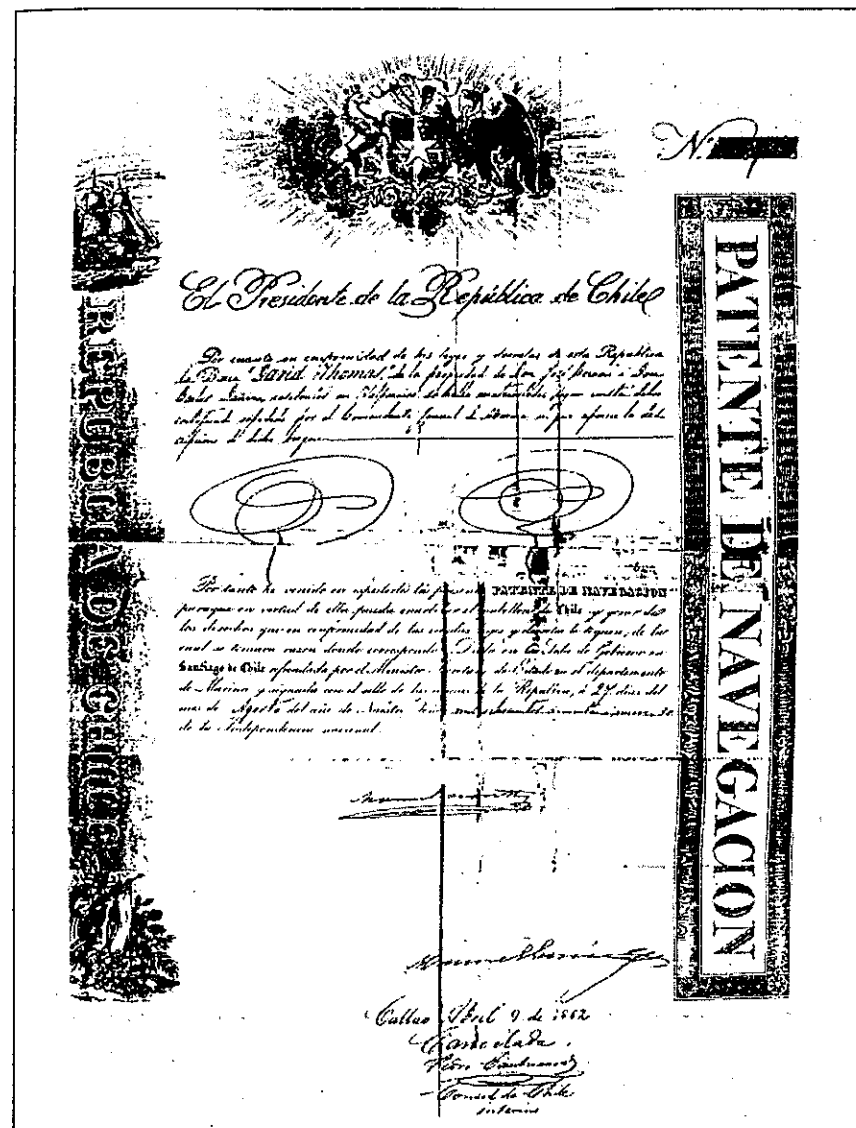
Esta dudosa práctica comercial no fue nada bien recibida por los ingleses ni los franceses. En las islas bajo su tutela tenían los medios para impedir en gran medida la actividad de los «agentes de empleos». Y no vacilaron de hacerlo.

La caza de hombres partió en la Polinesia francesa. Allí cazaba furtivamente el buque *David Thomas*, lo que no sólo movilizó al encargado de negocios francés en Lima, Edmonde de Lesseps, sino también a su homólogo en Hawai, Thomas Eldrige, quien en carta del 9 de octubre de 1862 protesta:

«El gobierno peruano ha dado, sin distinción, a todos los que lo solicitaron, licencias para la importación de nativos de la Polinesia, por varios años, para el servicio doméstico... Por lo mismo, el abajo firmante se ve en la necesidad de protestar contra la importación... al Perú y a exigirle al gobierno peruano que les permita retornar a su patria, sin costo para ellos y con una indemnización adecuada».

El gobierno del Perú hizo oídos sordos, a pesar de que esta protesta fue seguida por otra, no menos tajante, del encargado británico Mr. W. Stafford Jermingham. El gobierno chileno también se preocupó, y con carta del 30 de octubre de 1862 solicitó información a su cónsul en Melbourne, J.B. Were:

«Por conducto de la Legación Británica ha llegado a conocimiento del Gobierno Chileno que un buque llamado *David Thomas*, que dejó de ser chileno en enero último, había sacado con engaños a unos doscientos salvajes... transportándolos a Callao, donde fueron vendidos como esclavos. Al mismo tiempo se aseguraba que



PATENTE DEL BUQUE CHILENO DAVID THOMAS, EMITIDA EL 9 DE ABRIL DE 1862 EN PRESENCIA DE PEDRO CANTUARIAS MUÑOZ, CÓNsul CHILENO EN CALLAO.

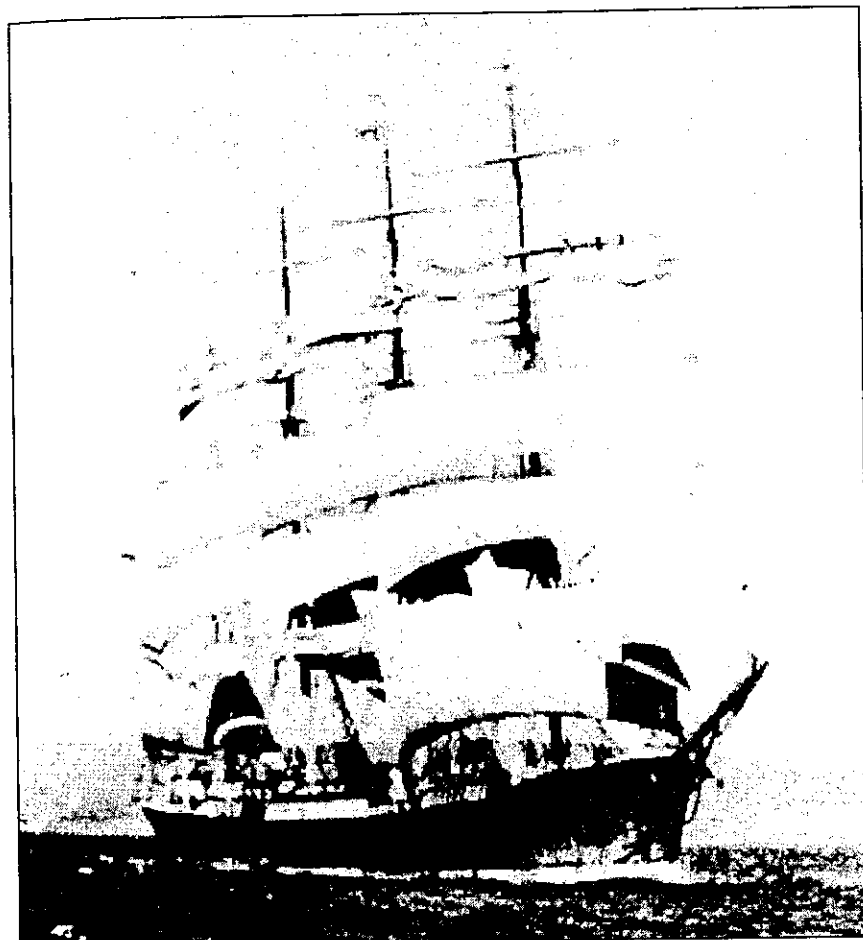
el buque había enarbolado en su travesía pabellón chileno, cambiándolo por otro al llegar a Callao».

Al final, se le solicita al cónsul evitar todo lo que sea «...contrario a nuestras leyes y a las de la Humanidad».

El gobierno peruano siguió sin reaccionar, lo que animó a los piratas a seguir con sus actividades. Pero intervino Francia. El *Cora* bajo el mando del capitán Aguirre había secuestrado a Manuata, hijo del Ariki de Rapa Nui, y lo había llevado a la Polinesia francesa, donde tenía pensado canjearlo por una alta suma de dinero, además de reclutar a más aborígenes. Pero el barco fue capturado frente a Rapa Iti, llevado a Tahiti y vendido. El *Serpentina Margarita* bajo Martínez sufrió igual suerte. Fue retenido en Papeete y sus dos prisioneros rapa nui liberados. Los cotos de caza del pacífico occidental ya no valían la pena, eran muy arriesgados. Pero ahí estaba esa isleta «sin ningún gobierno», como solían decir los amos blancos de la época, y de donde uno podía llevar sin pagar: ¡isla de Pascua!

En menos de un año, 17 barcos (ver anexo pág. 279) tomaron parte en el esfuerzo de convencer a los reticentes temporeros destinados al Perú. El *Carolina* incluso hizo dos redadas. Para disimular en sus bitácoras el origen de los «contratados», los capitanes inventaron diversos alias para la isla. Morales la llama «Baijee», Sasuatégi «Estea», otros «Papay», «Hayan» o «Typic».

El capitán danés Hinrich Peter Hinrichsen fue el primero en ofrecer en el mercado del Callao su miserable carga de 154 secuestrados, el 23 de noviembre de 1862. El empresario naviero le pagó 25 pesos por cabeza y los revendió —los contratos, por supuesto— a 300 pesos. Pero, antes que el *Bella Margarita*, ya habían llegado noticias sobre los métodos poco ortodoxos que se habían usado. El capitán Hinrichsen tuvo que firmar una declaración ante el embajador chileno Cantuarias, ya que su barco navegaba bajo esa bandera, y Chile, como sabemos, ya había prohibido el comercio de esclavos. Hinrichsen explicó candidamente al diplomático que todos los pascuenses habían venido por su propia voluntad y que habían sido bien alimentados y vestidos. Sin embargo, la tradición oral cuenta lo siguiente: el danés no utilizó la fuerza hasta que los rapa nui, deseosos de hacer trueque, llegaron nadando hasta el barco. Fueron invitados a bordo, recibidos amablemente, colmados de comida y bebidas fuertes. Sí, a uno incluso lo habrían mandado de vuelta para traer más comensales al festín. Pero cuando se completó la capacidad de carga, el capitán hizo cerrar las escotillas, y los encerrados, con desesperación se dieron cuenta que habían caído en una trampa. El negocio salió bueno. Con el mismo método, el capitán Orlando logró capturar a 117 rapa nui bajo cubierta en el *General Prim*.



LA BELLA MARGARITA.

Más o menos en la misma fecha arribó el barco chileno *Eliza Mason*, que había zarpado el 3 de octubre desde el Callao. Su capitán Juan Bautista Sasuatégi trabajaba para la sociedad «Seis amigos». Para asegurarse legalmente, estos seis «amigos» habían hecho imprimir contratos de trabajo que estipulaban los derechos y deberes del capitán y de los inmigrantes. Si bien el



CAPITÁN HINRICH
PETER HINRICHSEN.

gobierno chileno, alarmado, no aceptó el trato, tampoco pudo impedirlo, aunque el barco navegaba bajo bandera chilena. En uno de estos contratos (ver anexo pág. 280), según Conte Oliveros «fechado a 20 de noviembre de 1862 en "Estea", uno de los seudónimos de Isla de Pascua, aparecen, además de otros datos manuscritos, los nombres de los nativos Mapa y Panca, una mala transcripción de Mata Paenga, como se llama en Rapa Nui».

Sin temor a equivocarse, se puede suponer que los rapa nui que «aceptaron» viajar, fueron informados sólo muy superficialmente —si es que— sobre el contenido del contrato. Quizás el intérprete les leyó la versión polinésica del texto al grupo de los presos. De seguro que no entendieron nada. Con la lectura se había cumplido la parte legal, pensarían los comerciantes. Pero la cosa no fue tan fácil. La ya mencionada carta del gobierno chileno del 30 de octubre de 1862 a su cónsul en Melbourne dice:

«...que el gobierno fue informado que varios barcos, entre ellos el Bella Margarita y el Eliza Mason, estaban listos para zarpar a Isla de Pascua, sin duda atraídos por la posibilidad de un lucro cuestionable pero cuantioso... Se le solicita hacer todo lo posible para impedir que los navíos arriba mencionados continúen en esta empresa y lleguen a su destino».

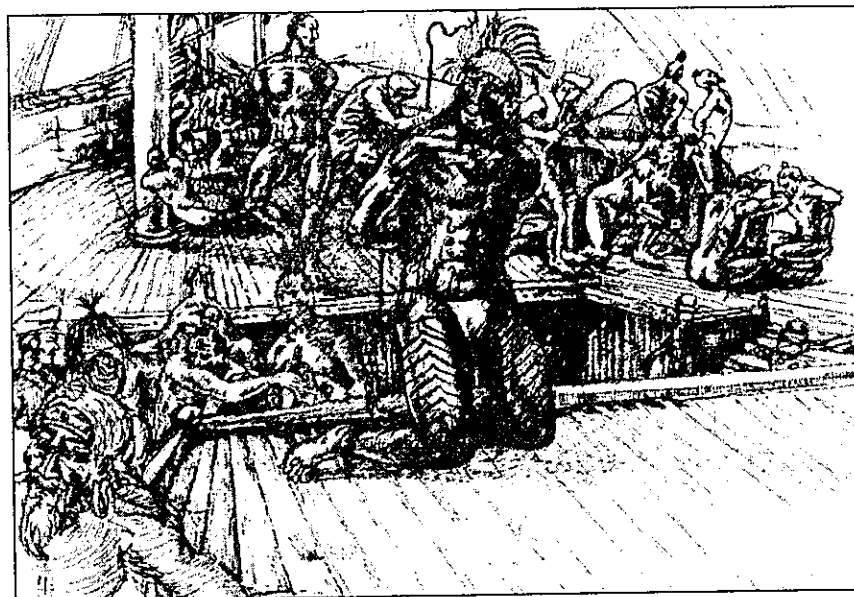
Otro aspecto muy decidor y seguramente también ilegal, es que ni el intérprete pudo o quiso firmar con su nombre, colocando sólo la seña «0/20». También es posible que la comandancia del barco haya anotado los nombres de los 238 prisioneros sin ningún cuidado, agregando en el acto las cruces que significaban las firmas de los esclavos. ¿Quién lo iba a controlar? Si lo que se vendía eran los contratos.

La historia no cuenta cómo se llevó a cabo el reclutamiento en este caso. Conte Oliveros supone que los rapa nui aparentemente se embarcaron voluntarios. Pero: ¿qué se demuestra con eso? También habían subido voluntariamente a bordo del *Bella Margarita*, antes de darse cuenta de la trampa.

Finalmente, los turbios negocios del chileno *Eliza Mason* tuvieron un fin abrupto, ya que una flota peruana de ocho embarcaciones bajo el mando del capitán Juan Maristany Galcerán, los convenció a punta de cañones de que ellos tenían el privilegio exclusivo de cazar en ese coto.

Desde que los rapa nui habían llegado con su rey Hotu Matua a la isla, habían pasado seis siglos sin que nadie saliese del Ombligo del Mundo. Sabían sólo vagamente que detrás del inmenso llano líquido del océano había algo más, algo inimaginable. Ahí estaban, hombres, mujeres y niños. ¿Qué pasaba por sus mentes? ¿Crefan que los 500 compatriotas que habían desaparecido en el horizonte en los grandes barcos, llegarían a una tierra donde fluyen leche y miel? Los barcos recién llegados ¿los llevarían a ellos también a ese lugar? ¿O estaban atónitos, sin lograr comprender qué les había pasado y seguiría pasándoles? ¿Lloraban las mujeres que habían sido violentamente separadas de sus maridos e hijos? ¿Ya habían perdido a sus jefes, o quedaba alguien que podía decirles lo que había que hacer? ¿Esperaban el gran milagro, o habían perdido la confianza? No lo sabemos. Nadie se lo ha preguntado jamás.

El desastre siguió su curso. En su libro *Horizontes, sombríos y luminosos*, (1994), acuciosamente documentado, Jesús Conte Oliveros relata los acontecimientos del día de Navidad de 1862:



PRISIONEROS A BORDO DE UN BARCO DE ESCLAVOS.

«El 22 de diciembre de dicho año 1862 los ocho navíos (ver anexo, p.239), ya en aguas pascuenses, actuaron en coordinación en sus operaciones; pero toda tentativa de atraer los nativos a bordo se tornó estéril por demás. Llegada la noche, se convocó una reunión de capitanes bajo la presidencia de Maristany, en la que se acordó una acción combinada con los contingentes armados de cada navío, de modo que quedara rodeado el mayor número posible de nativos... A la mañana siguiente, martes 23 de diciembre, a las 7.30, Maristany expuso en Hanga Roa la estrategia a seguir: los tripulantes, de un número aproximado a unos 80 hombres, fuertemente armados, serían desplegados por los alrededores del litoral, adoptando la conocida táctica de la chaquira, consistente ésta en arrojar al suelo toda suerte de abalorios y objetos relucientes para llamar la atención de los isleños; y luego, reagrupados, se efectuarían unos disparos al aire, preludio de una descarga cerrada intimidatoria, procediendo así más fácilmente a la captura de cuantos nativos se hallaban absortos, algunos incluso en cuclillas, contemplando una tan atrayente como falsa bisutería.

Concurrieron, en efecto, unos 500 isleños ingenua y cándidamente, incitados por la curiosidad, quienes, al oír los disparos, huyeron en desorden, aterrorizados, con gritos y chillidos, bien arrojándose al mar, bien tratando de esconderse donde de modo fortuito pudieran hacerlo; pero, aunque las órdenes eran de no matar a nadie, salvo en defensa propia, diez nativos al menos pagaron con su vida la imprudencia de haber caído en la celada hábilmente tendida».

Grant McCall se basa en otra fuente. Relata:

«Cada vez que se había juntado una cantidad suficiente de rapa nui, los marinos lanzaban redes sobre éstos, amarraban a sus prisioneros y a punta de golpes los subían a los botes, como si fueran ganado, relata un testigo presencial. Pero como todavía no estaban satisfechos con la cantidad de prisioneros, los marineros persiguieron a los rapa nui, a sus mujeres y niños hasta capturarlos o matarlos en la fuga. Los guerreros rapa nui... lucharon enconadamente contra los invasores, atacándolos a pesar de la superioridad de sus armas... Un guerrero que había logrado desarmar a un peruano lo persiguió por toda la península con su lanza en alto. Pero como a diferencia de los esclavistas nunca mataban a un atacante por la espalda, el peruano desarmado por lo visto pudo escapar». Posteriormente, en un sumario instruido en Papeete «...asegura que el capitán de Aguirre del buque peruano Cora vio a dos nativos que se habían ocultado en una pequeña hondonada. Los exhortó a subir, pero en cuanto habían comenzado el ascenso, los mató a sangre fría y dejó los cuerpos inmóviles abandonados en la grieta. Maristany, por su parte, al comprobar la indecisión de dos naturales

que titubeaban en subir a bordo, se desembarazó de ellos impunemente con sendos disparos». (Conte Oliveros)

El cónsul Cantuarias informa sobre otro incidente. Relata cómo los capitanes con sus hombres persiguieron a los isleños, incendiando sus casas.

«...ellos se habían ocultado con sus familias en un gran plantío de cañas dulces. Aquí hicieron alto los expedicionarios, y colocados en diversas posiciones, procedieron con sus armas a un fuego graneado para obligarles a salir de allí; pero, fracasado el intento, incendiaron el plantío, produciéndose una violenta escaramuza, en la que los esclavistas perdieron 5 hombre y un intérprete a causa de las piedras de matá—obsidiana—lanzadas contra ellos, ignorándose las bajas de los naturales, que serían substancialmente mayores, ya que sus contrarios utilizaron fusiles y otras armas de precisión».

Entre gritos, llantos y lamentos, los prisioneros fueron atados de pies y manos y acarreados a los barcos. Cada uno recibió una marca identificatoria



INCURSIÓN DE LOS ESCLAVISTAS 1862.

en forma de un collar que indicaba el número del esclavo, el nombre del barco y el armador.

Con la brutalidad que los caracterizaba, los piratas habían secuestrado probablemente unas 800 personas entre hombres, mujeres y niños, y derramado ríos de sangre. El mundo del Pacífico estaba horrorizado. Se presentó una querrela criminal contra el cabecilla de la banda, Juan Maristany. Pero como éste gozaba de la protección de España, no hubo juicio.

En su descripción del asalto, Conte Oliveros se basa en los testimonios entregados durante la instrucción del sumario ante la Corte de Papeete, el 19 de febrero de 1863. Declararon dos participantes de la masacre del 23 de diciembre de 1862, ambos desertores del *Guillermo*: el cocinero Robert Fletcher y el carpintero George S. Nichols. «Las declaraciones de este último son, sobre todo, minuciosas y fiables, a la par que sorprendentes por la rigurosa exactitud del relato sin incurrir en ningún tipo de contradicción».

Pero la incursión navideña no fue la última. De las ocho embarcaciones de la flota maldita todavía ninguna había anclado en el Callao, cuando ya zarparon otras para participar en este lucrativo negocio. Ahora, los rapa nui estaban desesperadamente resueltos a defenderse. Con lanzas y piedras iban a recibir a las bestias. Incluso tuvieron éxito, pero no por mucho tiempo. Atemorizado, José Antonio Basagoitía, capitán del *Misti*, no se atrevió a desembarcar y se conformó con dos prisioneros, que sin embargo fueron liberados en Papeete. Acevedo, el capitán del *José Castro*, interpretó el despliegue bélico en la playa sólo como una bravuconada y sin más ordenó un sangriento tiroteo, haciendo disparar a diestra y siniestra sobre los isleños. Conte Oliveros supone que en este zafarrancho probablemente también tomó parte la tripulación del *Carolina* que había aparecido por segunda vez frente a Rapa Nui. Ambos buques llegaron de vuelta al Callao el mismo día 1 de abril de 1863, cada uno con 73 presos a bordo.

Pero la indignación generalizada de la opinión pública, de británicos, franceses, chilenos y, sobre todo, del diario peruano *El Comercio*, logró acabar con el comercio maldito. El Ministro del Interior del Perú, Manuel Freyre, se vio obligado a emitir un decreto, fechado a 28 de abril de 1863, que prohibía a todos los barcos que transportaban mano de obra, a desembarcar a sus pasajeros (esclavos) si no tenían un permiso especial. De este modo, la *Urmeneta* y *Ramos*, que arribó el 17 de julio de 1863, ya no pudo descargar a los prisioneros que traía. Ninguno de los señores empresarios se interesó por la suerte de éstos. Total, las ganancias habían sido satisfactorias, y nadie había sido condenado.

Pero ¿qué fue de las víctimas? Hasta ahora, la opinión generalizada fue que los 1.704 deportados habían sido llevados a las islas Chinchas, donde la

mayoría habría muerto en las guaneras. Después de revisar acuciosamente los antecedentes disponibles, Conte Oliveros llegó a la conclusión de que allí trabajaron solamente chinos. Los polinesios habrían sido vendidos exclusivamente a los dueños de haciendas:



CUEVA FAMILIAR.

«...los contratos procesados en Callao se suscribían, con respecto a los polinesios, exclusivamente para trabajos agrícolas y servicios domésticos; ...consta documentalmente que en la hacienda de Chillón, por ejemplo, hubo polinesios arrojados en pocilgas llenas de excrementos, ocurriendo el mismo fenómeno en otras haciendas en que se encontraron varios polinesios en pocilgas malolientes de cerdos, llenas de excrementos».

De 36 esclavos que compró un hacendado del valle de Cañete, en poco tiempo fallecieron 12.

El 8 de julio de 1863, el médico francés L. Gautier redactó un informe médico sobre el estado de salud de los esclavos. Allí se lee, entre otras cosas:

«En el valle de Chancay fallecieron 140 polinesios de los 222 que no hacía mucho habían sido llevados... En el valle de Chillón fallecieron 64 polinesios de 100. ¡Qué cifras escalofriantes! En menos de seis meses, sin poder invocar la menor epidemia, la mortandad ha alcanzado una proporción que apenas la sobrepasan los grandes azotes, pestes, cólera y tifus... Algunos meses, algunas semanas y de los dos o tres millares de polinesios introducidos en el Perú, no quedará más que un sombrío recuerdo. Cada día, cada hora producen víctimas y se engrosa la lista ya demasiado larga de decesos».

Sin embargo, queda la duda si el francés no detectó o no quiso mencionar la epidemia de viruela de la que hablaremos más adelante.

A los crímenes de los tratantes de esclavos se habían sumado los de los hacendados. La protesta fue cada vez más intensa. Edmonde de Lesseps, Stafford Jermingham, el obispo de Tahiti Tepano Jaussen, y muchos otros exigieron categóricamente la repatriación de los pocos que todavía quedaban con vida. Así fue que finalmente, el 18 de agosto de 1863, 318 polinesios sobrevivientes fueron embarcados en el *Bárbara Gómez*, para ser devueltos a su patria. Resultó fatal para los rapa nui que el barco llevara orden de recalar primero en Papeete, y de ahí seguir a Isla de Pascua. Infectados de viruela, otros 85 rapa nui murieron en esta fatídica travesía, de modo que sólo 15 de unos 1.500 deportados volvieron a ver su tierra. Y este puñado de maltratados contagió la viruela a sus compatriotas, lo que, según un cálculo de Dubatrin, costó la vida a otros 1.000 rapa nui.

Se cuenta que los sobrevivientes ya no pudieron enterrar a sus muertos. Incluso décadas después todavía se encontraban, en toda la isla, osamentas calcinadas por el sol, como un mudo testimonio de los crímenes de los blancos.

Conte Oliveros estima que de los 1.704 esclavos vendidos en Perú, unos 1.400 fueron rapa nui. Pero no consideró que el número de los que llegaron vivos al mercado fue con seguridad menor al de los deportados. Porque en los viajes, que podían durar hasta seis meses, tiene que haber muerto un número considerable de presos. Por lo tanto, sin exagerar podemos suponer que el número de deportados debe haber llegado a los 1.500. A esto se suman los que durante las redadas murieron por golpes y disparos. La opinión coincidente es que antes de las invasiones, Rapa Nui tenía unos 4.000 habitantes. De éstos, en la primavera de 1863, sólo quedaban 1.400. Dentro de un año, este pueblo había sido diezmado violentamente en casi dos tercios de su población.

Comparados con esta violencia, las escaramuzas del siglo XVIII habían sido humanas. Incluso las salvas de los infantes de marina de Roggeveen fueron producto del pánico; los cazadores de esclavos, en cambio, dispararon a

propósito y con la fría certeza de la superioridad de sus armas de fuego. El zarpazo de los colonialistas que durante tres siglos y medio persiguieron tan cruelmente a negros e indios, una vez más había caído mortalmente sobre los indefensos. «La isla se convirtió en el escenario de uno de los crímenes más horrendos que los blancos jamás hayan cometido en los mares del sur. La isla fue bautizada con la sangre de sus hijos», lamenta Alfred Métraux. Los rapa nui habían perdido a toda su clase dirigente y con eso también el conocimiento de la escritura rongo rongo. Su sistema social estaba destruido. Seguiría la destrucción de sus creencias religiosas. Medio año más tarde, el primer misionero desembarcó en Isla de Pascua.

La bendición de la Iglesia o el ocaso de una gran cultura *Torometi y los misioneros*

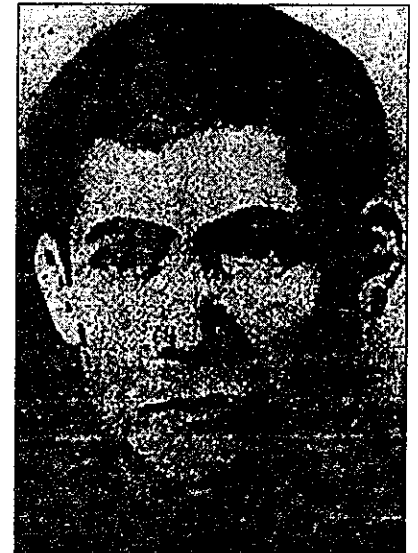
*«No hay razón alguna que justifique someter a estos pueblos
e imponerles una religión extraña y una nueva moral».*

FRANCISCO DE VITORIAS, DOMINICANO, 1550

El 2 de enero de 1864, un buen hombre de Dios, imbuido de espíritu apostólico, puso sus pies en Isla de Pascua. Lleno de fe, quiso sembrar la buena semilla y realizar un acto de misericordia entre los «salvajes», a cuya isla pagana Dios todavía no había dirigido su santa mirada.

Era un francés de 43 años llamado Eugène Eyraud. Este misionero, que había sido obrero maquinista, después de su llegada a Chile ingresó como novicio a la orden de Picpus, recibiendo una preparación como hermano laico. En 1862 viajó a Tahiti, donde se enteró de la existencia de algunos rapa nui que habían escapado de los cazadores de esclavos. Esto hizo madurar en él el plan de difundir el Evangelio en Isla de Pascua. Pidió a su obispo Tepano Jaussen el permiso para contar la Buena Nueva en el remoto terruño, a lo que el prelado accedió, aunque no sin vacilación. «Provisto de los elementos para su virtuosa misión, entre los que figuraba incluso una campana, y con cierto grado de ingenuidad» (Grant McCall), llegó a su anhelado destino cinco meses después de que el último barco de esclavos zarpara de la isla con su presa.

¿Con qué expectativas llegó el hermano Eyraud? ¿Había oído hablar



NO ES SEGURO QUE ÉSTE SEA EUGÈNE EYRAUD
(1820-1868).



OBISPO TEPANO JAUSSEN (1815-1891).

de los horribles crímenes de los esclavistas? ¿Esperaba encontrarse con un puñado de nativos intimidados y trastornados, cuyos varones habían muerto lejos de su patria, y cuyas mujeres y niños apenas tenían cómo saciar su hambre? ¿Confiaba, en su ingenuo entusiasmo, en que este miserable resto, marcado por el sufrimiento, vería en él a su salvador y lo recibiría con los brazos abiertos? ¿Sentía temor ante unos salvajes armados, o confiaba en la mano protectora del Señor? ¿O acaso incluso dudaba de la posibilidad de éxito de su santa empresa? «Pero según los planes de la divina providencia» escribe el padre Sebastián Englert cien años después, «ya se acercaba la hora en que la era pagana con todas sus calamidades llegaría a su fin, y comenzaría la

era cristiana moderna». Pero antes, la providencia tuvo otros planes con el hermano laico y le impuso duras pruebas.

Ocho meses después de su llegada, Eugène Eyraud escribe a su obispo:

«Salí de Papeete con seis compañeros, entre ellos Pana, que había sido raptado de la Isla de Pascua por tratantes de esclavos. Él me serviría de intérprete. Además traje a Daniel, un joven cristiano de Mangareva... Embarqué herramientas de carpintería, un tonel de harina, cinco ovejas, algunos vástagos de plantas y árboles... y, por último, incluí en mi equipaje una gran campana, que me parecía muy importante».

A su llegada, mandó a Daniel en un bote a la playa.

«Pero Daniel no se quedó mucho rato. Volvió blanco de susto, y se lanzó hacia mí exclamando: "Señor, en la playa ¡hay demonios pintados de ne-

gro y rojo! Cantando, aullando y bailando me amenazaron con sus armas. No iré otra vez ni aunque me pague 1000 piastras. ¡Es horrible! ¡Esa gente es peligrosa! Además, la viruela mató a mucha gente en la isla. ¡Nos vamos a contagiar todos! ¡Volvamos a Tahiti!". Todos a bordo se asustaron sobremanera y quisieron devolverse enseguida. Sólo yo permanecí tranquilo y me opuse a la idea y exigí que me llevasen a tierra... Pero me lo había imaginado todo un poco más fácil... Cuando Pana y yo nos acercamos a la playa, allí se arremolinaba una multitud de hombres, mujeres y niños. Los hombres iban armados de picas con astillas de obsidiana en la punta... Pero no los pude observar mucho rato, pues Pana y yo teníamos que defender de los nativos las pocas cosas que traíamos».



RETRATO DE UN JEFE RAPA NUI, DIBUJADO POR WILLIAM HODGES CIENT AÑOS ANTES DE ESTOS SUCEOS.

Hubo malos entendidos con la comandancia del barco, porque ésta, seguramente también por miedo al contagio, hizo izar velas y abandonó a su suerte a los dos hombres.

Eyraud continúa su relato:

«Estaba desesperado, pues en el barco se encontraban todas mis pertenencias, especialmente mi catecismo en idioma tahitiano, para transmitir a los isleños las primeras verdades de la religión. ¿Qué hacer? Pero Dios no me abandonó, pues al anochecer llegó un mensajero con la noticia que todas mis cosas habían sido desembarcadas. Inmediatamente me asaltó otra duda. ¿Volvería a encontrar las cosas si quedaban allí por más tiempo sin vigilancia?... Cuando llegué a Hanga Roa, lo primero que vi fue un nativo

que se había puesto mi sombrero, y a otro que llevaba mi abrigo. Sin embargo, las maletas y cajas, pero sobre todo los postes y tablas destinados a convertirse en mi cabaña, estaban ahí. Quizás porque algunos guerreros las cuidaban».

Repuesto de la primera impresión, Eyraud construyó su cabaña y quedó más tranquilo, porque ya podía «proteger todo bajo llave de los nativos codiciosos y manilargos».

«Pero mi alegría no duró mucho», continúa, «porque poco después apareció otro que se llamaba Torometi... Éste se sentía mi protector. Él y su familia me abastecían de víveres. Su choza quedaba cerca de mi casita, y pasaba a verme a cada rato, sea de día o de noche, examinaba todas mis pertenencias y me consideraba —esa era mi impresión— como de su propiedad. Durante mi estadía en la isla (o sea nueve meses) el sujeto siguió aliviándome de todo lo que había traído, lo que sin embargo no me molestó. Era un manato'a, un jefe guerrero. Pero no sólo me mandoneaba; también me hacía proteger por sus hombres. Hasta ahora no logro entender por qué lo hizo. Quizás creía que mi persona como sacerdote aumentaría su prestigio y le daría poder sobre los otros jefes».

Es probable que Eyraud haya sobreestimado el poder milagroso de su investidura. La protección de Torometi debe haber sido una medida de precaución. ¿Acaso Eyraud no consideró que, después de los desastres del año anterior, los isleños estaban furiosos contra todo lo extranjero, y que su vida corría serio peligro? Quizás Torometi estaba protegiendo a Eyraud de la ira de su gente. ¿O lo tenía bajo observación para ver si éste también, como los anteriores, se pondría violento? Es probable que el manato'a escudriñaba el horizonte con el temor de que este hombre blanco lo pudiese estar engañando y fuese en realidad la vanguardia de una nueva tropa de asesinos. Que la «protección» fue probablemente una manera efectiva de controlar a este extraño intruso, fue algo que Eyraud no captó en su ingenua beatitud. Seguramente tampoco tenía claro que con la desaparición de su clase dirigente, se habían derrumbado todas las estructuras jerárquicas de la sociedad isleña, lo que hacía que las luchas por el poder fuesen prácticamente inevitables. ¿Quizás Torometi vio en este extranjero a un rival que había que controlar? Torometi era probablemente demasiado inteligente como para matar sin más a este hombre blanco, porque calculaba que la tripulación del próximo barco vengaría su muerte con otra masacre. Y la más amarga experiencia le había enseñado que nada podían hacer contra las armas de fuego. Pero no nos

consta. Así, alimentaba a su manso hombre blanco y al mismo tiempo lo tenía de rehén. Pero algo puede afirmarse con certeza: la imagen de los salvajes primitivos e infantiles, cuyas ideas supuestamente giraban sólo en torno a la lascivia y el robo, no corresponde. Torometi más bien parece haber sido un hombre que sabía analizar acertadamente la realidad y actuaba responsablemente. Eyraud lo percibió de manera distinta: describe a Torometi como un hombre de 30 años, grande y fuerte como los indígenas de la isla, que daba al misionero una impresión engañosa y por eso le merecía desconfianza. Torometi siguió manteniendo los ojos abiertos, probablemente también desconfiado, mientras Eyraud iniciaba la evangelización, lo que el jefe rapa nui, a pesar de todo, le permitió.

Sobre su trabajo, Eyraud escribe a su obispo:

«Creo que muchos iban a verme y escucharme, porque significaba una entretención en la monotonía de su existencia... Pronto aprendí su lengua, de modo que pude conversar con ellos con bastante fluidez. Ya temprano por



EYRAUD, Y A SU LADO, CON LA MELENA NEGRA, TOROMETI.

la mañana llegaban los primeros a mi casita, tocaban la puerta y me llamaban para que saliera. Si salía enseguida, todo estaba bien, y la clase comenzaba al aire libre en el pasto delante de mi cabaña. Si tardaba, empezaban a golpear las paredes. Y si eso no bastaba, tiraban piedras sobre el techo, primero pequeñas, luego más grandes, hasta que yo, hartado de la bulla, me asomaba. Entonces empezaban las clases. Mi método, que consistía en recitar los versículos y oraciones y hacerlos repetir, parece haberles gustado. Quizás sintieron algo de la fuerza de nuestra fe».

¿En serio? ¿O es que los rapa nui no veían en los gestos, la salmodia de los versículos y rezos, imposibles de comprender, más que una invitación a un nuevo juego que los divertía? La idea que mediante la recitación y repetición se pueden implantar nuevos preceptos morales o contenidos religiosos era entonces —y muchas veces sigue siendo— un principio básico de la pedagogía, y especialmente de la catequesis. Sabiendo recitar la cantidad necesaria de oraciones y textos bíblicos, un pagano ya podía convertirse en hijo de Dios. Normalmente se olvidaba que los «salvajes», en largos procesos y bajo condiciones de vida específicas, habían desarrollado otras normas y conductas y creado una cosmovisión propia e incomparable con la del europeo y su cultura milenaria.

No importa con qué fervor predicó Eyraud, la fuerza de la fe por sí sola no fue suficiente para convertir a los rapa nui en «buenos europeos». Todo lo que el misionero había traído tuvo su destino tradicional: las ovejas de crianza fueron sacrificadas, las semillas para siembra consumidas, y el humillado Eyraud tuvo que contentarse con comer camote. Más encima, estaba sometido a su «espíritu malo», como llamaba a Torometi. Este exigía que el misionero le mostrase todo lo que tenía, y se quedaba con lo que le parecía útil. Un día, Torometi pidió la campana que Eyraud había cuidado tanto. Ante su negativa, comenzó un ruido ensordecedor, y los miembros del clan del guerrero taparon a pedradas la cabaña del pío hermano, hasta que éste optó por entregar el codiciado objeto antes que le quemaran su choza. Que Eyraud no supiera cómo se manejan los bienes muebles en la isla —de este tema ya se habló—, no se lo podemos reprochar.

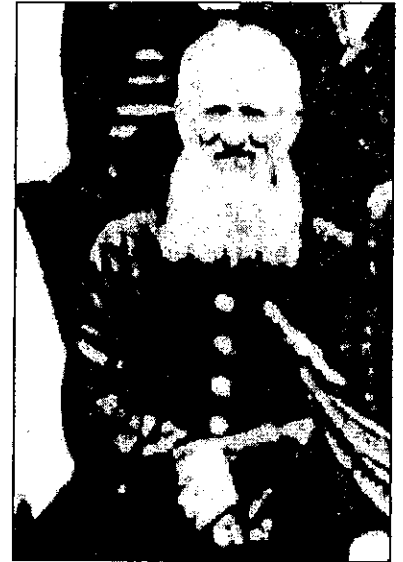
En otra oportunidad Eyraud quería cocer ladrillos, pero su vigilante le quitó la paja para prender con ella su propio horno de tierra. El humilde misionero toleró todo, no se sabe si por temor o por la firme convicción que la santa obra de llevar el Evangelio finalmente tendría que dar fruto.

Llegó septiembre, y en Orongo, en el borde del cráter del Rano Kao, se reunieron los clanes para su competencia anual, un rito centenario. Cada

clan designaba a uno de sus miembros para tomar parte en la competencia. El jefe del clan cuyo competidor regresaba primero del islote Motu Nui con un huevo del pájaro manutara, para entregárselo al sacerdote supremo, era coronado por un año como tangata manu u hombre-pájaro, mediador entre Make Make y los hombres. Como Torometi y su clan no podían faltar, tomó a Eyraud en prisión preventiva —como antaño Cortés a Montezuma— y se lo llevó al cerro con todos sus bártulos. El santo hombre consideró que eso sí era demasiada humillación y se escapó, ayudado por algunos enemigos de Torometi de otro clan. Torometi, por su parte, no pudo tolerar este atentado contra su autoridad, por lo que salió a perseguir al fugitivo. Se produjo una lucha por la «presa». Eyraud fue lanzado al suelo y tironeado de pies y manos por los bandos contrarios. La choza de Torometi fue incendiada, y el pobre misionero cayó en manos de los vencedores; desnudo, porque en la trifulca había perdido todas sus ropas. Sin embargo, Eyraud sorprendentemente decidió volver con su «espíritu malo». ¿Se habrá sentido más seguro con él, a pesar de todo?

Cuando pocos días después llegó el *Teresa Ramos* a Isla de Pascua, Torometi alzó sobre sus hombros al predicador desnudo, sólo envuelto en una manta, cruzó por entre la multitud que se peleaba en la playa y —como Cristóforo con el niño Jesús—, atravesó la rompiente para entregárselo a los marineros. Una vez a bordo, el exhausto, que a toda costa quería volver a la isla, fue recibido y retenido con todo cuidado por los padres Bernabie y Delpech. El 11 de octubre de 1864, el *Teresa Ramos* levó anclas y llevó al hermano Eugène a Valparaíso, con lo que terminó el primer intento de evangelización.

Unas últimas palabras sobre el «espíritu malo». Tampoco en esta situación, la conducta de Torometi me parece haber sido primitiva o motivada por oscuros instintos. No olvidemos las terribles experiencias que los



PADRE HIPPOLYT ROUSSEL (1824-1898).

rapa nui habían tenido con los extraños. No parece desacertado asumir que Torometi actuó con prudencia, porque tuvo éxito en tres aspectos: primero, se granjeó la simpatía de la comandancia del barco, con lo que en segundo lugar evitó un temible baño de sangre, y en tercer lugar se liberó de un dudoso rival por el poder. Es probable que además haya aumentado el prestigio de Torometi y quizás también su poder.

Es cierto que esto no es más que especulación. Pero al final de cuentas, todas las opiniones de los extranjeros sobre los isleños son subjetivas. Nadie investigó jamás las motivaciones de los rapa nui.

Ignoramos lo que aconteció en Rapa Nui en el año y medio siguiente. ¿Había dejado huellas la fuerza de la fe, o volvió Make Make, su dios supremo, a determinar sus vidas? ¿Se consolidaron nuevas estructuras de liderazgo, nuevas formas de convivencia después de la terrible sangría? ¿Volvieron a cultivarse los campos, y había suficientes hombres como para salir a pescar? Sólo sabemos que Eugène Eyraud puso toda su energía en completar su misión evangelizadora.

El 25 de marzo de 1866, Eyraud desembarcó por segunda vez en Isla de Pascua, ahora en compañía de tres hombres de las islas Mangareva y del padre Hipólito Roussel. Este, según Grant McCall, había sido

«...despojando de su cargo en Mangareva, porque sus observaciones excéntricas y sus actividades incómodas habían causado malestar».
«Poco después, al desembarcar los misioneros», describe Conte Oliveros la llegada, «una multitud hostil y amenazadora los aguardaba. Sin embargo, el P. Roussel, avezado en este tipo de situaciones, no se dejó intimidar y subiéndose a un ahu o plataforma para las estatuas pétreas o moai, considerado tapu o sagrado, bendijo a los presentes y a la nueva tierra, hablándoles en el idioma de las Tuamotu fácilmente comprendido por la gente rapa nui, de tal forma que, al menos momentáneamente, todos se calmaron. Tenían cinco días para desembarcar los materiales de construcción y herramientas, que habían traído por un importe de 360 dólares. Debían poner a buen recaudo, cuanto antes, los baúles con objetos litúrgicos, vestimenta y efectos personales para evitar la sustracción. Durante casi dos meses hubieron de poner a prueba la paciencia en grado heroico, pues las dos casas erigidas por el Hno. Eyraud y los tres mangarevanos antes que zarpara la goleta el día 28, fueron blanco de pedradas, mientras se proferían en el exterior gritos amenazadores en venganza de no haber podido adueñarse de los codiciados objetos desembarcados».

Nuevamente, bastó la suposición lapidaria de que los nativos habrían protestado sólo por codicia frustrada. Que simplemente estaban mandando al diablo a los extraños no parece una idea tan descabellada, después de todo lo que había pasado.

Pero, lentamente, la tensión pareció disminuir. Los misioneros habían traído semillas y vástagos para mejorar la dieta de los isleños y también la propia. A la par con el trabajo agrícola iba la labor evangelizadora. La meta era sobre todo bautizar a todos los rapa nui. Al gravemente enfermo hermano Eyraud le quedaba un año y medio para hacerlo. Torometi convenció (no sabemos cómo) a los misioneros de construir la iglesia en sus tierras de Hanga Roa, quizás para poder vigilar el quehacer de los padres. En el desorden que dejaron las incursiones de los esclavistas, no se había reorganizado la jerarquía entre los clanes, ni había paz o seguridad para los habitantes de la isla. Reinaban el miedo y la desesperación, no sólo por posibles nuevos actos de violencia, sino también porque la viruela arrasaba sin piedad. La tasa de mortalidad era enorme. Se dice que el número de muertos fue tan alto que no pudieron ser sepultados sino que hubo que arrojarlos en grietas y cuevas. En 1872, Pierre Loti informa que «los caminos están cubiertos de osamentas y esqueletos completos que dan la impresión de que alguien se acostó a descansar sobre la hierba».

En esta situación no fue fácil para los padres predicar la palabra de Dios. Visitaban los pueblos costeros, prestando ayuda y consuelo. Inesperadamente, el 6 de noviembre de 1866, recibieron ayuda. Para reforzar la misión, en el *Tampico* llegaron el sacerdote alemán Kaspar Zumbohn, de 43 años, y el hermano Escolan, nacido en Francia en 1818. El capitán francés era un tal Dutrou-Bornier, el cual inmediatamente lanzó su mirada ávida sobre la isla. En pocas horas vio tanto botín apetecible, que el 25 de marzo de 1867 regresó para «contratar trabajadores» a la manera peruana. Sin embargo, fracasó en su intento. No hay información si fueron los misioneros o los rapa nui o ambos los que impidieron que tuviese éxito. En todo caso, el francés no se dio por vencido y llegó por tercera vez el 4 de abril de 1868, para establecer su régimen en Isla de



PADRE KASPAR ZUMBOHN
(1823-1887).



PADRE THÉODULE ESCOLAN (1818-1904).

Pascua. Más adelante volveremos a hablar de este sujeto.

En el intertanto, la evangelización había dado pasos decisivos.

En septiembre de 1866, Eyraud y Roussel habían participado en Orongo en la proclamación del hombre pájaro. Esta ceremonia sagrada para los rapa nui resultó ser la última de una larga tradición. Marcó el final de una cultura grande y única. ¿Cómo fue eso posible?

Se dice que la afluencia a la iglesia fue la razón principal. Pero hay argumentos para suponer que otro suceso fue decisivo. La desconfianza de los rapa nui frente a los extranjeros

hacía que la evangelización avanzase muy lentamente. A pesar de todas las exhortaciones a abandonar los antiguos ritos y a abjurar de la brujería pagana; los rapa nui no hacían caso. Sus dioses y ritos eran inherentes a su mundo interior, a su identidad con el cosmos, y hacía siglos orientaban su pensar y actuar. De modo que sólo unos pocos aceptaron el bautismo; demasiado pocos según la opinión de los misioneros. Sin fundamento, Roussel opinaba que «la decadencia moral... había llegado al extremo. Todo lo que los bárbaros paganos podían inventar en atrocidades, se ponía en práctica contra las víctimas indefensas de cualquier edad, sexo o condición social». Esto explica por qué Roussel decidió aplicar una medida drástica y probada.

Después del secuestro del Ariki Kai Makoi y su hijo Manuata por los cazadores de esclavos, la dignidad real había pasado a Manurangí. Roussel relata que asistió como invitado de honor a una ceremonia de cosecha dirigida por Manurangí, entonces de once años. Roussel sabía que un tabú absoluto prohibía tocar la persona del Ariki, y en especial su cabello. El sacerdote decidió hacer un escarmiento, como Bonifacio con los germanos cuando cortó la encina de Donar. De repente, Roussel hizo apresar al joven soberano y raparle la cabeza. El espanto de los rapa nui debe haber sido grande. Un tabú había sido brutalmente violado, atentando además contra todas las reglas de la hospitalidad. Ahora Make Make castigaría el sacrilegio. Pero el tiempo pasó. No hubo truenos ni relámpagos, ni las aguas del océano

se levantaron para sepultar la isla. Roussel había triunfado.

¿Acaso Make Make había abandonado a su pueblo, quizás ya con la llegada de los piratas peruanos? ¿Quizás el nuevo Dios era más fuerte que los antiguos? ¿Mejor someterse a la nueva fe y abjurar de todo lo que durante siglos había conformado su vida religiosa? La violencia ayudó a imponer la fe cristiana. Los rapa nui aceptaron ser bautizados.

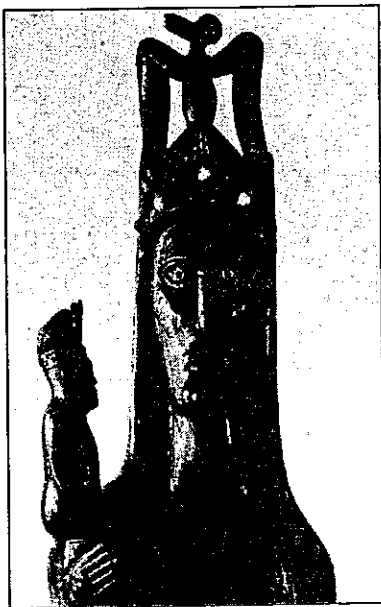
Eugène Eyraud deseaba fervorosamente consumir su obra. Enfermo de tuberculosis, el misionero ya no se podía levantar de su lecho. El 17 de agosto de 1868, el moribundo le preguntó al padre Zumbohn si todos los isleños estaban bautizados. «Sí», le contestó el sacerdote, «todos son cristianos». Dos días después, a las once de la noche, el primer misionero de la Isla de Pascua cerró los ojos para siempre.

No viene al caso saber si realmente estaban todos bautizados o si fue sólo un consuelo piadoso para el enfermo. Más importante es preguntar si la antigua cosmovisión con todos sus ritos pudo ser eliminada de las mentes de los bautizados, quedando exclusivamente los preceptos del cristianismo. En la iglesia de Hanga Roa hay dos figuras de tamaño natural de Cristo y la Virgen María. Cada una está coronada por un símbolo del hombre-pájaro de Orongo. Le pregunté a Benedicto, el artista que las talló, por la razón. Respondió esquivamente que el Espíritu Santo también se representa con forma de pájaro. Pero más tarde concedió con un aire de complicidad: «Todavía no hemos olvidado nuestra antigua religión».

Hay que concederles a los religiosos que estaban convencidos de su santa misión de proclamar la —según ellos— única verdad y combatir al diablo. Zumbohn quería «que todos los isleños se conviertan en tan valientes luchadores por el reino de la luz, como antes lo fueron por el reino de las tinieblas». Con seguridad, los padres no tenían ninguna duda de que la expulsión del anticristo era una obra benéfica y piadosa. Pero ¿dónde termina la misericordia, y dónde empieza la autocomplacencia? «La historia de la evangelización del Nuevo Mundo está llena de errores» precisa Karl



MAKE MAKE, EL DIOS SUPREMO.



MARÍA CORONADA POR EL HOMBRE-PÁJARO.

Kohut en el prefacio de *Das erste christliche Jahrhundert der Osterinsel* (El primer siglo cristiano de Isla de Pascua). Y en el epílogo, Johannes Meier dice: «Durante siglos, la acción evangelizadora fue una vía de dirección única: acá Europa que transmitía, allá el mundo pagano que recibía... La actividad misionera (hoy) ya no es autoritaria o doctrinaria».

Con el descubrimiento del Nuevo Mundo, la misión calificó a las culturas paganas como obra del demonio. Así, muchas cosas fueron destruidas a propósito, otras por ignorancia, como aquí en Rapa Nui.

Por lo mismo, los padres escasamente se interesaron por la cultura del Ombligo del Mundo. Roussel apenas mandó algunas tablillas rongo-rongo a Tepano Jaussen en Tahiti. Otros objetos típicos de su cultura, se dice, fueron mandados a quemar.

Pero más triste es que estos cristianos no hicieron ningún esfuerzo por comprender las mentes y los corazones de los aborígenes. Juzgaron a los rapa nui sobre la base de sus valores ético-morales europeos, como tantos otros antes y después. Hasta ese momento, la única excepción había sido Chamisso. Ellos, los misioneros, que estuvieron tan cerca de los crímenes de los cazadores de esclavos y conocieron a tantos afectados, no hicieron preguntas. Sin ninguna autocrítica, legaron a la posteridad una imagen de los rapa nui que los estigmatiza hasta hoy. Los veían nada más que como criaturas salvajes, crueles y apáticas que únicamente el bautismo cristiano podía transformar en seres humanos sensibles. Furiosa, Annie-Francé Harrer escribe, en 1929, en el diario vienés *Neue Presse*:

«A este miserable resto de una población que en su tiempo seguramente fue mucho más numerosa, sólo se le permite vivir en una pequeña parte de la isla, un sector costero tradicionalmente llamado Hanga Roa. Los nativos cultivan sus parcelas de papas y camote y salen a pescar en el mar. Hoy,

llevan la vida monótona y apática en que caen todos los aborígenes bajo el dominio de un cristianismo misionero que les es intrínsecamente ajeno, incomprensible e inútil, y que los degrada en miserables portadores de ideas que, impuestas como han sido, no les pueden servir de nada. El obispo de Tahiti reina sobre ellos o sobre lo que él llama su alma inmortal».



VISTA DESDE ORONGO HACIA EL ISLOTE MOTU NUI.

El aventurero *Juan I, rey de Isla de Pascua*

«La manera más eficaz de arruinar a los
aborígenes consiste en quitarles sus tierras».

DOUGLAS L. OLIVIER

Su nombre civil era Jean Baptiste Ounèsime Dutrou-Bornier. El 4 de abril de 1868, el francés aparece por tercera vez, en medio de un temporal, frente a las costas de Isla de Pascua. Había tenido que cambiar a John Brander su barco anterior, el *Tampico*, por el vetusto *Aorai*, según Conte Oliveros debido a deudas de juego o a especulaciones, quizás a ambas. La tormenta arroja al *Aorai* contra el roquerío, y la apollillada embarcación se hunde. Dutrou-Bornier logra rescatar del naufragio cañones, fusiles, municiones y sables. Útiles indispensables para él, como veremos más adelante. No se sabe quiénes y cuántos lograron salvar con vida, en todo caso, a Dutrou-Bornier no debe haberle preocupado demasiado. Tampoco está claro si el carpintero danés Christian Schmidt ya llegó en ese viaje o recién en septiembre de 1870. Lo cierto es que dejó a descendientes en Rapa Nui, los que formaron numerosas familias.

Con la nueva aparición de Dutrou-Bornier, los conflictos en la relación entre los misioneros y los distintos grupos rapa nui —de por sí



JEAN BAPTISTE OUNÈSIME
DUTROU-BORNIER (1834-1876).

difícil- se complicaron considerablemente. Dutrou-Bornier no había llegado como un apacible granjero, sino para reinar. Este dudoso capitán, parecido a un fantoche presumido, nació el 19 de noviembre de 1834 en Montmorillon, Francia. En 1865, viajaba en el *Tampico* de Le Havre a Tahiti con carga para John Brander. Frente al puerto del Callao, su barco fue interceptado por la marina peruana y Dutrou-Bornier sentenciado a muerte, pero salvó con vida gracias a una confusión. «Jugó el rol principal en los escandalosos intentos de reclutar mano de obra en Napuka», relata Conte Oliveros, «pero por segunda vez se libró de ser ejecutado, lo que le produjo un ataque de delirio de felicidad», que derivó en delirio de grandeza. En carta fechada a 4 de septiembre de 1869 y dirigida al doctor François Cardella en Papeete, Dutrou-Bornier escribe embriagado:

Tengo el honor de informarle que soy Rey. Mi reino es pequeño, pero hace poco soy Juan I, Rey Pascuense, un rey sumamente cristiano. La Isla de Pascua bien vale una oración. Desde ahora puede llamarme Sir o Su Majestad Juan, Rey de Isla de Pascua.

Su majestad bautizó a su reino —más frívolo que buen cristiano— «Ste. Marie de Rapa Nui», tomó como esposa a Koreta, una isleña de noble estirpe, la nombró reina, a sus hijas Caroline y Hariette-Marthe princesas, y reclutó una guardia personal de guerreros rapa nui.

Se lee como un folletín, pero la realidad era trágica. Porque el aventurero no había sido desterrado a la isla por imbécil, sino que había llegado para hacer fortuna. En este punto tendremos que detenernos por un instante, porque la actividad comercial de Dutrou-Bornier tendría una tremenda influencia hasta muy avanzado el siglo XX, en el litigio por el derecho de posesión de las tierras.

El francés formaba parte de un grupo de hombres de negocios que, a veces solos, otras en sociedad, explotaban a gente y tierras en Polinesia, y le correspondía representar los intereses de la pandilla en Isla de Pascua. A la cabeza de esta asociación de honorables se encontraba el ya mencionado John Brander, nacido en 1814 en Escocia, dueño de plantaciones y empresario naviero en Tahiti, el que debido a su adicción a los juegos solía perder cuantiosas sumas.

Estaba casado con Titaua, hija del matrimonio de una princesa tahitiana con Alexander Salomon. Éste descendía de una familia judía de banqueros de Londres, tenía tierras en Moorea y Tahiti, y era socio de John Brander. Su hijo Alexander Salmon junior sería el encargado de administrar la estancia

ovejera en Rapa Nui a partir de 1879. A mediados de la década de los 80, su segundo hijo, Tati Salmon, negociaría la venta de las tierras de la misión de Rapa Nui. Una familia ilustre. Aunque Dutrou-Bornier no formaba parte de ella, era el más inescrupuloso de todos. Pero volvamos atrás: Al comienzo, Dutrou-Bornier trató de ponerse de acuerdo con los misioneros para ir sondeando el terreno. No perdió tiempo. El 5 de octubre de 1868, Juan I nombró un «consejo de estado», se designó a sí mismo presidente y al padre Zumbohn secretario general. Cuando a fin de mes llegó el barco de línea inglés *Topaze* (que se llevó un Moai de la isla), el presidente y el padre Roussel, muy amigos, hicieron las veces de cicerones.

Pero Dutrou-Bornier quería tierras, todas las tierras. Veía con malos ojos que la influencia de los misioneros sobre los rapa nui era considerable. Además, le fastidiaba que la misión no sólo tenía campos y animales, sino que crecía y en 1868 empezó a construir una iglesia en Vaihu, una aldea numerosa en la costa sur. Contra esto, Dutrou-Bornier se oponía porque buscaba extender su ámbito de poder. Inicialmente, por unos pedazos de género de algodón, los rapa nui le habían cedido tierras. Pero de repente esto ya no funcionaba ¿Por qué se negaban los rapa nui a traspasarle sus tierras?

Aquí cabe hacer la siguiente reflexión: Los nativos no conocían la propiedad de la tierra. Entonces surge la duda si le dejaron los terrenos en usufructo, prácticamente en arriendo, a Dutrou-Bornier, o si se los vendieron. El abogado chileno que representa a los rapa nui, Dr. Dougnac, me dijo una vez: «El hombre occidental explota la tierra para producir. Para el rapa nui, la tierra es su hermano y su madre, y eso no se vende». Los isleños insisten hasta el día de hoy en que jamás entregaron sus tierras. Pero sus conceptos de derecho fueron desconocidos por los tribunales, los que en cambio acogieron las demandas de Dutrou-Bornier, Brander y otros conforme al derecho europeo. Esto derivó en un litigio que



TATI SALMON.



JOHN BRANDER.



ALEXANDER SALMON PADRE.

aún no termina. Queda la otra duda acerca de si Dutrou-Bornier cerró los contratos de compraventa de buena fe, convencido de su legalidad. En una oportunidad, Bismarck acotó cínicamente: «Adquirir tierras en África del este es muy fácil. Bastan unos fusiles que los negros cambian por sus crucecitas». Estos bandoleros, incluyendo a Dutrou-Bornier, sabían exactamente que estaban echándose al bolsillo las tierras de los aborígenes y que contaban con la complicidad de los tribunales europeos. Sabían que éstos se conformaban con un trozo de papel que los rapa nui no habían ni leído ni entendido, y que no les interesaba si las cesiones habían sido voluntarias o bajo amenaza.

Dutrou-Bornier, por ejemplo, con su guardia armada, presionó a los rapa nui reticentes de tal forma, que terminaron por poner sus cruces bajo el contrato. Pero cuando el Presidente presentó el dudoso documento al Consejo de Estado para su ratificación, sucedió lo insólito: los padres se negaron valientemente a firmar el papel, «porque estos contratos fueron obtenidos bajo la amenaza de los fusiles», anotó Roussel en su diario, el 12 de septiembre de 1869.

Estalló la guerra interna.

En la negación de los misioneros a firmar, su majestad vio no sólo un desprecio de su autoridad, sino que una provocación que no podía quedar sin sanción. ¿Adónde se llegaría si los padres podían intervenir como les daba la gana, en la expansión de su reino?



ALEXANDER SALMON HIJO.

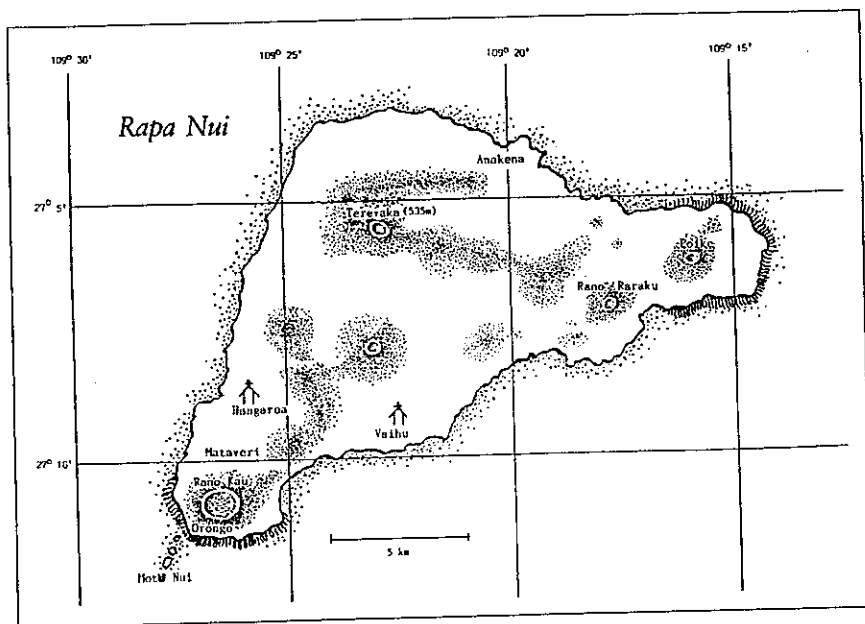
El 11 de octubre, Dutrou-Bornier declaró la guerra. El padre Roussel, primero divertido, relata el hecho como sigue: «En tal circunstancia el Sr. Dutrou-Bornier hizo una especie de mascarada de la bandera francesa. Al divisar a Heneriko, jefe de Hanga Roa le dijo: "¿Ves esta bandera? No es la bandera Rapanui, no es la bandera inglesa; es la bandera francesa ¡Ten mucho cuidado! Soy el tavana, el Padre ya no es nada" (refiriéndose a mí)». Por lo visto, Roussel todavía no había captado la

gravedad de la situación. A los pocos días, Dutrou-Bornier apareció con su guardia personal frente a la iglesia. Ordenó a sus hombres tomar las gallinas, y les disparó a unos niños que se encontraban cerca del templo. «Dos detonaciones se dejaron oír», recuerda Roussel. «¿Estaban cargados con bala? Dios lo sabe; al decir del Sr. Dutrou-Bornier, no...».

Fue el comienzo de una táctica de desgaste. Los seguidores de Dutrou-Bornier robaban las hortalizas de los campos «enemigos», destruían las siembras e instigaban a sus compatriotas a volver al paganismo. Por supuesto que también hubo actos de represalia. Dutrou-Bornier armó a su guardia personal con fusiles y pistolas. Las consecuencias fueron terribles. Los guerreros, por primera vez en su historia en poder de armas tan mortíferas, entraron en una especie de delirio. Comenzaron tiroteos a diestra y siniestra, toda vez que Dutrou-Bornier dio órdenes de tirar a matar.

Dutrou-Bornier siguió provocando. Mató al perro de Taniel que encontró cazando ratones en Mataveri. En respuesta, la parte contraria se ensañó a lanzazos con los perros de Dutrou-Bornier. Durante la escaramuza, Torometi disparó y mató a Mini, quien no tenía más que una lanza, «y el Sr. Bornier se sacó el sombrero delante de Torometi, para felicitarle con este gesto», observa Roussel repugnado.

La situación en la isla, que bajo la influencia de los misioneros se había consolidado ligeramente, ahora volvió a caer en el caos. La violencia, el temor y el dolor nuevamente invadieron la vida de los isleños, quienes además tenían sus conflictos con el nuevo Dios. ¿Acaso Él había enviado al déspota? ¿Cómo se podía sobrevivir en estos tiempos sangrientos? ¿Había que buscar refugio donde los misioneros, que no tenían armas, o someterse a quienes poseían los terribles tubos de fuego? Torometi y seguramente muchos de quienes no habían abjurado su antigua fe, optaron por la supremacía de la fuerza armada: una guerra religiosa que en definitiva no fue tal. Como en todas las guerras religiosas, se trataba de poder. Lo que sucedió aquí en el Ombligo del Mundo, tiene muchos paralelos con la historia, por ejemplo en lo que le sucedió a los indios norteamericanos de manos de los invasores blancos, o a los clanes celtas de Irlanda en su centenaria lucha contra el dominio inglés. En vez de unidad, surgieron luchas internas y colaboración con el enemigo. Pero aquí no cabe hablar de traición. La lucha heroica hasta la última gota de sangre existe en la literatura épica de jóvenes apasionados, pero no en la realidad. La lucha por la mera supervivencia tiene sus propias leyes. Y el inescrupuloso de Dutrou-Bornier siguió azuzando el fuego de las antiguas rencillas entre los clanes.



RAPA NUI ALREDEDOR DE 1869.

El 22 de enero de 1877, la corbeta chilena *O'Higgins* visitó la isla. Entre los cadetes de marina se encontraba un tal Policarpo Toro Hurtado, quien más adelante jugaría un rol central en la historia de Isla de Pascua. Pero todavía no había llegado su momento. Aquí nos interesa otro detalle: bajo el pretexto de necesitarlo para fines prácticos, Dutrou-Bornier le pidió al capitán Gana un barril de pólvora, el que éste le pasó sin sospechar para qué sería utilizado.

Mientras, los conflictos continuaron con medios «convencionales». Seguían quemándose campos, incendiándose cabañas, hundiéndose cráneos a mazazos, y disparándose tiros mortales. Las provocaciones generaron violencia, la violencia venganza, la venganza desquite. El círculo vicioso no terminaba. Los rapa nui no lo habían comenzado. Habían sido enviados a ciegas a esta guerra, carne de cañón en una lucha de poder cuyo sentido desconocían. Mientras ellos se enfrentaban, «el señor Bornier, con su anteojo de larga vista se mantenía en una altura, mientras que algunos jóvenes de su comitiva arrancaban los ñames de Andrés y Pakarati...» (Roussel).

A fines de 1870 había llegado el momento de dar su fin práctico a la pólvora. En su terreno en Matarero, Dutrou-Bornier hizo emplazar uno de los cañones que había rescatado a su llegada de los restos del naufragio. Veamos qué dice el diario del padre Roussel:

«Ya no pensaban en nada, cuando de repente cayó una bala de cañón detrás de una choza del pueblo donde se hallaban reunidas algunas mujeres que asistían a los últimos momentos de un moribundo. Todos entonces, hombres, mujeres y niños salieron... los hombres (llevaron) sus lanzas. Hice inútiles esfuerzos para detener algunos hombres... Se precipitaron sobre el Sr. Dutrou-Bornier y sus acólitos gritando: "El kape mismo nos hace la guerra", el Sr. Dutrou-Bornier estuvo a punto de ser arrollado y no tuvo sino el tiempo preciso para ocultarse en su casa con su cañón. La comitiva de Hanga Roa bajó a Hanga Piko, incendió las chozas..., incluida la de junco del Sr. Dutrou-Bornier, desgraciadamente para él, había olvidado su barca. La desanarraron para que fuera a estrellarse contra las rocas el 15 de abril.»

El diario de Roussel nos informa a continuación que Torometi, entretanto ascendido a teniente por Dutrou-Bornier, profanó el cementerio, destruyendo en este acto la columna de mármol sobre la tumba de Eugène Eyraud. Durante la misa incendiaron la casa de Papitate, y Dutrou-Bornier le disparó a Roussel, fallando apenas. Instigados por Dutrou-Bornier, sus hombres prendieron tres veces fuego a la misión de Vaihu y saquearon la casa del misionero con la sacristía. Estos y otros actos de vandalismo se sucedieron hasta junio de 1871.

Lamentablemente, el padre Roussel registró casi exclusivamente las fechorías de «Bornier y su banda de bribones». El grupo que en Hanga Roa vivía en torno a la misión tampoco toleró las brutalidades poniendo la otra mejilla.

Sea como sea; la situación de la misión se hacía insostenible. Con barcos que en su viaje a Tahiti hacían escala en Isla de Pascua, Roussel había mandado varias cartas a su obispo, donde le describía lo desesperado de la situación. Alarmado por estas noticias, Tepano Jaussen pidió a John Brander viajar cuanto antes a Isla de Pascua y mediar entre Bornier y los misioneros. Efectivamente, Brander llegó el 20 de febrero de 1871. Lo primero que vio fue que sus intereses comerciales estaban afectados. Para sus adentros, quizás también deseaba que los misioneros se fueran. De modo que este honorable, después de haber visto sólo restos humeantes, partió de vuelta sin hacer mediación alguna.

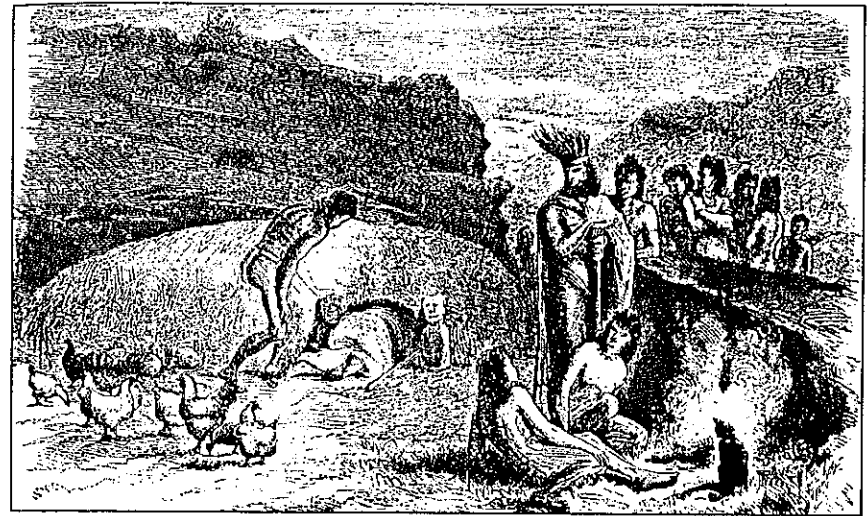
¿Qué pasaría ahora? Para el déspota Bornier, esta situación ambigua resultaba insoportable. Los misioneros tanto como los rapa nui le estorbaban en su camino hacia el poder absoluto sobre «Ste. Marie de Rapa Nui». Furioso, incendió sus campos y chozas, para obligarlos a huir. Que se mueran en las llamas o que salten al mar y se ahoguen. Exterminar como insectos a esta mala ralea, eso era lo que había que hacer.

Triunfó la violencia. El 4 de abril, con el dolor de su alma, el obispo Jaussen ordenó la evacuación de los misioneros, quienes se embarcaron el 6 de junio. En el mismo viaje se fueron con ellos a la Polinesia 168 hombres, mujeres y niños que querían escapar del horror.

Vuelto a sus cabales, Bornier se dio cuenta que había una solución más inteligente que el exterminio: la deportación. Mandó a más de 200 rapa nui como trabajadores a las plantaciones de su jefe John Brander. Así, el déspota se había liberado de ellos, y además producían ganancias para la empresa. Muchos otros les siguieron, de modo que algunos años más tarde quedaban sólo 230 aborígenes en su isla nativa. Después del robo de esclavos amenazaba un nuevo éxodo.

No se sabe si los muchos hombres, mujeres y niños estaban contentos de escapar de la brutal dominación, o si Bornier los hizo deportar contra su voluntad. ¿Quizás querían irse todos, y Bornier tuvo problemas — como puede leerse en varias partes— para retener la mano de obra que necesitaba para sí? Hay indicios de que muchos buscaron su salvación en la emigración, aterrados, desesperados y sin poder ver otra posibilidad; pero que otros fueron deportados contra su voluntad a una tierra desconocida, donde muchos sucumbieron miserablemente. Una razón por qué la pregunta no tiene una respuesta clara, es que Torometi estuvo entre los emigrantes. ¿Quizás el teniente de Dutrou-Bornier había cumplido su función y debió irse porque amenazaba con convertirse en un rival por el poder? Pero quizás también Torometi estuvo harto del despotismo del francés. ¿O el guerrero rapa nui vio perdida la lucha de su pueblo, resignándose a su destino? Nunca lo sabremos.

Al momento de abandonar su patria, Torometi desaparece de la historia. ¿Realmente fue sólo el verdugo, el azote de su país, el combatiente cruel que se había puesto al servicio del peor oscurantista que jamás haya reinado sobre Rapa Nui, sólo en provecho propio? ¿Fue el salvaje primitivo cuyos apetitos no estaban limitados por ninguna ley? Así por lo menos lo vio el espíritu de la época. Simplemente se ignoró que los rapa nui, tal como los demás pueblos autóctonos, habían tenido sus propias leyes morales. Muchos prejuicios sobreviven hasta el día de hoy.



PIERRE LOTI «LA CHOZA DEL JEFE RAPA NUI».

En todo caso, Juan I, rey de «Ste. Marie de Rapa Nui», había logrado su propósito. Era amo y señor absoluto. ¿Qué pasaría ahora? Sobre los sucesos de los cinco años de reinado que le quedaban a Dutrou-Bornier, sólo sabemos lo que nos cuenta la tradición oral. Y no lo que Dutrou-Bornier pueda haber anotado: pues sus fechorías probablemente no las registró. Eso nadie lo haría. Y no había otros para hacerlo. Tampoco los oficiales y científicos de la nave francesa *La Fleur* que visitaron la isla el 3 de enero de 1872, constataron nada acerca de los «asuntos de gobierno» de Dutrou-Bornier. Pierre Loti nos legó una serie de dibujos notables sobre las costumbres de los nativos, pero nada sobre las maldades del tirano.

Dutrou-Bornier gobernó, implacable y brutal, a la par con su arrogante «reina» Koreto. Como soberano anulaba matrimonios a su antojo dispensaba a jóvenes monjas rapa nui de sus votos, para luego integrarlas a su harén. Moisés Tuki me contó lo siguiente:

«En ese tiempo, Dutrou-Bornier expulsó a los rapa nui de sus asentamientos tradicionales y los concentró a todos en Hanga Roa. Nuestra gente tuvo que levantar los cercos de su propia cárcel. Se convirtieron en prisioneros en su propia isla. Y así permanecieron hasta 1966. Muchos se resistieron. A esos los

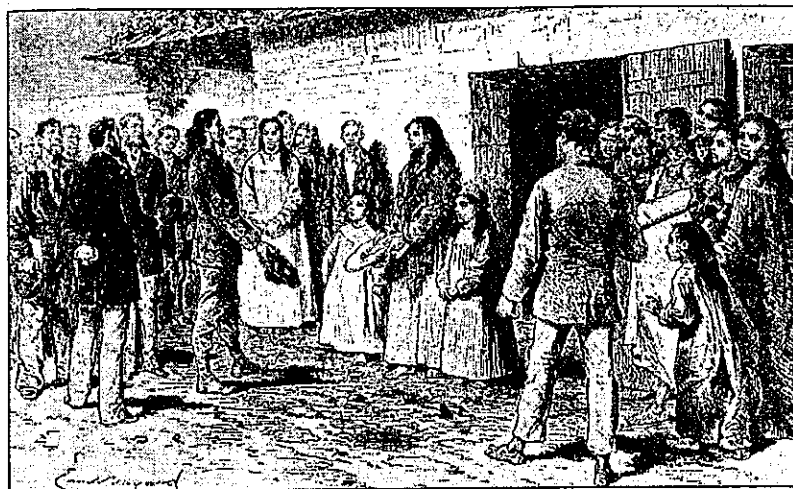
mataron. Otros escaparon. Los volvieron a tomar presos. Una vez, cuatro rapa nui hicieron un forado en el muro para salir a robar ovejas. Sus familias tenían hambre. Eso causó problemas. Un ayudante de Dutrou-Bornier, un francés, quiso llevar a los cuatro ante Dutrou-Bornier. Ahí los cuatro lo amarraron y lo tiraron al mar desde los acantilados de Vinapu. Dutrou-Bornier salió a buscar a su ayudante, pero encontró solamente su caballo. En algún momento, el cuerpo apareció, y todo se supo. Los cuatro fueron encerrados. Cuando llegó un barco chileno, los iban a mandar al Continente. Se decía que los iban a tirar al mar. Así siempre pasaban cosas. Muchas veces, Dutrou-Bornier mandaba a sus guardias al pueblo para que le llevaran a niñas jóvenes por la fuerza. Simplemente las arreaban. A una niña que trató de huir la mataron de un tiro».

La vieja Katalina se acuerda y salta enfurecida:

«Cuando mi bisabuela una vez estaba haciendo un umo (curanto polinésico), llegaron a caballo Dutrou-Bornier con la Koreto. La bisabuela no saludó a la Koreto con la sumisión necesaria. Esta se enojó y se quejó con su marido. Él fue a buscar a su guardia. Golpearon a la anciana y la tiraron al umo caliente. Así murió. Mata Poe Poe, otra mujer, no había visto a la Koreto. Indignada le contó a su marido que la gente de Tahai no le tenía el respeto necesario. Entonces llegó Dutrou-Bornier con sus hombres. Les pegaron a muchos».

Es notable que la mayoría de los rapa nui no se sometió ni se resignó a su suerte, reducida por el temor. La capacidad de resistencia, que los rapa nui mantienen incólume hasta hoy, aumentó en la medida de la brutalidad de Dutrou-Bornier. Con eso, el francés selló su propia suerte. Llegó el 6 de agosto de 1876. Cuenta Katalina:

«La rabia de los rapa nui fue creciendo. Un día, cuando la Koreto se quejó que una mujer no le había cosido bien un vestido, llegó Dutrou-Bornier y la quiso castigar. Pero ahí los hombres se lanzaron sobre Dutrou-Bornier y lo mataron. Conozco los nombres de cinco personas que lo hicieron, pero no los voy a decir. Más tarde, llegó un buque francés. Los franceses querían saber qué había pasado con Dutrou-Bornier. Los rapa nui dijeron que se había caído del caballo. Entonces se fueron de vuelta. Los rapa nui querían matar a toda la familia de Dutrou-Bornier. Pero Parée, uno de sus hombres, llevó a las hijas Caroline y Henriette-Marthe a un escondite. Más tarde formaron familias. De éstas todavía quedan descendientes en la isla».



EL CAPITÁN ALPHONSE PINART CONVERSANDO CON KORETO Y SUS HIJAS CAROLINE Y HARIETTE-MARTHE.



RAPA NUIS.

Hay otras versiones del asesinato, pero aquí son prescindibles. Lo importante es registrar que éste fue el último acto de violencia brutal que los rapa nui han cometido contra sus opresores, hasta el día de hoy.

El barco francés que menciona Katalina fue el *Le Seiquely* que visitó la isla ocho meses después de la muerte de Dutrou-Bornier. En él viajaba el antropólogo Adolph Pinart que hizo un censo de población. No contó más de 111 (!) rapa nui.

Los esclavistas, la viruela y Dutrou-Bornier habían dejado una horrosa secuela de muerte en Rapa Nui, y con su devota falta de visión, los misioneros habían contribuido al aniquilamiento de una cultura única en el mundo. La identificación de los rapa nui con su cosmos estaba destruida, y su autoestima y dignidad despreciadas.

Este puñado de gente no estuvo en condiciones de repoblar las antiguas aldeas, más aún cuando las ovejas de Dutrou-Bornier habían pisoteado los campos de cultivos. Y sólo tuvieron poco más de tres años para un nuevo comienzo. El 23 de octubre de 1879 llegó Alexander Salmon jr. a la isla para reorganizar la estancia ovejera. Seguramente los rapa nui habían consumido no pocas de las ovejas sin dueño. Según estimaciones, Salmon encontró todavía unas 10.000 cabezas. Como primera medida, sin aporalearse, destinó la iglesia de Vaihu para galpón de lana, y la antigua casa de los misioneros para residencia. Por suerte la época del despotismo había pasado. Salmon, que tenía sangre tahitiana en sus venas y hablaba polinesio, entendía la mentalidad rapa nui.

En septiembre de 1882 llegó el cañonero alemán *Hyäne* bajo el mando del teniente capitán Geiseler. Informa, entre otros, lo siguiente: que Salmon —según su propia versión— tenía buenas relaciones con los nativos y pagaba a sus trabajadores en efectivo; que éstos podían abastecerse en la pulpería de la compañía a los precios fijados por ésta; y que muchos nativos vestían piezas de uniforme de los más remotos países. Se contaron 150 habitantes, que cultivaban taro, ñames, camotes, plátanos y caña de azúcar, pero no tenían canoas. Salmon fomentaba la artesanía en madera, que los rapa nui trocaban por ropa usada cuando llegaban visitas de afuera.

Cuatro años más tarde, el 18 de diciembre de 1886, el buque de guerra norteamericano *Mohican* ancló frente a la isla. El comisario William S. Thomson se interesaba por las culturas pre-cristianas y tomó las primeras fotos que existen de rapa nui. Con sus vestidos domingueros, para presentar la realidad más amable de lo que era. Por lo demás, los objetos de sus fotografías no le interesaron mayormente. Escribe que el carpintero danés había construido casas nuevas y continúa:



ALEXANDER SALMON JR. (CON CASCO COLONIAL) FRENTE A LA ANTIGUA CASA DE LA MISIÓN EN VAIHU.

«Estas nuevas construcciones están hechas en un estilo que suele encontrarse en establos de ovejas y galpones baratos, pero para los simples isleños ofrecen todas las comodidades... Varias familias comparten la misma casa. Hombres, mujeres y niños yacen apiñados como perros en una perrera, y tienen más o menos las mismas ideas que éstos acerca de lo que significa el confort en la vida».

Una impresión superficial por lo visto fue suficiente para Thomson. No dudaba de la inferioridad de estos «perros». La pregunta acerca del por qué y cómo ni se le ocurrió.

Pero ¿qué iba a pasar con la isla sin «dueño»? Pocos meses después de la evacuación de la misión, en septiembre de 1871, el obispo Jaussen inició una correspondencia con la congregación en Chile, instándole a interceder ante el gobierno en Santiago para que Chile se hiciese cargo de Isla de Pascua, para garantizar la continuidad de la evangelización y poner fin a los desmanes de Dutrou-Bornier. Sorprende por qué no dirigió esta solicitud a Francia, lo que habría sido lo lógico en vista de los varios cientos de rapa nui que se habían refugiado en la Polinesia francesa.

En 1883, el padre Roussel regresó por algunos días a la isla en una misión espectacular. Presumiblemente por encargo de su obispo, instaló un gobierno católico. Como «rey» nombró a Tekena, que bautizó con el



CAMPAMENTO EN EL CRÁTER DEL RANO RARAKU, SEGÚN UN BOSQUEJO DE PINART (1878).

nombre de Atamu (Adán) y como «reina» a Huke Hey, la cual recibió el nombre de Eva. ¿Qué había detrás de esta movida, que según el derecho político fue una farsa? ¿Se quería preparar a los rapa nui para su traspaso al arzobispado de Santiago y convencerlos que necesitaban a Chile como potencia protectora? ¿Les informó Roussel que tendrían que ceder sus derechos sobre la isla? Probablemente no. Quizás el padre tampoco calculó que este «gobierno católico» sería estafado en el 90 por ciento de sus tierras cinco años más tarde. ¿O Roussel había escogido con Atamu Tekena, del que volveremos a hablar más adelante, a un ayudante solícito para poder contrarrestar la voluntad de la mayoría rapa nui que deseaba un protectorado francés como en la Polinesia francesa? Pero la asamblea nacional francesa rechazó la toma de posesión. Las negociaciones diplomáticas entre los países colonialistas potencialmente interesados siguieron por años.

El futuro de Rapa Nui era incierto, y el pasado había sido tremendo. El centenar y medio de habitantes no eran más que un objeto de peloteo entre los intereses de la iglesia católica y las grandes potencias. Resulta casi

grotesco que la mirada ávida de los imperialistas había alcanzado hasta este insignificante grano de arena en el Pacífico. Pero como decía el decreto del papa Alejandro III, 400 años atrás:

«...así hacemos entrega de todos los países e islas que se descubran y que no pertenezcan todavía a un rey cristiano, a Vosotros y a Vuestros herederos».



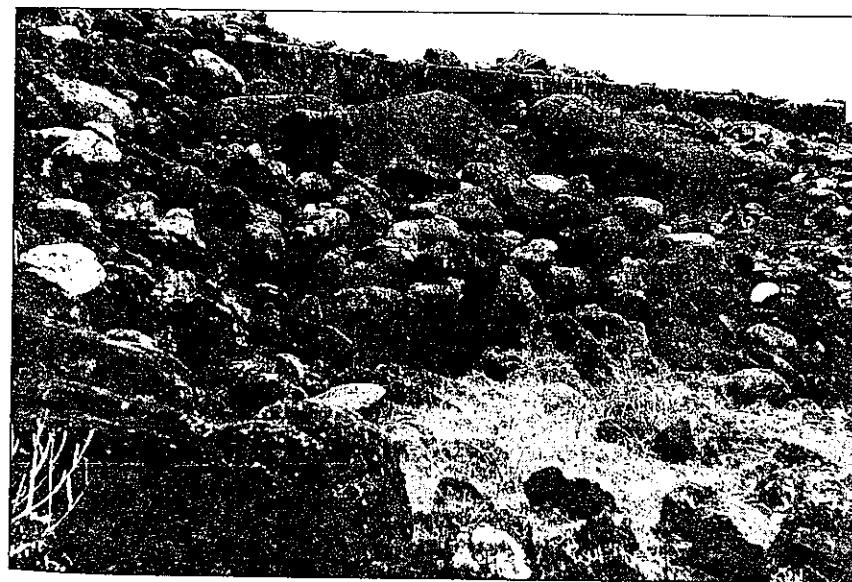
PIERRE LOTI: «ISLA DE PASCUA, 7 DE ENERO DE 1872». ACUARELA DEDICADA A SARAH BERNHARDT.
REPRODUCCIÓN DE: STEPHEN-CHAUVET, «L'ÎLE DE PÂQUES ET SES MYSTÈRES», PARIS 1935.

La conquista de lo inútil *Isla de Pascua como objeto de deseo*

*«El patriotismo es una peligrosa
variante psicopática de la imbecilidad».*

GEORGE BERNHARD SHAW

«La expansión francesa tuvo en todo momento... un carácter de misión religiosa», afirma Gabriel Hanotaux en 1902. Y prosigue: «En la expansión francesa no se trató de una política de conquista o de poder, sino de difundir los principios de la civilización más allá del mar y en tierras que hasta ayer habían sido bárbaras». En su discurso de la corona, el káiser Guillermo II declaró el 22 de noviembre de 1888: «Nuestros asentamientos africanos han hecho partícipe al Reich alemán



AHU DESTRUIDO.

de la tarea de ganar para la fe cristiana a aquella región del mundo». El historiador alemán Hans Delbrück observa en 1898: «Todo pueblo sano tiene un superávit de fuerza humana para la cual trata de conquistar nuevos territorios. Este superávit es mayor en los estratos superiores». En la revista *Sozialistische Monatshefte*, Bernstein resume: «Incluso sopesando las atrocidades del colonialismo, las ventajas que significaron las colonias, siguen siendo muy considerables». El general ruso Chernayev vio a su país a la vanguardia de los pueblos y profundamente emocionado exclamó en 1876: «Luchamos por la sagrada idea del eslavismo, que no encierra ansias de dominación, sino la idea de la igualdad de derechos de toda la humanidad. ¡Luchamos por la libertad, la cruz ortodoxa, la civilización!» «¡Compatriotas americanos!» exclamó Albert Beveridge enfáticamente, «¡somos el pueblo elegido de Dios!» Pero Inglaterra no compartía su idea: «Sostengo», afirmó Cecil Rhodes sin dejar lugar a dudas, «que somos la primera raza en el mundo, ya que Dios obviamente nos está haciendo su instrumento predilecto». Y finalmente, lord Milner justificó el imperialismo, en 1913, con que «la profundidad y vastedad de la fe religiosa tiene una importancia más ética que material».

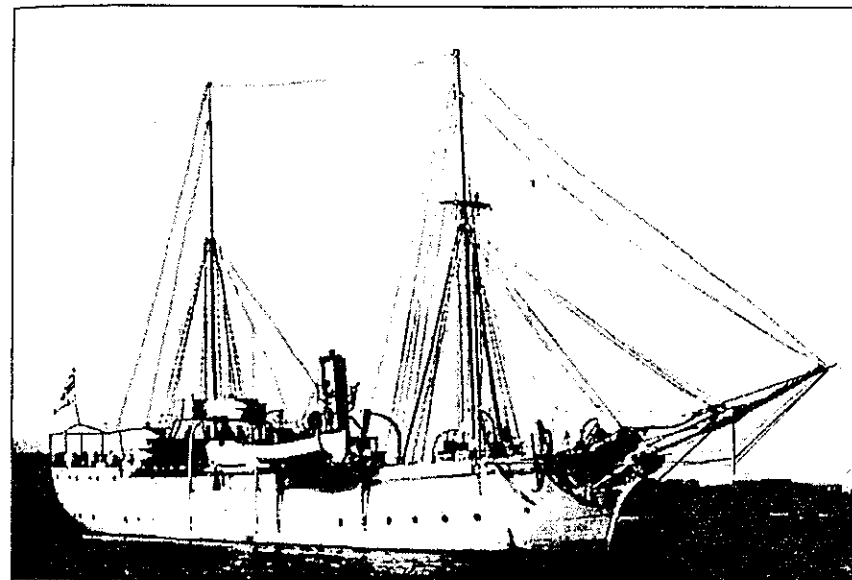
Con tanta conciencia de la misión por cumplir, el divino mandamiento de ir a todo el mundo por supuesto que tenía que cumplirse a cabalidad. Y como a fines del siglo XIX apenas quedaba algo del pastel colonial, Isla de Pascua se convirtió en el...



Objeto del deseo.

Y todos llegaron.

En el mismo año en que Dutrou-Bornier inició su tiranía en la isla, Inglaterra —como ya se mencionó— mandó el barco de línea *Topaze* al Ombbligo del Mundo, cuyo médico de a bordo, un tal Palmer, realizó amplios estudios científicos. Dos años después, pasó la corbeta chilena *O'Higgins* durante un cruce-ro de instrucción. Uno de los cadetes fue Policarpo Toro Hurtado. Recogieron información sobre las tradiciones y costumbres de los isleños. En 1871, llegó la corbeta rusa *Vityas* para echarle un vistazo al terreno. Francia se presentó en dos oportunidades; en 1872 con el buque *La Fleur* bajo el mando del vicealmirante Lapelin, y entre sus pasajeros el ya mencionado Pierre Loti. El antropólogo Pinart llegó en el *Le Seiquely* en 1877 y redactó informes sobre la vida en la isla. El Reich alemán bajo Bismarck todavía estaba vacilando si le convenía entrar al club colonial. Entretanto, en 1882, la marina alemana envió



El CAÑONERO «HYÄNE».

a los mares del sur el cañonero *Hyäne* al mando del teniente-capitán Geiseler. Este evacuó para su almirantazgo una voluminosa *Ethnologische Untersuchung der Osterinsel* (Investigación etnológica de Isla de Pascua). También los EE. UU. pararon sus antenas y enviaron el *Mohican* en 1886. A bordo iba el ya citado William Thomson, autor de los primeros estudios científicos de consideración.

Pero ¿quién se interesaba por estas investigaciones? Sin temor a equívocos, podemos suponer que la misión de los comandantes no consistía precisamente en estudiar la historia o las costumbres de los rapa nui, ni en levantar la cruz. Fueron a sondear el terreno, a ver si valía la pena que sus respectivos Estados tendieran su mano armada sobre la isla, para brindarle protección. Porque los gobiernos se sienten legitimados para hacerlo. Si lo hiciese un particular, estaría cometiendo un delito: extorsión. Inglaterra y Francia, que se habían repartido casi todo el Pacífico, advirtieron la inutilidad de la empresa, y el Reich alemán tampoco se interesó por Isla de Pascua. Para qué servía la superioridad de las armas, si no había nada que proteger que tuviera algún valor político o mercantil.

Lo mismo Chile. Los responsables tenían sólo un mínimo interés en esa isleta remota, en vista de los problemas internos que aumentaban penosamente.

Si bien los «prusianos de Sudamérica», como Bismarck los llamó en una oportunidad, salieron victoriosos de la guerra del salitre (1879/83) contra Perú y Bolivia, tuvieron que entregar la mayor parte de la Patagonia a Argentina en 1881. Sin embargo, para algunos valientes patriotas primaba la cuestión del honor nacional.

En ese momento aparece en escena el ya mencionado Policarpo Toro, entretanto capitán de corbeta, que se prepara a promover a su país, para honor de Chile y su propia gloria, al ilustre círculo de las potencias coloniales. Desde los 14 años, cuando el joven cadete conoció la Isla de Pascua, abrigaba este sueño del pibe. Sin vacilar, la mirada firmemente puesta en su objetivo, se había lanzado a la campaña de recolectar datos que podían ser útiles para sus planes. En cambio, ignoraba los datos que no le convenían. Lamentablemente, sus fuentes fueron en general poco serias o rumores de dudoso origen. Se remitió a los informes poco sustanciosos de las breves visitas de Roggeveen y Cook, a pesar de que este último había señalado que «no hay otra isla en esos mares que ofrezca menos comodidades o ventajas para la navegación». Toro confió en un tal Délano, quien en 1805 sólo había pasado frente a la isla, pero afirmó haber visto exuberantes plantaciones. Hizo caso a los que, sin haber observado bien, romantizaban el supuesto paraíso. Seguramente también había leído el informe de Tepano Jaussen que quería «venderle la pomada» a Chile, afirmando que en la isla había 10.000 ha de buena tierra, rematando con la sorprendente acotación: «Esta isla es ideal como para lugar de destierro». En un informe que Policarpo Toro dirigió a su gobierno en octubre de 1886, sueña:

«Desde el punto de vista comercial y económico, esta isla reviste asimismo una gran importancia: su superficie, de 18.000 hectáreas, está cubierta en su totalidad por una hierba abundante que se presta admirablemente a la cría de todo tipo de ganado. El clima, casi tropical, favorece el crecimiento de la especie animal. Actualmente, el reino vegetal se reduce a la patata dulce, a los plátanos, a la caña de azúcar y a alguna que otra raíz comestible, pudiendo reproducirse todo sin grandes esfuerzos.

Si proveemos a la isla de todo lo que necesita el hombre de mar, el día de mañana supondrá un abra de reunión para los viajeros cansados; así como la escala que salvará del escorbuto, enemigo implacable de las grandes travesías...

Cuando esté abierto el istmo de Panamá, la corriente natural del comercio será Australia y Nueva Zelanda; la isla se encontrará a pocas millas de la ruta obligatoria y a un tercio de camino entre Panamá y Australia....

No creo que exagere en mis apreciaciones. ¡No!»

Para un marinero experto un error incomprensible. Las rutas de navegación, ya sea por el canal de Panamá o por Cabo de Hornos, pasaban muy lejos de Rapa Nui. Pero el amor es ciego. A pesar de que nadie, empezando por Roggeveen, había hallado algo que semejase un puerto, el empecinado Toro estaba convencido que él sí tendría éxito. Es que Isla de Pascua tenía que convertirse en una plaza de comercio y en una base estratégica de la marina chilena. En su mezcla de apasionamiento juvenil y ambición estrecha de mente, Toro desoyó todos los argumentos sensatos que se contradecían con su sueño.

Quien bien ata, bien desata, dice el refrán. Pero el impetuoso Toro no le hizo caso. Todavía no sabía que todo le saldría mal. La compra de las propiedades de los herederos de Dutrou-Bornier no se concretó. La colonización con agricultores chilenos fracasó. También confió en aquellos que predecían que los rapa nui se extinguirían de todas maneras. Y por último su sueño de convertir Isla de Pascua en una base de la Armada de Chile, para que la estrella solitaria dominase desde allí el Pacífico este, naufragó no sólo por falta de puerto, sino sobre todo por la falta de interés real en la capital. No sólo los buques de guerra chilenos estaban llamados a surcar las olas frente a Isla de Pascua, sino que—ironía del destino—la escuadra del almirante alemán Graf Spee, que hacía negocios con los estancieros a comienzos de la Primera Guerra Mundial.

Pero volvamos a los hechos. Toro puso manos a la obra. Pero, inesperadamente, nubes negras aparecieron en el lejano horizonte chileno. La agresiva política anexionista de Toro había suscitado reservas. Los desapasionados contralores capitalinos no le veían sentido—igual que otros anteriormente—a la conquista de lo inútil. Esto, y el rápido ascenso de Toro, hicieron que los aires de la crítica se convirtieran en un ventarrón. Policarpo Toro, concentrado únicamente en su objetivo, permanecía ajeno a la situación. Las nubes se cernían cada vez más densas sobre el incauto. Pero todavía no caía el aguacero.

Sin embargo, la situación tenía que decidirse. En realidad, en Santiago no querían esta isla inservible. Pero como los europeos no estaban en el juego, el Presidente Balmaceda tuvo que cargar con el bulto sin habérselo propuesto. Como González había tomado posesión de Isla de Pascua para la corona española, Chile la heredó al momento de su independencia en 1818. Balmaceda optó—quizás a regañadientes—por la anexión, dispuso 6.000 libras esterlinas para comprarles sus derechos a los terratenientes, y dio poder a Toro, porque «no creemos que sería conveniente hacer las compras a nombre del gobierno».* Que el incansable viera cómo se las arreglaba. El futuro de Isla de Pascua parecía poco promisorio.

* De un informe para el ministro competente, del 14 de Abril de 1888.

En definitiva, es irrelevante quién iba a «proteger» el Ombligo del Mundo a favor del hombre blanco, porque los que entonces se consideraban la crema y nata de la humanidad estaban convencidos de que nadie podía discutir su derecho a dominar el planeta. Si no hubiese sido Chile, habría llegado alguna de las grandes potencias insaciables: ingleses, franceses o quizás alemanes. Las leyes de la conquista son implacables. Toro no fue más que un peón de ajedrez, y al final fue fríamente sacrificado.

Pero todavía no había llegado el momento. Tal como Juana de Arco antes de la coronación de su rey en Reims, Policarpo Toro todavía no había alcanzado la cima de su carrera.

El «Tratado» La cuestionable anexión por Chile

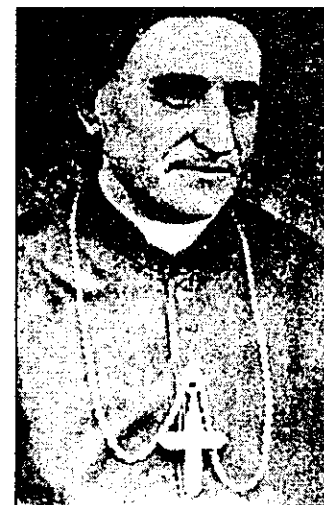
*Y cuando la oratoria llegó a su fin
dije: Quien quiera bien a su país, exclame:
«¡Dios guarde a Ricardo, gran rey de Inglaterra!»*

Mas lo hicieron?

*Por Dios, no dijeron palabra.
Cual mudos cuadros, inanimadas rocas,
se miraban fijamente y pálidos como muertos.*
SHAKESPEARE, RICARDO III

El trato estaba hecho. El obispo Marie Joseph Verdier, sucesor de Tepano Jaussen, y el padre Moniton habían viajado especialmente a Isla de Pascua a comienzos de 1888, para —aparte de bautizar, confirmar y casar— representar enfáticamente a los lugareños las ventajas que tendrían si Chile se hacía cargo de ellos; quién sabe qué les contaron. Aunque la Santa Sede todavía no había aprobado el cambio de la jurisdicción sobre Isla de Pascua del obispado de Tahiti al de Santiago de Chile, era sólo cuestión de tiempo. En Tahiti, el capitán de corbeta Policarpo Toro había dejado todo conversado antes de zarpar rumbo al Ombligo del Mundo.

Cuando el 9 de septiembre de 1888 llegó a Rapa Nui al mando del *Angamos*, imbuido de la sensación de éxito, y desembarcó con sus fuerzas armadas, se encontró con un pueblo miserable, marcado por el sufrimiento, de no más de 170 a 180 personas. De éstos no había que temer ninguna resistencia seria, si se actuaba con decisión. Finalmente, el sueño del cadete se haría realidad.



OBISPO MARIE JOSEPH VERDIER (1835-1922).

Se dice que con Toro llegaron de vuelta algunos rapa nui que Dutrou-Bornier había vendido y enviado a Tahiti. Entre ellos Nicolás Pakarati, que había recibido una formación de catequista. Alrededor de la iglesia ya se había congregado una multitud de rapa nui curiosos. Alexander Salmon como traductor les explicó el proyecto de Policarpo, y éste presentó a los isleños el siguiente tratado que traía preparado:

**Cesión de Soberanía.
Proclamación**

Los abajo firmados, jefes de la Isla de Pascua, declaramos ceder para siempre y sin reserva al Gobierno de la República de Chile la soberanía plena y entera de la citada isla, reservándonos al mismo tiempo nuestros títulos de jefes de que estamos investidos y de que gozamos actualmente.

Rapanui, septiembre 9 de 1888
A.A. Salmón, Traductor y testigo.

Firmados: A. Plotmer
Testigos: John Brander
Jorge E. Frederick

Ioano Zoopal	x	Atamu Arü	x
Totena Zoopal.	x	Peteriko Tadorna	x
Hito Zoopal	x	Pava Zoopal.	x
Utino Zoopal.	x	Leremuti Zoopal.	x
Ruta Zoopal.	x	Vachere Zoopal.	x
Rupereto	x	Ika Zoopal.	x

Pero quedan preguntas sin responder. Falta la firma de Policarpo Toro. ¿Acaso se quería dar la impresión que los rapa nui habían ofrecido espontáneamente su patria a Chile, así, en bandeja? ¿Quizás los convencieron con algunas amenazas? El capitán de corbeta ¿actuó inspirado por lo de Sansibar,

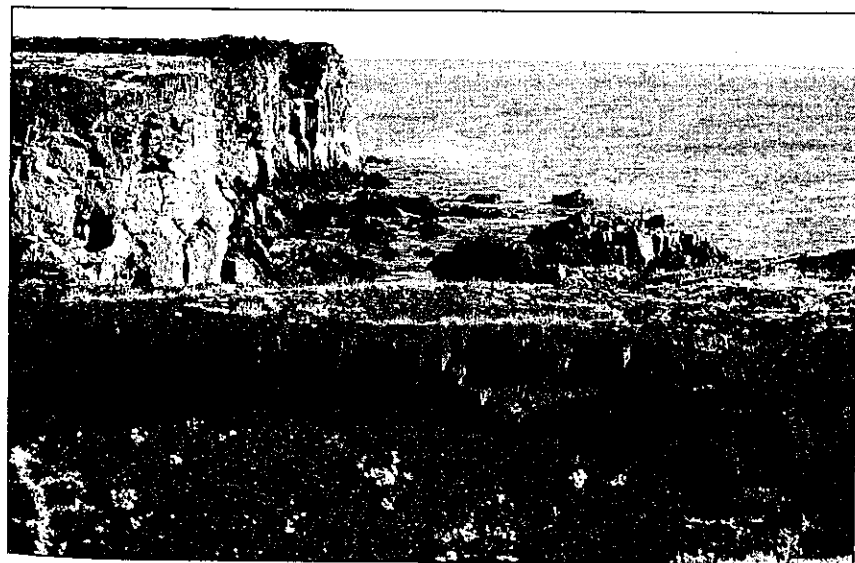
donde el 7 de agosto de 1886 y frente al ultimátum de una intervención militar, el sultán cedió su isla al Reich alemán?

Pero también las firmas del contrato suscitan dudas. Por ejemplo falta la del «rey católico» Atamu Tekena. También se dice que estuvo presente el joven Ariki Riroroko, aunque todavía menor de edad. Qué valor tenía el tratado sin su firma, pregunté a algunos representantes de los rapa nui.

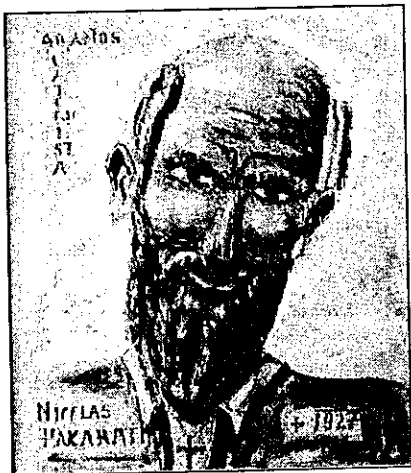
«¡Ninguno!» fue la opinión coincidente. «Y mire usted las firmas de los así llamados jefes. El apellido Zoopal jamás existió en la isla. Es puro invento».



POLICARPO TORO CON SU CORBETA ANGAMOS.



LA COSTA SUDOESTE.



NICOLÁS PAKARATI (1860-1927)

En eso concuerdan todos. «Si los jefes hubiesen firmado, ningún apellido podría aparecer dos veces».

«Después se solía decir que los jefes sabían leer y escribir» acoté.

«Vi el original del tratado de cesión», me asegura Juan Chávez, «todo está escrito con la misma letra, ¡incluso las firmas! Suponiendo que los jefes sabían leer y escribir; ¿por qué entonces no firmaron ellos mismos? Policarpo ya tenía el tratado listo en su bolsillo antes de llegar a Rapa Nui».

«¿Engaño?».

«Señor Fischer», se desespera Chávez, «a quién le interesa eso hoy, después de más de cien años». Y Tepano agrega: «Así se hacían las cosas en esa

época, especialmente en Africa. Sólo que la mayoría de los negros ahora tienen sus países de vuelta. ¡Nosotros no!»

Policarpo Toro escribe años después: «Un sueño se ha hecho realidad. Después de dieciocho años de constantes esfuerzos, desde mi época como cadete naval y posteriormente a bordo de la corbeta *O'Higgins*, había llegado a las costas de Isla de Pascua. Ahora estaba satisfecho, y en definitiva fue tan sencillo». Tan sencillo es quitarle su tierra a un puñado de «salvajes».

Al tratado, Toro le había agregado: «...que aceptamos, previa ratificación por el Gobierno, la plena y total cesión de la soberanía sobre la Isla de Pascua, tal como la hicieron los jefes de la isla para el Gobierno de Chile».

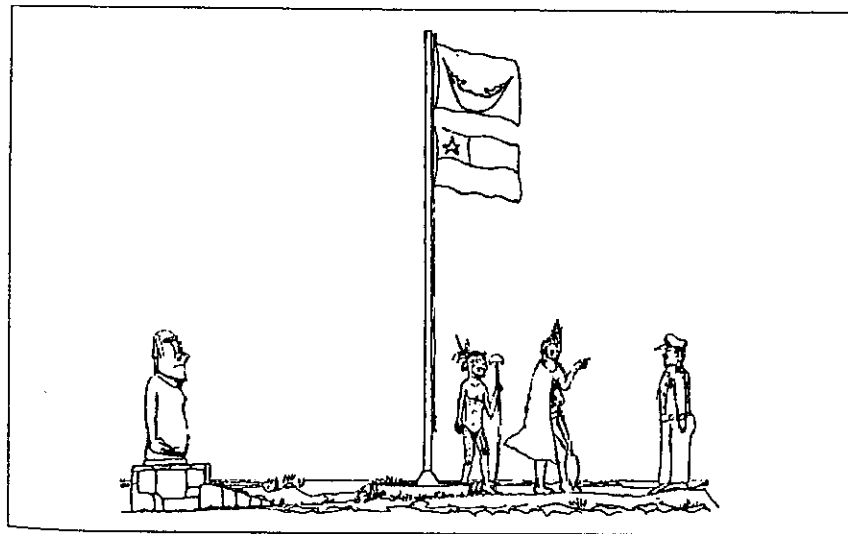
Previa ratificación. «¿Hubo?» le pregunto a Juan Chávez. «¡No! Recién 45 años después registraron nuestras tierras en el Conservador de Bienes Raíces de Valparaíso, y de eso nos enteramos recién en 1979».

El «Acto de Estado», como se llama oficialmente, estuvo coronado por el izamiento de la bandera chilena a manos de Elisabeth Ranguitaki, esposa de Nicolás Pakarati. Y con gesto victorioso, Toro da parte al comandante en jefe de la Armada: «Tengo el honor de comunicarle el entusiasmo con que los nativos han saludado el izamiento definitivo del pabellón patrio en esta lejana isla».

¿Lírica cortesana? Sin duda, porque la ceremonia no había sido tan armónica. ¿Por qué los rapa nui habían de extasiarse ante la perspectiva de pertenecer a Chile? ¿Qué argumentos usó Toro, qué promesas hizo? La literatura



AL CENTRO PAKOMIO, UNO DE LOS 15 ESCLAVOS RETORNADOS DEL PERÚ, 1912.



DIBUJO INFANTIL DE LA ANEXIÓN: SOBRE LA BANDERA CHILENA FLAMEA LA DE RAPA NUI. EN POSICIÓN FIRME, POLICARPO TORO ESCUCHA LAS INSTRUCCIONES DE ATAMU TEKENA, DETRÁS DEL CUAL SE ENCUENTRA RIROROKO.

no se pronuncia. La descripción de este «acto oficial» se lee como si el evento hubiese sido diseñado para un noticioso de tres minutos. Pero los rapa nui tienen otros recuerdos.

Aquí nos encontramos con una dificultad que acompaña la historia de este pueblo hasta el presente. Los pocos que escaparon de los secuestros de 1862, no sabían leer y menos escribir. Si la historia oral de los rapa nui sobre los crímenes de los esclavistas, la llegada de los misioneros y el despotismo de Dutrou-Bornier fue aceptada y anotada como verosímil por diversos visitantes, esto se acabó el 9 de septiembre de 1888. Desde esa fecha, nada de lo que afirmaban los nativos fue aceptado como cierto. ¡Hasta el día de hoy! ya que para la historia oficial sólo cuenta lo que alguna vez ha sido documentado, es fácil tachar de mentirosos a quienes en su tiempo no pudieron producir documentos. Tan simple es para los vencedores.

Pero no todo se olvida. En la isla se cuenta que Policarpo Toro no quiso aceptar el izamiento de la bandera rapa nui que los esclavos repatriados habían traído de Tahiti, y, más aún, la arrancó del asta. Que después Atamu Tekena habría exigido enérgicamente que se autorizara a Policarpo Toro para izar la bandera chilena, pero debajo de la de rapa nui.



POLICARPO TORO ANTES DE LA ANEXIÓN, DURANTE LAS NEGOCIACIONES EN TAHITI.

«¿Es que los jefes vieron esto sin hacer nada?» quiero saber. «No, nuestros hombres le dieron a Policarpo pasto para sus caballos, pero llenaron sus bolsillos con tierra», sabe Antonio. «Con el pasto decían que estaban dispuestos a reconocer la soberanía chilena; con los terrones en sus bolsillos que jamás entregarían su tierra».

«¿Desconfiaban?».

«¡Por supuesto! En la ceremonia estuvieron muchos que se acordaban muy bien de las barbaridades cometidas por los cazadores de esclavos, entre ellos Pakomio, uno de los quince que volvió de la esclavitud. Tampoco habían olvidado el despotismo de Dutrou-Bornier, que nos quitó la tierra prácticamente a cambio de nada». Antonio mira pensativamente sobre la isla: «Pero nuevamente fuimos engañados. Nos robaron nuestra tierra. Eso nos consta».

Setenta y siete años después de la anexión, el senador Ampuero declarará ante el Senado de la República de Chile:

«Cuando en 1888 llegó a esa isla el oficial de marina Policarpo Toro, los jefes de familia suscribieron un documento en virtud del cual hicieron entrega de la soberanía de la isla al Gobierno de Chile. Pero de ese documento, no puede entenderse que hicieron entrega de las tierras que les pertenecían: en mi opinión, si queremos ser justos, debemos reconocer que los terrenos de la isla pertenecen a los pascuenses».

Pero los rapa nui fueron encerrados en Hanga Roa, y durante los próximos 78 años no pudieron abandonar su ghetto sin permiso. Así, la violación del tratado estuvo programada antes de su firma, porque la pelea por el botín ya había empezado. El Ombligo del Mundo quedó a merced de negociantes inescrupulosos y de un gobierno desgastado en Santiago de Chile.

Los nuevos amos



VISTA DESDE EL TEREVAKA HACIA EL ESTE.

El botín

La pelea por los títulos de dominio

«La conquista del mundo, que básicamente consiste en quitárselo a quienes tienen otro color de piel o las narices un poco más chatas que nosotros, es, vista de cerca, nada que pueda alegrarnos».

JOSEPH CONRAD, *CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS*

Todo empezó cuando Dutrou-Bornier llegó a Isla de Pascua en 1868 y, mediante una serie de baratijas persuadió a algunos rapa nui de cederle un terreno en Mataveri. Fue como la primera piedra de una interminable disputa sobre los derechos de dominio en «Te Pito o te Henua».

El telón de este macabro espectáculo se levantó en 1877. Muerto Dutrou-Bornier, su viuda y la de su socio Brander, por un lado, y los misioneros por el otro, recurrieron a los tribunales por la propiedad de los terrenos, las construcciones y el ganado. Los protagonistas fueron

- los misioneros franceses que habían vendido una parte de su propiedad a los Salmon,
- Tati Salmon, que había adquirido el ganado de los misioneros,
- su hermano Alexander Salmon, que había comprado terrenos de la misión en Vaihu,
- los herederos de Brander, liderados por John Brander jr., y
- la sucesión Dutrou-Bornier.

Como vemos, los legítimos dueños de la isla, los habitantes nativos, no figuraban en las negociaciones. Era inconcebible que «salvajes incivilizados» y sin un registro de bienes raíces, pudiesen reclamar derechos ante un juez.

Acto seguido, hizo su entrada Policarpo Toro. A pesar de las críticas y persecuciones seguía metido en el juego. En Tahití negoció con John Brander jr., quien pidió 4.000 libras esterlinas por su



EVA HUKÉ HEY, ESPOSA DEL REY «CATÓLICO» ATAMU TEKENA. FALLECIÓ EL 17 DE MARZO DE 1946, A LA EDAD DE 110 AÑOS.

propiedad, además con Tati Salmon y con la misión por la compra de sus terrenos y animales (5.600 ovejas, 40 caballos y 4 burros), todo por 2.000 libras. El 22 de junio de 1888, el Presidente Balmaceda entregó una letra sobre esta cantidad a Toro, con el encargo de establecer en la isla a dos familias de colonos más la de su hermano, el capitán de ejército Pedro Pablo Toro. Este último se había radicado en Rapa Nui ya algunos meses antes de la anexión, probablemente para sentar precedentes. Pero Policarpo no tenía buenas cartas.

En la capital seguían escépticos. Que el capitán de corbeta viera cómo se las arreglaba solo. ¿Se equivocó en cuanto al apoyo que tendría, o el ambicioso quería demostrarle al mundo que sería capaz de lograr su meta contra viento y marea? Pero las negociaciones con Brander, aunque éste aparecía como único heredero, fueron un callejón sin salida. «Habiéndose encontrado en Tahiti que los títulos de propiedad de los hermanos Brander estaban enredados en un litigio pendiente de la resolución de los tribunales franceses [litigio por herencia]», escribe Pedro Pablo Toro cuatro años después, «el comisionado del Gobierno [Policarpo Toro] se abstuvo de realizar la compra i de entregar a aquellos las 4.000 libras esterlinas convenidas; pero, antes de regresar a Chile en esa situación, celebró con los señores Brander un contrato de promesa de compraventa, la cual debía verificarse una vez que aquellos obtuvieran de los tribunales la declaración de legitimidad de sus títulos. El comisionado celebró ese contrato en su propio nombre, ya que para eso no tenía poder del Gobierno, i contando con que éste no desaprobaba un acto que le parecía conveniente». Un error con consecuencias fatales para Policarpo Toro.

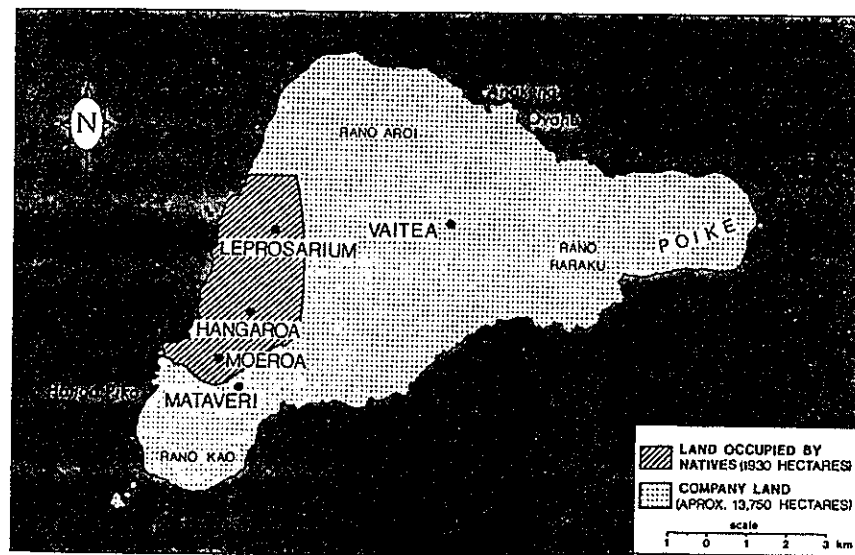
Finalmente las partes acordaron arrendar la isla a Chile por diez años y recién entonces proceder a la venta. A pesar de que Chile había incorporado Isla de Pascua al territorio nacional, no podía o no estaba interesado en disponer de sus tierras.

Se concretó solamente la compra de los terrenos de Tati Salmon y de la misión en Hanga Roa, Mataverí y Vaihu, los que fueron declarados propiedad fiscal: alrededor de un 20 % de toda la isla.

El gobierno chileno y Toro hicieron un extraño contrato. En noviembre de 1890, Toro recibió un poder que lo autorizaba para comprar tierras a Brander por su cuenta y riesgo y -lo que parece más insólito- sin ningún compromiso para el Estado.

«Después de quedarse [Toro] con las ganancias de la puesta en marcha del proyecto», podemos leer en Douglas J. Porteous, «en 1910 debería devolver la isla a Chile sin ningún costo para el país, comprometiéndose además a dejar intactas todas las mejoras que se hubieran hecho y a devolver la misma cantidad de

animales que Chile le había comprado a los Salmon. Además, Toro tenía que mantener con sus recursos a por lo menos tres familias de colonos [ver arriba] y garantizar mínimo un barco anual del Continente. A cambio, el gobierno se comprometía a proporcionar, una vez por año, las provisiones para los colonos. Si dentro del plazo de dos años Toro aún no hubiera comprado la tierra de Brander, el contrato quedaría sin efecto. Así, Chile intentó por primera vez hacer cultivar la Isla de Pascua por un particular, entregándole prácticamente el control total. No sería la última vez, porque esta peculiar forma de no injerencia determinaría la política chilena durante los próximos 60 años».



DISTRIBUCIÓN DE LOS TERRENOS 1917 (DE: DOUGLAS J. PORTEOUS: THE MODERNIZATION OF EASTER ISLAND).

De ese modo, el Presidente cargó a Toro con toda la responsabilidad. A más tardar ahora, el entusiasta debería haberse puesto suspicaz. ¿O pensaba que el contrato le permitiría apropiarse personalmente de Isla de Pascua -por supuesto bajo la bandera chilena-, instalando en una primera instancia a su hermano Pedro Pablo como lugarteniente? Entonces, la gloria se complementaría con el título de dominio. ¿Una idea seductora? Hasta 1910 faltaba mucho tiempo. Podían pasar tantas cosas. Pero todo se dio muy distinto.

La situación, ya bastante ambigua, terminó por descontrolarse cuando en Chile estalló la guerra civil de 1891. Balmaceda fue derrocado, se asiló en la Embajada argentina y se suicidó. Los gobiernos posrevolucionarios no lograban manejar la situación del país y se desentendieron completamente de lo que pasaba en Isla de Pascua, situación que no cambió hasta 1916.

Policarpo Toro ¿había optado por el bando equivocado en la guerra civil, o fue acusado por el fracaso de las negociaciones de compra? Quizás simplemente se quería eliminar al arribista. Él, gracias a cuya iniciativa Chile era ahora una potencia colonial, fue dado de baja por la Armada y declarado persona non grata por el gobierno revolucionario. Además, las nuevas autoridades podían así evitar el reembolso del arriendo que Toro había pagado a Brander. ¿Había caído en la desgracia total?

Toro escribiría más tarde: «...que éste debe ser un caso único en mi país, donde un oficial tuvo que pagar con sus bienes el hecho de haber tomado posesión de la isla».

Toro ya no pudo seguir pagándole a Brander y traspasó sus derechos al Estado chileno, al que poco le importó. El gobierno se negó a hacerse cargo de la situación, sea porque no tenía dinero para comprar las tierras, o porque no quería invertir en ellas. Además, las 4.000 libras esterlinas dispuestas por Balmaceda para comprarle a Brander habían desaparecido, probablemente en los bolsillos de los nuevos señores. Toro estaba en la ruina.

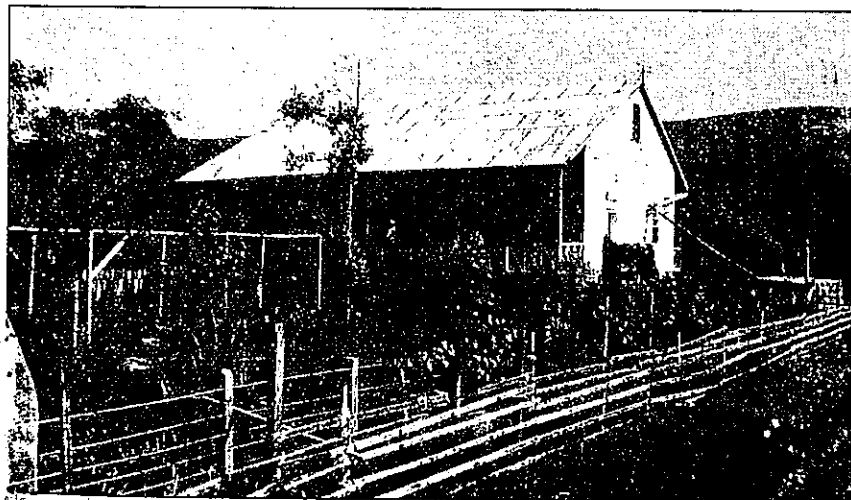
Nadie se consideraba responsable. Como consecuencia de la guerra civil, durante dos años no llegó barco a Rapa Nui. Los rapa nui ya creían que se habían librado del dominio extranjero, y los colonos se sentían abandonados. Sin embargo, la colonización de Isla de Pascua no fracasó en primer lugar por la guerra civil, sino por un craso error de juicio. El entusiasmo por los patrióticos augurios de un paraíso, se transformó en amarga decepción. La isla demostró ser lo que los opositores a la anexión siempre habían dicho: un territorio agreste, poco fértil y falto de agua. Dos familias de colonos se fueron. «Una», según Porteus, «donde el marido no podía quedarse más en la isla, ya que el carácter de su esposa era demasiado lábil». Él sabrá lo que quiso decir con eso.

De ese modo, al poco andar de la anexión reaparecieron las voces críticas. Por un lado por los pronósticos equivocados sobre la fertilidad de la isla, por el otro porque Chile no podía o no quería hacer valer sus derechos soberanía frente a los terratenientes.

Los litigios de herencia fueron resueltos en 1893 por un tribunal en Bordeaux, que declaró como heredero a Brander jr., ya que Dutrou-Bornier habría adquirido la isla legalmente. Los rapa nui no habían sido escuchados anteriormente y no fueron informados del juicio.

Pero este no fue el último acto del drama. Mientras los rapa nui seguían encerrados tras muros y alambradas, Toro estaba empeñado en salvar su proyecto. Siguió negociando con Brander y además con un intrigante hombre de negocios de Valparaíso, un tal Enrique Merlet. Pero Merlet pasó a llevar al capitán de corbeta caído en desgracia. Policarpo quedó definitivamente fuera del juego. ¡Rien ne va plus!

En su derrota, este Quijote adquiere rasgos casi simpáticos. El idealista que como un jovencito de película había luchado con todas sus fuerzas por realizar su sueño, se quedó sin pan ni pedazo. Si bien no fue un matasiete sin escrúpulos, tampoco hay que olvidar su ceguera frente a los legítimos derechos de los rapa nui. Eso enturbia la imagen del valiente patriota. Es cierto que la mayoría de sus contemporáneos estaba profundamente convencida de que la teoría de la evolución –si era correcta– valía para bárbaros desnudos como los pascuenses, pero jamás para quienes estaban hechos a imagen y semejanza de Dios. Pero eso no disculpa a Toro. Como otros después de él, abandonó a los rapa nui a su suerte, cual menesterosos superfluos en la mesa de los señores; quizás incluso con la esperanza que el problema tendría una solución biológica. Toro no fracasó por su falta de humanismo –si fuera así, tantos más tendrían que haber fracasado– sino porque lo que le sobraba de entusiasmo le faltaba en serenidad de juicio. Despidámonos de él.



A DE LA COMPAÑIA.

El telón se levanta para el tercer acto. En 1895, Brander acordó con Chile la venta de sus propiedades en 4.000 libras esterlinas, y dio un ultimátum de pago hasta el 22 de febrero de 1896. Pero Chile no pagó. Entonces, Enrique Merlet vio su oportunidad y firmó un contrato de arrendamiento con Brander por la suma de 1.200 pesos anuales. Obtuvo el consentimiento del Gobierno, el que para mayor abundamiento le arrendó además los terrenos fiscales, el ghetto y Mataveri, donde estaban las instalaciones de la estancia ovejera. Menos interés ya no puede mostrar un gobierno por un territorio anexo.

Siete años después de la anexión todavía no estaba claro a quién le pertenecía Isla de Pascua.

— ¿A Brander jr. por dictamen judicial? Pero éste no ejercía el control sobre la isla.

— A Merlet como arrendatario seguramente no; pero la controlaba.

— ¿Al Estado de Chile por el «acto oficial»? Este prescindía de todo control, en cambio nombraba al administrador de turno de la estancia, sea chileno o extranjero, como «Subdelegado marítimo», vale decir representante del gobierno.

— ¿A los rapa nui, quienes reconocían haber entregado algunos terrenos a Dutrou-Bornier, pero reclamaban sus derechos sobre la mayor parte de la isla?

Si Chile, Brander y Merlet estaban de acuerdo en algo, era que a los salvajes no había que dejarles nada. «Sería muy mala táctica», escribe Merlet, «reconocerles a los aborígenes derechos sobre cualquier territorio». Merlet impuso su punto de vista, lo que no debe haber sido difícil dadas las circunstancias, y se convirtió así en el autócrata de Isla de Pascua, basado en la hipótesis incierta de que toda la isla pertenecía a la sucesión Dutrou-Bornier.

El escenario había quedado casi vacío. Unos habían desaparecido tras bambalinas por decisión judicial, Policarpo estaba arruinado y los rapa nui no estaban previstos en el reparto. Merlet ya se veía ganador. Pero todos los intereses, incluyendo al Estado de Chile, se olvidaron de inscribir sus pretensiones en el registro del Conservador de Bienes Raíces. Eso traería consecuencias.

Entretanto, un nuevo actor entró en escena. Merlet tuvo problemas de pago. En 1898 se dirigió a la empresa anglo-escocesa Williamson, Balfour & Company (wbc), fundada en 1851, para solicitar un crédito de 4.000 libras esterlinas. Esta empresa tenía todo un imperio comercial en América del Sur; manejaba grandes estancias ovejeras en la Patagonia. Sabiendo de la insolventicia de Merlet, wbc aprobó el crédito, fundando al mismo tiempo la «Compañía Explotadora de Isla de Pascua» (CEDIP). Junto a los representantes de la wbc, Enrique Merlet obtuvo voz y voto en el consejo de administración de la CEDIP. Su hermano Numa fue nombrado gerente. Tal como se esperaba, Enrique Merlet



RAPA NUI.

quebró, y sus partes volvieron a la wbc como prestamista. Acto seguido, los hermanos Merlet arrendaron la CEDIP con domicilio en Valparaíso. Como primer administrador en Isla de Pascua enviaron a Alberto Sánchez Manterola. Este fue nombrado subdelegado marítimo en representación del Gobierno, al igual que sus sucesores. De ese modo, el gobierno chileno se desentendía de cualquier supervisión directa de Isla de Pascua. A comienzos del siglo XX, el feudo empresarial estaba perfecto. El administrador de turno decidía en todos los asuntos según su propio criterio, porque las leyes chilenas no se aplicaban en la isla.

El drama de los rapa nui siguió su rumbo. Encerrados en el ghetto, seguían despojados de todos los derechos —por no ser ciudadanos chilenos— y a merced de la arbitraria jurisdicción de los empleados de la estancia. Un intento de los isleños de lograr la devolución de sus tierras mediante un levantamiento, en 1914, fracasó.

Esta situación no pasó desapercibida en Chile. Las denuncias contra las prácticas de la CEDIP finalmente motivaron al gobierno a dictar, en 1917, una

ley que colocaba Isla de Pascua bajo la tuición de las autoridades marítimas de Valparaíso, y a enviar como gobernadores a oficiales de la Armada. Gracias a eso ¡no cambió nada! La CEDIP no tuvo problemas para conseguir una prórroga de su contrato de arrendamiento, la Compañía seguía haciendo y deshaciendo, y los rapa nui seguían encerrados. De tal forma pasaron otros diez años de despotismo de los administradores, hasta que a fines de los años 20 el Presidente Ibáñez exigió que el Estado se hiciera cargo de la isla como parte del territorio nacional. La CEDIP protestó vehementemente pero sin éxito. En un memorándum firmado por el obispo Rafael Edwards se lee que Enrique Merlet no tenía ningún título de dominio, ya que la cesión no había sido inscrita en los registros oficiales. ¡Omisión! Lo que se había dejado de hacer durante los enredos de títulos a comienzos del siglo, ya sea por negligencia, desinterés u otras razones, el Estado chileno se apuró en corregir 45 años después de la anexión. El 11 de noviembre de 1933, hizo inscribir Isla de Pascua como parte del territorio chileno en el registro del Conservador de Bienes Raíces de Valparaíso.

Ahora mandaba la misma CEDIP. A falta de otras iniciativas, el 13 de marzo de 1936, el Gobierno entregó el derecho de usufructo por cuarta vez a la misma compañía, aunque con la limitante que los terrenos fiscales estaban bajo jurisdicción de la Armada de Chile. Los estancieros solamente tuvieron que comprometerse a pagar un sueldo a sus trabajadores, así como una provisión diaria y suficiente de alimentos. Pero gracias a su barco anual, la firma siguió teniendo la sartén por el mango. «El pequeño grupo de marinos y civiles —observa Porteous—, dependía de los víveres y por lo tanto de la empresa, lo mismo que los nativos». Parece que, en el Continente, la discusión sobre la situación legal de Isla de Pascua seguía. En 1939, Víctor Vergara publicó un estudio según el cual Chile habría actuado en derecho al anexar la isla. Vergara se basa en las resoluciones de la Conferencia sobre el Congo (en Berlín 1885), que estableció criterios para la anexión de tierras habitadas por pueblos incivilizados y no cristianos. Entre otros se exigía que los colonizadores mostraran la voluntad de ejercer un dominio permanente, definitivo y efectivo sobre los territorios anexados, vale decir, control. Pero en el caso de Rapa Nui esto no había sido así. ¿O será que por eso, para mantener las apariencias de legalidad, los respectivos administradores de la estancia eran nombrados subdelegados marítimos? Una legitimación bastante pobre para un saqueo de proporciones.

Con la Armada comienza el cuarto, pero no el último acto de este interminable drama de confusiones sobre el dominio de Isla de Pascua. Según Porteous, «la Armada de Chile comenzó a manejar la isla como un barco, con

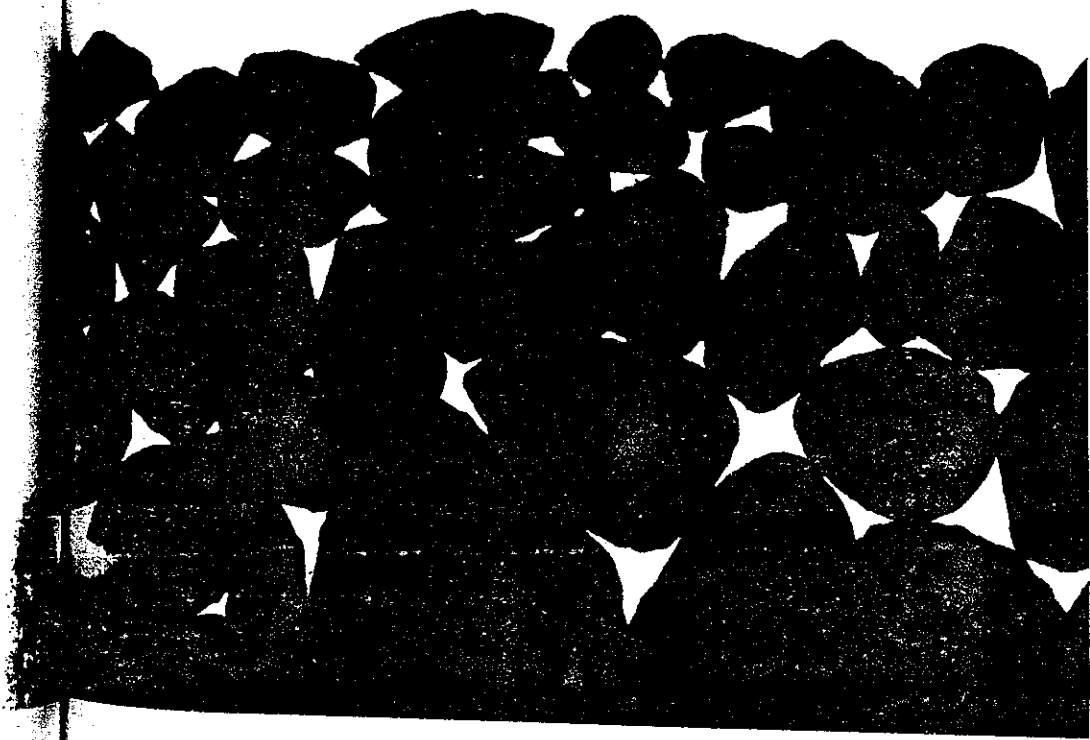
un gobernador como capitán, un primer oficial, un médico de a bordo, un comisario etc.». Esto tampoco cambió cuando el Presidente González Videla, miembro del directorio de la «Sociedad de los Amigos de Isla de Pascua», revocó definitivamente el contrato de arrendamiento con la CEDIP, en 1953.

Ahora, por primera vez, la República de Chile ejercía el control sobre Isla de Pascua, y el asunto de la propiedad de la tierra estaba decidido por el poder inmanente de lo fáctico. Podría caer el telón tras esta farsa de 65 años, si no fuera por los rapa nui. Si bien en 1966 legalmente fueron reconocidos como ciudadanos chilenos, desapareció el alambre de púas y hoy no necesitan permiso para circular por su tierra ancestral, sólo recibieron, para ser administrado por ellos, el sector de su antiguo ghetto, y más encima con restricciones. El 88 % restante de Rapa Nui son terrenos fiscales donde la municipalidad de Hanga Roa no tiene nada que decir hasta hoy.

El concepto del senador Ampuero —que la isla es de los isleños—, si bien no fue cuestionado en el Parlamento, tampoco encontró eco.

Sin embargo, la historia de Rapa Nui después de la anexión no se reduce a los litigios por los títulos de dominio de los invasores. Es sobre todo la historia de sus habitantes autóctonos, los que fueron obligados a llevar una vida marginada y miserable, encerrados en su ghetto, por casi ocho décadas. Nosotros queremos verla más de cerca.

El Ghetto



Los primeros cuatro años *El fracaso de Pedro Pablo Toro*

«Fueron conquistadores, nada de lo que uno pueda vanagloriarse, ya que el poder de uno es simplemente una casualidad resultante de la debilidad del otro.

Se apoderaron de lo que pudieron, con el solo afán de no dejar que se les escape nada».

JOSEPH CONRAD, *CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS.*

El 12 de julio de 1888, el capitán de ejército Pedro Pablo Toro es nombrado agente de colonización de Isla de Pascua. El 21 de julio, desembarca en sus costas a tres familias de colonos y sigue viaje a Papeete para ayudar a su hermano Policarpo que estaba negociando con Brander y Salmon sobre la venta de las propiedades que éstos tenían en la isla. A fines de agosto, los hermanos salen de Tahiti a bordo del *Angamos*, para tomar posesión del «Ombbligo del Mundo» en nombre de Chile. Allí, Pedro Pablo inicia su trabajo, el que le mantendría —aparte de un viaje de negocios a Tahiti— durante cuatro años en la isla más aislada del planeta.

«Quedé, pues, de nuevo esperando ... que llegara algún buque en que escapara a la miseria i poder llegar a Valparaíso», podemos leer en el voluminoso informe de 40 páginas que envió después de su regreso definitivo, el 15 de noviembre de 1892, al Ministerio de Tierras y Colonización. Concienzadamente, Pedro Pablo Toro registró hechos, observaciones e impresiones, como los exploradores anteriores, pero a diferencia de éstos también se quejó amargamente de las dificultades, querellas y obstáculos que encontró en su camino. Las condiciones de trabajo que halló eran absolutamente opuestas a los pronósticos teóricos de su hermano y otros que no conocían la situación. A esto se agregaron los conflictos y enredos políticos.

Examinemos su informe un poco más detalladamente, citando algunos de sus párrafos. Comencemos con el inventario confeccionado por el agente. A su llegada, Pedro Pablo Toro contabilizó 12.000 ovejas, más de 1.000 vacunos y poco más de 100 caballos, que pertenecían en tres quintas partes al gobierno. Más tarde se diría que el resto «en rigor» habría correspondido a los rapa nui. De los 21 pozos que alguna vez existieron en toda la isla, sólo tres tenían agua, insuficiente para el ganado. Pedro Pablo Toro observa:



PREPARACIÓN DE UN UMU.

«...la escasez de agua constituye uno de los mas graves inconvenientes que ofrece la crianza de ganados en la isla de Pascua, i su calidad de agua aposada i calentada por el sol, la hace dañina para los animales en los bebederos. En los volcanes, la disminución del agua durante el verano deja riberas pantanosas en las cuales suelen quedar pegados algunos animales que es preciso sacar a lazo. Algunos mueren allí, i esto i las materias vegetales en descomposición corrompen el agua, la cual despidе mal olor i es causa de enfermedades i muertes en el ganado».

Pedro Pablo Toro no atribuye la falta de árboles a la sobreexplotación por los aborígenes en siglos pasados, como suele afirmarse hoy, sino a la destrucción de las plantas por los vacunos y lanares que comían su corteza y hojas. Pero esta situación había comenzado recién hacía tres décadas con la introducción de los grandes rebaños de ovejas por Dutrou-Bornier. En cuanto a la producción de frutas y hortalizas, Pedro Pablo anota que...

«Fuera de los volcanes, hai plátano i caña de azúcar, algunas higueras i plantas de viña que dan buenos i abundantes frutos, moreras, unas pocas palmas i otros

árboles, algunos mui crecidos, llevados de Tahiti por los misioneros por el francés Dutrou-Bornier, que tras de aquellos llegó a establecerse en la isla, i por los señores Salmon i Brander ... Los misioneros introdujeron el repollo, el zapallo, la sandía, el melon i el maíz, que los canacas han seguido cultivando, aunque en reducida escala. Por mi parte, llevé algunas semillas de trigo, cebada, frejoles, garbanzos, lentejas i alfalfa. Todas ellas nacieron, crecieron i produjeron bien, principalmente los frejoles, de que se hicieron hasta dos cosechas en un año ... Pero, todo eso puede considerarse solo como un ensayo, y en mui reducida escala; los daños de los animales i de las gallinas i la escasez de alimentos para mí i los colonos, durante largos períodos de incomunicación, agotaron las semillas».

Con esto comienzan los problemas que finalmente harían fracasar el esfuerzo de Pedro Pablo Toro. Pero veamos primero cómo Pedro Pablo Toro vio a los nativos. Contabilizó a 178 rapa nui, cien hombres y setenta y ocho mujeres. Los niños no se mencionan, y no queda claro si están incluidos en esa cifra o no. La vida de los rapa nui es observada por el agente de forma distanciada, objetiva y sin afecto o empatía.

Lo más notable primero: Pedro Pablo Toro se abstiene en gran medida de emitir un juicio sobre el carácter de los isleños. Lo que muchos otros, antes y después que él, afirmaron sobre los ladrones y mentirosos que eran los rapa nui, no se repite en su informe. Sólo una vez comenta, en tono más bien comprensivo, que son «...naturalmente inclinados a la ociosidad». De la disminución de la población deduce, como otros de su tiempo, que epidemias como la viruela llevarían probablemente a la extinción de este pueblo. Sin embargo, otra afirmación parece indicar lo contrario:

«Por lo demás, han manifestado singulares aptitudes para la civilización, en término de que la sola influencia de cuatro o seis blancos establecidos en la isla, ha bastado para modificar en menos de treinta años radicalmente la vida de aquella pequeña sociedad, su religión, sus ideas, sus costumbres, hasta su idioma. Podría hacerse de ella lo que se quiera. Enseñados por los misioneros, muchos de los pascuenses aprendieron a leer i escribir en el idioma de Tahiti, el cual ha ido jeneralizándose hasta reemplazar la antigua lengua de Pascua, que hoi hablan únicamente los ancianos... De las creencias i prácticas religiosas antiguas, si las tuvieron, poco o nada conservan actualmente los pascuenses».

Nos reservamos el derecho a dudar de la afirmación que todos sabían leer y escribir. Deben haber sido unos pocos. La extinción de su antiguo idioma es un hecho irremediable que implica la pérdida definitiva de su identidad anterior.

Comenzó con las incursiones de los esclavistas y continuó bajo la influencia de los misioneros. La adaptación a la civilización fue, en vista de las experiencias de tres décadas con la superioridad de las armas de fuego, su única posibilidad de supervivencia. Pero Toro no saca conclusiones de la conducta de los rapa nui, sólo observa. Lo aparente es suficiente para él, como para tantos otros.

Casi divertido describe las celebraciones religiosas de Nicolás Pakarati, sin nombrarlo:

«Dos veces al día, mañana i tarde, los misioneros reunían a los canacas en su capilla i los ejercitaban en prácticas devotas, que los últimos han continuado hasta ahora religiosamente, dirigidos por uno de ellos, que hace como de sacerdote ... i hasta dice misa, a su modo, los domingos. Imita ante el altar los movimientos de los sacerdotes católicos, lee en un librito oraciones con frases latinas, asistido por un ayudante, i recita los evangelios en tahitiano, a lo que los fieles contestan cantando en coro, arrodillados los hombres a un lado, las mujeres al otro».

Pedro Pablo está convencido que nunca existió la poligamia, y que un matrimonio sólo es posible con el consentimiento de los padres de los novios:

«Si éstos consienten, se dirijen todos a manifestarlo así al Kin [Ariki], i éste ordena al que hace de sacerdote que lo ponga todo por escrito i que anuncie el próximo día el matrimonio, en un papel fijado en uno de los dos palos de bandera plantados en Hanga Roa. El anuncio tiene por objeto dar lugar a los preparativos de la fiesta, a la cual todos deben concurrir llevando ovejas, gallinas, camotes, taros, pescados i mariscos etc., destinado todo a ser cocido en un hoyo con piedras calentadas i comido en la fiesta matrimonial...

En los días de fiesta, el Kin ostenta vistosamente como insignias, un par de charreteras, un sombrero apuntado i una levita con botones amarillos adquiridos de algun oficial de marina».

Pedro Pablo Toro registra además que durante estas festividades, los isleños observan buenos modales. De eso podemos deducir que en la pequeña comunidad se había desarrollado una estructura social, la que, a pesar de toda la asimilación, tenía una identidad propia, como se verá más adelante.

Sus habitaciones subterráneas—Pedro Pablo Toro seguramente se refiere a las cuevas familiares que ya antes habían sido sustituidas por chozas de paja—han sido reemplazadas por casas construidas de tablas, en parte enviadas desde Valparaíso, en parte restos de barcos naufragos. La madera también servía para la construcción de canoas:

«Desde el establecimiento de los blancos, se han introducido telas o jéneros de diversas clases... Cuando trascurre largo tiempo... sin llegar buque a la isla, se produce naturalmente una escasez de ropa que los indígenas lamentan mucho i que les hace abstenerse en lo posible de salir de sus casas, por cierto sentimiento de pudor... Con excepción de los zapatos, a que no se han acostumbrado, puede decirse que los canacas se visten como la jente de nuestro bajo pueblo».

Los aborígenes disponían, según Pedro Pablo Toro, de unos setenta caballos. ¿Qué significa eso? ¿Pedro Pablo Toro se los había prestado generosamente, o eran propiedad de los rapa nui? En otra parte escribe que no tenían animales, pero que comían carne de pollo, cerdo, oveja y vacuno. ¡Contradicción! Pollos ya tenían hace mucho tiempo. Y también criaban algunos cerdos. Pero ¿de dónde sacaban la carne de vacuno y cordero? ¿Hacía Pedro Pablo Toro vista gorda frente al «autoservicio» de los isleños? Sólo señala discretamente que el rebaño de ovejas se habría diezmando por «los frecuentes robos hechos por los indígenas para su alimentación...». ¿Es posible que el agente de colonización haya optado por no mencionarlos porque habría recaído en él



MOVIENDO EL GANADO.

como autoridad responsable? En general, Pedro Pablo Toro no menciona ninguna vez haber castigado a un rapa nui.

Pero tampoco va más allá. En el informe se busca en vano algún indicio sobre contactos más estrechos con la población nativa. Pedro Pablo Toro no escribe sobre visitas a la aldea, sobre asistencia a la misa dominguera u otras celebraciones y actividades, nada sobre diferencias, tensiones o dificultades, aunque seguramente las hubo. Respecto al muro alrededor de Hanga Roa, Pedro Pablo Toro dice solamente que encontró terrenos cercados por sus antecesores, pero no que fue Dutrou-Bornier quien concentró a los isleños en ese lugar. Incluso afirma que los nativos mismos habrían construido las pircas para evitar que los animales destruyan sus sembrados. «Dentro» y «fuera» depende del cristal con que se mire, como en un zoológico. Pedro Pablo Toro mismo cuenta que hizo construir pircas a los rapa nui por un jornal de 30 centavos. Es poco probable que haya sido para protegerlos a ellos y a sus huertos. En ninguna parte menciona si los nativos podían salir de su aldea sin pedir permiso y transitar libremente por la isla. Sea como sea: Estos cercos fueron los primeros pasos hacia el ghuetto.

Pedro Pablo Toro no sólo no menciona encuentros con los nativos. Tampoco figuran en su informe los colonos, con la excepción de una frase donde dice que con los colonos habían encerrado cuarenta vacas para lecharlas. Eso es todo. Las personas no aparecen en el texto de Toro. Una explicación podría ser que el oficial, pensando en categorías militares, y no por ignorancia, consideraba que no correspondía mencionar muchas cosas. Su informe carece de toda actitud de arrogancia o condescendencia. Lamentablemente, éste es el único documento que da cuenta de los primeros cuatro años posteriores a la anexión.

Pero pasemos a revisar, después de esta breve sinopsis, las dificultades con que se encontró el agente de colonización. Ahí queda de manifiesto todo el dilema en que Pedro Pablo Toro estaba metido sin que tuviese la culpa de ello.

El primer y grave problema se suscitó, como ya se dijo, por la falta de aprovisionamiento de Isla de Pascua. El mayor obstáculo fue el malhadado contrato que Policarpo Toro firmara con Brander y Salmon pensando que encontraría la aprobación del Gobierno. Pero éste lo desaprobó, como sabemos, y no pagó. De ahí, las cosas derivaron sin remedio hacia una situación insostenible que en definitiva resultó ser el primer y último intento de colonizar Isla de Pascua con chilenos.

En la primera urgencia Policarpo, que todavía no quería dar su sueño por perdido, en diciembre de 1888 envió la *Paloma* con un cargamento de clavos, tablas, sulfato de cobre como remedio para las ovejas, algunos víveres y —de su propio bolsillo— 360 pesos para las tres familias de colonos y 500 para

trabajos de adelanto, los que probablemente fueron entregados a su hermano para su distribución. Recién medio año después llegó el *O'Higgins* que trajo algunos artículos de primera necesidad. Lamentablemente no se menciona si el flete fue pagado por el Estado o por Policarpo. Amargado, Pedro Pablo escribió más tarde al ministro: «Fue el único buque enviado directamente a la isla por el Gobierno durante mi larga permanencia en ella».

Ya a mediados de 1889, la situación debe haberse tornado insoportable. El ánimo de los colonos había bajado a cero en estos largos meses de espera estéril. Dos familias resignaron y regresaron al Continente en el *O'Higgins*. El tercer colono, que por lo visto no tenía familia, murió un mes después.

«Por mi parte», declara Pedro Pablo, «habría podido también regresar a Santiago en alguno de aquellos buques, pues para ello estaba autorizado por nota ministerial llevada en la O'Higgins i fechada en 7 de mayo de 1889; pero, el temor a los perjuicios que podría orijinar el completo abandono de los animales i enseres existentes en la isla i la esperanza que yo tenía de ser pronto reemplazado en mi comisión, me determinaron a continuar en Pascua aguardando mi relevo».

¿Fue sentido del deber que lo motivó a quedarse, o no quería abandonar a su hermano que ya estaba con el agua hasta el cuello? No lo dice. El relevo nunca llegó, y la situación se agudizó más y más. El 24 de enero de 1891, Pedro Pablo recibió una carta particular con un barco danés. «Estas noticias me impusieron vagamente de la amenazante agitación política en que se hallaba Chile». La revolución era inminente. Su estallido significó el final fatal para Policarpo Toro. Cuando Pedro Pablo redactó su informe en 1892, ¿contaba con que los nuevos políticos revolucionarios le pedirían cuentas tanto a él como a su hermano? Los siguientes párrafos, dirigidos al nuevo Ministro de Colonización, se leen como si su autor quisiera justificarse frente a una crítica esperada. Es necesario reproducir aquí más extensamente esta parte del informe, porque deja entrever el desinterés del gobierno revolucionario para con la nueva colonia, que es la causa del abandono por décadas de Isla de Pascua y sus habitantes. Escribe Pedro Pablo Toro:

«Al fin, a mediados de diciembre de aquel año, llegó del Callao la barca Clorinda, i solo entonces pude tener la primera noticia jeneral de la revolución estallada un año antes en Chile i ya felizmente terminada hacia mas de tres meses. Pensé justamente en que seria yo el único chileno, el único hombre civilizado del mundo, que no hubiera tenido ni vaga noticia de aquel suceso. Posteriormente he sabido que, en las vísperas de la dictadura i de la revolucion, estaba en

Valparaiso lista para ir a Pascua la corbeta O'Higgins, llevando a mi reemplazante un señor MacCutcheon, colonos, víveres, útiles etc. Pertenecía la Clorinda a don Policarpo Toro, ...que habia recibido del ministerio, en oficio de 2 de junio de aquel año, encargo de darme instrucciones sobre lo que debia yo hacer en la isla; que, en virtud del citado contrato de arrendamiento, representaba allí los derechos de los señores Brander, indivisos con los comprados por el Gobierno al Señor Salmon...»

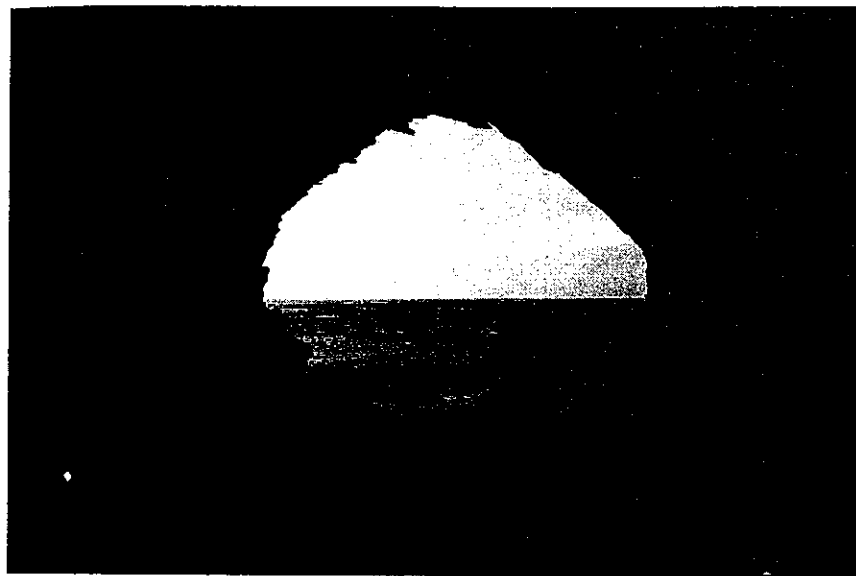
Por lo visto, ya que el gobierno de Santiago no había asumido las obligaciones contractuales de Policarpo, los señores Brander y Salmon estaban interesados en reafirmar su presencia en la isla por intermedio de Pedro Pablo Toro. Ahora, éste nadaba entre dos aguas. Pero sigamos con su informe:

«Porque es de advertir aquí que jamás recibí del Gobierno instrucción alguna directa ni otra cosa que los referidos 240 pesos percibidos de la Tesorería Fiscal de Santiago, poco ántes de mi partida. Todo esto, la apremiante necesidad de recursos en que yo me encontraba i mis deseos de facilitarme el medio de regresar a Santiago, determinaron mi procedimiento con relacion a dicha barca i a las comunicaciones que recibí de su dueño.

En consecuencia, se embarcaron difícilmente en aquella ventinueve animales vacunos, seis caballares i trece mil kilos de lana, que el capitán debia vender en Tahiti, aplicando el producto a reparaciones i gastos de la barca misma i a pagar a los arrendadores Brander varios semestres de cánones insolutos».

La Clorinda llegó a Papeete el 13 de enero, y después de tres semanas de arreglos provisorios zarpó nuevamente para Isla de Pascua. Pero la barca todavía hacía agua y tuvo que devolverse. Ya que las reparaciones tomaban mucho tiempo y Brander insistía en el pago, Pedro Pablo arrendó la Gironde para ir a buscar un segundo cargamento de lana. Después de cuarenta y dos días de mar gruesa, la barca ancló frente a Rapa Nui y cargó 23.000 kilos de lana, con cuya ganancia se pagó el arriendo de la Gironde, las reparaciones de la Clorinda y los cinco años y medio de renta que se debían a Brander.

«A mediados de junio llegó a Pascua la Clorinda, ya reparada; pero a los tres o cuatro días, i cuando ya habia embarcado el resto de la lana existente en la isla, al amanecer del 26 de aquel mes, se fué sobre las rocas i naufragó, salvando felizmente toda la jente».



«ANA KAI TANGATA», CUEVA EN LA COSTA ESTE.

En su desesperada situación financiera, Policarpo había tratado de hacer lo posible. Pero el barco que consiguió fue una chatarra, lo que transformó la situación, de por sí precaria, en catástrofe. Y no había esperanza de ayuda de parte del gobierno chileno.

Pedro Pablo escribe al respecto:

«Pasaron así algunas semanas en exasperante situación. Muchos llegaron a temer que el Gobierno de Chile hubiera abandonado definitivamente la isla. Los canacas mismos, viendo que en mas de dos años i medio no habia aparecido en ella ningun buque nacional, creyeron tambien que ya no se enviaria ningun otro, i comenzaron a reclamar sus derechos sobre la isla i a tomar una actitud arrogante i amenazadora que ántes no habian manifestado».

Un anciano rapa nui me relata este acontecimiento:

«Todos se juntaron en la playa. Cuando no pasó nada, nuestra gente subió al barco naufragado y se llevó lo que necesitaba. La madera escaseaba en Rapa Nui. Pensábamos que Chile había perdido el interés en la isla. Pero después de

un tiempo igual llegó un barco de la Armada, creo que fue la Abtao. Ahí hubo problemas. Dicen que se llevaron detenidos a algunos de los nuestros, para castigarlos en el Continente. Después, la Armada hacía eso cada vez que nuestra gente protestaba contra la violencia de la gente de la compañía».

En el informe de Pedro Pablo, esto se lee distinto:

«En aquella situación, dos de los referidos naufragos, más desesperados que los otros, resolvieron dirigirse al Continente, distante mas de setecientos leguas, en un bote escapado del naufragio. Provistos de víveres para un mes, abandonaron la isla el 4 de agosto último, sin que hasta ahora se tenga noticia de la suerte que han corrido.

Por fin, apareció en Pascua, en viaje de instrucción, la corbeta nacional Abtao, que fundeó en la bahía de Angaroa el 10 de septiembre. Después de trece días de permanencia en la isla, la corbeta zarpó de Pascua trayéndome a mi, a los dos colonos i a los naufragos de la Clorinda».

Antes de partir, Pedro Pablo Toro hizo entrega de los negocios al capitán Carlos Higgins, y llegó a Santiago el 22 de septiembre de 1892.

El capitán de ejército no se limitó a referir sus observaciones sobre la isla, sus habitantes y las miserables condiciones reinantes. Como oficial consciente de su deber también hizo sugerencias al Ministerio sobre un manejo rentable del terreno. Escribió sobre posibilidades agrícolas, la promisoría plantación de frutales, y que la isla podría alimentar entre seis y ocho familias de colonos. Todo esto se expone prolijamente, pero aquí no podemos entrar en detalle. Sin embargo, no queremos dejar de mencionar algunas sugerencias que serán relevantes para el desarrollo futuro de la historia: Policarpo Toro propone que Isla de Pascua sea sometida a la jurisdicción de la República de Chile. Esto se concreta recién en 1917! Los estancieros, que en 1895 se convirtieron en los señores omnímodos de Isla de Pascua, podían hacer y deshacer a su antojo y sin tener que rendir cuentas a nadie. Policarpo Toro quería tener en la isla a un capellán, que también podría hacer las veces de maestro y funcionario público. El funcionario y profesor llegó, en la persona del Prefecto de policía, recién cuando la isla fue sometida a la legalidad chilena. Los feligreses recibieron a su capellán después de 45 años, y el médico y farmacéutico, que Policarpo Toro también solicitaba, se hicieron esperar otro tanto.

A diferencia de su eufórico hermano, Pedro Pablo Toro conoció la realidad, vale decir las muy limitadas posibilidades de Isla de Pascua. Con el debido respeto frente al ministro, Pedro Pablo Toro, como oficial subalterno que

aprendió disciplina, se abstiene de toda opinión personal y cierra su informe con las siguientes palabras:

«En cuanto a la importancia que la isla de Pascua pueda tener para la navegación como punto de recalada i depósito de carbon, sobre todo, si llega a abrirse el istmo de Panamá i a establecerse tráfico entre Panamá i Australia, nada puedo decir. Sobre esto, como sobre los inconvenientes que podrían resultar para Chile de la ocupación de aquella isla, al frente de nuestra costa, por alguna gran potencia naval extranjera, he oído variedad de apreciaciones, que yo soi incompetente para juzgar.

Dios guarde a US.
Pedro P. Toro».

El reproche implícito en el sentido que el nuevo gobierno no estaría demostrando ningún interés por su nuevo territorio, está diplomáticamente clausulado.

Resumamos: El informe de Pedro Pablo Toro se lee, ahí donde trata de los habitantes de la isla, como si éstos hubiesen sido sólo accesorios, figurines que se observan desde la distancia, sin que despierten afectos, elementos sin vida. Puede ser aceptable considerando que el autor era un oficial acostumbrado a redactar sus informes con rigurosa objetividad. Pero es el enfoque típico, así como casi todos los que llegaron después de él vieron e ignoraron al pueblo rapa nui.

Muy distinto escribe cuando se refiere a sí mismo, a su situación desesperada, cuando justifica lo que hizo. Ahí se puede ver al hombre Pedro Pablo, lejos del anonimato en que deja a los rapa nui. Y el informe se convierte en un antecedente histórico que documenta las causas de un abandono por décadas. Ya que el plan de colonización no había tenido una aceptación unánime antes de la revolución, el nuevo gobierno quizás no vio en él más que un error descabellado que sólo traería problemas y un sinfín de costos para el Estado. Si esa fue la percepción de los responsables en la capital, podríamos decir que tuvieron una perspicacia extraordinaria, porque los problemas llegaron, e Isla de Pascua se convirtió en un negocio a pérdida, hasta el día de hoy. Sin embargo, la falta de interés por Rapa Nui demuestra más bien una falta de visión de Estado. Se desentendieron del Ombligo del Mundo sin más, como se cortan las amarras de un bote inservible que nadie quiere quedarse. Que se lo lleve la corriente. Lo importante era deshacerse de él. Y la isla fue a dar a las manos de un especulante sin escrúpulos: Enrique Merlet.

Chile da en arriendo la Isla de Pascua *La autocracia del estanciero Enrique Merlet*

«Aquí estamos, y aquí nos quedamos, y el país tendrá que conformarse con nuestra presencia. No hemos venido a la India para ser amables, ni tenemos la intención de serlo. Tenemos algo mucho más importante que hacer».

RONNY, EL JUEZ, EN A LA BÚSQUEDA DE LA INDIA, DE E. M. FORSTER

Recordemos que Enrique Merlet, un aventurero nativo de Francia, el 29 de agosto de 1895 había adquirido los campos que John Brander jr. tenía en Isla de Pascua, y el 3 de septiembre del mismo año logró que el gobierno chileno le arrendara los terrenos fiscales. Ya que personalmente no tenía muchas ganas de criar ovejas en una isla solitaria, contrató como administrador a un chileno, un tal Alberto Sánchez Manterola, y lo envió a Rapa Nui en marzo de 1896. Sánchez, que también cumplía las funciones de subdelegado marítimo, vale decir gobernador, se desempeñó en la isla, con un breve intervalo, hasta fines de 1900. Muchos años después, redactó una especie de informe sobre su trabajo, sobre las graves diferencias que tuvo con Merlet, y sobre las dudosas actividades de éste. Él se veía como un hombre recto que no tenía nada que reprocharse y que había sido tratado injustamente. Su informe empieza en un tono algo quejumbroso:

«Han transcurrido veinte años de mi regreso de la Isla de Pascua y tanto me han pedido relate algo sobre este descabellado viaje, que me he propuesto hacerlo... por estar solo y poder ofrecer un tributo de cariño a mi abnegada esposa que compartió conmigo las amarguras de aquel destierro, escribiendo estas líneas con la más estricta exactitud que me lo permita el recuerdo desde aquellos años».

Ya durante los preparativos del viaje surgieron las primeras diferencias:

«Fui autorizado para hacer las compras de cuanto yo deseara para mi permanencia en la Isla y poco a poco me aprovisioné de cuanto allí podía necesitar, lo que Enrique no miraba con buenos ojos y con afán me hacía ver que en la Isla había de todo; pero yo, haciendo caso omiso a sus observaciones seguía, preparando mi viaje como si nada allí existiera. De nada de esto me arrepiento, porque en la Isla no encontré absolutamente nada que poder aprovechar».

Cuando Sánchez con su esposa e hijo de seis meses llegó a Isla de Pascua a bordo de la *Apolline Emilie*, el 24 de marzo de 1896, lo primero que constató es que no se había izado la bandera chilena. En seguida saludó a algunos obreros chilenos que ya estaban trabajando en la estancia. El Ariki Riroroko, que tenía entre 26 y 28 años de edad, y su esposa Verónica saludaron al nuevo administrador, presentándoles a algunas de las personas más destacadas del pueblo.

A la hora de la cena, algunos rapa nui quisieron compartir la mesa. Para dejar clara desde un comienzo la jerarquía, Sánchez ordenó, por intermedio del traductor francés Bata (Bautiston), que hace tiempo vivía en la isla, que los nativos se retiraran, y sobre todo no llegaran más desnudos a la administración en Mataveri.

No sabemos si con estas palabras quiso insinuar además que podían comprar género en la pulpería de la compañía, si trabajaban para los blancos.

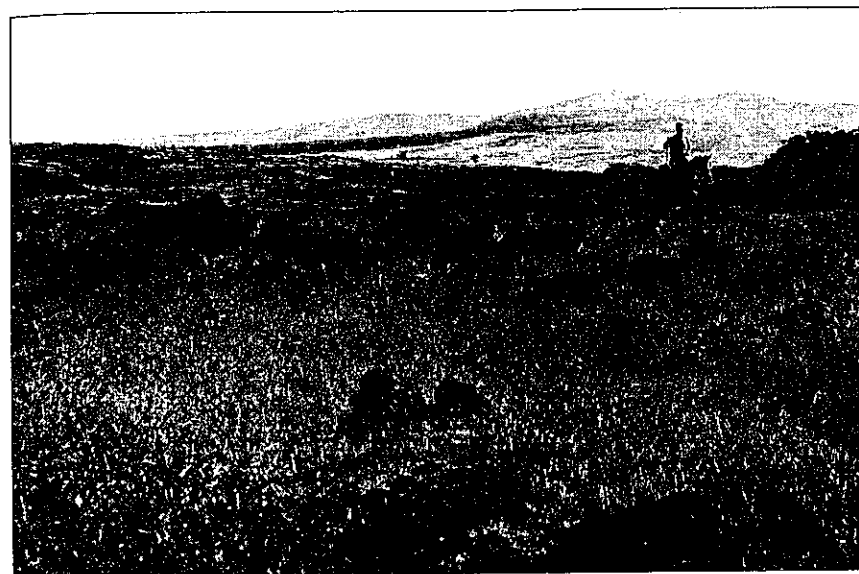
Los rapa nui, en todo caso, se presentaron puntualmente a trabajar, el Ariki el primero de todos, por lo menos mientras había algo que comprar en la pulpería. Pero la mercadería pronto empezó a escasear. Pasaron cuatro meses hasta que la *Apolline Emilie* ancló nuevamente en la bahía de Hanga Roa, el 15 de julio. Alivio general. Por fin habían llegado las provisiones que faltaban, sobre todo víveres. Pero al momento de descargar, Sánchez tuvo que constatar consternado que el barco no traía ni víveres ni otras mercaderías.

¿Cómo era posible? Un barco de abastecimiento ¡sin provisiones! ¿Qué le había pasado por la mente a Enrique Merlet? El capitán Jensen no se pronunciaba. Mientras Sánchez, exasperado, no hallaba qué hacer, se desató una tormenta que cortó las dos anclas de la *Apolline Emilie* e hizo encallar la embarcación. El capitán y cuatro tripulantes se ahogaron, los cuatro restantes pudieron ser rescatados. Enrique Merlet podía estar contento. Todo había salido mejor de lo que había planificado.

¿Cómo eso? El capitán Jensen le había entregado a Sánchez una carta de Merlet, fechada a 1 de julio de 1896, que decía: «Así pues, tan pronto llegue el buque a ésta, principie Ud. el embarque del cargamento que nos ha avisado tener listo». Sigue una lista de la carga.

Sánchez se pregunta, sorprendido: «¿Cómo y cuándo yo le avisé tener listo este cargamento, sin comunicación con el Continente? Este plan fue elaborado con el desgraciado capitán Jensen y lo que quería Merlet era que yo, como Subdelegado Marítimo de la Isla de Pascua, certificara haber hecho este embarque, que iba asegurado en más de \$ 100.000».

Pero ¿qué fin tenía confirmar el despacho de una carga inexistente? El barco tendría que haber regresado vacío, y justamente eso formaba parte del



LA MAYOR PARTE DE LA ISLA ESTÁ CUBIERTA DE ROCAS VOLCÁNICAS.

plan de Merlet. El naufragio de la *Apolline Emilie* por la fuerza de la naturaleza fue una feliz casualidad, porque Sánchez sostiene que

«...el capitán Jensen iba premunido de instrucciones para perder el buque a la salida del puerto de Hanga Roa, lo cual se comprueba con la carta que más adelante copio. El capitán Jensen me lo dio así a entender y las cartas que me trajo de Enrique Merlet lo atestiguan, como puede verse en su fechada de junio 1° de 1896».

Merlet, quien al poco andar se encontraba en graves aprietos económicos, quería cobrar dos veces el seguro: primero por la pérdida del barco, y luego por una carga inexistente. Que el temporal se hubiese encargado de la primera parte, lo llenó de satisfacción. Pero quedaba por tramitar lo del cargamento. Previsoramente, Merlet había instruido a su administrador que destruyera la carta traicionera, pero para posterior espanto de Merlet, éste la conservó.

En enero de 1897, Enrique Janson, un agente de la compañía de seguros, viajó a Rapa Nui para verificar las pérdidas de la CEDIP. No sabemos si fue por

simple rutina o si en Valparaíso ya se rumoreaba de la precaria situación de Merlet y Cía. Según Sánchez está claro que

«Merlet lo había impuesto del cargamento que debió haber llevado la Apolline Emilie y el señor Jansen tuvo tiempo más que suficiente para averiguar que no contaba ni con un solo quintal de lana para remitir a Valparaíso, porque la esquila no se haría hasta el mes de octubre».

Sánchez no cuenta en qué quedó con el agente de seguros. Hay indicios para suponer que el subdelegado se las arregló para no perder en este juego. Le habría sido muy difícil probar el plan de Merlet de hundir el barco, ya que la carta del 1 de junio de 1896 no decía nada sobre ese particular. En cambio, la carta sí probaba el fraude con el cargamento brujo. Pero si el administrador quería presionar a Merlet con la carta, no se la podía mostrar a Janson. Que el cargamento en cuestión nunca existió, porque la *Apolline Emilie* se había hundido antes de la esquila, era un hecho que Sánchez no podía ni quería negar. Con eso quedaba como un hombre honesto frente a la compañía de seguros, y al mismo tiempo tenía algo en manos contra Merlet.

Por supuesto que la prima de 100.000 pesos se perdió. Furioso por este amargo perjuicio, Merlet citó a su administrador a Valparaíso. Allí, Sánchez se dirigió a las oficinas de Merlet & Cía. para colmar de reproches a los caballeros, «...algunos de éstos en tono insolente; pero ni Enrique, ni su hermano, el hipócrita Numa, tuvieron palabras para contestarme. Tenía en mi poder la correspondencia privada y las órdenes para proceder con respecto al imaginario cargamento de retorno...».

Esta situación alarmó sobremanera a los hermanos, y les habría encantado deshacerse de su pérfido capataz. Pero a regañadientes tuvieron que dejarlo regresar a Isla de Pascua.

Adelantémonos a los acontecimientos para ver en qué terminó el asunto: Cuando después de cinco años, al final de su contrato, Sánchez desembarca con su familia en Valparaíso, el 1 de enero de 1901, los Merlet no están para recibirlo.

Recuerda:

«Al siguiente día me dirigí al escritorio de ellos y no tardó mucho para imponerme que, con motivo de las bajas en los precios de la lana en Europa, las utilidades en la parte que me corresponde, según mi contrato, habían quedado reducidas a \$ 1.487.03, según estado del libro Mayor. Esta utilidad representa el 15% en los cinco años de trabajo en la Isla de Pascua».

Sánchez no está dispuesto a conformarse con eso. Ambas partes contratan a abogados. Al mes y medio, Sánchez pierde la paciencia y recuerda a los hermanos Merlet que tiene ciertas cartas en su poder (parece haber habido más de una) relacionadas con el hundimiento en cuestión. Finalmente, se le entregan 4.000 pesos en efectivo.

Sánchez como subdelegado marítimo y autoridad de gobierno, debería haber denunciado a la justicia a Enrique Merlet. Lejos de hacerlo, ocultó pruebas para, si no chantajear, por lo menos presionar a su jefe. Lo que el gobernador Sánchez hizo equivale a obstaculización de la punición en beneficio propio.

Con ocasión de otra situación delictual, en cambio, no dudó en ejercer su autoridad. La parte contraria, los rapa nui, reaccionaron de manera totalmente sorprendente.



TRABAJANDO CON LAS OVEJAS.

El 18 de septiembre de 1896, Sánchez estaba celebrando con sus trabajadores chilenos las Fiestas Patrias, generosamente regadas con el vino que normalmente permanecía guardado bajo siete llaves. Pero dejemos que él mismo cuente:

«Algunos de los chilenos no esperaron la hora del almuerzo para beberse su ración de vino, porque ya hacía más de seis meses que no le habían tomado el olor... El joven Felipe 2° Rehhoef, que vino conmigo desde Valparaíso, sea que el vino le hizo mal o que bebió demasiado, tuvo un altercado con un canaca llamado Timona muy apreciado de todos ellos y sin más motivo desenvainó un gran cuchillo y se lo enterró en pleno vientre».

Sánchez pudo reducir al delincuente alcoholizado. Continúa:

«Cuando volví a atender a Timona, este se hallaba con los intestinos salidos... En estos momentos la noticia de lo acontecido a Timona comenzó a circular entre los canacas y no fue poco el temor que tuve esa noche de un levantamiento de los canacas y que hubieran venido a hacerse justicia por sí solos. Esto hubiera sido lo natural. Timona dejó de existir ese día a las nueve de la noche y de allí los canacas se lo llevaron a su choza.

Los canacas permanecieron tranquilos esa noche y al siguiente día vinieron todos ellos y con su Rey a la cabeza de la columna, vestido de gran uniforme, a conferenciar conmigo. El francés Bata hacía de intérprete. Con todo respeto y lamentando esta desgracia me pidieron que les entregara al asesino, a lo que no pude acceder, y en mi carácter de Gobernador Marítimo de la Isla de Pascua les hice decir que yo era el único que podía disponer de él, levantando el sumario del caso y remitiéndolo a Valparaíso cuando viniera algún buque.

La conferencia duro más de tres horas y notaba que los canacas venían resueltos a llevárselo. Carecía de policía y la situación iba agravándose hasta que el Rey se hizo responsable de que nada le sucedería a Rehhoef y que ellos querían llevarlo a su campamento hasta que viniera un buque... dejé que se lo llevaran, no sin quedarme con algún temor».

Sánchez hizo traer la cama de Rehhoef, «viveres y especialmente carne, de la que los canacas no pueden disponer», porque con excepción de gallinas les estaba prohibida la crianza de animales. Y ahora el gobernador reporta algo sorprendente:

«Rehhoef era un joven de unos 24 años de edad, de buena figura y simpático y no tardó en hacerse querer de los canacas y especialmente de los niños, a quienes les enseñaban a leer, rezar y aprender castellano. Esta contrición le valió para que lo trataran mejor y un mes después le permitían salir de su habitación, quedando en libertad, puede decirse, pero sin salir del campamento de Hanga Roa. Más adelante expresaré cómo obtuve la libertad de Rehhoef, porque su

prisión duraba más de un año y buque de guerra chileno no se dejaba ver ninguno para llevarlo a Valparaíso, como ellos querían».

Hay razones para suponer que Riroroko quería dejar claro que él era el soberano del Ombligo del Mundo y la isla propiedad de los rapa nui. Si esa fue su intención, si de esa manera el Ariki reafirmó los derechos de su pueblo, entonces el gobernador había perdido una jugada en el póquer del poder. El ulterior desarrollo de los hechos, especialmente la suerte que corrió Riroroko, hacen pensar que Sánchez nunca olvidó esta derrota y estaba decidido a imponerse como fuera.

Pero Sánchez no refiere cómo él se explica la conducta de los rapa nui, ni tampoco por qué no tomaron venganza. Habría sido el momento de corregir la imagen de los salvajes indómitos supuestamente carentes de valores morales. Pero ¿a quién le interesaba!

La rutina diaria fue interrumpida por una sola visita en cinco años: El 6 de enero de 1898, el sacerdote alemán Georg Eich hizo un alto en su viaje de Tahiti a Valparaíso para visitar la isla. Eich cuenta que Sánchez y su esposa le causaron una buena impresión. En cuanto a lo religioso, dice que la iglesia de Hanga Roa se encontraba en un estado deplorable, que los obreros chilenos solteros habían ocupado la casa del cura y que probablemente violaban a mujeres y niñas. Además, el sacerdote alaba la benéfica labor del catequista Nicolás Pakarati, bautiza rápidamente a 66 personas, casa a 18 parejas, visita a los leprosos y a los tres días vuelve a embarcarse, sin haberse interesado por las condiciones de vida de los rapa nui.

Aparentemente, la calma había vuelto a Rapa Nui. Pero no pasó mucho tiempo antes del próximo conflicto. El Ariki Riroroko se quejó con Sánchez por un pozo sobre el cual los rapa nui tendrían derechos, pero que quedaba fuera del ghetto. Como la isla no cuenta con ninguna vertiente, el agua escasea durante los períodos de sequía. Lo que pasó a continuación, se lee así en las palabras de Sánchez:

«...en un momento de exaltación, dirigiéndome al Rey, lo saqué de mi oficina a trompón limpio y tuvo la mala suerte uno de sus acompañantes de encontrarse conmigo en este lance, que sin más motivos que haber manifestado su opinión en este asunto, le tocó recibir algunos buenos golpes míos. El resultado no se dejó esperar y sin contestarme una sola palabra el Rey, se retiró éste con todos sus acompañantes. Poco rato después pude percibir el sonido de una corneta, señal de reunión de los canacas y tuve conocimiento esa misma tarde que habían acordado no salir más a trabajar hasta que viniera un buque de guerra chileno. En efecto, al



ENRIQUE MERLET PRENDE FUEGO A LOS CULTIVOS DE LOS RAIPA NUI.

siguiente día nadie se presentó al trabajo y así pasaron los días de toda aquella semana. El lunes siguiente acompañado de los guardianes y de dos o tres chilenos mas me dirigí a Hanga Roa, ...resuelto a poner fin a esta situación. Los encontré reunidos al frente de la iglesia y como nadie me contestara a la pregunta que les dirigí sobre el motivo que tenían para no asistir al trabajo, ordené a los guardianes tomaran preso a uno de los cabecillas, un tal Hito; pero no bien di la orden cuando todos los canacas se pusieron en actitud de defenderse y, armados de piedras, intentaron oponerse a que se llevaran preso a ningún canaca. Uno de los guardianes, un tal Martínez, que Merlet me mandó a la Isla como muy atrevido y valiente, sin orden mía y quizás dominado por los nervios, disparó su carabina sobre un canaca, felizmente sin herirlo, pero junto con la detonación, veinte canacas se apoderaron de él y lo desarmaron. En esta situación ordené reunirnos porque cada momento que pasaba nos iban cerrando en círculo y cortándonos la retirada que, a todo trance, procuraba mantener. Era tal la exaltación que había entre los canacas, que hubo un momento en que hasta las mujeres y hombres viejos, que jamás allí había visto, brotaban de entre las piedras resueltos a no dejar se lleve

alguno preso. Dos veces intenté tomarlos, pero comprendí que, para conseguirlo, habría necesidad de hacer uso de las armas y esto procuré evitar. En un momento de buen juicio, ordené a los guardianes retirarse y yo me volví en espera de otros acontecimientos».

En función de su cargo, el gobernador esta vez actuó con decisión, pero sin éxito. El episodio tuvo un epílogo fatal: Riroroko pidió viajar a Chile,

«...para pedir amparo al Gobierno, por haberles quitado sus tierras y plantaciones el concesionario de la Isla señor Enrique Merlet. En efecto, les había yo prohibido la salida al campo sin mi permiso, reduciéndolos en un espacio de mil hectáreas, que hice cercar con una magnífica pirca de piedras... Le extendí una orden para el capitán, para que lo reciba a bordo y le escribí a Merlet sobre el expresado viaje del Rey.

Llegada la goleta a Valparaíso, [Merlet] le prohibió [a Riroroko] bajar a tierra hasta tener estudiado un plan fijo con respecto a él. Se lo confió a un alemán Jefferles, que antes estuvo en Pascua y que conoció a Riroroko, y éste se encargó de embriagarlo y llevarlo a lugares sospechosos hasta que cayó enfermo y en estado grave fue llevado al hospital, en donde falleció al poco tiempo después».

Grant McCall incluso afirma que algunos partidarios del Ariki le habrían advertido a Riroroko que no viajara a Chile, pero que éste no les habría hecho caso. «Los encargados de la firma», dice McCall, «envenenaron al incómodo rey y enterraron su cadáver en un lugar desconocido en los cerros de Valparaíso».

¿Homicidio culposo o asesinato? Sea como sea. El gobernador Sánchez vuelve a ejercer su autoridad con energía:

«Desde que se supo la muerte del Rey puse mano firme para terminar con esta dinastía y creo haberlo conseguido, porque no se habló más en la Isla del sucesor de Riroroko».

Un «factor de riesgo» había sido elegantemente eliminado. Los sucesos de Sánchez aprendieron la lección de cómo disciplinar con éxito a los pascuenses, porque Sánchez observa:

«...por las noticias que llegaban después de la Isla, parece que se produjeron serios motines, porque cada vez que llegaba la Baquedano venían algunos canacas que, embarcados por la fuerza, se dejaban morir de hambre o bien morían en los hospitales».



DOS NAÚFRAGOS DE UN BUQUE DE EE. UU., 1910-1911.

Estos crímenes son imposibles de justificar, y menos con el argumento que, desde siempre y en demasiados países del mundo, los opositores han «desaparecido» y siguen desapareciendo hasta hoy.

Finalmente, en enero de 1900, Enrique Merlet viajó por primera vez a Isla de Pascua, para conocer sus propiedades. Citemos nuevamente a Sánchez:

«Su estadía no pasó desapercibida para los canacas, quienes lo miraron con horror como causante de sus pobreza. Bien sabían ellos que los tenía amenazados con sacarlos de la Isla si no trabajaban por veinte centavos diarios; esto el mismo lo había repetido en diversas ocasiones a los canacas que, como marineros, viajaban en la goleta a Valparaíso.

En una ocasión me pidió un caballo para salir a recorrer el campo; fue solo y me llamó la atención se pusiera el revólver en el bolsillo. Serían las tres de la tarde cuando me llamaron la atención los gritos de los canacas, haciéndome

ver a la distancia una humareda, que al principio no le di mayor importancia; pero un rato después el incendio amenazaba destruir las plantaciones de los canacas. Todos ellos maldecían a Merlet como causante de esta maldad y a grandes voces decían: “Merlet, malo”. Atizado por el viento que había a esa hora, se vio tomar tales proporciones el incendio, que concluyó con todas las plantaciones de caña, camotes, tabaco y hasta con todas las crianzas de gallinas que tenían en el campo».

Del informe no se desprende si Merlet también usó su revólver. Pero aún así llama la atención que Merlet intentó—siguiendo el ejemplo de Dutrou-Bornier—exterminar a los rapa nui mediante el fuego. Esta vez se salvaron, no gracias a una idea mejor, como Dutrou-Bornier la tuvo en su momento, sino porque un aguacero apagó las llamas.

Si revisamos los primeros cinco años de autocracia de los estancieros, el balance resulta a todas luces sorprendente. Los rapa nui se habían portado extraordinariamente civilizados, incluso nobles. Baste recordar el caso Rehhoef. Muy distinto los gobernantes de la isla. En aquel tiempo, la represión y el despojo de los indígenas, de la gente de color y de otras minorías en el mundo, no eran considerados ilegales según la concepción de los europeos. Pero a esto se suma una serie de delitos cometidos por los empleados de la estancia: un fraude de seguro de proporciones, homicidio, probablemente incluso asesinato, e incendio doloso. En mayor o menor grado los tres—los hermanos Merlet y Sánchez—estuvieron comprometidos. Para el Subdelegado Marítimo se suman otras minucias, como ya vimos. En resumidas cuentas: abuso de autoridad.

Incrédulo, uno puede preguntarse: ¿Por qué este trío no tuvo que responder ante la justicia, por qué el Estado chileno no revocó la concesión dada a Enrique Merlet, y por qué no se instruyó un sumario contra el gobernador Sánchez?

¿Acaso el gobierno en Santiago no estaba informado? ¿No quería darse por enterado? ¿O consideraba normales las actividades de los caballeros?

Enrique Merlet, aunque en quiebra, como recordamos, siguió como gerente de la CEDIP, filial de Williamson, Balfour & Cía., hasta su muerte en 1918. En 1914 entró en graves turbulencias, pero alcanzó a salvar su cabeza gracias a la dejación del gobierno en Santiago. Y Sánchez pudo dedicarse a otros negocios sin que nadie lo moleste. Ninguno debe haber sufrido de cargos de conciencia.

Si Alberto Sánchez Manterola no hubiese anotado sus recuerdos veinte años después, hoy nadie sabría lo que pasó en aquel tiempo. Agradecemoselo.

Pero todavía no podemos despedirnos definitivamente de él. Da que pensar que para redactar sus memorias haya esperado la muerte de Merlet. Es pensable que Sánchez temía acciones judiciales por parte de éste. Además, habían prescrito los delitos. Por lo visto, sus propios delitos no le parecían tales, porque en caso contrario no los habría contado con tanta franqueza. Cierra su informe muy conforme consigo mismo y sin un asomo de duda:

«Tengo la convicción de haber obrado siempre en la más estricta justicia, tanto con los chilenos como con los canacas y, al partir después de cinco años entre ellos, no dejo de abrigar mis temores si el jefe que me reemplazaba, obraría lo mismo que yo».

El nuevo jefe fue Horacio Cooper. Abstengámonos de decidir si Sánchez fue un filántropo. Según el testimonio de los rapa nui, Cooper definitivamente no lo fue. Kiko me contó que las pircas que servían para separar los rebaños de ovejas fueron construidas mediante trabajos forzados de hombres, mujeres y niños. El que no trabajaba lo suficientemente rápido, era golpeado. Cooper los hacía trabajar incluso durante las noches de luna llena, también a mujeres encintas que tenían que acarrear pesadas piedras. Hubo mujeres que sufrieron partos prematuros, y los que morían, eran enterrados ahí mismo. Pero acerca de esto —¿cómo podría ser de otra manera?— no existe ningún testimonio escrito.

Los extranjeros que visitaban la isla, por lo general no se daban cuenta de lo que estaba pasando, o apartaban la vista. Poco después de la partida de Sánchez, el sacerdote Henri Butaye pasó ocho días en Rapa Nui. Náufragos norteamericanos llegaron después de una odisea de once días en su bote salvavidas, y tuvieron que esperar cuatro meses antes de poder seguir viaje. Distintos grupos de científicos trabajaron en Isla de Pascua. Walter Knoche, a quien ya hemos mencionado, estuvo dos veces, en 1905 y en 1911. Es uno de los pocos que observaron críticamente las condiciones de vida de los nativos. En su artículo *Beobachtungen und Erkundigungen auf der Osterinsel* (Observaciones e indagaciones en Isla de Pascua) podemos leer, entre otras, las siguientes reflexiones:

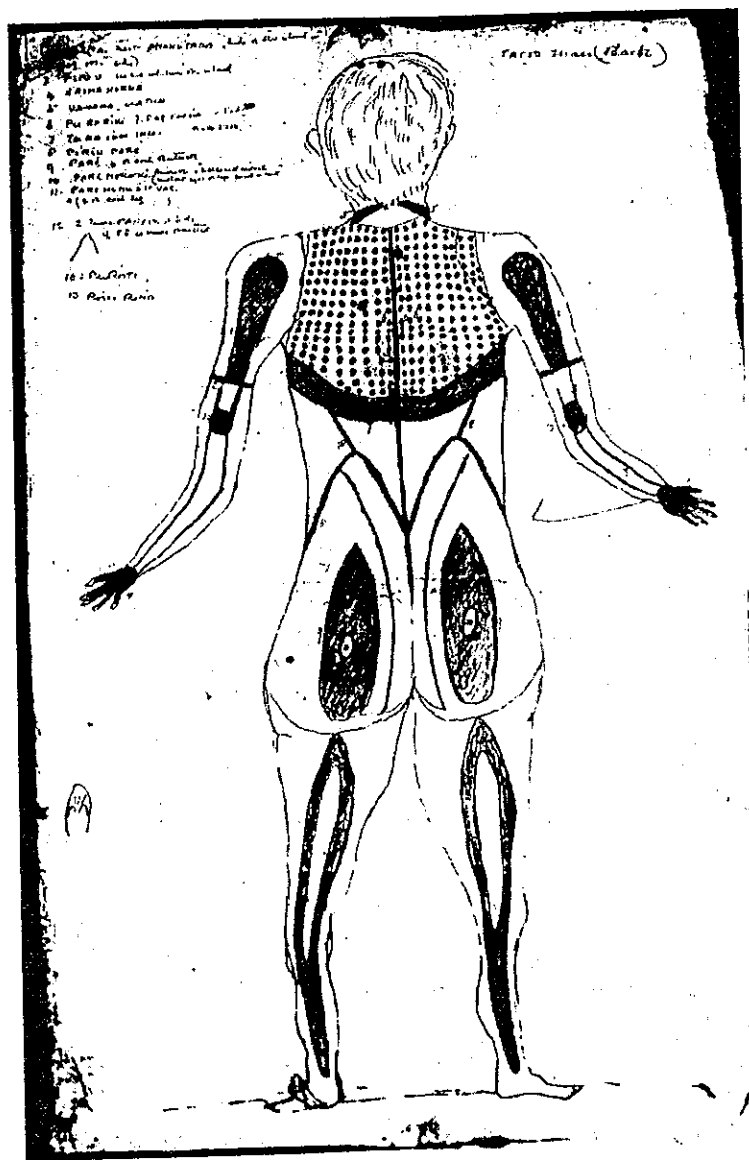
«Hoy día, el investigador lamentablemente se encuentra con un pequeño pueblo psicológicamente casi completamente destruido, y que dentro de muy poco probablemente ya no presentará rasgos propios... El malacostumbramiento de los canacas por los regalos que reciben... ha llegado a tal punto que peligran*

* Canaca, hawaiano = hombre. Entonces no era un término peyorativo, pero fue adquiriendo un sentido cada vez más despreciativo.

*perder su idiosincrasia, sin adquirir algo nuevo, valioso a cambio... Pero el blanco también aniquila las demás variedades étnicas que existen a su lado, ya sea concretamente mediante armas de fuego, tuberculosis y sífilis, alcohol o hacinaamiento en viviendas inadecuadas,... ya sea transformándolas, pintándolas de gris europeo, caricatura de sus maestros... Habría que prohibir por algunos años la visita de cualquier embarcación. Creo que los nativos entonces serían por lo menos tan felices en su parque natural, como bajo el régimen actual. El sabio que después de décadas volviera a visitarlos, quizás podría recopilar un mito muy extraño, en que profesores y empleados del registro civil pasaron a completar la segunda docena de los diablos** actualmente existentes en la isla».*

Walter Knoche estaba equivocado. Tan psicológicamente destruidos aún no estaban los rapa nui. Su capacidad de resistencia todavía no se había quebrado.

** Esíritus malévolos en Rapa Nui.



TATUAJE 1914.

La rebelión de 1914 La «sacerdotisa»* Angata como líder del levantamiento

*«Habían sido tratados como esclavos sin derechos
que sólo podían abrir la boca cuando les preguntaban.
Y como esclavos cuyas cadenas se habían súbitamente cortado,
actuaban ahora».*

B. TRAVEN, UN GENERAL SALE DE LA SELVA.

Los rapa nui querían romper sus cadenas y sacudir el yugo de la opresión. Exigían la devolución de sus tierras, de su isla, y actuaron...

Pero con calma. Vayamos por parte. En 1914 culminaron varios hechos, sin que anteriormente las partes involucradas hayan tenido que ver unas con otras. Hubo choques de los rapa nui, que ya no soportaban más, con los estancieros, algo no tan nuevo. Una expedición inglesa se vio afectada. La Armada de Chile estuvo obligada a intervenir. Y la Primera Guerra Mundial dejó —de paso— recuerdos, pero no huellas.



HENRY PERCIVAL EDMUNDS.

En la isla reinaba el administrador y gobernador Henry Percival Edmunds. Nacido el 23 de enero de 1879 en Hampton, Inglaterra, emigró a la Argentina a la edad de diecisiete años para dedicarse a la crianza de ganado, y en 1906 llegó a Isla de Pascua como sucesor de Horacio Cooper. Este hecho no merecería mayor atención, pero Percy Edmunds, como se le conoce hasta hoy, habría podido ser un testigo de la época, porque vivió 23 años en este aislado terruño. Mejor cabeza de ratón que cola de león, habrá pensado. Trajo el primer auto a la isla, y dejó interesantes

* Nota del autor: El término «sacerdotisa» para Angata es de Routledge y más bien debe ser una suposición de ésta.

fotografías y una cantidad de hijos que tuvo con Victoria Rapahango, de vieja estirpe rapa nui. Jorge, nacido en 1917, vive todavía en Isla de Pascua, y tuvo bastante que contarme. Su hermano menor Juan fue alcalde, al igual que su sobrino Pedro, elegido edil en 1995. También de éste habrá que hablar más adelante. Sin proponérselo, Percy fundó una dinastía.

Debe haber sido un hábil administrador, y, según la opinión de los rapa nui de ahora, fue duro pero no tan brutal como su antecesor. Las turbulencias que relataremos aquí, las superó sin consecuencias negativas para su persona.

Fue él —y aquí entramos en la historia que nos interesa— quien recibió de lo más amable a Mrs. Scoresby-Routledge, cuando ésta desembarcó en la isla el 29 de marzo de 1914. Katherine Routledge, como firmaba sus fotos con actitud feminista, estaba casada con Mr. Scoresby, el que, aunque miembro de la expedición, hacía más bien las veces de príncipe consorte. La inglesa era una mujer resuelta, de buen pasar, que antes salió de Gran Bretaña en yate, en 1913, había sabido ganar el apoyo de personas importantes, entre otras del almirantazgo de Su Majestad, y de Mr. Henry Balfour, gerente de la oficina londinense de la WBC. Mrs. Routledge estudió durante casi un año y medio la cultura precristiana en Isla de Pascua, sentando precedentes para todos los trabajos científicos posteriores sobre este tema.

Pero aquí no nos interesa como investigadora, sino porque fue testigo de cómo los rapa nui se rebelaron contra la opresión y el robo de sus tierras. Según ella, los nativos fueron agitados por un blanco que vivía hace bastante tiempo en Rapa Nui e intrigaba contra el gerente Edmunds. Comenzó con que la bodega de lana fue descerrajada y desaparecieron las tres cuartas partes de las provisiones de jabón, una sensible pérdida en esta isla remota y casi sin contacto con el Continente. Para relatar lo que siguió a continuación, escuchemos a Katherine Routledge:

«El 30 de junio, todavía éramos huéspedes del gerente, comenzó una serie de acontecimientos extraños que habrían convertido las próximas cinco semanas en una ópera gilbertiana a no ser por ese trasfondo real que convirtió esas semanas en las más peligrosas de la expedición. Ese día llegó a la casa del administrador una mujer semi-inválida, llamada Angata, en compañía de dos hombres, y le dijo que había tenido un sueño enviado por Dios, según el cual el presidente de la empresa, Mr. Merlet, "ya no era" y que la isla pertenecía a los canacas, los que se harían cargo del ganado y celebrarían una fiesta al día siguiente. Nuestra expedición también tendría que hacer su aporte: querían mis*

* Henry Franklin Gilbert (1868-1928), compositor inglés.

vestidos. Más tarde durante el mismo día fue entregada la declaración de guerra oficial a Mr. Edmunds».

Esta declaración dice, entre otras cosas: «...queremos para nosotros todos los animales, porque ustedes saben que todos los animales y chacras que nuestro obispo Tepano [Jaussen] nos dio originalmente, nos pertenecen... Y hay otra cosa: ¿Quién le dio los animales y la tierra a Merlet? Es un tremendo robo. Tomaron lo que es nuestro, sin darnos nada a cambio, ni dinero ni mercancías, ni ninguna otra cosa...». Aquí surge la pregunta, si Tepano Jaussen o un representante suyo hicieron promesas en tal sentido antes de la anexión, para dorarles la píldora a los rapa nui. Esta es una opinión generalizada hasta hoy, pero imposible de probar.

Katherine Routledge continúa:

«La declaración fue seguida sin demora por la acción. Los nativos se dirigieron inmediatamente al campamento, evitando a Mr. Edmunds, quien había partido en otra dirección, y se llevaron unos diez vacunos. El humo de muchas fogatas se levantó sobre la aldea, y en compensación por nuestro equipo (hasta el momento, Routledge había hablado sólo de jabón) nos ofrecieron una de las reses, ya que "Dios" por lo visto había cambiado de opinión acerca de nuestro aporte a la nueva república. Al día siguiente no hubo novedades del "frente", salvo que Angata tuvo otro sueño en que Dios le informó que estaba muy conforme con que los canacas hubiesen comido la carne, y que comerían más de la misma».



KATHERINE SCORESBY-ROUTLEDGE.

Understatement inglés con un ligero tono sarcástico. Pero sigamos con el relato:

«Entretanto, los blancos que vivían en la isla habían empezado a preocuparse por su situación. Aparte de Mr. Edmunds estaba nuestra expedición: yo y cinco hombres: S. (para su marido le basta la inicial), Mr. Ritchie, el fotógrafo, el

cocinero y un joven de Juan Fernández. Había unos seis canacas confiables, incluyendo al capataz y al jefe del pueblo. Pero todos los demás eran del lado contrario».

Por qué el jefe del pueblo (alcalde) estaba del lado de Edmunds, es fácil de explicar. Después de que Sánchez hubo terminado con la dinastía de los Arikis, el Subdelegado Marítimo escogía cada vez a un rapa nui complaciente que le servía de brazo derecho y gozaba de ciertos privilegios. Este sistema se mantuvo —también bajo la Armada— hasta 1965.

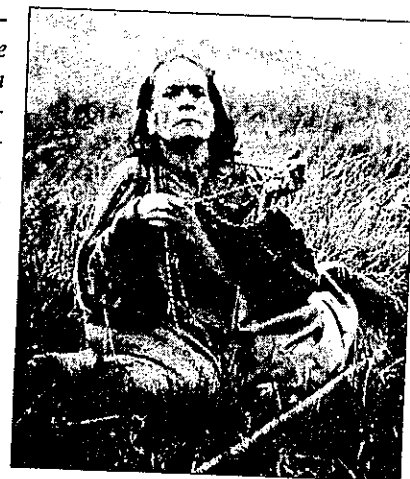
Pero volvamos a los acontecimientos. Ahora, la inglesa se dio cuenta que el asunto iba en serio:

«La posición de Mr. Edmunds como encargado de los animales no era agradable, y la nuestra no mucho mejor. Finalmente, optamos por no hacer nada. Si Edmunds intervenía se produciría un levantamiento. Se decía que los nativos tenían fusiles y pistolas. Era dudoso cuántos de éstos funcionarían. Pero en todo caso habría pedradas. En ese caso, Edmunds estaría obligado a disparar y tendría que seguir haciéndolo hasta que la rebelión estuviese sofocada, lo que nos pondría a todos en peligro. Sin embargo, su seguridad personal era otro tema, (Routledge no dice por qué) y fuimos con él cuando trató de evitar un asalto. Pero no podíamos seguir así, si no queríamos descuidar nuestro propio trabajo».

Tenían la esperanza que con la llegada de la corbeta *General Baquedano* terminaría el cuento. Como eso podía demorar, empezaron a negociar. Mr. Scoresby bajó al pueblo a parlamentar y ofreció a los insurrectos dos toros por semana, pero sólo logró que se rieran de él: todo el ganado les pertenecía. Podían darle veinte si quería. Muy disgustado con ese resultado, lo intentó su mujer:

«Cuando mi marido regresó sin haber logrado nada, me tocó a mí. Aquí se requería diplomacia femenina. Ya había recibido pollos como regalo de Angata. Después de informar a Edmunds, nos pareció mejor aceptar. No sin temblar interiormente, cabalgué al pueblo y llevé al joven como intérprete, ya que muchos nativos hablan un mal castellano. Angata era una anciana frágil de pelo canoso; pero con una personalidad atractiva y magnética... Durante la conversación, me tomó cariñosamente la mano y me llamó Catarina. Le había llevado un regalo y le agradecí por las aves. Rechazó todo tipo de pago, diciendo que la comida venía de Dios y

que no quería dinero. Me ofreció carne, la que no acepté, y le rogué que no hiciera que los canacas robasen animales, porque Edmunds había dicho que dispararía y tendrían problemas cuando llegue la Baquedano. Cuando hablé de los asaltos, su rostro se endureció, tomó una expresión de fanatismo, y dijo algo sobre Dios con un gesto hacia lo alto que siempre acompañaba esta palabra. Me apuré en decirle que todos teníamos que adorar a Dios y estuve aliviada cuando me concedió participar de la divinidad. Se suavizó nuevamente y declaró que Dios nunca permitiría que un canaca sea herido o muerto. De hecho, los nativos estaban convencidos que ninguna bala podría herirlos».



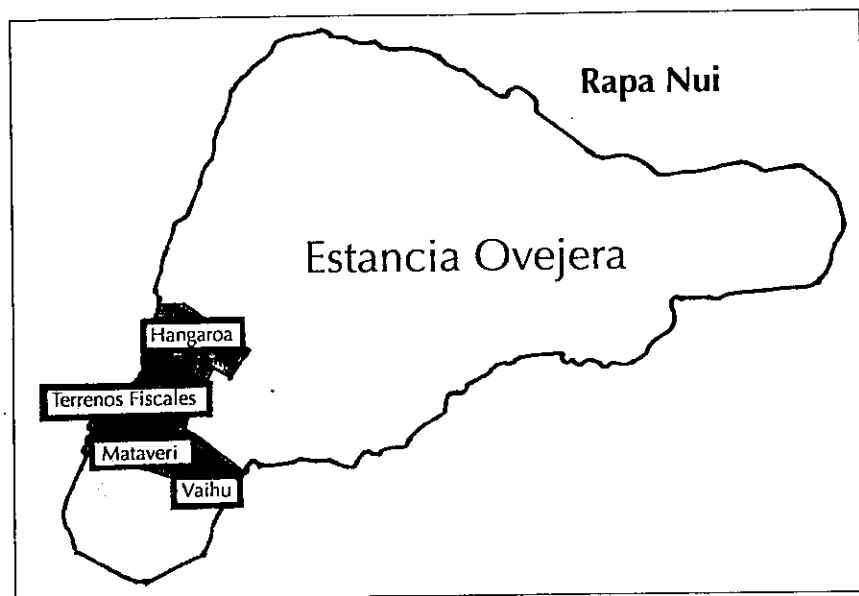
LA «SACERDOTISA» ANGATA.

Lamentablemente, Katherine Routledge no nos dice de dónde sacó esa información. A juzgar por la historia previa, no parece probable que los rapa nui se hayan creído invulnerables. La conversación terminó finalmente con que

«...Angata dijo que rezaría por mi y prometió que, cada vez que tuviese papas y pollos, yo sería la primera a quien le convidaría. Nos separamos como las mejores amigas; pero mi misión diplomática había fracasado».

Ya que los miembros de la expedición temían actos de violencia, trasladaron el campamento del lado oeste de la isla hacia el este, a un sitio estratégico al pie del Rano Raku, desde donde sería posible detectar a tiempo cualquier agresión, y marcaron distancias de tiro para poder recibir como era debido a los atacantes. Y éstos llegaron.

«Un día estaba justo regresando de una caminata cuando escuché el grito: ¡Vienen los canacas! y un grupo de jinetes, unos treinta, apareció en el horizonte. Por suerte, S. estaba ahí y corrimos a la casa, cerramos la parte baja de la puerta y nos reclinamos para ver qué pasaba. Un ataque sólo podía venir del frente, y todas las armas estaban al alcance de la mano.



LA ADMINISTRACIÓN DE LA CEDIP SE ENCONTRABA EN MATAVERI.

Sin embargo, pronto quedó claro que los recién llegados habían venido en son de paz. Fue un alivio verlos acercarse agitando sus sombreros y gritando saludos. El sacerdote [Nicolás Pakarati] venía con ellos. Portaba una imagen de María y recitó una especie de oración. Acto seguido transmitió los saludos de Angata y nos hizo entrega de huevos, papas y pollos. El regalo no era bienvenido, pero ya que no parecía ser robado, consideramos que era mejor aceptarlo y retribuir el favor obsequiándoles los alimentos europeos que nos sobaban. Informamos a Mr. Edmunds y enviamos un recado a la profetisa diciendo que nuestro campamento quedaba fuera del límite y los canacas no podían venir donde nosotros sin permiso. Sin embargo, la anciana siguió enviándonos mensajeros para pedirnos lo que se le antojaba, y ya que sus exigencias fueron aumentando, la crisis era sólo cuestión de tiempo. Una de las demandas que Edmunds consideró que deberíamos satisfacer, consistía en tela para una bandera de la nueva república. Más tarde, ésta flameó orgullosa, una tricolor fabricada con un retazo de algodón blanco, género rojo del fotógrafo y una parte de una camisa azul».

Los colores de su bandera reflejan la cercanía con los compatriotas que durante el régimen de Dutrou-Bornier habían huido al territorio francés de Tahiti.

«En otras partes, las cosas tomaron un cariz más malo, y parecía que el barco de la armada no llegaría nunca... Finalmente, recibimos una noticia de Mr. Edmunds en el sentido de que no podía salir de su casa ya que los canacas habían amenazado con tomarla por asalto. Además amenazaron con matarlo si se resistía a la toma. Por lo visto, había llegado el momento de la crisis. Tuvimos que arriesgarnos y dejar el campamento para ir a Mataveri».

Por qué la inglesa con su gente quería abandonar el refugio seguro en el Rano Raraku para volver al centro del conflicto, no queda claro. No es probable que haya ido por espíritu aventurero, más bien por el deseo de estar cerca de la protectora General Baquedano tan pronto ésta llegase.

Hasta ese instante, Katherine Routledge había enfrentado la situación con la valentía de un ciudadano del imperio británico y, como pudimos leer, con sangre fría. Que la inglesa, hija del imperialismo y convencida de su superioridad racial, no tuviese ninguna comprensión para los nativos que con absoluto derecho reclamaban sus tierras, no puede sorprendernos. Narró los acontecimientos como una historia de aventuras, sin preguntarse por sus causas o su relación con sucesos anteriores. No la hizo reflexionar el hecho que los rapa nui no sólo se abstuvieron de la violencia contra personas, sino que, más aún, mediante regalos trataron de evitar una escalada de los acontecimientos. Su propio informe es la prueba. Pero seguramente no le pareció que valía la pena mencionarlo, ya que en caso de una rebelión, y más encima de salvajes, no podía haber atenuantes.

Cuando el buque de guerra por fin ancló frente a Hanga Roa, el 5 de agosto, anotó con una mezcla de alivio e íntima satisfacción que «ya hay cuatro cabecillas engrillados».

Pero esto fue más deseo que realidad, porque el caso no terminó por la fuerza de las armas. Tomó un giro completamente inesperado.

Es cierto que el comandante de la Baquedano, Luis Stuyen, tuvo detenidos en la nave a Matías Hotu, Carlos Teao, Nue Tori y Danjel María Chávez, pero no por mucho tiempo.

Fue por casualidad que, al estallar la insurrección, la Baquedano iba rumbo a Isla de Pascua para una inspección de rutina. A bordo viajaba también Enrique Merlet, no sabemos si por su propia iniciativa o invitado por la Armada. Posiblemente ya durante el viaje surgieron diferencias entre él y el capitán. En un informe de 18 páginas, dirigido al almirantazgo y fechado a 9 de septiembre

de 1914 (justo 26 años después de la anexión), el oficial declara que, sin que nadie se lo hubiese solicitado, Merlet le había comunicado en una carta

«...que los naturales de Pascua no son dueños de tierra y que los únicos dueños, con títulos adquiridos son el Gobierno de Chile, por una pequeña parte y el resto pertenece a la Compañía Explotadora de Pascua. Agrega además que la Compañía les ha cedido a los Pascuenses para que vivan y exploten los terrenos del Gobierno que ella tiene arrendada y verbalmente expresó que pagaba la suma de 1.200 pesos anuales por tal arriendo».

Aquí debemos recordar que con lo de «pequeña parte» de la isla se refería a los terrenos fiscales que el gobierno chileno había dado en arriendo a Merlet, el 25 de agosto de 1895. Porque la parte mucho más grande—más del 80%—consistía de los terrenos arrendados por Merlet a John Brander jr. y adquiridos



PARA ESTE RETRATO DEL FOTÓGRAFO DE ROUTLEDGE (1914), LOS RAPA NUI FUERON ATAVIADOS DE LA MISMA MANERA QUE PARA LAS FOTOS DE THOMSON EN 1886.

más tarde por la CEDIP. Sobre la cesión de esta pequeña parte a los rapa nui escribe Wallis Hunt, cronista de Williamson, Balfour y Cía.:

«La empresa ni siquiera aprovechaba estas tierras, sino que se las había cedido sin costo a los canacas».

¡Qué generosidad! El dueño de casa es expulsado por la fuerza de su hogar, encerrado en una bodega y todavía debe agradecer que no le cobren arriendo.

Con respecto a las afirmaciones de Merlet sobre los títulos de dominio, el capitán declara:

«No necesitaré entrar en grandes explicaciones para manifestar a V.S., la falsedad de las aseveraciones expuestas por el Sr. Merlet, en este párrafo de su carta, ni tampoco las marcadas intenciones de este Sr., expresadas en presencia del infrascrito,... y de algunos Oficiales de este buque, para pretender arrebatar al Fisco la posesión indiscutible de toda la isla de Pascua».

Sin lugar a dudas, el capitán venía con orden de investigar las «irregularidades» que estaban ocurriendo en Isla de Pascua y que habían llegado a conocimiento de las autoridades. Escribe que viene para

«...investigar hasta el fondo la desgracia de estos infelices y los abusos cometidos por el arrendatario».

«Al día siguiente de mi llegada a Pascua pude, sin gran trabajo, imponerme de la ninguna simpatía que gozaba el Sr. Merlet, por los innumerables abusos y hasta actos criminales cometidos por este Sr. y sus Administradores contra estos desgraciados e incultos pobladores dignos más bien de sentimientos humanitarios y más elevados que los que practica el ya citado arrendatario. Mi larga permanencia en compañía de dicho Sr. durante el viaje y las múltiples ocasiones en que tuve la desgracia de oírle expresarse en forma altamente inhumana contra los desgraciados pobladores de Pascua, me permiten afirmar que difícilmente podrá encontrarse otra persona que pueda permanecer impasible ante la miseria en que viven...».

Pero Merlet entra en ofensiva y trata de aprovecharse de la rebelión. En una nueva carta al capitán acusa a los rapa nui del hurto de 200 ovejas y 100 vacunos—cifra seguramente muy exagerada—, señalando además que la situación antes de la llegada de la *Baquedano* había sido crítica.

Sin dejarse impresionar, el capitán encarga a uno de sus oficiales investigar la situación de los rapa nui. Este interroga consecuentemente a la parte más «consciente» de la población y no se detiene con las explicaciones de los administradores. Obtiene declaraciones contradictorias de los nativos, porque éstos en parte estaban amedrentados por Merlet, y algunos de sus favoritos por lo visto tenían preparadas sus respuestas por orden suya. No tenían una relación armónica con Edmunds en su calidad de administrador de la más explotadora de todas las sociedades que el gobierno chileno había podido instalar.

«La situación de los naturales denota ser también de decadencia, sus campos faltos de cultivos por carencia de semilla y elementos de labranza. Viven en la mayor miseria y escasamente tienen con que cubrirse andando muchos de ellos en completa desnudez sobre todo los niños».

Continúa el informe:

«La situación de la isla era mala en primer lugar por existir en ella una gran miseria y por que había hambre. Los naturales no tenían que comer, no se les vendía carne, no se les permitía salir a pescar y se los mantenía en la más completa ociosidad a fin de impedir que pudieran ganarse su subsistencia».

El hurto de ganado durante la rebelión tiene la siguiente explicación según el capitán:

«La carencia absoluta de medio de subsistencia, la falta de carne, la cual no probaban desde mucho tiempo atrás y la existencia en gran número de animales algunos de propiedad dudosa explican fácilmente la matanza de estos ya por hambre ó por espíritu de venganza ó por las creencias religiosas que la fanática Angata, les hizo transmitir por medio del Pascuense Daniel María Chávez».

Con los mismos ojos críticos, el capitán evalúa los adelantos hechos por la Compañía:

«Una prueba más del escaso progreso de la isla se demuestra palpablemente en que a pesar de estar ésta en manos del actual arrendatario cerca de veinte años todavía no se ha dotado a los potreros de bebederos para los animales motivo por el cual hay potreros que no pueden aprovecharse y los animales para poder satisfacer su sed tienen que efectuar grandes caminatas. El agua existe en cantidad suficiente para el número de animales pero se necesitaría invertir dinero en

cañerías que conduzcan ésta donde el sitio en que brota hasta el lugar donde se instalan los bebederos. Esta obra la habría emprendido cualquiera que manifestara deseos de trabajar, cualquier que hubiera dado cumplimiento a su contrato y cualquiera que hubiera tratado de explotar la isla dedicándose a la crianza de ganado. Las casas tanto de la Administración como la de los naturales están en estado ruinoso en el más completo desuso denotando a primera vista la absoluta falta de limpieza y de higiene... En la isla, los Administradores no respetan hogares ni mujeres y hay el caso de uno, el cual después de flajelarias usaba éstas a su pleno albedrío».

No obstante, después de la rebelión, el administrador plantea exigencias, las que le merecen a Stuvén la siguiente opinión:

«El Sr. Edmunds solicita protección y defensa para la Compañía que representa, y exige que doce nativos sean llevados al Continente porque según él representan un serio peligro. Los doce individuos peligrosos que cita, son los que tienen nociones de algún derecho, imaginación despierta y revelan ciertos signos de inteligencia, siendo sin duda este personal el que más les molesta, pero el que le sirve de freno para sus (referido a Merlet) imperdonables abusos».

Antes del viaje, Merlet ya había solicitado medidas similares al alto mando, las que el comandante de la Baquedano rechaza categóricamente y sobre la base de las experiencias hechas en terreno:

«En consecuencias si hubiera de hacerse caso de las peticiones solicitadas en las cartas del Sr. Merlet á V.S., y las dirigidas durante la estadía del buque, en Pascua, á esta Comandancia, habría sido menester transportar al Continente, a todos los pobladores de la Isla a fin de que ellos no molestaran al arrendatario».

En vista de la situación, el informante no ve razones para brindar protección a la empresa:

«La situación de la Administración no ha sido en ningún momento crítica en vista que tanto el Administrador como la Comisión Científica Inglesa, que presidía el Sr. Routledge, salió armado en son de ataque para impedir la matanza de animales. Este procedimiento altamente incorrecto sobre todo para el personal de la Comisión Científica fué causa para que la situación se agravara pero en ningún caso para que existiera peligro ya que armados están en situación de defenderse».

«En estas condiciones ninguna Administración puede ser respetada y las huellas que cualquiera de ellas haya dejado no se borran tan fácilmente haciendo jermínar en el ánimo de esos hombres por desgraciados é incultos que sean sentimientos de venganza y de represalia. Es admirable la mansedumbre de los naturales los cuales a pesar de los abusos, nunca han hecho actos de ataque contra alguno de los administradores y solo ha hecho uso de sus fuerzas en defensa propia».

El capitán advierte a los almirantes a no darles crédito a los estancieros, suponiendo acertadamente que éstos, por su parte, tratarían de justificar su conducta:

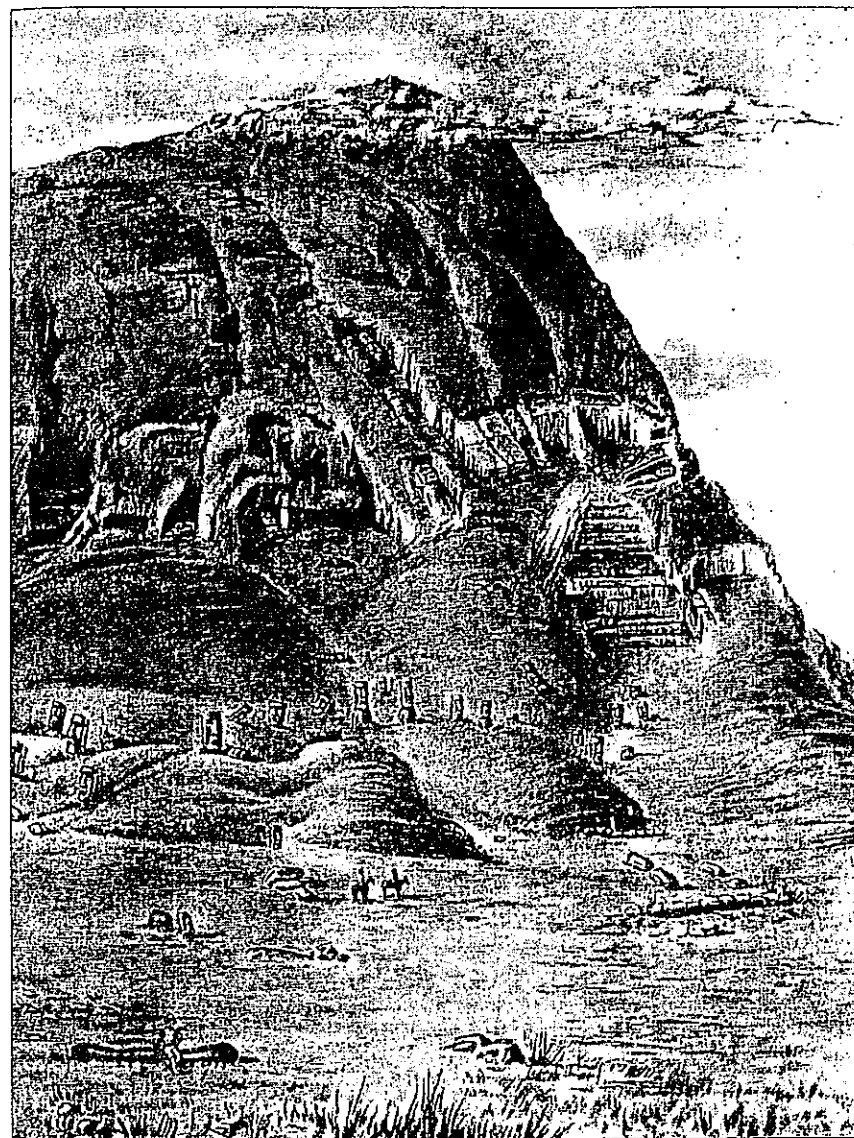
«Es necesario conocer a las personas que actúan en la Isla, su concesionario don Enrique Merlet y su colaborador el Sr. P.H. Edmunds, para formarse juicio cabal de las falsas informaciones con que estos caballeros han pretendido presentar la situación de isla y la actuación de sus naturales y todavía mas Sr. Almirante es necesario que V. S., sepa que el primero de estos señores ha pretendido encontrar en el infrascrito un pacífico colaborador de sus perversos procedimientos. Aún más, me consta porque así me lo expresó el Sr. Fiscal que en tierra el Sr. Merlet, pretendió llamarlo aparte para hablar con él, a lo que dicho Jefe se negó terminantemente y le expresó que cuanto tuviera que decirle podía decirselo en presencia del Guardia Marina que tenía de secretario, de los marineros que lo acompañaban... El infrascrito está convencido de que actos brutales y salvajes penados por todos los códigos han sido cometidos en esa colonia chilena por el Sr. Merlet y sus Administradores...».

Esto lleva al capitán a plantear una pregunta delicada:

«¿Hasta qué punto asistía al Sr. Merlet el derecho para proceder así? ¿O cometía dicho Sr. este abuso al amparo de la distancia de la fuerza y de la impunidad en que quedaría su delito dadas las dificultades que tendrían estos infelices para hacer oír sus reclamos?».

«Al amparo de la distancia de la fuerza». Eso suena a reproche velado de que en la capital habría manejado, a lo largo de veinte años, más información de lo que se quería reconocer.

En cuanto a la investigación y sanción de los delitos, el capitán insiste en que de esto debería encargarse un juez instructor, ya que excede su competencia.



AQUI, AL PIE DEL RANO RARAKU, SE ATRINCHERÓ LA EXPEDICIÓN DE ROUTLEDGE.

Sugiere:

«Para poder obrar con entera conciencia,... sería menester ordenar el traslado de un personal judicial y castigar con severidad a todos los que ya sea cumpliendo órdenes del concesionario ó por la impunidad en que quedan sus delitos han abusado en forma inaudita flajelando mujeres y hasta niños, robándole su ganado, incendiándole su cultivo, (siguen tres líneas ilegibles) ...naturales que más tarde han fallecidos de manera sorprendente en uno de los hospitales de Valparaíso».

Lo que nos recuerda la deportación del Arika Riroroko.

Además, el capitán registra que Enrique Merlet ha violado varios puntos del contrato de arrendamiento. En vez de las tres familias chilenas que en los últimos veinte años debería haber mantenido en Isla de Pascua, en su último viaje llevó a tres obreros agrícolas para que le sirvan de descargo legal. Tampoco se había instalado el depósito de carbón para los buques de guerra chilenos, y menos el muelle para la marina mercante, ambos exigidos en el contrato. Cabe agregar que a fines del siglo XX éste último todavía espera ser construido.

En general, el comandante llega a la conclusión –satisfactoria porque normalmente era al revés– que las víctimas no tuvieron la culpa. Deja en libertad a tres de los detenidos y retiene sólo a Daniel Chávez por haber sido el que difundió las consignas rebeldes de Angata. Esto parece contradictorio, ya que el capitán con absoluta claridad había atribuido la rebelión a las fechorías cometidas por la empresa. Uno se pregunta si por razones de Estado Chávez tuvo que ser sacrificado con el pretexto de que habría cometido un acto de sedición y atentado contra la autoridad del Estado. Además, de este modo el capitán Luis Stuyen regresaba de su viaje de inspección con un resultado concreto. ¿O se hizo algo porque había que hacer algo, y no se sabía qué hacer? Esto está por verse.

En su viaje de vuelta, el capitán se llevó a Chávez, lo entregó a las autoridades y no intervino más, dejando la decisión sobre la suerte del detenido en manos del almirante. «Y ¿qué fue de él?» le preguntó a su nieto Juan Chávez. «Llevaron a mi abuelo a la base naval de Talcahuano, y ahí se pierde toda pista de él».

«¿Qué hicieron con Angata?»

«Murió poco después».

«¿De qué?» quiero saber.

Chávez me guiña un ojo: «Quizás querían que muera de vieja».

La información acerca de cómo los verdaderos afectados, los rapa nui, vivieron el episodio, cómo se gestó el ambiente psicológico que gatilló el levantamiento, y cómo sufrieron la tiranía, no ha llegado hasta nosotros. Hoy, los rapa nui saben sobre este importante hito de su historia poco más que el hecho de que sucedió, y que ellos fueron los perdedores. Pero están orgullosos de su lucha.

Katherine Routledge y su equipo con seguridad no conocieron el informe de inspección, porque era para la Armada de Chile y entonces era un documento reservado. Si lo hubiesen leído, los expedicionarios no habrían dejado de sorprenderse.

Después de que la *General Baquedano* se hubo perdido en el horizonte, los ingleses permanecieron otros diez meses en Isla de Pascua y presenciaron la llegada de la escuadra del almirante Graf Spee a mediados de octubre de 1914. En la crónica de la empresa, de la que ya hemos citado, Wallis Hunt no menciona ni la rebelión ni el informe de inspección –que podría haber conocido– pero no deja de relatar la visita de los buques de guerra alemanes:

«El gerente de Williamson (Edmunds), que no tenía idea de que había estallado la guerra, le vendió ovejas y vacunos a la flota alemana. Ofrecieron barras de oro como medio de pago, pero el gerente opinó que sería muy peligroso guardar éstas en la Isla de Pascua. En cambio aceptó una letra a nombre del Deutsche Bank. Posteriormente, la copia fue entregada al gerente de la empresa en Valparaíso por un joven oficial del Prinz Friedrich Eitel. Dos años más tarde, la letra fue pagada correctamente».

Es que los alemanes son ordenados; incluso en la guerra.

Este no fue más que un episodio que no dejó huellas. Diferente es el informe de inspección, el cual por su rigor y la claridad de sus contenidos difícilmente puede ser considerado como una página de gloria para la República de Chile: los responsables deben haberse cuestionado acerca de la negligencia con que se actuó durante el cuarto de siglo transcurrido desde la anexión, y cómo el Estado desatendió sus obligaciones tutelares.

Al momento de enviar a la *Baquedano* a su viaje de inspección, en Santiago ya reinaba cierto nerviosismo. A partir de 1910 aproximadamente, las voces críticas en artículos y cartas a los diarios habían ido en constante aumento. Unos escribían porque consideraban que el abandono de una parte del territorio nacional atentaba contra el honor patrio, pero otros –y no tan pocos– porque les indignaba el trato humillante

que recibían los nativos. Seguramente, Walter Knoche también contribuyó a mover algo. Además, y puede que haya sido el elemento decisivo, Merlet había empezado a negociar con Inglaterra sobre una posible venta de Isla de Pascua. Por supuesto que eso no podía ser. Por lo tanto, no sorprende que el capitán Stuken señale enfáticamente:

«Como en agosto del año venidero se vence el contrato de arrendamiento por el cual el Sr. Merlet tiene en posesión la isla ya por 20 años conveniente sería no prolongarlo por más tiempo a fin de este Sr. no pueda alegar derecho de posesión por 30 años.»

Ya era hora de tomar medidas.

Se toman medidas, pero... El gobierno se ve obligado a actuar

«Con tanto tira y afloja, la pobrecita quedó coja.»
WILHELM BUSCH, MAX Y MORITZ.

El 29 de agosto de 1915 venció el contrato de arriendo de veinte años entre el gobierno de Chile y Enrique Merlet. Y ahora ¿qué? ¿Hubo reuniones en la capital para analizar el futuro de Isla de Pascua? ¿Reinaba la sorpresa, o incluso consternación en vista del informe del capitán Luis Stuken, tan explosivo y comprometedor para los responsables? Al momento de ordenar el viaje de inspección de la *General Baquedano*, seguramente nadie había esperado tamaña filípica. Durante demasiado tiempo, el gobierno había barrido debajo de la alfombra los problemas que se acumulaban en Isla de Pascua. ¡Había que hacer algo! Pero ¿qué?

Nos imaginamos que más de un funcionario ministerial se jalaba el pelo exclamando: «Por qué diablos nos habremos apropiado de esta isla desgraciada que no sirve de nada y en 25 años no ha hecho más que darnos problemas». Pero ya no había nada que hacer. Por un lado había efervescencia en el país, por el otro lado el Estado no veía cómo pedirles cuentas a los estancieros en vista del fallo judicial de 1893 que les había adjudicado aproximadamente el 80 % de las tierras. Incluso si se hubiese querido someter a juicio las irregularidades cometidas por los responsables de la CEDIP, vale decir Williamson, Balfour & Cía., habría sido muy difícil conseguir las pruebas necesarias. Las solas declaraciones del capitán Stuken no habrían satisfecho a un tribunal. El tiro fácilmente podía salir por la culata si Merlet y otros acusaban al oficial de calumnia. No había testigos. ¿No había? Sí, los rapa nui. Bueno, a los nativos no se les consideraba capaces de contratar. Por otra parte, Sánchez no había escrito su informe aún. Es más, el gobierno no podía estar interesado en que sus omisiones fuesen ventiladas en un proceso público. Quizás lo más acertado sería evitar el escándalo y solucionar las cosas bajo cuerda, tanto más cuando el Estado sólo tenía derechos sobre el pedacito de terreno fiscal que arrendaba a Merlet. La cosa estaba predestinada para un arreglín.

La Compañía rápidamente había preparado su defensa y movilizado a todo su lobby. Quizás ofreció no vender su propiedad en Pascua a los ingleses u a otros, a cambio de un acuerdo con el gobierno. Por supuesto que el Estado habría podido comprar los títulos de la CEDIP y haber solucionado el tema de una vez por todas. Pero para hacerlo le faltaban o los medios económicos o —como tiempo atrás— la voluntad. Porque en ese caso tendría que haberse hecho cargo de la administración de Rapa Nui, o haber buscar un nuevo arrendatario. ¿Cuál era la mejor salida?

Para hacer por lo menos algo, el 7 de noviembre de 1916, el Ministerio de Tierras y Colonización publicó su decreto N° 1291, cuyo preámbulo dice:

«S.E. decretó hoy:

N° 1.291. —Vistos estos antecedentes y lo informado por el comandante de la Corbeta *General Baquedano* don Luis Steven, ...que el arrendatario de la Isla de Pascua, don Enrique Merlet, no ha dado cumplimiento a las obligaciones que le impuso su contrato y está empeñado en gestiones tendientes a disputar al Estado el dominio de los mismos terrenos que explota en arrendamiento. Que las abundantes informaciones recientemente reunidas ponen de manifiesto que el régimen imperante en la Isla de Pascua ha sumido en la miseria a sus habitantes, es rémora para su progreso y será causa de mayores males si no se le pone inmediato término: —Que es deber de humanidad estudiar y resolver una variada serie de cuestiones relacionadas con la administración de la Isla, a fin de garantizar a sus habitantes sus derechos e intereses, mejorar sus condiciones de vida y salvarle de los peligros de la lepra que empieza a hacer estragos entre ellos».

Palabras decididas; por lo menos para la opinión pública. Pero también los hombres de la CEDIP deben haberse alegrado porque escaparon jabonados. El chivo expiatorio tenía nombre y apellido: Enrique Merlet. Este hombre ya no era tolerable, y sin duda no podía esperar una prórroga de su contrato.

Pero el punto 1 del decreto dice:

«Decreto: 1.º Declárase caducado el contrato de arrendamiento de la Isla de Pascua suscrito con don Enrique Merlet, el 3 de septiembre de 1895 y prorrogado en virtud del decreto N° 712, de 20 de julio del presente año, cuyo artículo segundo establece que "el Gobierno se reserva la facultad de poner término al arrendamiento en cualquier tiempo y sin más desahucio que la notificación que se haga al arrendatario"».

Cuesta creerlo. Pero no hay error posible: el contrato de arrendamiento con Merlet fue prorrogado a pesar de las flagrantes violaciones cometidas. Para mantener la apariencia de control oficial, el gobierno «se reserva la facultad de poner término...» etc. etc. En principio sí, pero... De ese modo, el artículo 1 se desenmascara como una declaración de principios grandilocuente y hueca.

Al que esto le parezca insólito, piense que en política, viéndolo bien, este tipo de «soluciones» es absolutamente normal. Las leyes pueden tener bases éticas y morales; las reglas del juego, no. Un gobierno que no está en condiciones de cortar por lo sano, suele recurrir a este tipo de salidas. Merlet con su energía criminal de ninguna manera debería haber seguido con la Isla de Pascua, sin importar lo difícil que habría sido encontrar un nuevo arrendatario. Por último también se podría haber enviado a un funcionario de gobierno para hacerse cargo, o incluso haber pensado en un sucesivo traspaso de la isla a los rapa nui para su autogestión, ya que, como hemos visto, habían actuado responsablemente. Pero la sola idea debió parecerles descabellada, o incluso una pesadilla, a los jercas blancos. A pesar de que en el preámbulo se declara que «es deber de humanidad... garantizar a sus habitantes sus derechos e intereses (y) mejorar sus condiciones de vida», los rapa nui siguieron viviendo tras muros y alambradas. En esta desagradable y sucia historia hubo una sola víctima, por supuesto un rapa nui: Daniel Chávez.

Los delincuentes salvaron ilesos.

No es de sorprenderse, entonces, que el cazurro de Merlet, con el nuevo contrato en su bolsillo, perdiera toda vergüenza. Exigió al capitán Stuen la autorización de trabajos forzados para poder explotar a su antojo a los rapa nui, y solicitó a nombre de la CEDIP la inscripción de la isla en el Conservador de Bienes Raíces. Ambas cosas juntas fueron demasiado. El gobierno rechazó la solicitud de inscripción con el argumento que mediante la anexión de 1888, Isla de Pascua se habría convertido propiedad fiscal. Enojado por eso, «...la



CENTRO: HIJA DE DUTROU-BORNIER.

CEDIP propuso que el gobierno tomara de vuelta sus tierras y se hiciera cargo de ellas, y dejara de entrometerse en lo que la Compañía hacía en las suyas».

Finalmente, todo quedó como antes, por lo menos en cuanto a las relaciones de poder. Como eso no era suficiente para Santiago, sobre todo considerando la opinión pública, se hizo lo que se hace siempre en estos casos: se creó una comisión. El punto 4 del decreto ya citado dice al respecto:

«Esta comisión estudiará los problemas jurídicos y administrativos relacionados con la Isla de Pascua y propondrá al Gobierno las medidas conducentes a salvaguardar los intereses fiscales y a mejorar las condiciones de vida en que se encuentran los habitantes de aquella posesión de la República».

Quizás ahora habría un avance. Como presidente de esta comisión, a la vez que director del (todavía inexistente) sanatorio de lepra fue nombrado el obispo de Dordona, Monseñor Rafael Edwards. Cuatro años antes, en 1911, este obispo se había hecho cargo de la vicaría militar, y como la Isla de Pascua estaba bajo tuición de la Armada, también los rapa nui pasaron a formar parte de su rebaño.

A él le correspondía ahora, como presidente de la comisión, visitar la parroquia más aislada de su obispado. Cuando en julio de 1916 llegó junto al padre Valenzuela, al padre capuchino Bienvenido de Estella y al hermano Modesto, debe haber tenido sentimientos encontrados, ya que desde la anexión, vale decir 28 años, esta pequeña comunidad de fieles jamás había sido atendida por un obispo. Como recordamos, los padres Georg Eich y Henri Butaye habían ido en otra misión, y sólo habían echado un vistazo para ver en qué iba lo del apoyo espiritual. Este abandono debiera haber preocupado al prelado, lo mismo el hecho que en 1888, los terrenos de la misión fueron vendidos en 1.500 pesos de plata al gobierno, representado por Policarpo Toro. Los antecesores de Edwards se habían desentendido de estos fieles, dejando que el laico Nicolás Pakarati encontrara las palabras para consolarlos. Ellos tenían

actividades más importantes que asistir a un puñado de cristianos rapa nui. Pero ahora el obispo Edwards estaba decidido a actuar, y con eso se avecinaban nuevos problemas para los estancieros.

En su folleto *Isla de Pascua*, publicado en 1918, el obispo reporta los resultados de sus visitas pastorales de julio 1916 y junio 1917. Con sentidas palabras describe cómo fue recibida su comitiva:

«En la playa nos esperaban con grandes muestras de regocijo los pobres habitantes, quienes reconocieron muy pronto al Capellán que me acompañaba, Don Zósimo Valenzuela, que había visitado la isla... Cuando bajé del bote todos los pascuenses se pusieron de rodillas para recibir la bendición del Epikopó».

El obispo se emociona con la sencilla religiosidad de sus parroquianos. En la noche de su llegada va con ellos a la iglesia para «celebrar los actos litúrgicos», predicar, enseñar el catecismo y administrar los sacramentos. Con profunda alegría y satisfacción relata:

«Nunca he tenido un auditorio más atento, más ávido y más pronto para aprender. Admirablemente ordenados en la capilla, se colocaban los hombres a un lado y las mujeres al opuesto... En pocas horas logré que aprendieran la doctrina cristiana con las mismas palabras con que la hemos aprendido nosotros sobre las rodillas de nuestras madres».

Un éxito sorprendente si consideramos que esto se hizo no en el idioma de los rapa nui, sino en castellano.

«No puedo ocultaros —confiesa el obispo—, que yo lloraba de emoción mientras subían de esos labios humildes y rudos las plegarias y los cánticos hasta el cielo... ¿por qué —me decía yo— permites, Padre mío, que estos hijos tuyos estén tan abandonados?».

Para Nicolás Pakarati, no tiene más que palabras de elogio:

«Es un hombre excelente, de criterio sano, de corazón puro, de alma noblísima... Quedó a cargo de la iglesia y es el catequista de la isla. Él toca las campanas, preside las oraciones, hace exhortaciones sencillas y oportunas, bautiza a los niños, presencia y autoriza los matrimonios y prepara a bien morir a los enfermos. Cumple su deber con tranquila sencillez, con admirable puntualidad, con piedad y celo insuperables».



OBISPO RAFAEL EDWARDS (1878-1939).

El obispo conoce muchos ejemplos más de profunda devoción. Nosotros echamos de menos alguna reflexión autocrítica sobre el abandono por parte de la Iglesia, más aún, da la impresión que Edwards quisiera decir que contando con un hombre como Pakarati la Iglesia no tenía por qué preocuparse, porque el Cielo ya lo había hecho. Así, encuentra que en la parroquia todo está muy bien, y puede pasar a analizar críticamente las condiciones de vida, que son de responsabilidad de la Compañía.

«Junto con la alegría que estas buenas disposiciones iban despertando en mi alma — constata Edwards—, la tristeza golpeaba a la puerta de mi corazón con la vista de la pobreza, de la atroz miseria pintada en los trajes harapientos y en los rostros demacrados».

En Hanga Roa, «donde han sido obligados a habitar todos los naturales», Edwards ve las chozas abiertas al viento y la lluvia y se pregunta:

«—Y ¿A qué hora comen ustedes? —Ina cai-cai. ¡No hay comida!

Y es la verdad, la triste, la tremenda verdad. La gente de Pascua no tiene qué comer. Unos pocos plátanos, unos cuantos camotes, otras raíces silvestres; de tarde en tarde, algún pescado crudo o mal cocido y los más afortunados logran algún pedazo de caña de azúcar para chuparla... Carne nunca o casi nunca. ¡El pan y la harina son desconocidos. No hay ni maíz, ni papas, ni arroz, ni café, ni té, ni mate... ni nada!».

El obispo se siente profundamente indignado por la situación material de sus feligreses y la denuncia ampliamente. Aquí sólo podemos reproducir una síntesis:

«Los hombres son... insuperables para nadar, excelentes bogadores, buenos marineros y ayudan con gran entusiasmo en todas las faenas de la Baquedano cuando ésta se halla en la Isla. El cultivo de los plátanos, del camote y de los otros tubérculos indígenas sólo puede extenderse hasta donde basta para el

consumo de cada familia; el concesionario sólo da trabajo a cinco individuos y en tiempo de la esquila a unos pocos más... Los pascuenses no son ni salvajes ni canacas en el sentido que se da en Chile a esta palabra... De inteligencia viva, de carácter dócil, de imaginación rápida, llaman sobre todo la atención por la tenacidad de su memoria... Se visten con los harapos de la ropa que se les regala... Son aseados en sus personas, aman el baño y lo practican con frecuencia en las orillas del mar. Pero las casas carecen de camas... Duermen sobre el pasto amontonado en el suelo y no tienen sillas, ni mesas, ni menaje alguno».

Cuando Rafael Edwards visita a los leprosos, se espanta:

«Es la leprosería de Pascua lo más inhumano y asqueroso que se puede imaginar. Dos ranchos bajos y oscuros, en que se hallan amontonados trece infelices atacados por la más terrible enfermedad y que no tienen quién les diga siquiera una palabra de consuelo! Carecen estas chozas de los elementos más indispensables para la vida, y hay dentro de ellas una atmósfera absolutamente irrespirable que provoca a náuseas... Revueltos en esos dos ranchos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, leprosos que parecen no serlo y cadáveres ambulantes brutalmente mutilados... es un espectáculo cuyo horror crispera los nervios y hace estallar juntos los sollozos del dolor y los acentos de la indignación dentro del pecho».



PADRE ESTELLA (CON SOMBRERO)(1877-1938).

Lamentablemente, el obispo se dejó guiar en su informe más por emociones que por la objetividad. Es impreciso y contradictorio. Al comienzo afirma que los rapa nui no tenían qué comer, pero después describe que cultivan —aunque en pequeña escala— hortalizas, que aseguran medianamente la siempre pobre dieta. Tampoco hace sentido que los hombres sean «excelentes pescadores» pero a sus mesas llegue sólo «de tarde algún pescado

crudo». En cuanto al cuidado de los leprosos afirma espontáneamente que nadie les da «una palabra de consuelo», lo que hablaría muy mal de sus tan alabados parroquianos y en especial de Nicolás Pakarati, del que antes había dicho que «prepara a bien morir a los enfermos». Si con lo de enfermos el obispo no se refería a los rapa nui sino a la gente de la estancia, debería haberlo dicho claramente. Podemos entender la indignación del prelado, pero expresada con frases tan equívocas presta un flaco servicio a los rapa nui, porque sus adversarios fácilmente pueden destrozar sus argumentos, lo que por cierto hicieron.

La cólera del justo le dicta sus palabras, también cuando acusa:

«Han sido privados de cuanto tenían, han sido engañados y robados miserablemente, han sido tratados como esclavos... Así perseguidos y hambrientos, arrinconados en un último retazo de su propia isla, viven los pascuenses a merced de quienes los han despojados de cuanto tenían».

Podemos suscribir sin reserva esta denuncia. Sólo que así, sin dar nombres, sin identificar a los malhechores, las quejas quedan en el aire. ¿No encuentra oportuno frente a su gobierno decir que fue el Estado quien al momento de la anexión relegó a los rapa nui al «último retazo de su propia isla» y



NIÑOS RAPA NUI.

entregó el poder incontrolado a los estancieros? ¿Alude el obispo a éstos, a la CEDIP y a Williamson-Balfour? Entonces tendría que haber tenido el valor de decirlo claramente. ¿O temía que pudieran devolver el golpe? Más allá de lo que nos pueda conmovir la estremecedora imagen de abandono que Edwards pinta, no podemos dejar de preguntar ¿qué había hecho la Iglesia por los rapa nui, desde que la isla pasó a manos del Arzobispado de Santiago?

Ambos, el Estado y la Iglesia, no quieren reconocer su parte de la culpa por la situación, la que sin vacilar se atribuye exclusivamente a los encargados de la estancia, los que —y esto no puede sorprender a nadie— se defienden vehementemente.

En una réplica al informe del obispo, la Compañía argumenta, entre otros, que las cosas dependen del cristal con que se mire, y cataloga la exigencia del obispo de vestir a los rapa nui porque la desnudez sería una ofensa contra las buenas costumbres, como forzarlos a cubrirse y entrometerse en el estilo de vida de un grupo cultural. Como podemos leer en Porteous, no son los únicos argumentos de la defensa:

«Un misionero podría observar que la Compañía no hizo lo suficiente para transformar a los nativos de idólatras en católicos, de atorrantes en trabajadores, ...de pecaminosos en castos, de sucios en limpios, de vegetarianos en comedores de carne. Pero una persona común y corriente bien podría sostener que la Compañía, que no es gobierno ni Iglesia, ha hecho lo suficiente con darles casas a los aborígenes, ...hacerlos desistir de luchar y matar, vestir a sus mujeres semidesnudas, darles campos de cultivo, ofrecerles bueyes y arados, disponer vacas lecheras y pagarles un jornal si tienen ganas de trabajar».



EL PADRE DOMINGO DELANTE DE LA IGLESIA DE HANGA ROA.

¡Guapos, los señores gerentes! Pero que se pinten de filántropos va más allá de lo que estamos dispuestos a creerles. La verdad, como podemos constatar en retrospectiva, y para decirlo amablemente, es que habían abandonado a su suerte a los isleños. La cantidad de buenas obras que dicen haber hecho por los infelices, incluyendo «pagarles un jornal si tienen ganas de trabajar» no pueden desmentir lo afirmado por Sánchez y el capitán Stuken. Especialmente listo tiene que haberse sentido el autor cuando se le ocurrió justificar la negativa de darles carne a los rapa nui con el argumento hipócrita, que lamentablemente no habían logrado convencerlos de comer vacuno. Este argumento es más desatinado aún si se considera que la opinión generalizada era que los rapa nui habían sido caníbales.

Nadie quería reconocer su culpa de la desolada situación de los nativos. La autoconplacencia es la coraza que protege contra los ataques del enemigo. La comisión no parece haber considerado oportuno escuchar a un solo rapa nui sobre sus ideas acerca del futuro de su pueblo.

Como fruto del análisis de la situación, el 9 de febrero de 1917, el gobierno promulga la ley N° 3200, redactada con lacónica brevedad:

«Artículo 1° -Autorízase al Presidente de la República para invertir hasta la suma de veinticuatro mil pesos (\$24.000) en construir un lazareto de leproso y una escuela en la Isla de Pascua y para atender las demás necesidades de beneficencia y conservación de la hacienda fiscal de dicha Isla. Este gasto se deducirá de las entradas que el Fisco ha obtenido por arrendamiento de la isla.
Artículo 2° -La Isla de Pascua dependerá de la Dirección del Territorio Marítimo de Valparaíso y quedará sometida a las autoridades, leyes y reglamentos navales».

No es precisamente mucho. Sobre todo no explica lo que el legislador entiende bajo «necesidades». Lo de la hacienda fiscal sólo puede referirse a los terrenos fiscales, los que arrojaban un arriendo anual de 1.200 pesos. Vale decir que los 24.000 pesos destinados a inversión se prorrateaban de los ingresos de 20 años. ¿Qué podía hacer el gobierno con esa suma?

Se construyó un lazareto, por lo menos algo que llevaba ese nombre. En la práctica, los leproso seguían sin atención médica, con la excepción de las ocasionales visitas de un profesional de la armada que sólo diagnosticaba pero no hacía tratamientos. Las autoridades navales de Valparaíso enviaron a



EXEQUIEL ACUÑA CON SU FAMILIA (IZO.), EL CONDE LUCKNER CON DOS DE SUS OFICIALES (CENTRO) Y PERCY EDMUNDS (DETRÁS).

Exequiel Acuña como prefecto de policía para que llevara también la nueva oficina del Registro Civil y oficiara de profesor, como en la antigua Prusia los sargentos jubilados. Enrique Merlet falleció en 1918, y Percy Edmunds, que había sorteado todos los escollos sin sufrir daño, permaneció diez años más como administrador de la estancia ovejera.

En retrospectiva, hay que constatar positivamente que el gobierno reclamó valores humanitarios. Pero como su objetivo no era convertir en ciudadanos a unos súbditos mantenidos en estado de dependencia, esta exigencia no fue más que una fórmula hueca que expresaba compasión sin reclamarla. Si sólo se amplía el ghetto para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes, esto equivale a modernizar el zoológico para un grupo humano supuestamente inmaduro por ser salvajes incivilizados. «El reino de la libertad -dice Ernst Bloch-, no llega con la paulatina mejoría de las literas en la cárcel».

En Chile, el obispo Edwards organizó una colecta, «y la Iglesia -informa Porteous-, garantizaba cien días de indulgencia a cada donante». Estos tomaron la «indulgencia» como una agradable retribución, pensando quizás como

aquel gendarme de Tubinga que con la fe del carbonero decía que «tiene que haber pobres para que uno pueda hacer caridad»*. Pero «la caridad puede ser cruel» como dice un proverbio judío. Las dádivas, en sí nobles, muchas veces no sólo mantienen a los regalados en su estado de dependencia, sino que además los desmoralizan porque las limosnas sugieren que no son capaces de tomar su vida en sus propias manos. Su capacidad de autonomía se deteriora, como ya señalara Walter Knoche.

Igual que el Estado, tampoco la Iglesia tenía la intención de hacer de los rapa nui hombres y mujeres emancipados y capaces de administrar sus propios asuntos. El padre Domingo, que trató de enseñar a los rapa nui técnicas de cultivo, escribe en un artículo publicado en julio de 1927 en *Seraphisches Weltapostolat* (Apostolado Seráfico Mundial):

«Pero para el misionero, la mejoría económica no es más que un medio para alcanzar el fin espiritual, y este consiste en levantar la religiosidad y la moral de su rebaño».

Concedido: a fines del siglo XIX, cuando Chile anexó Isla de Pascua, para el hombre blanco era inconcebible que un pueblo autóctono pudiese tener la capacidad de valerse solo, que su cerebro fuera idéntico al cerebro de los blancos. Pero que cincuenta años más tarde la autoridad y el sacerdote aún pensarán lo mismo, es un escándalo.

Básicamente, la cosa se limitó a las modestas mejoras de la ley 3.200, una pequeña ampliación del ghetto y donaciones que llegaban del Continente. Las recíprocas acusaciones y justificaciones se perdieron en el viento. «A una reunión entran muchos, pero sale poco», dijo el humorista Werner Fink. La comisión se disolvió. Uno puede preguntarse si creían que las medidas habían sido suficientes para tranquilizar a la opinión pública, o si los representantes de la Compañía habían hecho valer sus influencias; si los miembros de la comisión no se habían podido poner de acuerdo, o si simplemente habían perdido el interés en Isla de Pascua. Se decía que los incidentes en la frontera chileno-peruana exigían la presencia del obispo Edwards, pero también que la disolución habría ocurrido «en respuesta a instrucciones superiores» (Porteous).

La llama de la indignación resultó ser un amago que pronto se apagó y sólo dejó un montoncito de cenizas. El mundo que se debatía en una guerra mortal no sabía lo que estaba pasando en su último confín, y si lo hubiese

* Cita de: «Erinnerungen» (Recuerdos) de Carlo Schmid.

sabido, no le habría importado. A los alemanes a lo más les habrá gustado leer que su intrépido Conde Luckner se dejó internar en Isla de Pascua en agosto de 1918 y muy ufano posó para una foto rodeado de las autoridades locales.

Cayó el telón tras este acto. Para el resto del planeta, el Ombligo del Mundo volvió a sumergirse en su sueño de Bella Durmiente. Pero ¡alto! —una noticia recorrió los cables en 1922: Isla de Pascua había desaparecido, se había hundido en el Pacífico sin dejar rastro. ¡Una sensación! El mundo se alarmó— hasta que se supo que el capitán que había echado de menos la isla, había calculado mal su posición. La Bella Durmiente volvió a su sueño.



MOAI «KO TE RIKO» EN EL ALTAR CEREMONIAL DE TAHAI.

Dos mundos Los amos y los indefensos

*«El peor mal que podemos hacer
a nuestros congéneres
no es el odio, sino la indiferencia.
Esa es la inhumanidad absoluta».*

GEORGE BERNHARD SHAW

En Isla de Pascua comenzó a reinar el orden —el orden oficial, se entiende— en persona del prefecto de policía Exequiel Acuña, subdelegado marítimo de Valparaíso. Nacimientos, matrimonios y defunciones eran ahora registrados. ¿Y ese fue todo el cambio? Oh no. Si hasta el momento los estancieros no se molestaban si uno que otro rapa nui rebelde se mandaba a cambiar, ya sea como polizonte o como tripulante de uno de los barcos que hacían escala en la isla, esto no podía seguir así.

No sólo se mantuvo la prohibición de entrar a los terrenos de la estancia. Además entró en vigor una disposición que prohibía a los rapa nui salir de su isla. Como razón oficial se indicaba que los emigrantes podían introducir la lepra en Chile. Pero esto no era más que un pretexto. Los estancieros querían impedir que los rapa nui, que no tenían idea de que sus condiciones laborales eran una explotación, se enterasen de ello, o —peor aún— que los emigrantes pudiesen informar en Chile sobre sus condiciones de vida. Para que no trascendiera ni la más mínima información, se intentó aislar la isla herméticamente del mundo exterior y se tomó una segunda medida para cautelar que los estancieros y el prefecto de policía pudiesen hacer y deshacer a su antojo. «Los visitantes que llegaban



UNA MUJER OREJAS LARGAS.

con el barco anual», refiere McCall, «recibían de los oficiales de la Armada y de los empleados de la estancia la orden estricta de no conversar con los rapa nui sobre la situación de la isla».

El aislamiento, el ghetto habían alcanzado la perfección. La idea había nacido de arrogancia, miedo y estupidez: miedo, porque los responsables temían que podía trascender lo déspotas que eran; estupidez, porque creían poder evitarlo. Pero no importa el grosor de los muros de una cárcel, algo siempre se filtra. Aparte del barco anual llegaban también otras embarcaciones. El etnólogo neozelandés Macmillan Brown estuvo investigando en la isla en 1923, al año siguiente llegó el geólogo L.I. Chubb, en 1930 el sueco Skottsberg, y otros más. Además, McCall cuenta que muchos de los que llegaban con el barco de abastecimiento hacían caso omiso de la prohibición de informar y les contaban a los rapa nui cómo era la cosa en el resto del mundo. Pero ¿quién de los forasteros entrevistó a los que vivían en la miseria, o incluso anotó lo que éstos tenían que decir?

Isla de Pascua estaba dividida en dos mundos, separados por muros, alambradas de púas y mutua aversión. De esta manera, el antiguo odio hacia los opresores no disminuyó, pero por un tiempo su fuego permaneció oculto bajo cenizas.

El rol que Henry Percival Edmunds jugó en todo esto es difícil de apreciar. Habrá sido lo suficientemente inteligente como para representar discretamente los intereses de la CEDIP. En 1966, conversé con un testigo de la época: Jorge Edmunds, hijo de Percy. A este hombre de 78 años no se le notaba que la mitad de su sangre era rapa nui. Hechas las presentaciones de rigor, con cierta picardía y un humor muy *british* que trataba hasta los temas más serios en tono irónico, pasó a contarme cómo era antes:

«En ese tiempo, la vida era dura. No había muchas cosas para el diario vivir. Una vez por año llegaba un barco, pero ése traía sólo lo más necesario: azúcar, arroz, porotos, zapatos, género, harina. El problema era que la harina empezaba a podrirse a los seis meses. Y sin harina no teníamos pan. Pero había mucha carne. Como ocupábamos solamente la lana, la grasa y el cuero de las ovejas, la carne simplemente se tiraba al mar».

«¿Al mar?» pregunté incrédulo. «El obispo Edwards dijo que los nativos casi nunca recibían carne».

«Qué va», contestó Jorge Edmunds, «tirábamos los cadáveres recién cuando todos los rapa nui estaban satisfechos. Simplemente había demasiadas ovejas, y era una raza muy mala».

No quise entrar en una discusión sobre el punto y pregunté de qué vivían los rapa nui.

«No había mucho trabajo para ellos. La Compañía tenía como a doce trabajadores permanentes. Para la esquila anual eran más. Después empezó la crianza de cerdos. Con el cultivo del maíz se comenzó, creo, en 1930».

«Ahí me acuerdo», interrumpí a Jorge, «que el viejo Petero me contó que a los rapa nui les dijeron que cultivaran maíz para cambiarlo por vacunos baguales, que había que amansar primero. Después tenían que devolver ocho de diez animales a la Compañía. Todo su esfuerzo no rindió casi nada».

Edmunds se encogió de hombros, escéptico, y dijo: «No me puedo acordar de eso». Y después de una breve pausa continuó: «Si nadie de nosotros tenía mucho, aunque la Compañía era dueña de toda la isla, con excepción del pueblo».

«Y los rapa nui no podían salir de ahí».

«Cierto, así era. La Compañía incluso trajo a un vigilante que tenía que abrir



LA FAMILIA HUKÉ 1923-1924.

los portones en las mañanas y cerrarlos en la noche. Hacia el mar no estaba cerrado. Ahí los nativos podían salir a pescar. Pero el que quería ir más afuera necesitaba un permiso del gobernador. Estaba prohibido salir de la isla».

«En el trabajo de Peggy Mann leí que la prohibición se justificaba diciendo que había que evitar que los isleños se aventuraran en viajes peligrosos donde podían perder la vida en un temporal».

Jorge muestra una sonrisa cómplice: «Más tarde, creo después de 1940, igual lo hicieron. Se embarcaron y escaparon. Pero muchos se ahogaron».

Cuando vuelvo al día siguiente, Edmunds me muestra una cantidad de fotografías tomadas por su padre y me permite reproducirlas. Una vez terminado esto, le pregunto qué ha sido de su familia.

La sonrisa pícaro desaparece: «Después de que mi padre fue el administrador de la Compañía durante 23 años, se fue, primero a Inglaterra y luego a Tahiti donde tenía un terreno. Allá se casó y más tarde murió». El anciano mira el mar con aire pensativo. Después continúa:

«A mi madre y a nosotros sus hijos nos dejó aquí. Nos dejó la casa que hizo en Mataveri. Uno de mis hermanos fue alcalde, y ahora uno de los sobrinos tiene el cargo. Una de mis sobrinas está casada en Alemania. Yo trabajé como mecánico para la Compañía. Eso lo aprendí de niño de mi papá. Cuando la Compañía tuvo que irse de la isla en 1953, también quise irme. Tuve suerte. La armada me contrató como mecánico».

Para cambiar de tema, le pregunto si no recuerda conflictos desagradables con los isleños. Jorge vuelve a sonreír: «Eso me recuerda una historia –se desvía del tema–, todos los prefectos de policía que tuvimos al comienzo habían sido trasladados acá por asuntos disciplinarios. Uno de los relegados se llamaba Grove. Porque había sido socialista, el Presidente Carlos Ibáñez lo relegó a Isla de Pascua. Ahí mismo vino un tal Vicuña, abogado. El paco Martínez tenía que vigilarlos. Pero los dos, Grove y Vicuña, se arrancaron con ayuda de unos isleños. Imagino que los rapa nui querían deshacerse de los tipos. Y como ya no quedaba ningún representante oficial, el paco Martínez se convirtió en gobernador. Así eran las cosas en ese tiempo. Pero ahí no se acaba la historia. En 1932, Grove volvió a caer preso y lo devolvieron a la isla con otros seis deportados. Esa vez vinieron siete carabineros para cuidarlos». La risa apenas contenida de Edmunds estalla con fuerza y se ríe hasta que le salen lágrimas. Después, todavía jadeando, sigue: «Hubo una balacera, porque los pacos tuvieron una pelea con los deportados. No me acuerdo por qué. En todo

caso, uno de los pacos se llamaba Jorge Ortiz». Nueva risotada, que ahora empieza a contagiarme. Finalmente, Jorge remata: «Bueno, los disparos. A uno le dieron en un cachete, a otro en los huevos. Pero no hubo ningún muerto». Después de que ambos nos hubimos recuperado, Jorge Edmunds cierra su relato: «Cuando Arturo Alessandri salió Presidente ese mismo año, se llevó de vuelta a Grove. Ahí todos aquí quedaron muy contentos».

Unos iban, otros venían. Alfred Métraux, que durante medio año, entre 1934 y 1935, estuvo investigando con un grupo de científicos en Rapa Nui y es considerado como uno de los mejores conocedores de la cultura insular, nos relata una historia que calza perfectamente con la anécdota anterior. Hay que recordar que la coyuntura política y económica de Chile en esos años era todo menos estable. Y ahora la historia: El dictador Ibáñez había caído, y el ya mencionado Arturo Alessandri volvió a la presidencia. Ahora éste deportó a la isla a un grupo de opositores molestos, entre ellos a su hijo Jorge. Encargado de su vigilancia estaba el Gobernador de turno, un tal señor Cumplido. A qué penurias estuvieron sometidos los relegados lo dejamos a la fantasía del lector. Su régimen carcelario no debe haber sido muy estricto, como se verá luego. Sin entretención –a no ser una que otra mirada coqueta a las bellezas locales– los delincuentes esperaban ansiosamente la ayuda de sus partidarios del Continente. ¡Y el auxilio llegó! Un buen día, apareció en el horizonte un barco que los amigos habían fletado para liberar a los deportados. Quedaba la duda cómo reaccionaría su «severo carcelero», el gobernador, tomado por sorpresa. ¿Pondría en alerta a sus fuerzas armadas para evitar la piratería, si fuese necesario, por la fuerza? ¡Nada de eso! A pesar de que Cumplido disponía de suficientes carabineros, apostó a la inestabilidad de la situación política en la capital, dejó libres a los detenidos y, más aún, se fue con ellos. Acertó, porque, después de una serie de cambios de gobierno, en 1938 llegó al poder el Frente Popular. Veinte años después, el exdeportado Jorge Alessandri asumió la presidencia.



EL ETNÓLOGO ALFRED MÉTRAUX (1902-1963).

Esto se lee como un libreto de ópera y uno podría reír a carcajada limpia si no fuera por las víctimas, los prisioneros de Isla de Pascua. A río revuelto, ganancia de pescadores, en este caso de los estancieros.

Jorge Edmunds, quien por decirlo de alguna manera había pertenecido a la «clase alta» de la isla, nos abrió un poco la puerta, y pudimos atisbar algo. Que su actitud no reflejaba la más mínima arrogancia o condescendencia no es lo más común en Isla de Pascua. Pero de él no logramos saber nada sobre los problemas de la convivencia con los rapa nui. Quizás otro nos pueda contar más, alguien que, después de la despedida por siempre de Percy Edmunds, hizo una extensa visita a la isla más aislada del mundo: el periodista estadounidense Robert J. Casey. En su libro *Easter Island, Home of Scornful Gods* (Isla de Pascua, hogar de dioses desdeñosos), publicado en 1932, lamentablemente omitió nombres y fechas, como tantos otros. ¿Por consideración? ¿Hacia quién? Cuando —probablemente en 1930— llegó a Rapa Nui, y a diferencia de lo que suele leerse en otros relatos, no fue saludado con alegre entusiasmo:



ROBERT J. CASEY (1890-1962).

«Los pobladores observaban el desembarco de los visitantes en silencio y con grandes ojos, los que tenían una mirada curiosa pero no demasiado amable; porque durante todo ese tiempo los visitantes no han significado nada bueno para la isla. Naturalmente que los extranjeros son compradores potenciales de sus ídolos tallados y sus reproducciones de tablillas rongo-rongo. Aparte de eso, los visitantes no tienen importancia para la vida social de Isla de Pascua. Son una especie rara que llega muy de vez en cuando y se va luego. Uno es recibido por un carabimero, un joven chileno de uniforme que quiere ver los pasaportes. Pero por respeto hacia la jerarquía explica que sólo es un funcionario, que el gobernador personalmente se ocupará de los papeles del barco. Propone que primero se haga una visita de cortesía al gobernador. A conti-

nuación se podrá ubicar al señor prefecto de policía en su prefectura detrás de la iglesia.

El gobernador resultó ser un amable caballero ya entrado en años, con el porte de un hidalgo español. Su oficina consistía de un escritorio rústico en una sala

de paredes de tablas, que destilaban humedad, y por las ventanas de vidrio entraban verdaderos enjambres de insectos».

Al gobernador le habría sido un agrado invitar a Casey a comer, pero lamenta tener que decir que hay tiempos en que la verdadera hospitalidad hace mejor en no convidar. Después de una educada y bastante prolongada conversación, Casey se despide, y anota pensativo:

«Mientras caminaba de vuelta, no parecía lo más indicado pensar qué circunstancias habían llevado a un hombre como éste a un cargo así. Era asunto suyo. Pero se podía suponer que había aceptado el cargo voluntariamente para salir al exilio, y que terminaría su período sin quejarse».

Para dar cumplimiento a la ley, Casey se dirige nuevamente a la oficina del prefecto. Al recordar este encuentro, el periodista no puede evitar burlarse un poco:

«La voz de la autoridad era fuerte y sonora, y la persona correspondiente estaba bien provista de ribetes rojos y galones dorados. El control de pasaporte fue mucho más formal que el timbraje de los papeles del barco por el gobernador. Incluso naturalezas menos sensibles no podían dejar de sentir el peso de la mano del gobierno hasta en este remoto lugar.

“Déjennos los pasaportes”, ordenó el prefecto, “mañana los revisaremos y a su debido tiempo le haremos saber el resultado”. Acto seguido, nos otorgó un permiso temporal de libre tránsito por la isla. Se abandonaba su oficina con la certeza que, sin importar como habían sido las cosas en Rapa Nui antes de su llegada, con él había comenzado una nueva era».

Divertido por tantas ínfulas subalternas, Casey ve las relaciones de poder en Isla de Pascua objetivamente:

«Hoy, a pesar de las banderas delante del edificio de la gobernación y las medallas de oro en el pecho del prefecto de policía, en las mentes de los aborígenes la autoridad y el castigo están firmemente asociadas a una deidad: ¡la Compañía! El gobernador podrá darse importancia sentado en su escritorio, recibiendo las visitas de cortesía oficiales de los ocasionales buques de la armada, y el prefecto controlar el cumplimiento de sus órdenes mediante una tropa armada; estas son innovaciones irrelevantes. La Compañía existió siempre. Su poder era inquebrantable, a pesar de críticas y rebeliones, su dominio sobre la isla al parecer

más firme que los antiguos ídolos de piedra... Hacía cumplir su voluntad en la isla y reinaba sobre la vida y la muerte como un dios».

Casey observa un odio reprimido entre los estancieros y la autoridad, «porque los semidioses de la Compañía controlan los víveres». Como ya nos enteramos a través de Jorge Edmunds, el barco anual de abastecimiento no traía suficientes mercaderías. Incluso el administrador de la estancia [Tomás Gear] se queja que comer carne de cordero todos los días no contribuye a hacer más grata la estadía. Cuando Casey cuenta que en su barco se come sobre todo corned-beef, la mujer del administrador suspira y dice que daría todo por una lata.

El periodista pregunta al sucesor de Percy Edmunds en qué consiste la dieta de los nativos. En las palabras de Casey, la respuesta se lee como si el administrador se quejase con cansada ironía, como un antiguo *landlord* que habla de sus siervos inútiles, y acepta con fatalismo lo irremediable. De todas maneras él, Gear, en el próximo barco dejaría para siempre la isla.

«Son un montón desorganizado, probablemente la gente más floja del mundo. No caminan ni se mueven más de lo estrictamente necesario. A pesar de los estragos que causan las enfermedades, la suciedad y la comida indigesta, se multiplican demasiado rápido para la estrechez de su entorno. Está claro que esta gente antiguamente vivía de la agricultura. Se alimentaban de ñames y plátanos silvestres y posiblemente caña de azúcar, y de vez en cuando de pescados y ratas. Y cuando querían cambiar el menú, se comían entre ellos... Hay suficiente trabajo para todos los que quieren trabajar, labor sencilla que no requiere más esfuerzo que sentarse. Y con eso tendrían mejor comida y mejor ropa y mejores casas de las que antes, por su cuenta, jamás habrían tenido».

¡Qué arrogancia! Seguramente pensaba que estos salvajes primitivos y flojos deberían estar agradecidos de las bendiciones que el hombre blanco tan generosamente compartía con ellos.

Casey menciona las críticas al régimen de la Compañía que ha escuchado. El gerente replica despectivamente:

«Siempre habrá personas que criticarán un proyecto de explotación como el nuestro. Pero los administradores de aquí se han preocupado por los nativos y hubo tiempos en que los protegieron del exterminio».



GRUPO DE RAPA NUI CON JUAN RIROROKO Y MATÍAS HOTU, 1925.

¿Realmente Mr. Gear desconoce la realidad? ¿Cree en la generosidad humanista de su empresa? Los representantes de la CEDIP no mostraron ningún asomo de autocritica. El gerente señaló a otros, sin dar nombres, que deberían seguir el ejemplo de la compañía, y se queja:

«Los pascuenses están siendo empobrecidos por gente bien intencionada, la que en realidad podría hacer algo realmente bueno por ellos».

Ahí tiene razón en el sentido que las donaciones contribuían, como ya se dijo, a reforzar la actitud de dependencia y apatía de los rapa nui. Pero no nos enteramos a qué se refiere Gear con lo de realmente bueno.

El hurto de ovejas era, desde los tiempos de Merlet, un tema propicio para inculpar a los rapa nui. Al conversar sobre este punto, Casey le pregunta al gerente si los rapa nui tenían la posibilidad de fabricar algo para hacer trueque. La respuesta del gerente no carece de picardía:

«Comercian un poco con cueros y lana. Es una transacción económica cuya simplicidad haría palidecer de envidia a cualquier banquero internacional: nos

roban las ovejas y nos venden los cueros, y el dinero que reciben lo llevan de vuelta a nuestra pulpería. Como se ve, en una relación comercial de este tipo es imposible que haya despilfarro».

Alfred Métraux nos informa de lo siguiente:

«Durante nuestra estadía en Chile nos habían advertido sobre la Compañía y la habían acusado de brutalidad contra los isleños. Una cantidad de chilenos nos describió enfáticamente la situación de los nativos, que vivían confinados en un rincón de su isla y no tenían derecho a circular libremente por la tierra de sus antepasados. También estábamos informados sobre los bajos salarios que se pagaban a los pocos trabajadores de la compañía».

Métraux consultó a Mr. Smith, el gerente de entonces, sobre este punto, y fue informado que la empresa pagaba a sus trabajadores un jornal de cuatro pesos más una ración de carne. El belga observa que este salario era más de lo que recibían los peones en Chile, pero lamentablemente no compara los



RAPA NUI DURANTE UNA CEREMONIA FÚNEBRE.

precios de la pulpería con los del Continente. Cuando Métraux alude al encierro forzado de los nativos, recibe la siguiente respuesta de Mr. Smith:

«La Isla de Pascua pertenece a Chile, pero en realidad es propiedad privada de la empresa Williamson & Balfour, la que en ésta... cría... ovejas. Estas se multiplican bien y hoy suman cuarenta mil cabezas... El trabajo con los rebaños sería fácil si no fuese por los nativos que no dejan de robarnos. Sin ningún tipo de escrúpulos se apropiaron de las primeras ovejas que introdujeron los misioneros, y la cosa hubiese seguido así, si no hubiésemos tomado nuestras precauciones. Cercamos el pueblo y el terreno circundante con alambre de púas y pusimos una guardia de los hombres más decentes y responsables. Después de la puesta de sol nadie puede entrar a los campos de pastoreo. A pesar de eso, el año pasado perdimos ¡tres mil ovejas!»

Por lo visto, a Mr. Smith se le había olvidado que los misioneros habían traído las primeras ovejas justamente para los rapa nui. Y por supuesto tampoco se le cruzó por la mente que los habitantes originales tenían un derecho legítimo sobre su tierra. El número de animales robados debe haber sido exagerado, pero le convenía al gerente para dejar a los rapa nui, una vez más, como bribones y ladrones consuetudinarios, a la vez que justificaba frente a la empresa las pérdidas que caían bajo su responsabilidad. Es fácil echarle la culpa a quienes no pueden defenderse. Pero faltan las pruebas*.

Pero el «agobiado» Mr. Smith recién está empezando a enrabiarse, y en Métraux esto se lee así:

«Sólo dos días antes que ustedes llegaran entraron a la estancia y robaron todos los carneros. Sabemos quiénes fueron. La policía está informada de todos los detalles, pero no se sorprendió a nadie in fraganti. Lo que pasa es que todos nuestros guardias están emparentados —más o menos cerca— con los ladrones, y los lazos familiares les impiden denunciar a los delincuentes o a detenerlos en el momento preciso. Cuando se lo hacemos ver al gobernador, se enfurece. Amenaza y promete castigar a los culpables pero después no hace exactamente nada. En el fondo de su corazón está feliz porque tenemos problemas y no hace nada para impedirlos».

* Incluso Heyerdahl, en 1955, se cree el cuento. Escribe (1988): «Todos los isleños vivían entonces en un pequeño sector cercado..., con eso se quería controlar el masivo robo de ovejas, que en ese tiempo llegaba a varias decenas de miles de animales por año».

Al final, a Mr. Smith le da el furor de los justos:

«Chile no se preocupa por los nativos, mejor dicho no le interesan para nada. Nosotros tratamos de cumplir lealmente con nuestro compromiso. Queremos actuar humanitariamente, y el resultado es que nos acusan del abuso que precisamente tratamos de evitar».

Esto indica que, detrás de las rencillas normales entre grupos reinantes, hay luchas por el poder, algo que no se refleja en las crónicas oficiales. Otro episodio me lo contó un rapa nui: Una vaca había sido robada de la estancia. A pesar de la intensa búsqueda en el pueblo, los ayudantes del administrador volvieron con las manos vacías. Ni carne, ni huesos, ni piel habían podido hallar. Enojado, el gerente fue donde el gobernador. Lo invitan a pasar, y no puede creer a sus ojos: rodeados de cerros de carne están sentados el gobernador, el prefecto de carabineros y el juez. Cuando el gerente toma aire para empezar con su protesta, el gobernador lo invita a que tome asiento y se sirva. El gobernador había hecho decomisar la vaca robada, pero sin devolverla a la compañía, sino para preparar un festín para él y sus hombres de confianza.

Aquí no se trataba sólo de una broma pesada. Era una clara indirecta para la compañía sobre quién era el único autorizado para ejercer el rol de policía en Isla de Pascua. Malicia por un lado, rabia por el otro. Pero estas escaramuzas no eran nada, comparado con lo que le esperaba a un rapa nui cuando lo pillaban robando un cordero. Uno, que aquí quiere permanecer anónimo, porque lo tildarían de mentiroso, recuerda:

«En ese tiempo, el gobernador era Exequiel Acuña. Cuando gente de nosotros había robado una oveja, había castigos durísimos: cincuenta días de trabajos forzados, o Exequiel hacía amarrar a los ladrones con los brazos en alto a los ganchos de un árbol y azotarlos. Después echaban sal en las heridas. Juan Luco, Jorge Riroroko, Santiago Pakarati, Domingo Paté, Naá, Auro, Lompo y muchos otros fueron castigados de esa manera. Tenían que quedar tres días amarrados. Nosotros les llevábamos comida. Creo que entonces yo tenía diez años».

Si los rapa nui se hubiesen sometido a la orden de no abandonar su mundo cercado sin permiso, ese total aislamiento no sólo los habría quebrado psicológicamente, sino que habrían tenido que vegetar eternamente hambrientos. Quizás se habrían extinguido, como tantos pueblos aborígenes de nuestra tierra. No sólo consideraban que tenían el derecho de abastecerse de las ovejas

que pastaban por miles en los campos que siempre habían sido suyos, sino que era la única posibilidad de sobrevivencia que tenían. Su sentido de justicia era una cosa, el de los amos, como sabemos, era otro. H.L. Hart dice que «un esclavo en las minas atenienses jamás podía estar obligado a respetar la base legal de su miseria». Pero ni siquiera existía una base legal para encerrar a los rapa nui. La creación del ghetto se debe exclusivamente a la arbitrariedad de los estancieros y la indulgencia del gobierno.

Alfred Métraux es uno de los poquísimos que se consideraban defensores de los rapa nui. No se conformó con prejuicios. No apartó la mirada como tantos otros. Después de su primera visita en la casa del administrador anota visiblemente afectado:

«Las voces inglesas, la lámpara en la mesa, la niña rubia y Mrs. Smith forman un mundo aparte que estaba tan lejos de Isla de Pascua como Escocia de los Mares del Sur. Entre estos dos mundos no había un lazo de simpatía, comprensión o siquiera de interés».

El belga, que veía en Isla de Pascua la colonia más sórdida de todo el Pacífico, acusa:

«En la isla reina tal miseria que no se puede hablar de transición de un estado primitivo a nuestra civilización. Desatendida por los chilenos y bajo la influencia nefasta de los elementos enviados a ese lugar, la Isla de Pascua no decayó, sino que simplemente se pudrió en una miseria irremediable». Y reclama el deber humano «que los señores de la isla respeten a las personas y la dignidad de los descendientes de aquellos polinesios que en su tiempo tallaron las grandes estatuas y grabaron las tablillas rongo-rongo».

Desde la anexión del Ombligo del Mundo había pasado casi medio siglo, y sus habitantes autóctonos sobrevivían como náufragos abandonados en una isla desierta. Se los valoraba por su utilidad: un puñado de gente para trabajos permanentes, más el resto que servía una vez al año para la esquila. «Despreciaban a los rapa nui», me dijo Dr. Dougnac en una conversación, «como seres molestos, repugnantes y sin derechos. Los veían como un producto de la degeneración y nada más que como objetos para el trabajo». Tardó mucho hasta que cambió la desolada situación de Hanga Roa. El respeto y la dignidad humana fueron valores que los rapa nui tuvieron que conquistar por sus propias fuerzas, y eso tomó tiempo.

Pero el cambio en este sentido ya era inevitable. Surgieron el cine y la radio que difundían la información, más allá de un pequeño círculo de interesados, al público en general: a políticos, científicos, periodistas y otros. Alfred Métraux tampoco permaneció callado en su gabinete de trabajo: ¡Habló!

La crítica surte efecto *Chile tiene que reaccionar*

*«Los buenos propósitos son cheques girados
contra un banco donde uno no tiene cuenta».*

ÓSCAR WILDE

Después de dos décadas de ayuda caritativa, a mediados de los años treinta los chilenos forzosamente tuvieron que empezar a preocuparse más de la Isla de Pascua. Hasta ese momento, ni los gobiernos ni los científicos se habían interesado mayormente por la cultura megalítica. Ahora, eso cambió. Los chilenos se despabilaron después de que varios investigadores extranjeros —algunos ya se nombraron— publicaran sus estudios. Alfred Métraux, con su crítica de las condiciones de vida en Hanga Roa y su película documental, que por primera vez mostraba a leprosos horriblemente mutilados, había informado a la opinión pública mundial sobre la escandalosa situación reinante en Isla de Pascua. Métraux considera su misión un éxito y anota: «La expedición franco-belga consiguió que el gobierno (chileno) dirija su atención a las condiciones de vida de los pascuenses». Otro escándalo para muchos chilenos patriotas consistía en que los estancieros no sólo se veían a sí mismos como los verdaderos amos, sino que *de facto* lo eran, opacando con eso el resplandor de la soberanía patria. Muchos habrían visto con satisfacción que el contrato de la CEDIP no se hubiese prorrogado. Como sabemos, ese deseo no se cumplió.

El problema tampoco tuvo la solución biológica que hasta los años treinta rondaba por las mentes de no pocos continentales. En contra de todas las predicciones, la población rapa nui fue creciendo continuamente. De modo que había que buscar alternativas cómo arreglárselas con los que estaban desterrados tras el cerco. Por supuesto que una «solución definitiva» al estilo Dutrou-Bornier / Merlet estaba fuera de toda discusión en vista de la creciente atención en Chile y en el mundo.

Se acercaba el 50 aniversario de la anexión y había que cranear cómo presentar al mundo la exitosa colonización, al mismo tiempo de reafirmar la soberanía chilena sobre Isla de Pascua, especialmente frente a Williamson, Balfour & Cía. Recordemos el estudio de Víctor Vergara que buscaba respaldar

jurídicamente el derecho a la anexión. Probablemente, estas ideas –y quizás algunas otras– que gravitaban con distinto peso en el ambiente, hacían necesario hacer algo. Era un desafío para la creatividad. Pero, como siempre, las ideas tomaron rumbos muy distintos.

Empezó a comienzos de 1935 con el proyecto de la Universidad de Chile, sobre una comisión de nada menos que treinta científicos de diferentes disciplinas, que trabajarían en Isla de Pascua. Sin embargo, este plan no se concretó, como tantos otros, posiblemente por falta de fondos. Al final, sólo pudieron viajar dos investigadores con una tarea muy limitada. Uno de ellos era el sacerdote capuchino alemán Sebastián Englert, lingüista encargado de estudiar el idioma rapa nui. A él le dedicaremos un capítulo aparte más adelante.

Alarmada porque un sacerdote viajaba al servicio de la universidad, la Iglesia Católica en la persona del obispo Edwards se acordó que sus feligreses en Isla de Pascua todavía carecían de «la bendición de la presencia de un pastor de almas» (Englert). El padre, que ya había empezado con su trabajo, con el próximo barco recibió una carta urgente del obispo, diciendo que él, Rafael



RONDA POLICIAL.

Edwards, celebraría que «monseñor (el padre Sebastián) prolongase su estadía en Isla de Pascua hasta la llegada del próximo barco», porque «nuestros queridos parroquianos de Isla de Pascua han vivido en tan gran abandono espiritual». Después de un momento de vacilación, el padre Sebastián aceptó, y el obispo se preocupó de crear el cargo correspondiente en Rapa Nui. La Armada de Chile inicialmente no estuvo de acuerdo, porque «opinaba que (desde 1917) los capellanes de la marina chilena eran los encargados de la salvación de las almas» (Englert). Sin embargo, después de largas negociaciones, monseñor Edwards logró convencer al alto mando que era preferible que la jurisdicción eclesiástica sobre Rapa Nui pasase a manos de la vicaría apostólica de la Araucanía, y el 1 de enero de 1937 el padre Sebastián fue nombrado párroco de Isla de Pascua. Podría decirse en tono jocoso que la Iglesia le aserruchó el piso a la Universidad, porque el padre se dedicó casi exclusivamente a la investigación científica de la cultura y lengua precristianas. Si consideramos que Englert permaneció en el cargo durante treinta y dos años y se convirtió, con el tiempo, en la persona más influyente de Isla de Pascua, esto significó que también tuvo oportunidades de mejorar las condiciones de vida de los rapa nui.

También otros hicieron oír sus ideas sobre cómo mejorar la situación en Rapa Nui. Un patriota desconocido, que vehementemente quería poner fin a la supremacía de los estancieros, aportó simultáneamente dos –aunque muy disímiles– sugerencias sobre cómo aprovechar mejor la posesión chilena de Isla de Pascua. En un artículo publicado en mayo de 1935 en el diario *La Nación*, propone que cien familias emprendedoras y fuertes de Hamburgo (no dice por qué justamente de Hamburgo) podrían colonizar la Isla de Pascua por medio de una agencia de inmigración. Que en ella ya vivían familias con derechos ancestrales sobre su tierra, parece haberse escapado al autor. Pero, pensaría el enérgico señor, también podría reciclarse una idea que el obispo Jaussen tuvo en los años ochenta del siglo pasado. A modo de introducción, nos hace ver que para la construcción de recintos penitenciarios, el Estado despilfarró inmensas sumas de dinero, pero los delincuentes, «...lejos de regenerarse en nuestras abominables cárceles salen de ellas doctorados en toda clase de delitos». Las cárceles son, concluye, «una escuela del crimen, ...desde donde salen llenos de odio hacia la sociedad», y se pregunta: «Siempre se ha hablado entre nosotros de la imperiosa necesidad de construir presidios. ¿Para qué? ...¿Para almacenar ahí carne humana, carne inútil y depravada?».

De lo anterior deduce que el Estado podría ahorrarse la construcción de cárceles y penitenciarías, si enviara a estos maleantes a Isla de Pascua, desde donde no podrían escapar. Con todo lo descabellada que parece ser su

propuesta, por lo visto el patriota no había olvidado que el gobierno tenía experiencia con la deportación de adversarios políticos.

En un tono completamente distinto y reflexivo se expresa un tal García Tello, que escribe el 23 de mayo de 1935 en el diario *El Sur* de Concepción:

«Me pregunto con qué objeto don Policarpo Toro a nombre del Gobierno de Chile, tomó posesión de la Isla de Pascua el año 1888, y no acierto a responderme.

Pregunto a todos los chilenos cuál fué el espíritu que pudo animar en semejante posesión. ¿Qué se perseguía con ello?

¿Había interés económico, político o social en captarse aquella tierra donde vivían apacibles y sin cercos, sin tutelajes odiosos los isleños?

Tengo derecho a esperar que los hombres de este Continente o por lo menos los de Chile me contesten.

Si había interés económico ¿cuál es la economía de la isla y qué provecho obtiene el Gobierno, de esa tierra? Si había interés político ¿cuál ha sido la política seguida o el provecho político obtenido de esta isla, adonde deportar hombres resulta caro? y si había interés social ¿cuáles son los estudios etnológicos, paleológicos, oceanográficos, lingüísticos, efectuados en ella? Nadie acierta a contestar. Sólo los nativos mascullan entre dientes, "Que nadie tiene papeles de sus tierras, de la tierra que es madre de ellos" (y que así como nadie necesita de papel para saber que la madre es propia, así ellos no necesitan papeles para saber si la isla es de ellos).

...Personalmente repudio la situación jurídica y legal de la isla y creo que ni don Policarpo Toro ni nadie tenía derecho para limitarles la vida pobre y sencilla que llevaban los nativos, reduciéndolos a un pequeño trozo de tierra».

En otra parte, Tello se queja de Métraux:

«El mohai robado por el señor Métraux a la isla, pronto hará despertar la codicia. Los pascuenses claman por la violación de sus recuerdos queridos, escriben de por qué y con qué derecho les llevan los monumentos y les profanan lo más querido que tienen para sus muertos.

Yo les he escrito que la justicia es así en el mundo de hoy, y que mientras allá cualquiera profanación y atropello a las conciencias, se llama estudio científico, aquí el que quiere robar un gramo de oro a un muerto va por años a la cárcel».

García Tello cierra su artículo:

«Es la primera vez en la historia de este país, que la Universidad parece darse cuenta del fantástico patrimonio cultural que Pascua encierra.

...tengo la convicción que esta comisión presidida por un hombre de la talla de Ricardo Latcham, etnólogo, de fama internacional, va ser en sus labores, fructífero».

El autor debe haberse referido a la comisión antes mencionada, que después no se formó. Pero una pregunta surge al leer estas líneas sencillas y conmovedoras: ¿quién era Tello? ¿Era un chileno del Continente afectado por las miserias de los rapa nui? En realidad, parece escrito por un isleño, quizás bajo pseudónimo. En esa época, de vez en cuando algunos pascuenses conseguían llegar al Continente. Y los que lograban establecerse tenían acceso a información inalcanzable para sus compatriotas en Hanga Roa. No podría afirmar si Tello fue uno de aquellos privilegiados.

Bastan estos ejemplos para dar una impresión de la discusión que se estaba desarrollando, con muy distintos matices, sobre el futuro de Isla de Pascua.

En todo caso, algún efecto tuvo esta discusión sobre el nuevo contrato de arrendamiento de la CEDIP, del 13 de marzo de 1936, en el cual los terrenos fiscales —pero solamente éstos— quedaron bajo la tuición de la Armada Nacional y sujetos a sus ordenanzas. De este modo, se acotó un poco el poder de los estancieros. El doctor Álvaro Tejada, un enérgico oficial de la armada que también era médico, fue nombrado jefe militar de Isla de Pascua en noviembre de 1937. Con iniciativa y esfuerzo trató de mejorar la imagen de Chile.



AZOTES DELANTE DE LA IGLESIA. EL PADRE SEBASTIÁN Y DETRÁS DE ÉSTE, TEJEDA.

Cincuenta años de colonialismo Una laudatoria a la Armada de Chile

*«El honor y las convenciones son los ladrillos de la sociedad,
y las mentiras el cemento».*

HANS KASPAR

«DESDE HACE MEDIO SIGLO, FLAMEA EN LA ISLA DE PASCUA
LA BANDERA DE LA ESTRELLA SOLITARIA».

Bajo este altivo título, aparece en «El Sur» del 18 de septiembre de 1938 una extensa crónica de Tomas Sepúlveda Whittle, que se esforzaba por rescatar de la oscuridad y del olvido, los méritos de la marina de guerra chilena en relación con Isla de Pascua. Después de una breve introducción, dirige inmediatamente la atención del lector hacia un deplorable descuido, ya que

«...en nuestros colegios no se enseña y la historia aún no ha hecho hincapié en esa empresa que culminó el 9 de septiembre de 1888. Y ya es hora de hacer justicia a los hombres superiores que gestaron y realizaron la dominación chilena en Rapa Nui».

Lo de «hombres superiores» se refiere exclusivamente a los representantes de la Marina, el primero de todos Policarpo Toro, al que el autor atribuye sabiduría, constancia y abnegación. Alaba las negociaciones de compraventa que, según el autor, Policarpo Toro habría concluido brillantemente en Tahiti, lo que no corresponde a la realidad. Por supuesto que no menciona el llamado a retiro de Policarpo, ni tampoco el fracaso de su hermano Pedro Pablo en el intento de colonizar la isla. En vano buscamos una referencia al hecho que, después de la revolución de 1891, el gobierno se desentendió de los problemas de la isla, dejándola sin ningún tipo de supervisión y a merced de la CEDIP. En el artículo de Sepúlveda, Toro se convierte en un héroe. Acto seguido, pasa a la glorificación de la Armada de Chile:

«Tenemos aquí una conquista pacífica de la marina chilena, que se agrega a aquéllas obtenidas por esta gloriosa institución mediante el poder de las armas,

desde los albores de la Independencia hasta la Guerra del Pacífico... Desde que Rapa Nui es nuestra, la flota nacional se ha sentido íntimamente ligada a nuestra lejana colonia, preocupándose en todo momento de sus necesidades. En cada oportunidad viajaron buques de guerra a Isla de Pascua, para servir de único puente de contacto entre la Patria y los isleños, y, aparte de la ayuda material que siempre llevaban, aportar al mejoramiento de las condiciones de vida, al progreso moral y al bienestar general».

Frases para el bronce. Pero recordemos que en la misma época en Alemania, patria del autor de estas líneas, se cantaba con entusiasmo canciones como «La bandera en alto»* y otras. No obstante, hay que reconocer que Sepúlveda no fue muy riguroso con la verdad. La ayuda material a que alude debe calificarse de más bien módica. Por un lado, las colectas habían sido organizadas por la Iglesia, por el otro, la base naval dependía casi completamente de los barcos de abastecimiento de la Compañía. En cuanto a la *General Baquedano*, Sepúlveda afirma que hizo veinte viajes a Isla de Pascua entre 1900 y 1935. Eso equivale, como promedio, a un viaje cada año y nueve meses. ¡No exactamente mucho! Además, el barco se quedaba sólo pocos días cada vez, de modo que resulta muy difícil que la oficialidad y el capellán puedan haber hecho los numerosos contactos necesarios para verificar, y menos aún fomentar, el progreso moral de los isleños. El fervor —y especialmente el patriótico— tiene sus propias formas de expresión. Pero también es posible que durante su estadía en Rapa Nui, Sepúlveda haya sido discretamente informado que el representante de la Armada había logrado establecer el orden y la disciplina entre los isleños. Si así fue, no se le dijo que el nuevo gobernador tampoco pudo parar el «autoservicio» de carne de cordero de los rapa nui, ni su liberalidad sexual, la que el gobernador, entre paréntesis, también sabía apreciar. Más adelante volveremos sobre este tema.

En cuanto al apoyo espiritual, Sepúlveda menciona de pasada que unos monjes capuchinos estaban trabajando en la isla. El acompañar a los leprosos se lo deja al obispo Edwards, que se habría apersonado sólo dos veces, y al que después de muerto «casi nadie lo lloró». Más aún, el autor llega a afirmar:

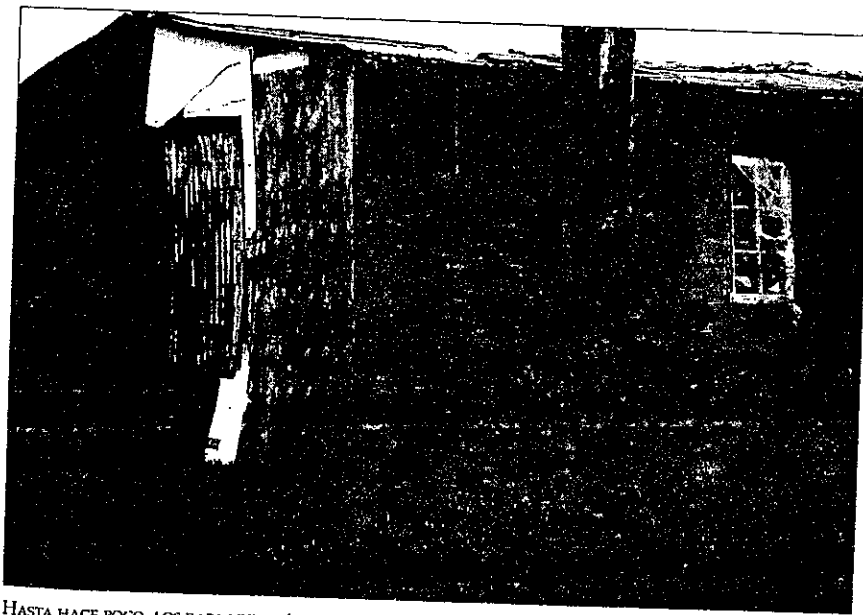
«...que la capellanía de la armada nacional fue la única institución de la República que se preocupó de los pascuenses».

* Himno del SS (N. de la Trad.).

Sepúlveda da las mejores notas al desempeño del nuevo jefe naval y médico:

«Con profunda satisfacción podemos afirmar que el cincuentenario de la dominación chilena encuentra a la Isla de Pascua en una amplia vía de desarrollo. De una vez, se han solucionado los dos problemas más graves de nuestra colonia: en primer lugar la falta de una autoridad capaz de administrar a este pueblo —un pueblo de carácter infantil— ...y en segundo lugar la presencia de un médico, el que con las herramientas de trabajo adecuadas y la cantidad suficiente de medicamentos puede iniciar sus investigaciones sobre la lepra. Todo esto ha sido posible gracias a que se ha logrado dar con el hombre indicado: el omnipresente gobernador y jefe naval de Isla de Pascua, el oficial de marina y médico-cirujano doctor Alvaro Tejada Lawrence».

Nos enteramos además que el enérgico Tejada hizo reparar casas y construir otras nuevas. Para el jubileo, en la nueva plaza «Hotu-Matua» inauguró una serie de juegos infantiles, una cancha de fútbol y un teatro que fue bautizado con el nombre de «Policarpo Toro». Al jefe naval había que agradecerle



HASTA HACE POCO, LOS RAPA NUI VIVÍAN EN CABAÑAS COMO ÉSTA.

además la primera estación de radio de la isla, y el comienzo de trabajos de reforestación.

Sin duda, Tejeda era un gobernador eficiente que había llegado con el propósito de hacer callar las críticas y demostrarle al mundo que Chile estaba consciente de sus responsabilidades en Isla de Pascua. En 1938, la isla fue declarada Monumento Nacional. Quizás incluso quería lograr la autarquía para que Rapa Nui fuese menos dependiente de los costosos suministros del Continente, y mejorar la infraestructura, lo que también beneficiaría a los rapa nui. Este esfuerzo no se puede negar. «Los nativos —escribe Sepúlveda—, lo enfrentan con respeto y simpatía», lo que me fue confirmado por R. Haoa. Pero éste también sabía que Tejeda hacía azotar públicamente a los ladrones delante de la iglesia después de la misa dominical, haciendo caso omiso de las súplicas de sus mujeres e hijos. Tejeda era oficial de marina, y aplicaba las ordenanzas de la armada. Sólo le preocupaba el orden. Sería demasiado pedirle que mostrara comprensión o incluso correspondiera sentimientos de afecto. Los rapa nui tenían que obedecer. Por lo demás, para Sepúlveda, no eran más que primitivos que no podían tomarse en serio, por lo que la tradición oral de los isleños tampoco le mereció confianza:

«...es imposible saber cuándo un pascuense dice la verdad y cuando está dando rienda suelta a su fantasía polinésica».

En todo caso, esto le parece irrelevante, porque está convencido que...

«...los actuales habitantes de rapa nui no descenden de los constructores de los grandes monumentos de piedra («moahis»): Desde luego, no sienten ni respeto ni admiración por las antiguas estatuas ni saben exactamente, con qué fin fueron levantadas».

No pocos, entre ellos García Tello, lo sabían mejor. Pero Sepúlveda prefiere la idea del salvaje degenerado. Los herederos de una gran cultura habrían merecido respeto; era menos complicado clasificarlos como diferentes y primitivos. Así, los amos de la isla llegaron a la conclusión que, hablando con el poeta Christian Morgenstern, «no puede ser lo que no debe ser». Vale decir: los pascuenses tenían que haber salido de algún otro lado, porque, viéndolo bien, no tenían nada que hacer en el Ombligo del Mundo. Tenían que estar contentos si uno les tendía una mano amiga.

Graciela Manghaca de Naranjo, una pariente del gobernador Tejeda, escribió otro reportaje, en un tono menos marcial. Su artículo sobre los nativos,

publicado en *El Mercurio* del 23 de octubre de 1938, al principio es muy parecido a lo que acostumbramos a leer de periodistas de viaje hasta hoy día. Nos enteramos que la aldea es colorida y salpicada de flores tahitianas. Que los isleños celebran sus fiestas con un umo (curanto) y que todos participan sin necesidad de invitación. Cuenta de un pescador que dispuso su mercadería en el malecón, y los transeúntes sacaban cada uno lo que quería sin pedir permiso. Sorprendida, constata: «Lo de uno es de todos». Otros aspectos son vistos por la autora con críticos ojos occidentales, p.ej. describe a los nativos como impertinentes y que escupían en el piso sin respeto. Si bien, según ella, casi todos eran inteligentes, la mayoría era floja y muy pocos sabían leer y escribir.

Que el analfabetismo era responsabilidad de las autoridades del medio siglo pasado, parece habérselo escapado. En otra parte menciona a un profesor que tenía que educar a cien niños, pero que estaba por regresar a Chile a fin de año. Probablemente, la autora pensaba que monjas darían mejor resultado, porque sugiere que una educación religiosa podría ser la solución. Los niños podrían ser apartados de sus antiguas costumbres, y habría menos analfabetos. «Sería un bien enorme para estos isleños pudieran venir acá monjitas a fundar un colegio mixto, ellas con su santa paciencia, les educarían y enseñarían muchas cosas útiles para la vida; habría menos analfabetos y se purificarían las costumbres en el porvenir».

Otro mal, a los ojos de la señora, consiste en que según ella las jóvenes no hacían más que cantar, bailar y esperar los barcos, y que era triste observar que las niñas sólo estaban interesadas en escuchar que eran hermosas. Esto le disgusta a la autora, y añade que estas niñas eran intrigantes y malas lenguas, que nunca habían sentido la mano firme de una mujer que las hubiese guiado y educado, para, por lo menos, saber llevar una conversación decente. También para Graciela Menghaca, la moral y civilización occidentales son la norma. Si, a lo largo de los siglos, los niños rapa nui no hubiesen aprendido



VIVIANO A LA EDAD DE MÁS DE 100 AÑOS. ES SUEGRO DEL TALLADOR BENEDICTO TUKI.

nada de sus padres, su pueblo no habría sido capaz de sobrevivir. Pero esta idea no se le ocurrió.

El gobernador, nos sigue contando, aplicaba mano dura contra las calumnias. De lo que no nos enteramos es qué delitos se castigaban con qué medidas. Pero podemos aportar un detalle: Se cuenta y se sabe que sobre todo las mujeres jóvenes cantaban canciones donde se burlaban de la Armada. Esto conformaba el delito de ofensa a la autoridad, y la sanción consistía en rapar la cabeza. Con mayor dureza se procedía contra quienes se sorprendía robando, pero la cronista tampoco refiere en qué consistían los castigos. Quizás no le pareció conveniente, por razones de sensibilidad, mencionar los azotes delante de la iglesia, de los que nos habló R. Haoa.

No obstante los méritos de su familiar, la señora Menghaca apela a sus conciudadanos:

«Nosotros los chilenos no debemos dejar que decaiga esta raza que hoy día es fuerte y sana, y quién sabe si en el porvenir puedan ellos servir a su nueva patria; da gusto verlos desfilar, parecen bizarros soldados y son de lo más patriotas». Durante los años siguientes, por lo menos de eso estuvieron liberados los rapa nui.

Un año después del cincuentenario, el capitán Edgardo Streeter realizó un viaje de inspección a Pascua en el *Naguilán*. A su regreso de la isla es entrevistado por *El Mercurio*, y el 4 de enero de 1940 podemos leer que Streeter estaba convencido que gracias a los esfuerzos de la Armada, la situación en la isla había cambiado totalmente. Según él, las condiciones de vida de sus habitantes eran mejores que nunca, similares a las de los chilenos continentales. Menciona una nueva escuela y un nuevo hospital, casitas ventiladas, modernas y cómodas, con frutales y chacras de hortalizas. Ya nadie vestía pobremente, y todos —sin excepción— estaban abocados al trabajo. Qué tipo de trabajo no dice.

En relación a esto hay que considerar que de más de 600 personas —unas 400 de ellas adultas— poquísimos tenían un trabajo asalariado permanente. Como sabemos, la estancia sólo ocupaba a pocos trabajadores. Seguramente la mayoría cultivaba sus huertos y parcelas. ¿A eso se refirió Streeter? Más probable es que haya aludido al «día fiscal» introducido por la Armada. Ya que los rapa nui no pagaban impuestos (¡de qué!), los hombres tenían que presentarse todos los lunes a trabajar para la Armada. Pero Streeter no dice nada al respecto.

También el capitán recorre el pueblito con sus flores multicolores y deduce de eso que los rapa nui estarían viviendo en un verdadero paraíso. «Para mí fué una sorpresa ver que Pascua es ahora un gran sitio de atracción por todo lo bueno que en la isla hallé», es citado en el artículo, «...los nativos viven en el mejor de los mundos: no saben ni conocen el valor del dinero, ni les

importa tenerlo». ¿Acaso Streeter proyecta en la isla su sueño romántico de los mares del sur, o es ironía, o pura adulación?

Streeter alaba la higiene, la que habría mejorado fruto de los esfuerzos de Tejeda y las monjas, y que gracias a la radio los nativos estarían siendo familiarizados con la civilización. Eso es cierto, pero de una manera muy distinta de cómo imaginaba el capitán. Gracias a la radio los rapa nui se estaban enterando de la existencia de otro mundo y con mejores condiciones de vida. Por supuesto que Streeter entonces no podía prever las consecuencias. Concluye:

«En los dos años que el doctor Tejeda estuvo en la isla, como jefe de ella, realizó este milagro».

Al unísono con los demás visitantes, Sepúlveda concluye su texto con la observación

«...que el doctor Tejeda ha logrado más en diez meses en la isla, que sus antecesores en cincuenta años de gobierno... En memoria de estos ilustres hombres, con la emoción del chileno y el orgullo del oficial de la Armada, es que se ha escrito el presente informe».

La mención de estos «antecesores» es, entre paréntesis, la única y discreta alusión que en su artículo hace a los estancieros. Las autoridades navales, que también forman parte de los antecesores, ya que ejercían sus funciones en Pascua desde 1917, con este comentario (¿sin querer?) tampoco reciben buenas calificaciones.

Haber llevado directamente al paraíso a quienes hacía sólo diez meses, según Métraux, se estaban pudriendo en la miseria, debe ser apreciado en su justo valor como un logro sorprendente, incluso prodigioso.

Es muy probable que la dama emparentada y los dos oficiales tuvieran sus consuetas. Que al describir los hechos hayan utilizado un lenguaje eufórico también es perdonable, porque así se hace en todo el mundo. Especialmente Sepúlveda deseaba escribir una nueva página de gloria de la laureada Armada de Chile. Lo de la gloria lo tomó en serio, lo de la verdad histórica menos. Da para pensar que nadie —excepto Tello— mencione el cerco o la alambrada de púas, o que los rapa nui estaban reclusos de la noche hasta la mañana, y que no les estaba permitido salir de su ghetto sin un pase escrito.

Todos se lo hicieron fácil, porque, igual que los demás, no pensaron que hacía falta conversar con los nativos. Total, éstos no eran muy amigos de la

verdad, y, especialmente para un oficial, era inconcebible que gente subordinada pudiese tener problemas. Pero problemas había. Y no sólo para los rapa nui.

El cielo sobre Isla de Pascua podía estar despejado, pero eso no impedía que nubes negras se cernieran sobre ciertas cabezas, y no sólo de rapa nui. Ya a comienzos del período de Tejada se anunciaba mal tiempo. Porque Tejada no era la única autoridad. Había otra: el sacerdote capuchino Sebastián Englert, apenas mencionado en los informes que acabamos de citar, por razones que serán fácil de entender. En 1937, como puede leerse en la crónica parroquial, se queja amargamente de que el doctor Álvaro Tejada no habría venido a Isla de Pascua con intenciones honestas y le imputa «manejos poco limpios». En abril de 1938, Englert anota que el jefe naval se estaría enriqueciendo a costa de los leprosos. En septiembre del mismo año, en la inminencia del aniversario, el padre afirma que Tejada se estaría aprovechando de «las circunstancias externas como trampolín para sus intereses personales». Estas palabras revelan enojo, incluso rabia. Los hombres obviamente no se querían. Englert llega hasta el punto de mandarle un telegrama cifrado a su obispo: «Cuidado, zorro rondando. Mejor encargar personalmente». El conflicto se agudiza. En diciembre de 1938, el gobernador entregó mercaderías destinadas para el padre supuestamente «recién por órdenes superiores». En enero de 1939 podemos leer que el padre siente que Tejada es una cruz para él. Dos meses más tarde se resigna: «En una isla donde viven tan pocos continentales, lo mejor es mantenerse completamente aparte y adoptar el lema de los ingleses: My home is my castle».

Estas quejas, de un nivel no demasiado alto, dejan entrever una lucha por el poder que se arrastró empecinadamente por años. La causa estuvo en la campaña del padre contra las relaciones extramatrimoniales. En 1940 prohíbe entrar a la iglesia a quienes viven en concubinato. Se producen escenas violentas en el templo. Pedro Atan declara: «¡Me hago evangélico! No me puedo rebajar!» Atan, nombrado alcalde por el gobernador, era uno de los pecadores. Al negarse a terminar con su relación extramarital, Englert le pide a Tejada que remueva al alcalde. Este le pone al alcalde un plazo de dos meses. Pero nada pasa. Atan permanece en el cargo. Furioso, Englert anota: «El jefe naval tenía opiniones totalmente equivocadas, ya que era completamente ignorante y carecía de firmeza de carácter».

El padre no se dio por vencido. Pero recién ocho años más tarde, cuando Tejada hace tiempo había sido relevado, Englert pudo doblegar por lo menos al alcalde. En la víspera de Navidad de 1948, Pedro Atan leyó en la iglesia la siguiente declaración, seguramente redactada por el sacerdote:

«Yo, Pedro Atan, declaro en presencia de Dios omnipotente, del señor capellán, del sacerdote de esta iglesia y de mis hermanos en la fe, que hasta ahora he vivido desobedeciendo la ley de Dios y de la Santa Iglesia, en lo que al matrimonio se refiere. Declaro solemnemente que me arrepiento de este grave error. Para mostrarme digno del perdón de Dios, juro que estoy dispuesto a renunciar a esta situación desordenada de mi vida, en la cual he permanecido por varios años. Estoy dispuesto a obedecer en todo al consejo y a la orientación de la autoridad de la Iglesia. Pedro Atan».

La querrela entre los poderes celestial y terrenal en Rapa Nui finalmente quedó tablas: el gobernador o mejor dicho los gobernadores no perdieron la cara porque su hombre quedó en el cargo; y el padre finalmente logró del alcalde el acto de contricción que quería. Quién sabe, quizás incluso hubo un acuerdo entre la espada y la cruz para darle una salida pacífica a las escaramuzas de tantos años. En todo caso, habían sido por principios inalienables, y eso merece todo nuestro respeto.

El trasfondo de esta «lucha de poderes» se me aclaró recién en 1996. El Dr. Tejada, a pesar de haber llevado a su familia a Isla de Pascua, personalmente practicaba la «libertad sexual» y tenía una relación amorosa con una mujer rapa nui. Este hecho no sólo había provocado al defensor de la fe, sino que además lo había indignado hasta el punto de proferir acusaciones que el oficial no podía pasar por alto. Sin embargo, evitó la contienda verbal y respondió con una serie de finas indirectas que por su parte hicieron hervir de rabia al padre.

Una de estas indirectas podría ser sacada de una novela picaresca: algunas vacas se habían metido a Hanga Roa, supuestamente nadie sabía cómo. Quizás habían pasado por un corte en el cerco, obra de un rapa nui que pensaba «proveerse» de una oveja. Sea como sea. El gobernador ordenó, en virtud de la autoridad que le confería su cargo, detener y llevar ante el juez a las vacas. Para sorpresa de los asistentes, el jefe militar abrió el «proceso» con la pregunta, dirigida a los rumiantes, por qué habían violado la prohibición de cruzar el cerco. Como las vacas, a pesar de las amonestaciones, se negaron a responder, el tribunal dictó sentencia: cuatro semanas de cárcel a pan y agua. Los vacunos murieron al poco tiempo. Que el gobernador habría hecho sacrificar a los delincuentes poco antes de su fallecimiento, para repartir la carne entre los miembros de la administración, es un rumor malintencionado.

Pero todavía falta la gracia. Dos de los vacunos habían sido del padre, lo que el gobernador bien sabía. Cuando éste se enteró del «escándalo de justicia», se dirigió indignado a la residencia del poderoso, lo enfrentó y le espetó

cómo podía ser tan imbécil de interrogar y condenar a unas vacas. Sin alterarse, el juez supremo de Isla de Pascua justificó su proceder con el argumento que había sido necesario sentar un precedente. Después de una ardua discusión y tragándose su rabia, Sebastián Englert tuvo que emprender la retirada sin haber logrado nada.

Por lo visto, el paraíso, el mejor de los mundos, tampoco estaba libre de inconvenientes para los poderosos. Cuánto más para los rapa nui. Aunque hay que reconocer que Tejada había mejorado la infraestructura de la isla, muchos rapa nui todavía no sentían que estaban viviendo en los campos éliseos, porque seguían siendo personas sin ningún derecho. La radio puede haberles insinuado que el paraíso no lo encontrarían en su Ombligo del Mundo, sino en otros países lejanos. Así comenzaron a pensar en formas de escapar de su existencia indigna.



Tiempo de fuga *Las ansias de libertad*

«Si ya llevas a alguien del brazo, no es difícil apretarle el cogote».
MICHAEL GLOS

En una modesta cabaña, el anciano se había sentado al frente mío en un banco rústico. Su rostro curtido por los vientos salobres del Pacífico estaba surcado por numerosas arrugas que me parecían líneas de vida grabadas por el destino. Pero sus ojos tenían una mirada pícaro como si quisieran hacer olvidar todas las penurias pasadas, y un leve gesto burlón en la comisura de los labios parecía querer decir: «No se lo hicimos fácil a nuestros carceleros». Ahí resplandecía el triunfo íntimo de un hombre que pudo escapar de la esclavitud y burlar a la autoridad, aunque al final haya terminado perdiendo. Felipe sabía mejor que nadie lo difícil que siempre ha sido salirse con la suya frente a la Armada de Chile. Le alcancé el tabaco. Calmadamente, se lió un cigarrillo y, después de que le hube dado fuego, empezó una pequeña conversación en inglés. Cuando vio mi mirada sorprendida, se rió y dijo desenfadadamente:

«No sé leer ni escribir, pero hablo un poco de francés e inglés. Lo aprendí en Tahiti».

«¿Estuviste en Tahiti? ¿Cuándo?»

«Oh, hace mucho tiempo. Déjame pensar».

Felipe miró al techo, como si allí pudiera leer los años, y finalmente dijo: «Tiene que haber sido en 1953 o 1954. Yo tenía, creo, unos 35 años».

Saqué la cuenta: «Entonces ahora tienes que estar por los ochenta».

«Puede ser», le restó importancia Felipe, «tan exacto no me acuerdo».

Había despertado mi curiosidad y quería saber cómo y por qué había salido de Rapa Nui a pesar de la prohibición existente.

«Qué crees tú como estaban las cosas acá entonces», empezó cautelosamente. «Nos matábamos trabajando para la Williamson & Balfour y nos pagaban una miseria. Una vez hicimos una huelga y nos reajustaron algunos pesos, pero la Compañía inmediatamente subió los precios del almacén, y quedamos como antes». Felipe mira a su alrededor como queriendo asegurarse que no hay



FELIPE.

nadie escuchando y agrega en voz más baja: «Además, la Armada nos tiranizaba y nos castigaba duro por pequeñas infracciones. Para escapar de esa miseria había una sola cosa: teníamos que huir». Mientras Felipe escrutaba el horizonte a través de la ventana, como buscando a Tahiti, recordé haber leído en la crónica parroquial que a fines de 1943 siete isleños se escondieron como polizontes en un barco pero fueron descubiertos. Felipe siguió hablando: «Antes que nosotros, ya lo intentaron otros. Construyeron botes clandestinos. Los primeros fueron cinco hombres. Uno se llamaba Martín Paté

y otro Lukas Pakomio. Los otros nombres los olvidé. Escaparon a comienzos de 1944 y trataron de llegar a Chile. El bote que habían construido era pequeño, demasiado pequeño. Tenían suficiente agua y víveres, pero ya en la primera noche salió una tormenta. El bote se les llenó de agua y tuvieron que tirar sus provisiones al mar. Si no los hubiera recogido un carguero americano que los llevó a Antofagasta, todos se habrían ahogado miserablemente». El viejo se golpea la sien con el índice y ríe: «Los que escaparon después no fueron tan tontos. Todos tomaron rumbo a Tahiti».

«¿Por qué Tahiti?» quise saber, «si Chile estaba más cerca?»

Felipe movió la cabeza en un gesto de desesperación y exclamó: «¡Hom-bre! ¡Quién iba a ir al país de donde venían nuestros opresores, oye! Además muchos de nosotros tenían familiares en Tahiti. Todos descendientes de los que se llevó Dutrou-Bornier».

Un hombre apareció en la puerta y le habló a Felipe en rapa nui. Después de un breve diálogo, el viejo se disculpó conmigo: «Tengo que salir un momento. Ya vuelvo». Y, sacando un librito del bolsillo y dejándolo sobre la mesa: «Mientras tanto, puedes leer esto».

Era un folleto de una tal Sonia Hey Icka, que documentaba los intentos de fuga de ocho grupos que salieron clandestinamente de Rapa Nui. Leí que Andrés Teava, Guillermo Teao, David Haoa e Hipólito Ika partieron en un bote de la familia Pakarati, el 24 de abril de 1948, con suficientes víveres. No se dice si tomaron el bote robado o prestado. Se los vio por última vez navegando en mar gruesa al este de la península de Poike. Nunca más se supo de ellos. Sigo hojeando: ahí están tres de la familia Riroroko, Valentín, Jacobo y Ambrosio,

seguramente descendientes del Ariki asesinado por Merlet, además Gabriel Tuki y Orlando Paoa, que se hicieron a la mar en la noche del 5 de octubre de 1955. Habían calculado sus provisiones para un mes. Pero éstas se fueron agotando, lo mismo el agua. Después de cuarenta y ocho días todavía no veían tierra. Dos días después divisaron la isla Mauke que pertenece al archipiélago de Cook. Pero un temporal los llevó a la costa de la isla de Atiu, donde fueron bien recibidos y provistos de comida. Después de siete días continuaron viaje y llegaron hasta Nueva Zelanda. Allí se encontraron con el cónsul chileno que los hizo llevar en avión a Tahiti. Sin embargo, las autoridades francesas negaron la entrada a los fugitivos y los embarcaron en un buque con destino a Valparaíso.

La odisea de los fugitivos había fracasado. Pero probablemente estuvieron contentos de haber salvado con vida.

Otros fueron presa del océano implacable. Un grupo de ocho hombres liderados por Federico Riroroko (otro Riroroko) se las jugó por la libertad en la noche del 11 de agosto de 1955. Hey comenta:

«Ya no había manera de devolverse porque era tanta su porfía que tenían que cumplir lo que habían decidido, aunque se estuviera llenando de agua el bote».

Y continúa:

«Los isleños pensaban que habían llegado a alguna isla, que tenían que haber llegado. Pero dentro de su corazón sabían que habían naufragado».

También el último intento de fuga en septiembre de 1958 fracasa. Sonia Hey lo relata en forma objetiva y distante:

«El tres de noviembre del año 1957, seis jóvenes del sanatorio robaron un bote de la caleta para fugarse en la madrugada.

Mas no lo consiguieron, pues fueron sorprendidos. Pero eso no les impidió volver a intentarlo de nuevo. Habían pasado diez meses desde aquel intento cuando empezaron a juntar sus víveres para una segunda fuga.

Estos hombres son:

Jorge Teao	46 años, un hijo
Napoleón Hotu	42 años, viudo, tres hijas
Aquiles Pakarati	29 años, casado, una hija
Pedro Hito	34 años, soltero
Ernesto Pakomio	30 años, soltero
Juan Lorenzo Teao	19 años, soltero

Salieron en una noche muy fría. La embarcación era de ocho metros de largo, tenía seis remos y ellos mismos se construyeron dos velas de género para la pequeña embarcación; además llevaban para cambiarlas. Llevaban muchos víveres. Se despidieron de sus amistades y se fueron remando mar adentro. Cuando vieron que estaban en peligro de hundirse, empezaron a alivianar el peso del bote. Unos lo aceptaron y otros no, ya que iban a pasar hambre en el viaje. Uno de ellos logró arrancar porque tenía miedo.

No supimos nada más de ellos. Al otro día que se habían fugado, salió el bote de la Gobernación Marítima en busca de ellos. Pero el mar estaba tan agitado y con las olas tan grandes que no pudieron distinguir el bote por ningún punto. La conclusión obvia es que se tuvieron que haber ahogado».

Me senté en las escalinatas delante de la cabaña y miré la rompiente del Pacífico, cuyas olas arremetían incesantemente contra los acantilados de lava, reventando con un ruido ensordecedor y volviendo a arremeter. Trataba de imaginarme cómo los fugitivos en sus cáscaras de nuez habían luchado desesperadamente contra el hambre y la sed para tratar de alcanzar las «islas felices». Algunos quizás quisieron darse por vencidos en algún momento de su viaje de 4.000 kms, o tuvieron que resignarse y aceptar que el océano despiadado los tragó. ¿Quizás algunos enloquecieron de sed y calor, se lanzaron al agua y se ahogaron porque en su delirio creían haber llegado a la playa salvadora, y ya nadie tenía la fuerza para retenerlos? Otros hombres pueden haber sido arrastrados al mar por una ola en cosa de segundos.

Felipe regresó y nos volvimos a entrar. Le pregunté si quería cerveza o café. Aceptó un café. Puse la tetera, y mientras esperábamos que el agua hirviera, Felipe me contó algo acerca de una buena redada que los pescadores habían sacado hoy, y varias otras novedades de Hanga Roa. Le serví y ahora sí que quería saber cómo le había ido en su fuga.

Mientras bebía su café, Felipe empezó lentamente: «Pedro Teava, Aurelio Pont y yo nos conseguimos un bote. En un escondite lo alistamos para el viaje, porque la Armada no podía saber nada. Juntamos víveres para callado, bueno, todo lo que uno necesita». Tomó otro sorbo de café, se limpió la boca con la manga de su camisa y continuó: «Sabíamos que un viaje así era peligroso. De los últimos que se fueron no habíamos vuelto a oír».

«¿Tenían miedo que alguien de su gente podía delatarlos al gobernador?».

El viejo me mira con cara de no entender y mueve la cabeza: «No, de los nuestros no. Pero el padre Sebastián no tenía que saber nada». Se sumió en silencio, apretando su tazón, como si tuviera que calentarse las manos igual que durante aquellas heladas noches de su interminable viaje. Su vista se fija en la mesa vacía, como si quisiera traer a la memoria las imágenes del pasado.



DETRÁS DEL HORIZONTE, 4.000 KM HACIA EL OESTE, SE ENCUENTRA LA AÑORADA ISLA TAHITI.

Finalmente, interrumpo su mutismo para preguntarle: «¿Y cuando estuvo todo listo, cómo siguió la cosa?».

«Primero esperamos. Un momento favorable, por el tiempo y todo eso... Pero al final partimos, y después de un mes llegamos a Kauehi».

Eso había ido demasiado rápido para mí, y pedí que me contara cómo había sido el aventurado viaje.

Felipe se encogió de hombros y extendió los brazos como queriendo decir: «¿Cómo crees que fue?». Y luego, después de un profundo suspiro: «Hambre tuvimos, y sed. Y muchas veces estuvimos cansados. Pero no nos tocaron temporales. Igual estábamos bastante rendidos cuando por fin pudimos desembarcar».

«¿Pero Kauehi no era Tahiti?».

«No. Después de una semana, un barco, se llamaba *Nego*, nos llevó a Tahiti». Felipe se rió alegremente, me dio una palmada en el hombro y exclamó: «¡Lo habíamos logrado!».

«¿Y después?» insistí.

«Allá viví cinco años y ocho meses».

«¿Y qué hiciste?».

Sólo se encogió de hombros: «Una cosa y otra». No había caso de sacarle más. Pero todavía no me quería dar por vencido y le pedí que me contara por qué no se quedó en Tahiti.

«Bueno, eso fue así», explicó. «Un día el cónsul francés me hizo detener y me mandó de vuelta a Rapa Nui. Y aquí me quedé», concluyó nuestra

conversación escuetamente, como era su manera. Se levantó del banco con dificultad, porque los huesos ya no querían, me dio una palmadita en el brazo a modo de despedida, y se fue caminando.

Desde la ventana lo seguí con la mirada hasta que desapareció por un recodo del camino. Qué hombre. Para referirse a la única y al mismo tiempo más peligrosa aventura de su vida no tuvo más que algunas pocas palabras. Sencillo, sin alarde, como si no hubiese sido nada especial, sin asomo alguno de presunción o heroico patetismo. Yo había esperado las más amargas acusaciones contra los opresores. El anciano se había conformado con algunas insinuaciones. ¿Por qué se fugó él, por qué los otros? Qué pregunta. ¿Por qué el esclavo rompe sus cadenas? ¿Por qué escapa el prisionero? Ellos, los rapa nui, hasta hace cien años habían llevado una existencia libre como dueños de su Ombligo del Mundo, sin tener que doblegarse ante ningún poder extraño. Simplemente estaban hartos de tener que vegetar como oprimidos y humillados. Pero ¿quién los entendía? Tampoco Sonia Hey.

Su folleto se lee como la composición de una colegiala sobre el tema: infracciones insensatas contra normas administrativas. Como una contadora, registra fechas, nombres, edades, etc. No pocos de los hombres habían sido casados y dejaron a esposas e hijos. Pero Sonia Hey no dice nada sobre sus motivos. ¿No podía o no quería? Si bien empieza con la pregunta: «¿Por qué hacían esto?», las respuestas se leen como si el actuario de un tribunal hubiese formulado de antemano las respuestas. Leemos:

«Algunas personas de ahora te responden diciendo: "Buscábamos nuestras raíces; o a lo mejor en esas islas encontraríamos una vida diferente y mejor". Yo me pregunto de aquellas personas que llegaron: "¿Qué lograron en esas aventuras?, ¿están satisfechos de haberlo realizado?, ¿volverían a hacerlo de nuevo?". Y yo me respondo: "Los que están vivos nunca volverán a realizar esta mala idea, que no es buena para el hombre"».

No es buena para el hombre; ¡qué juicio!

Por si acaso, el padre Sebastián prefería evitar el término «fugitivos». En su libro *El primer milenio cristiano en Isla de Pascua* les dedica sólo cinco líneas bajo el título «emigrantes». ¿Quiso expresar con eso que, bajo la beneficiosa administración de la CEDIP, la Armada de Chile y la Iglesia, nadie necesitaba fugarse? Pero aunque se dice que las autoridades siempre tienen la razón, de vez en cuando surgían *impasses* entre las distintas autoridades, como los mencionados choques del cura con Tejada y sus sucesores. Ahora el motivo fue un grupo de «emigrantes». En la crónica pastoral leemos que siete miembros de la familia Pakarati,

todos descendientes del catequista Nicolás Pakarati y por lo tanto regalones del padre, le pidieron que bendijera el bote en que pensaban huir. ¿Qué hacer? Si Englert hubiese correspondido al deseo de los «emigrantes», habría entrado en conflicto con la Gobernación Marítima. Por eso, el padre negó la bendición, granjeándose, según se cuenta, el enojo de los constructores de la embarcación. Pero eso no los frenó en su decisión. Sonia Hey relata lo que sucedió:

«Salieron como a las nueve de la mañana a pescar. Todo el pueblo rapa nui pensó que se habían arrancado a Tahiti; la verdad era otra. Y es por eso que no llevaban nada para comer. Lo único que había era un pedazo de zapallo y nada más. Ellos estaban pescando en Anakena cuando de repente empezó a soplar un viento fuerte que los empujó mar adentro hasta que perdieron de vista la Isla... Salieron a buscarlos... y no los encontraron... Llevaban 30 días sin comer y 20 sin tomar agua cuando lograron llegar a una isla llamada Reao;... Los nativos de la isla... los acogieron y los cuidaron... Después de estar dos meses en Reao, ya recuperados, se fueron en barco a Tahiti... Fue Leonardo quien escribió al padre Sebastián, que se encontraba en Chile, que sus parientes vivían. El padre fue quien avisó en la isla. Al saber la noticia todos se alegraron en Rapa Nui».

¿Por qué Leonardo Pakarati le escribió de su feliz llegada justo a la persona que le había negado a la empresa su bendición?

En su crónica parroquial, el único comentario del padre Sebastián acerca de los «emigrantes» es que éstos «estuvieron impulsados por el deseo muy humano de conocer tierras lejanas». ¿Fue esa una expresión de ambigüedad porque el padre se encontraba entre dos aguas, o era incapaz de entender los verdaderos motivos de sus feligreses? Lo más probable es que haya sido esto último, porque en su crónica agrega: Fueron «víctimas de su imprudencia y de su desobediencia contra los organismos estatales».

Pero queda pendiente una pregunta muy distinta: ¿Qué actitud tuvo la Gobernación Marítima frente a los intentos de fuga? ¿Tomó medidas para impedirlos? ¿Fue tomada por sorpresa por cada intento? Lo primero no fue así, y lo segundo no resulta lógico. En el reducido espacio donde entre 1944 y 1958 vivían no más de 400 a 900 rapa nui, los preparativos para una fuga, que podían tomar semanas, no pueden haber pasado desapercibidos para la autoridad. Los gobernadores ¿no interrogaban a su alcalde Pedro Atan sobre actividades sospechosas? O el alcalde, que tiene que haber estado perfectamente al tanto, ¿cubrió a su gente diciendo que sólo estaban construyendo botes de pesca? ¿O había otras ocupaciones que impedían a los señores uniformados ejercer el control sobre Rapa Nui? Si bien hubo algunos negocios por atender

después del finiquito del contrato de la CEDIP en 1953, eso no puede haberles impedido totalmente cumplir con sus demás obligaciones. Viajeros casi no llegaban en esos años, salvo turistas exclusivos en su propio yate que pasaban algunos días como huéspedes del gobernador. Thor Heyerdahl estuvo investigando, durante muchos meses, en 1955, pero tenía los ojos puestos exclusivamente en la cultura megalítica, y no en la situación actual de los rapa nui. Su expedición puede haber desviado por un tiempo la atención de las autoridades. Pero los intentos de fuga se sucedieron durante catorce años. Si el oficial responsable hubiese ordenado a sus carabineros observar a qué se dedicaban los isleños, le habría sido fácil frustrar sus proyectos. No lo hizo. ¿Por qué?

¿Acaso en Mataverí rondaba el espíritu malévolos de Enrique Merlet que observaba con íntima satisfacción un nuevo método de deshacerse de gente molesta?

La escuela

Enseñar es muchas veces lo contrario de emancipar

«No teníamos permiso para hacer preguntas. Teníamos que estar sentados escuchando lo que el gobierno quería que supiéramos».

RECUERDOS DEL AUTOR IRLANDÉS
FRANK MCCOURT DE SU ÉPOCA ESCOLAR.

La sociedad se refleja en sus escuelas. Ellas reflejan su concepto del hombre, sus jerarquías, la relación que existe entre los de arriba y los de abajo, entre los que mandan y los que acatan. En el aula se nota también si la sociedad realmente quiere formar ciudadanos libres y responsables, que puedan orientar sus vidas responsablemente y aportar activamente al desarrollo de su país. O si prefiere educar para que los niños se conviertan en dóciles ejecutores de la voluntad del Estado. Veamos cómo era la escuela de Isla de Pascua:

«Entre los recién llegados había un profesor de Chile. Había sido enviado por el gobierno y en el mismo barco trajo una escuela nueva y cara. Nos invitó a todos para el 18 de septiembre a celebrar el Día de la Independencia. Los isleños presentaron algunos bailes de máscaras, una moda traída de Tahiti.

Las clases comenzaron como estaba previsto. Pero después de algunos días empezaron a llegar cada vez menos niños a la escuela, y el profesor declaró que no formaba parte de sus obligaciones preocuparse de la asistencia de sus alumnos. Desde ese momento hasta que nos fuimos de la isla —casi un año después— no hubo más clases. La última vez que vimos la pizarra y la máquina calculadora, se estaban pudriendo en un campo a unas dos millas de la escuela, donde las habían llevado marinos franceses para usarlas en una especie de carrera de ponys».

Esta observación fue anotada por Katherine Routledge que entre los años 1914 y 1915 estuvo investigando en la isla. El profesor era Ignacio Vives Solar, nombrado al mismo tiempo gobernador.

Uno se pregunta si este primer intento de educación formal después de un cuarto de siglo de soberanía chilena tenía una base seria. Quizás el gobierno de mala gana había aceptado hacer algo para dejar tranquilos a los

ciudadanos que protestaban; total, se trataba de una minoría «en vías de extinción». Vives, por su parte, lo pasó regio, representó al país, quién sabe cómo, y regresó al Continente en 1917. En ese período pasó una serie de cosas: el levantamiento liderado por Angata, la dura crítica al sistema de la Compañía y la intercesión del obispo Edwards por los rapa nui. Enviados por él llegaron, en abril de 1918, los padres Bienvenido de Estella y Domingo Beire. Junto con los isleños, los sacerdotes plantaron, sembraron e hicieron caminos, cumplieron sus deberes religiosos en la capilla y enseñaron a los niños, aunque no se recuerda qué.

Posiblemente después de la partida de los padres fue que al ex jefe de policía y ahora subdelegado marítimo Exequiel Acuña se le encomendó la misión de hacer las veces de profesor, como ya relatamos en un capítulo anterior. Encontró una escuela, probablemente la construcción traída por Vives, cuya única pared daba hacia el este, por lo que se inundaba cada vez que el viento norte u oeste traía la lluvia. Por lo tanto, y tal como lo estipulaba la ley del 29 de enero de 1917, se construyó una escuela nueva. Dónde se ubicó, cómo era y cómo estaba equipada, Jorge Edmunds ya no lo recuerda. Pero...



VIVES SOLAR, EL MAESTRO DE ESCUELA, CON GRACIELA.

«...era chica y demasiado estrecha para veinte o treinta niños. Creo que algunos incluso tenían que sentarse en el piso. Yo como hijo del administrador, con los dos hijos de Acuña, teníamos un lugar aparte de los niños rapa nui. A nosotros no nos hacía nada; pero a los otros sí. Antes de empezar la clase, todos tenían que mostrar sus manos. Si alguien las tenía sucias, le pegaban un varillazo».

«¿Tenían que ir todos los días a la escuela?».

«A veces había clases, otras no, dependía de si Acuña tenía tiempo y ganas». Jorge me guiña un ojo, como queriendo decir: «A nosotros los niños no nos importaba».

Mayor precisión no es posible encontrar, tampoco en el trabajo de Ana María Arredondo, publicado en 1988 en la *Revista de Educación* bajo el título

«Educación en Isla de Pascua». Probablemente estaba pensado como aporte para la conmemoración del centenario de la anexión. Lamentablemente, esta crónica no cumple lo que el título promete, porque se limita a referir una serie de fechas, nombres, etc. También falta la información acerca de cuándo Acuña dejó la isla. Probablemente fue en la misma época que Percy Edmunds hizo sus maletas. Hasta 1934 no hubo más clases oficiales. En el contexto de la inscripción de Isla de Pascua en el Conservador de Bienes Raíces de Valparaíso, la escuela recibió el número 72, y se levantaron unas salas de madera. Lo que la señora Arredondo no menciona, es que no fue enviado ningún profesor. Por lo visto, el interés del Ministerio se agotó con la construcción. En Chile, el dictador Ibáñez había sido derrocado por Arturo Alessandri, el que se vio enfrentado a una grave crisis: el salitre sintético había liquidado al producto de exportación N° 1 de Chile, el salitre natural, y el país estaba al borde de la ruina. Todo lo que el Presidente podía hacer por Isla de Pascua, era, como recordamos, deportar allí a sus oponentes políticos, lo que no dejaba de tener cierta gracia. Mario Tuki, profesor en Rapa Nui, me contó que algunos de los deportados del círculo de Jorge Alessandri habrían realizado —sin autorización, se entiende— actividades docentes antes de 1934. Es una pena que no sepamos qué ideas sembraron estos «maestros», de los que se decía que eran comunistas, en las mentes de los niños rapa nui.

Cuando Alfred Métraux hizo su visita protocolar a la oficina del gobernador, se encontró allí con un personaje algo desastrado. Métraux anota levemente extrañado:

«Se nos presentó un hombre hinchado, mal afeitado, de pijama y pantuflas. Esta figura poco atractiva era un comerciante chileno que había quebrado y se había refugiado en la isla. Aquí cumplía la doble función de maestro de escuela y escribano público. Durante el tiempo que duró nuestra estadía no lo vimos de otro modo que con el mismo pijama y la misma cara mal afeitada».

Cuando Graciela Menghaca visitó Isla de Pascua en 1938, había un profesor que tenía a su cargo a cien estudiantes. Pero ya estaba haciendo sus maletas para regresar a Chile.

Este es el magro balance de las informaciones que hemos reunido sobre el trabajo pedagógico durante los primeros cincuenta años de dominio colonial. No es posible detectar un esfuerzo sistemático de transmitir conocimientos o incluso educar, ni siquiera de domesticar a los nativos mediante el idioma de los ocupantes. Pero sería absurdo pensar que era por respeto al derecho de los isleños a vivir de acuerdo con sus propias

raíces y tradiciones culturales. Lo que menos se pensaba era una escuela de rapa nui para los rapa nui.

Surge la pregunta: ¿Para qué una escuela al estilo europeo para los niños de un pueblo aborígen? ¿Acaso por mera costumbre se creía que esta institución era lo máximo en cuanto a educación para todos los habitantes de la tierra? ¿Qué era lo que se quería? Viéndolo de una manera general, había dos enfoques: el pragmático y el misionero. Los pragmáticos veían en la escuela un instrumento de domesticación para reforzar las estructuras de dominación. Los otros veían en ella un elemento básico de la civilización cristiano-occidental, una bendición de la que no se podía privar a los hijos de la naturaleza. Sin embargo, los representantes de ambas corrientes no estaban tan distantes entre sí. Tanto la Iglesia como el Estado querían eliminar la mentalidad antigua e implantar algo nuevo. Para lograrlo había que disciplinar a los alumnos. Una educación emancipadora no habría servido a este propósito, aparte de que no figuraba en la pedagogía de la época, no sólo en Isla de Pascua.

Los problemas eran inevitables, porque nadie tomó en consideración que nuestro sistema escolar es parte y resultado de un largo desarrollo en Europa, y totalmente inadecuado para personas que tienen un trasfondo cultural tan distinto. Ellos, los rapa nui, por siglos habían aprendido de sus mayores los conocimientos necesarios para asegurar su vida y existencia en el Ombligo del Mundo. Pero esto no es aprender, encontraron los extraños, e inculcaron sus conceptos culturales a personas que no tenían nada que hacer con ellos.



EXEQUIEL ACUÑA (CON ROPA CLARA).

Imaginémonos por un momento que uno de estos maestros de escuela, imbuido de su verdad, junto con un misionero igualmente convencido, llegan a una lejana galaxia para enseñar a los *aliens* sobre Schiller y Shakespeare, Bach y Beethoven, Newton y Einstein, el Antiguo y Nuevo Testamento y todo el bagaje cultural de occidente y la religión cristiana. Y cuando estos señores sean mandados a la punta del cerro por los de la otra cultura, igualmente centenaria, con la indicación de que no se metan donde no les corresponde, nosotros lo encontraríamos de lo más

acertado. Pero si los honorables señores hacen lo mismo con los pobres niñitos morenos, encontramos que es un acto humanitario.

Esta actitud se mantiene hasta nuestros días. Dos ejemplos:

El profesor Dr. Jürgen Dieckert de la Universidad de Oldenburg estudió la vida de la tribu de los indios Canela en la selva sudamericana y filmó varios documentales sobre ellos. En uno muestra a un pastor norteamericano que se dio el trabajo de traducir la Sagrada Escritura al idioma de los Canela, para salvar sus almas. Los indígenas aceptaron el regalo, lo agradecieron, y ocuparon el papel biblia para fabricarse cigarrillos.

Otro ejemplo, incluso mejor, salió en 1995 en la televisión alemana. Un grupo de monjas presentó la *Bella Durmiente* con un grupo de niñitos de la estepa africana. Una cantidad de turistas aplaudió emocionada. Yo me asusté. ¿Acaso en la historia de los negros no había leyendas o fábulas que los niños hubiesen podido representar? Lo grave eran la falta de sensibilidad y la ignorancia que impedían darse cuenta del mundo distinto de otro grupo humano. Y lo peor era que las hermanas no lo hicieron a propósito, para exterminar supersticiones paganas, sino que con alegre falta de reflexión creían haber hecho una buena obra. En Rapa Nui funcionaba el mismo principio.

Después de cincuenta años de dominación colonial, por fin se percibieron los primeros esfuerzos por mejorar la situación en Rapa Nui. No sabemos si se debió a las críticas de Alfred Métraux o a la energía del doctor Tejada, quizás también a la influencia de Sebastián Englert o simplemente al jubileo. Ahora, la escuela empezó en serio. En una visita pastoral, monseñor Guido Beck, vicario apostolar de la Araucanía, trajo a Isla de Pascua a dos monjas, la chilena Margarita María Lespay y la alemana Gertrud Koetter, dejándolas a cargo del padre Sebastián. Desde entonces hasta 1971, salvo una breve interrupción, la dirección de la escuelita y la enseñanza, estuvieron casi exclusivamente en manos de monjas. Esto es notable, porque significa que una escuela fiscal funcionaba solamente con personal religioso. Según Ana María Arredondo, Fresia Contreras de Kompatzki—esposa del jefe naval de la época—cooperó haciendo clases en los años 1944 y 1945, y los señores Lorenzo Baeza y Adriano Martínez lo hicieron de 1953 a 1955. Recién después de que las monjas se retiraron en 1971, la estructura del personal cambió, fundamentalmente y Jacobo Hey fue nombrado director. A la fecha de este estudio era gobernador.

Lamentablemente, el informe de Arredondo sobre la educación en Isla de Pascua es un esqueleto sin carne. A pesar de que fue profesora de historia y ciencias sociales en la escuela insular, no menciona absolutamente nada de lo que sucedió concretamente en las aulas: las materias, la vida escolar, los objetivos pedagógicos o métodos didácticos. Nada nos cuenta sobre la atmósfera que

reinaba en las clases, la relación profesor-alumno, los problemas pedagógicos y otras alegrías y penas inherentes a la vida de un colegio. ¿Ana María Arredondo tuvo que autocensurarse?

El padre Melchior, que tuvo que reemplazar a Sebastián Englert por un tiempo en 1940, anota en la crónica parroquial:

«Las clases en la escuela son un verdadero sacrificio. Las cuatro horas semanales (de religión) no me entusiasman para nada. Compadezco a las pobres hermanas que tienen que gastar sus nervios todos los días en esto».

Sobre los contenidos, Mario Tuki me dijo:

«La educación tenía que hacerse como el Estado ordenaba. Los planes de estudio eran los mismos para todas las escuelas de Chile, incluyendo Isla de Pascua. Nadie podía salirse de ahí. La historia de Rapa Nui era tabú. Querían que aprendiésemos castellano para que pudiesen saber más de lo que pasaba en el pueblo y controlarnos mejor. Todos los niños —de los rapa nui, de los estancieros británicos y del personal de la Armada— estudiaban juntos. Sin embargo, eso muchas veces causaba problemas, especialmente racistas. Nuestros niños tenían que estar quietos. No podían hablar en clases. Eran los “negros”, y los otros eran los “blancos” que podían hacer todo y no los castigaban».

No nos sorprende, entonces, que las monjas se las vieron verdes con los niños nativos. Estaban convencidas de que sólo mediante santa paciencia, total entrega y rigurosa disciplina sería posible uniformar la conducta de sus pupilos, los que una y otra vez pecaban contra la decencia y las buenas costumbres y no eran excesivamente aplicados. No se daban cuenta, como tampoco las hermanas de la selva africana del ejemplo anterior, que en el Ombligo del Mundo chocaban dos culturas incompatibles. Ellos, los rapa nui, se habían formado durante cientos de años en la actividad común con sus mayores, pero nunca habían tenido que estar sentados inmóviles en una sala estrecha, memorizando palabras. Eso era algo desconocido para los niños pascuenses. Sus padres no habían ido a la escuela, o sólo esporádicamente. Esto nos recuerda el chiste del misionero que quiso convertir a un tigre en vegetariano.

Al margen de lo anterior, queremos mencionar que un año después del jubileo estalló la Segunda Guerra Mundial. Posiblemente haya frenado un poco el desarrollo en Rapa Nui, pero no se hizo sentir mayormente. El 20 de enero de 1943, Chile rompió relaciones diplomáticas con Alemania. Esto queda sin mencionarse en la crónica parroquial, lo mismo que en la historia de la misión

del padre Sebastián, que ya hemos citado varias veces. La única referencia a la guerra se encuentra en una carta de Englert a su hermana, fechada el 5 de octubre de 1947: «En 1943, llegó dos veces un barco de guerra norteamericano. Los norteamericanos sabían que era alemán, pero también que estaba contra los nazis, y fueron muy amables conmigo».

Sin embargo, las consecuencias de la guerra deben haber repercutido en la isla. La noticia del genocidio de los judíos por los alemanes llegó hasta Chile, y se replanteó la cuestión de los derechos humanos y de la dignidad de las personas. Pero políticamente lo más explosivo fue que empezó a vislumbrarse el fin de la era colonial en el Tercer Mundo. Ambos temas pusieron algunas cosas en movimiento en Chile.

Por iniciativa privada se fundó en Valparaíso, en 1947, la «Sociedad de Amigos de Isla de Pascua» con Humberto Molina como Presidente. Tres años más tarde, se fundó una organización homónima en Santiago. «Pero ambas trabajaban en forma independiente», me explicó Benito Rapahango. Enfatiza que la iniciativa no había nacido de chilenos: «La mayoría de los miembros eran extranjeros residentes en Chile: austríacos, norteamericanos, alemanes y otros. Llevaban a jóvenes al Continente, se preocupaban de darles alojamiento y de mandarlos al colegio. Una razón era que entonces se creía que los rapa nui no podían adaptarse a la cultura chilena». Esto era, como vimos más arriba, una observación acertada, quizás debida al conocimiento de los métodos pedagógicos empleados en la isla. Gracias a la ayuda de las dos Sociedades de Amigos, muchos pascuenses pudieron incluso seguir estudios superiores, para luego volver y trabajar con ideas continentales en su isla. Esto, por un lado, ayudó al proceso de adaptación, pero al mismo tiempo contribuyó a desplazar las tradiciones y costumbres locales. Aunque la iniciativa no había partido del gobierno, las autoridades celebraron este desarrollo. Entre los miembros fundadores se encontraba el futuro Presidente González Videla.

El desarrollo del sistema escolar en la isla fue notoriamente influenciado por las Sociedades de Amigos, las que también se preocuparon de que la escuela fuese ampliada de acuerdo con el número creciente de habitantes.

Pero echemos un vistazo a la vida escolar. Las monjas estaban a cargo, y su régimen era estricto. Los mayores de cincuenta años tienen más de un recuerdo desagradable: «Cuando veo a una monja», me dice una señora de edad y se estremece, «inmediatamente me acuerdo de los castigos. Es como un trauma». Otra se queja: «Muchas veces nos daban varillazos y nos tiraban de las orejas. Me acuerdo que una vez le pregunté a la monja si podía ir al baño. Me dijo que no. Entonces me hice en los calzones. Por eso me pegó. Tuve que pasar el resto de la hora arrodillada, con las manos en alto sujetando piedras».

Otros recordaban experiencias similares. Una madre me contó que un profesor especialmente severo le pegó a su hijo con un zapato, y ella tuvo que llevar al niño al hospital, sangrando de la cabeza. El doctor le dio un certificado que ella mostró al gobernador, y éste ordenó examinar a todos los niños por huellas de maltratos. A raíz de eso, el profesor fue despedido. O sea, por lo menos las protestas no fueron totalmente en vano. María Rosario, hija de Pedro Atan, defendió a los escolares: «Como presidenta del centro de padres exigí que las monjas ya no le pegaran a los niños, y exigí que yo tenía que estar informada de todo lo que pasaba en la escuela. Además, siempre estuve buscando soluciones para que nuestros hijos pudieran salir a estudiar a Chile. Con algunos dio resultado. Junté plata, también en la estancia chilena, para comprarles sus útiles a los niños. Y los padres se organizaron y cocinaban para los niños antes de las clases. Porque de Chile no nos llegaba ninguna ayuda, por lo menos no del gobierno».

Uno de los ancianos me contó riendo: «El padre Sebastián exigía que fuésemos con zapatos a la escuela dominical. Pero no los teníamos, ni teníamos plata para comprar. Entonces nuestra madre nos pintó los pies con betún negro y nos dijo: "Pónganse en la última fila, para que el padre no se dé cuenta que andan sin zapatos". Con eso nos reímos mucho».

Por supuesto que unos pocos relatos sobre castigos no dicen si éstos eran pan de cada día, y menos si contribuyeron a corregir a los infractores. Pero no tenemos ningún derecho de burlarnos, porque —como yo mismo recuerdo penosamente— el castigo físico era una medida legal, que fue prohibido en las escuelas alemanas recién a comienzos de los años setenta. «La letra con sangre entra» fue la regla en esa época, también en nuestra civilizada Europa. El maestro comprensivo se exponía a la crítica de no estar formando el carácter de sus pupilos. Así de simple y así de doloroso.



BENEDICTO TUKI, NACIDO EN 1936.

Por suerte, estos métodos pertenecen al pasado en Rapa Nui. Sin embargo, hay otra cosa que me preocupa: la irregularidad de la asistencia a clases. El tallador Benedicto Tuki me contó que recién en 1945, cuando tenía nueve años, fue enviado a la escuela. Claramente satisfecho agrega: «Fui tres años y no tuve más ganas. Total, en la casa necesitaban mi ayuda». De dos hermanas, ambas sobre los cincuenta, una me

contó que había ido al colegio siete años, la menor sólo uno. Conversé con muchos, también con personas que estudiaron después de 1966, cuya escolaridad no es superior a uno, dos o tres años. Cada vez de nuevo me sorprende cómo personas de todas las edades hablan castellano, pero apenas lo escriben. Hay una serie de mentes brillantes entre los rapa nui, pero también muchos con escasa educación formal. Surge la pregunta por qué no se hacía cumplir la enseñanza obligatoria. ¿Se prefería trabajar con un puñado de niños dotados y capaces de adaptarse, con el alivio que los otros, que tercamente rechazaban lo extraño y hacían toda clase de travesuras, terminaban por ausentarse? Total, si alguien no quería, era su problema. El futuro sería de los estudiosos, de los que sabían acatar. De aquí se reclutaban a los que recibirían una educación superior en el Continente, financiada por la «Sociedad de Amigos de Rapa Nui», para luego volver y representar los intereses chilenos en Isla de Pascua. Pero en el Continente, los jóvenes se enteraban que también existía un mundo sin alambradas, por el que valía la pena luchar, como habían hecho los pueblos africanos para liberarse del colonialismo. Así, la mayoría de estos rapa nui son personas conscientes de sí mismos y de su origen, que hasta hoy exigen al gobierno central la completa devolución de su isla.

Pero no basta con eso. Los rapa nui mismos tendrían que publicar la amarga historia de su pueblo para lograr que la opinión pública comprenda sus reivindicaciones. Pero ¿cómo? Por un lado, hasta hace pocas décadas, a falta de escritura no pudieron documentar nada. Además, en la escuela no aprenden cómo desarrollar un proyecto de investigación. Y por último, la administración no está interesada en que este tema sea estudiado en profundidad.

Durante mi visita al alcalde Pedro Edmunds en 1966, llevé la conversación a las clases de historia en la escuela. El alcalde, que antes había trabajado como profesor, me señaló en primer lugar que hasta el año anterior había existido un plan de estudios común para todos los establecimientos educacionales de Chile, y que en éste no figuraba la historia de Isla de Pascua. No sin orgullo agrega:

«Hace un año pudimos empezar a tratar la historia de Rapa Nui».

«¿También la historia posterior a la anexión?».

«¡No!» Y continúa algo enigmático: «En Chile hay demasiadas leyes. Uno casi no tiene libertad para hacer algo nuevo».

Las informaciones de «afuera» llegan básicamente vía radio y televisión, lo que no contribuye precisamente a ampliar la visión. Hay una biblioteca que es utilizada por los estudiantes, pero casi nunca por los adultos. La palabra escrita, especialmente para obtener información, no es su mundo, por lo menos no hasta ahora.

Hoy, la escuela ofrece mucho más que antes. Si ésto incluye la enseñanza de cómo reflexionar, está por verse.

Si en 1938 cien niños recibían sólo educación básica, ahora los jóvenes rapa nui pueden terminar la enseñanza media en Hanga Roa. Si la escuela abre la posibilidad para que futuras generaciones de Rapa Nui puedan dedicarse a estudiar su propia historia, dependerá de si y cuándo el ministerio correspondiente autorice el tema.

Pregunté al gobernador Jacobo Hey si podía darme una lista de todos los gobernadores en la isla desde la anexión. Su respuesta fue breve y diplomática: «A partir de 1966 puede tenerlos todos».

Yo entendí eso como: la historia del ghetto es tabú.

Lepra El trauma de los rapa nui

«Donde faltan noticias, cunden los rumores».

ALBERTO MORAVIA

«A tientas, entre una nube de mosquitos, turbado por el mareo que me producían los miasmas pútridos que envenenaban la atmósfera y por la oscuridad, entré al rancho miserable de los leprosos para visitar a uno de ellos que estaba, desde hacía siete meses, convertido en una llaga que lo abrazaba de la cabeza a los pies, inmóvil, tendido sobre las pajas y las inmundicias».

Aterrado, el obispo Rafael Edwards, al cual ya citamos en un capítulo anterior, describe la escena con que se encontró en 1917. Vio al anciano Uentoru que tenía la cabeza cubierta de llagas y las piernas paralizadas. Ya había perdido un ojo y el otro también estaba amenazado por la enfermedad. Teletin, una joven de dieciocho años, tenía la cara carcomida y había perdido la voz. Un hombre joven estaba mutilado desde los pies hasta las ingles y le faltaban los dedos de ambas manos.

«En un momento el vértigo anubló mi vista y hubo que salir para respirar el aire y volver en seguida a continuar en el cumplimiento de mi obligación... Nunca había experimentado, sin embargo, una impresión como la que me causó la lepra, y, más que ella, el hambre y el abandono de los leprosos».

Las notas del obispo sobre la situación de los leprosos en Rapa Nui son las primeras noticias escritas, aunque hacía décadas se sabía de la epidemia. La opinión coincidente es que llegó desde Polinesia en la época de los primeros misioneros y del déspota Dutrou-Bornier. Cuándo y quién aisló a los enfermos en las cuevas se pierde en las tinieblas del pasado. Uno de los primeros indicios lo da Sánchez Manterola (1896-1901), que segregó a los cinco o seis leprosos en una cueva, alejados de los demás rapa nui, donde «los vio morir en la condición más repugnante». Recuerda que diariamente

sus víveres eran llevados hasta cierto lugar, desde donde los enfermos transportaban las cosas a la cueva.

El obispo Edwards informa además de algo muy sorprendente:

«En la misma época (1917), el doctor Jerónimo Longa examinó detenidamente a los enfermos. Cuatro de ellos con toda seguridad eran leprosos, tres o cuatro no tenían un diagnóstico claro, y algunos sin duda no presentaban ningún síntoma de este mal».

Aquí están las raíces del trauma que hasta hoy día domina a muchos de los ancianos de la isla. ¿Quiénes diagnosticaban la enfermedad? ¿Eran los médicos de la armada durante sus cortas visitas? Pero en ese caso deberían haber revisado a toda la población, y no haberse limitado a echarle un vistazo a los ya enfermos. ¿No lo hicieron por falta de tiempo? ¿O se dejaba el diagnóstico en manos de los administradores —los Subdelegados Marítimos—, y más tarde de los jefes militares, que decidían sin ningún conocimiento especializado, guiados por el propio miedo al contagio, y según el principio: más vale uno de más que de menos?

También el periodista norteamericano Robert J. Casey, a quien ya conocemos, dedicó un capítulo a la lepra. Cuenta la historia de dos hombres desdichados:

«Esteban era un auxiliar de policía al servicio de la Compañía, provisto de un uniforme azul y un fusil con cinco balas. Montado en un veloz corcel, Esteban controlaba los cercos... Esteban tenía licencia para matar a quienes sorprendía hurtando ovejas. Y aunque nunca sucedió, el pueblo estaba consciente de su autoridad».

Totaro amaba a su hijo Esteban con orgullo paternal y se jactaba de él en el pueblo. Un día, Esteban fue llamado donde el jefe militar. Un guardia se había quejado. Casey no dice si fue un guardia de la estancia. Tampoco nos informa acerca del motivo de la queja. Pero sigamos con la historia:

«A Esteban, esto no le sorprendió. En su función como auxiliar de policía había tenido que ir muchas veces donde aquel hombre viejo y cansado... Sin embargo, le sorprendió la rudeza de la orden: el prefecto de policía llegó personalmente a su cabaña y le ordenó salir. El prefecto no dejó que fuera por su caballo y su fusil, y así Esteban llegó caminando, en un silencio hostil, junto al prefecto, hasta la casa del gobernador.»



ENFERMOS DE LEPROSA EN UNA CUEVA.

Allí, Esteban, presa de súbito pánico, exclamó: "¿Por qué me llamaron? ¡No cometí ningún crimen! Puedo demostrar que estuve toda la noche en mi casa. Totaro es mi testigo".

"Cállate", le dijo el gobernador con voz cansada, "nadie te está acusando de un crimen. Sácate la chaqueta y déjame ver tus manos y brazos". Aturdido, Esteban extendió los brazos con la vista clavada en las manchas blancas.

"Un claro caso de lepra", diagnosticó el gobernador. "Tendrás que ir al leproso y quedarte allí".

Desesperado, Totaro se echó de rodillas y exclamó: "No tiene lepra. Yo soy el único leproso en la familia... Lévenme al leproso, y dejen a Esteban. Es sano y fuerte. El prefecto lo necesita".

El gobernador ordenó al anciano desvestirse. Pero no mostraba ninguna mancha blanca. Por un instante, reinó silencio. Después, el gobernador dijo:

"Lleven a Esteban al leproso y hagan lo que puedan por su padre. Hay

momentos en que preferiría estar muerto a ser gobernador de esta isla". De modo que otro auxiliar de policía con un fusil escoltó a Esteban a la colina, a la primitiva construcción donde los leprosos de Isla de Pascua son sepultados vivos. "Es mi hijo", gritaba Totaro, "¡no me lo pueden quitar!". Lo siguió por todo el camino, y cuando Estéban cruzó el umbral, Totaro, todavía desnudo y sin una mancha blanca, se lanzó detrás de él. El nuevo auxiliar de policía cerró la puerta tras ellos».

Casey cierra el episodio con un amargo epílogo:

«Cuando algún día los científicos hayan terminado con sus discusiones sobre Isla de Pascua, en los archivos no se encontrará nada sobre Esteban y su padre Totaro. Estos dramas cotidianos son demasiado insignificantes».

Para los rapa nui, no lo son hasta el día de hoy.

El abandono de Isla de Pascua durante los primeros cincuenta años después de la anexión se manifestó también en el sector salud. Los médicos de la Armada estaban sobreexigidos, quizás también desinteresados. Además, todavía se esperaba la extinción de los rapa nui. A pesar de las graves denuncias formuladas por el obispo Edwards, lo único que se hizo por los enfermos de lepra fue una construcción, el así llamado «leprosario». Más no sucedió durante los próximos veinte años, hasta la llegada del doctor Tejada en 1937. Según R. Haoa, Tejada se presentó como voluntario para el cargo en Isla de Pascua. Este enérgico oficial de marina y médico amplió el sanatorio, investigó y realizó amputaciones a los leprosos. También hacía operaciones a la vejiga y de tumores cancerosos, que en Chile todavía no se realizaban. ¿Actuaba por encargo del gobierno, del alto mando de la Armada o por su propio interés científico? Tejada no disponía de personal calificado. El equipamiento del laboratorio era primitivo, y semejava más al instrumental de una expedición, no preparada para realizar cirugía mayor, que de un hospital. ¿Experimentaba el Dr. Tejada con sujetos vivos? ¿Les preguntaba a los pacientes si estaban de acuerdo con la intervención? ¿Les informaba sobre los riesgos? Privados de derechos como estaban, es difícil imaginar que hubieran podido rechazar una orden médica.

Casi tres décadas después, en 1965, la atención médica se encontraba en un estado deplorable. Helen Reid, miembro de la comisión médica de Canadá METEI describe la situación en su libro *A World Away* (Un mundo aparte):

«No había una atención de los enfermos en el sentido europeo. Los pacientes recibían tratamiento médico, pero no eran desvestidos ni lavados... El doctor

había realizado 190 operaciones, 76 de éstas a la vesícula. Hizo estas intervenciones sin la ayuda de un anestésico o de un cirujano asistente, en una sala de operaciones espartanamente equipada. Por ejemplo, apenas contaba con instrumentos, de modo que el cirujano de nuestra expedición le prestó algunos... En el hospital no había comida o agua para los enfermos. Se lo tenían que llevar los familiares».

Helen Reid también apunta que el barco anual no había llegado y la isla pasó seis meses sin antibióticos. Pensativa, cierra:

«Fue extraño estar en una isla que carecía de todos los pilares de la atención de salud: no había vacunas contra viruela, tifus, polio, tétano o contra enfermedades infantiles como la tos convulsiva».

Eso fue en 1965. Cuánto más precarias deben haber sido las condiciones en 1937 para el Dr. Tejada. Después de la guerra, la «Sociedad de Amigos de Isla de Pascua» se encargó de la atención médica. Pero ahí renació un



EL CAMPOSANTO DE LAS VÍCTIMAS ANÓNIMAS DE LA LEPROSA.

antiguo conflicto entre el padre y el gobernador. De Tejada se decía que había ampliado el leproulario. Sebastián Englert, en cambio, afirmaba que la casa donde vivían los enfermos no había sido saneada hacía veinte años y ofrecía un aspecto lamentable. Sea como sea: en diciembre de 1946, dos miembros de la agrupación, Humberto Molina y Federico Felbermayer, tuvieron la ocasión de ver este «aspecto lamentable», después de lo que organizaron una colecta que permitió la construcción de un sanatorio de lepra completamente nuevo a fines de 1947. Además, monseñor Guido Beck envió a dos hermanas catequistas para que asistieran a los enfermos. Pero seguían faltando médicos. Durante años, el servicio de salud estuvo compuesto sólo por practicantes y auxiliares de enfermería que iban con contratos temporales a Rapa Nui. El padre también ponía de su parte para contener la epidemia, advirtiendo a sus feligreses que para evitar el contagio había que mantenerse libre de pecados.

Hay ancianos rapa nui que recuerdan con horror esta época y ven en el leproulario un instrumento de dominio, una especie de cárcel donde se llevaba a quienes habían caído en desgracia. Bastaba un hematoma o un lunar para ser diagnosticado como leproso. Habrían sido internadas mujeres jóvenes que se resistían a los acosos sexuales por el personal de salud, y una familia completa se habría infectado allí. «Por un tratamiento equivocado, criminal, muchos de nosotros se convirtieron en inválidos. Eso se ve hasta hoy», y con lágrimas en los ojos la anciana me muestra los muñones de sus brazos. Muchas cosas más me han contado. ¿Todas mentiras? Donde faltan las explicaciones, cunden los rumores.

Quien alguna vez haya vivido en un campo, ya sea como refugiado o como prisionero de guerra, privado de información externa, con un destino incierto, recibiendo de la dirección órdenes sin explicación, sabe que en esa situación nacen los rumores más absurdos. Ya que los subdelegados y gobernadores de Isla de Pascua no estimaron necesario fundamentar sus decisiones frente a sus súbditos incivilizados, incultos y carentes de derechos, no se puede hablar de mentiras. Cuando ciertos historiadores asumen que la verdad es exclusiva de los documentos escritos, quedan en el olvido, o son tildados de mentirosos, todos aquellos que no supieron o pudieron producir textos sobre papel. Si los rapa nui representaran la historia de su suplicio a través de bailes o pinturas, más de uno de los que normalmente exigen que todo sea científicamente comprobable, reaccionaría conmovido o incluso choqueado. En la memoria del terror, lo realmente vivido y la elaboración traumática se confunden.

Lo más cuestionable es que la cantidad de leprosos que se indicaba, puede haber sido utilizada por algunas personas para perfilarse. En 1938, Graciela

Menghaca habla de diecisiete enfermos que estaban siendo tratados por el Dr. Tejada. Un año después, el capitán Streeter no encontró más que catorce y pronosticó que, gracias al Dr. Tejada, en cinco años ya no habría más leprosos en la isla; no dice si por muerte o por sanación. No debemos olvidar que la terapia, hasta los años sesenta, se limitaba a la administración de medicamentos por personal de salud poco calificado. ¿Podrá ser que Streeter haya mejorado un poco las cifras para destacar los logros del Dr. Tejada?

Diez años más tarde, Sebastián Englert registra un aumento inesperado de los contagios: «En 1951, el número de los aislados subió a 33, en 1952 a 40». ¿Qué significa «aislados»? ¿Eran pacientes con un diagnóstico seguro de lepra? ¿Hecho por quién? ¿O había entre los internos personas que habían sido aisladas «preventivamente»? Seguro que las cifras impresionaron a los benefactores del sanatorio. El capitán de corbeta Salazar, Gobernador Marítimo de Isla de Pascua en 1953-1954, relató después de su regreso, en el diario *El Sur* del 19 de diciembre de 1954, que a su llegada encontró a veinticuatro leprosos, cifra que bajó a dieciocho en los dos años de su mandato. El Dr. Dougnac, abogado de los rapa nui, respondió así a mis consultas por las extrañas variaciones:



EL SANATORIO DE LEPROSIA EN 1994.

«Siempre hubo pocos enfermos de lepra. Yo creo que se exageró la historia de la lepra para evitar que llegaran influencias desde afuera. Esto se complementaba con el deseo de que nadie viajara a la isla. De este modo, la Compañía podía explotar mejor a los rapa nui, sin tener "mala prensa"».

A fines de 1964, la expedición canadiense «Medical Expedition to Easter Island» (METEI), dirigida por el Dr. Skoryna, llegó para determinar las condiciones de salud de todos los rapa nui. Pocas semanas después de su partida, el padre Sebastián escribió en la crónica parroquial: «El 3 de abril de 1965 falleció Gabriel Veriveri, el último leproso, con graves heridas».

Extraño. Trece años antes habían sido cuarenta. A fines de 1964, la METEI había contabilizado a seis hospitalizados en el sanatorio, y a diecisiete que recibían tratamiento ambulatorio. Y de repente estaban todos ¿muertos? Nunca sabremos qué motivó al padre a hacer esa anotación. Porque no puede haber sido correcta, ya que a comienzos de 1966 todavía había cinco leproso internados. Queda la angustiada sensación que las cifras fueron manipuladas a costa de los rapa nui enfermos y de los sanos. Nadie puede sorprenderse si hasta hoy los isleños buscan, llenos de rencor, sus propias explicaciones.

El Rey no coronado de Isla De Pascua El sacerdote capuchino Sebastián Englert

*«Quien se opone a la autoridad,
se rebela contra el orden divino».*

ROMANOS. 13,1-2

«En mis recuerdos de una vida larga y llena de experiencias, sobresale el padre Sebastián Englert como un monumento construido sobre rocas... Lo que el padre Sebastián hizo por la gente pobre de Isla de Pascua, y su aporte a la ciencia gracias a sus trabajos de recopilación, entrarán a la historia de Rapa Nui. El hecho que hayamos podido gozar de su consejo tanto en cuestiones científicas como en principios morales, significó para nosotros un gran paso adelante: así nos acompañará hasta el fin de nuestras vidas, un faro luminoso que seguirá resplandeciendo en nuestro interior», escribió Thor Heyerdahl en 1988, profundamente impresionado.



EL SACERDOTE CAPUCHINO SEBASTIÁN ENGLERT
EN EL AÑO 1935. (1888-1969)

El sacerdote capuchino Ludwig Riedl, un sucesor de Englert en Rapa Nui, con quien conversé en 1992, escribió la laudatoria con motivo del centenario de su natalicio. Termina con las siguientes palabras:

«El padre Sebastián tuvo una formación como teólogo y sacerdote, y como tal nos ha dejado una maravillosa semilla que sigue dando frutos hasta hoy. Como científico fue autodidacta. Sus logros como lingüista en la investigación de la

historia, etnología y arqueología de este lugar, que le valieron el reconocimiento internacional, se deben a su ejemplar dedicación, que no le daba tregua, de modo que la muerte lo alcanzó durante una gira de conferencias por el extranjero. El Estado se encargó de trasladarlo a Santiago y de allí a Isla de Pascua, su segunda patria, la primera nunca volvió a verla. Su tercera patria, el Cielo con la eterna felicidad en presencia de Dios, es ahora su maravilloso premio».

También Josefina Huppertz integra el círculo de admiradores:

«Sebastián Englert fue incansable en el trabajo pastoral y también en la investigación científica. Publicó treinta estudios sobre el idioma, la gramática, historia y cultura de Isla de Pascua... Aceptaba las celebraciones (de los rapa nui), por lo que las grandes fiestas del año eclesialístico siempre estuvieron acompañadas de un umu o curanto, el plato típico de los isleños. De esta manera, Englert tomaba en consideración el carácter festivo de sus feligreses. Como bávaro conocía bien esta alegría de vivir, que en su región es tan típica del ser cristiano, del ser católico... La población también se sentía protegida por él, toda vez que no dudaba en representar sus derechos frente al gobernador de la isla, Dr. Álvaro Tejada. Esto le valió un enorme respeto de ambos lados».

A tal señor, tal honor. La fama puede incluso llegar a lo legendario, como hemos visto en el ejemplo del Dr. Tejada. La coronación «mundana» del padre consistió en tres condecoraciones: el 24 de agosto de 1957 fue nombrado Caballero de la Orden de San Oloaf por el rey de Noruega, una distinción seguramente gestionada por Thor Heyerdahl. Chile le otorgó la Orden al Mérito Bernardo O'Higgins en 1959. Y la República Federal de Alemania, por supuesto, no podía ser menos y en 1963 condecoró a su ciudadano con la Cruz Federal del Mérito.

¿Qué hombre se oculta detrás de esta glorificación, de este aura que con su brillo no deja ver matices? Sebastián Englert nació el 17 de noviembre de 1888 (38 días después de la anexión) en Dillingen, un pueblo de Baviera, Alemania, como cuarto de diecisiete hermanos. Después del bachillerato ingresó a la orden de los capuchinos, estudió teología y fue ordenado sacerdote el 25 de julio de 1912. Durante la Primera Guerra Mundial fue capellán en el frente de Francia. En 1923 se embarcó para Chile, donde durante los próximos doce años trabajó como misionero en la Araucanía. La última estación de su vida y obra fue Isla de Pascua. El padre Sebastián está sepultado al lado de Eugène Eyraud en el terreno de la iglesia de Hanga Roa. Durante treinta y tres años, con algunas interrupciones ocasionales, Englert realizó allí su labor apostólica e investigó la cultura pagana de la isla.

Heyerdahl escribió: «Ya en Chile me habían contado que era el rey no coronado de la isla. Al que lo tenía por amigo, se decía, se le abrían todas las puertas, pero pobre de aquél que no le caía bien». «Pero pobre de aquél...». ¿Reinaba Englert sobre los habitantes de la isla más solitaria del mundo como un dictador que podía tomar sus decisiones sin consultar a nadie? No olvidemos que había otros que también reclamaban autoridad. Los ganaderos de la CEDIP sostenían que en realidad la isla les pertenecía. El Estado la consideraba su colonia. La autoridad militar de Isla de Pascua, a su vez, tenía otro concepto. El gobernador explicó a Francis Mazière, cuando éste lo visitó en enero de 1963: «...que Isla de Pascua tiene un estatus especial. A pesar de que forma parte del territorio de Chile, pertenece única y exclusivamente a la Armada, la que se encarga de su administración». Probablemente, el gobernador se refería al artículo 2 de la ley 3200 del 9 de julio de 1917, que dice: «La Isla de Pascua dependerá de la Dirección del Territorio Marítimo de Valparaíso». Ahora ¿quién era el «rey» del Ombligo del Mundo?

Durante los primeros dieciseis años, el padre tuvo que vérselas con dos partes que afirmaban tener el derecho de mando en Isla de Pascua. El padre



ENTREGA DE LA CRUZ AL MÉRITO ALEMANA A SEBASTIÁN ENGLERT 1964.

Sebastián, en cambio, sólo estaba a cargo de las almas de sus habitantes. Cada grupo se esforzaba por imponer sus intereses. En capítulos anteriores ya hemos visto ejemplos de las tensiones que esto generaba. Los representantes del Estado sufrían porque estaban aislados del mundo exterior y condenados a la inoperancia política como meros administradores. Los empleados de la estancia y el personal de la Armada estaban más interesados en su relevo que en posibilidades de mejorar la situación en la isla. Para Englert, la única perspectiva promisoría estaba en sus investigaciones científicas. Su labor pastoral, en cambio, estuvo caracterizada por permanentes conflictos con los porfiados rapa nui. Era un trabajo de Sísifo que tenía que empezar cada día de nuevo, sobre todo porque el padre insistía en la observancia de los rígidos preceptos morales de la iglesia católica. La falta de perspectivas para los jefes militares y para los administradores de la hacienda producía fastidio, el que a su vez alimentaba los conflictos. Presunción y vanidad se manifestaban en eternos tira y afloja sobre quién tenía más que decir, los que se traducían en indirectas y patadas en las canillas. Y si uno de ellos quedaba frustrado, siempre había alguien más abajo con quien emprenderlas.

Sebastián Englert de ningún modo podía hacer y deshacer a su antojo. Si bien después de algunos años manejaba los mejores conocimientos sobre la correlación de fuerzas en la isla, porque la Compañía y la Armada cambiaban su personal cada dos años, no podía ser el soberano de Rapa Nui, entre otros por la simple razón que dependía materialmente de éstos. Quienes inventaron el título de rey sin corona habían querido advertir en semiserio a Heyerdahl y a los demás investigadores. Pero como sucede muchas veces en la historia: los grandes deben permanecer grandes. La iglesia católica y los muchos otros admiradores del padre Sebastián gustosamente adoptaron este «título de nobleza» para poder levantar la figura del padre como un ejemplo intocable, irreprochable, luminoso. Los numerosos autores dan de él una imagen como si hubiera sido un santo que transitó por el tiempo, protegido por las fuerzas celestiales, con seguridad absoluta y sin que ningún mal lo hubiese podido afectar. Pero no fue así. Si Englert quería salir adelante en medio de las constantes querellas, tenía que transar con los poderes fácticos, y no con los nativos.

¿Cómo fue su relación con los rapa nui? ¿Cómo los veía? Entre todos los autores que conozco no hay ninguno que no diga que el padre amaba a su rebaño. Por supuesto. Pero el amor puede manifestarse de muchas maneras. También el Dios castigador ama a los hombres, como nos han enseñado. Ahora nos interesa su opinión sobre aquellos que de él recibían la palabra de Dios. Preguntémosle a Englert mismo.

Durante su trabajo como misionero en la Araucanía, Englert hizo las siguientes observaciones, publicadas en la revista *Ewige Anbetung* (Eterna Adoración) de diciembre de 1929, bajo el título *Die Indianerseele* (El Alma del Indígena):

«Nadie se sorprenderá si digo que el indígena pertenece a una raza inferior que nosotros los europeos. Y si a veces utilizo expresiones algo rudas o tajantes, no quiero con eso despreñar a los indígenas. Quien va a la misión sabe de antemano que va donde hombres de bajo nivel cultural, y que el carisma y la grandeza del misionero consisten en dedicarse con amor a los más pobres de los pobres, a los más bajos en el sentido intelectual y moral». En otra parte dice: «El misionero tiene la oportunidad de observar lo bajo y ruin que anida en el alma del indígena: lo falso, lo taimado, lo hipócrita y cobarde, lo furtivo, lo sensual e indolente, lo falto de energía y lo arrogante».

¿Por qué el padre resalta rasgos que tampoco escasean en la vieja Europa, con la diferencia que allá pueden tomar apariencias más cultas? Por lo demás no duda que «...de hecho, el diablo ejerce sobre las tribus paganas... una influencia mayor y más dañina».

Las primeras impresiones que el padre Sebastián obtuvo de Isla de Pascua pueden leerse en un extenso artículo titulado *Plaudereien über die Osterinsel* (Conversando de Isla de Pascua), publicado en 1937 en la revista *Provinzbote* (El mensajero provinciano). A los nativos no les dedica más que unas pocas líneas:

«Por su carácter, los nativos son totalmente diferentes de los indios sudamericanos. Son inteligentes, de rapidísima comprensión, desbordante fantasta, muy entretenidos y conversadores —¡a veces demasiado!— y aprenden con facilidad. Como mayores defectos de los nativos se mencionan las mentiras y los robos».

«Se mencionan». Por lo visto, este juicio no se basa en la propia experiencia de Englert, sino que el gobernador o el administrador de la Compañía lo había «informado». Por lo demás, lo que Englert escribe sobre la capacidad mental de los rapa nui suena muy distinto a lo que antes había dicho de los indígenas sudamericanos.

Hojeemos en la crónica parroquial para ver qué podemos encontrar sobre los rapa nui. Pero antes hay que decir que la versión de que disponemos es un resumen confeccionado por el padre Innozenz Daumoser en 1966. Lamentablemente, resumió tanto que casi no dejó citas de Englert. Desconocemos los criterios que Daumoser aplicó en su selección, porque se dice que el original

está perdido. Quizás más adelante reaparezca de algún archivo donde hoy permanece protegido de miradas intrusas. En la presente síntesis, de apenas cuarenta páginas, la mayor parte consiste en listas de bautismos, primeras comuniones y matrimonios. La campaña contra las parejas no casadas se menciona reiteradas veces. El caso más espectacular —el padre vs. Dr. Tejeda— ya fue descrito en un capítulo anterior, lo mismo las observaciones del sacerdote sobre las fugas. En junio de 1939, el cronista relata que Andrés Teave robó un ternero. Cuando el guardia lo conminó a detenerse, no hizo caso, recibiendo un disparo en un pie, el que tuvo que ser amputado. El padre concluye en tono de advertencia: «Esto causó una profunda impresión en los nativos y disminuyó el peligro de que se sigan robando animales». Pero lo que nos interesa es cómo el padre caracterizó a sus parroquianos. Encontramos un único párrafo. En la crónica pastoral de octubre de 1940 podemos leer:

«La gente tiene los sentimientos más extraños frente a nosotros: temor, envidia, desconfianza, amor sensual, respeto y odio. En una palabra: casi todos los afectos posibles del corazón humano se manifiestan al mismo tiempo en relación a nosotros, sin exceptuar lo erótico. Hay que perdonarles; porque no saben controlar sus propias emociones e instintos, sino que están completamente dominados por ellos. Por eso les es tan difícil comprender la enseñanza católica, cuyo fundamento es la lucha contra la propia carne. Los isleños son como niños grandes, ante quienes hay que justificarlo todo, y para un niño no hay nada peor que la injusticia, por insignificante que sea. La idea no es imponerles la religión con el mandato de someterse, sino acercársela como una gran bendición».

Sentimos las aflicciones del leal misionero. Pero al mismo tiempo echamos de menos el intento de profundizar en las causas de estos rasgos de carácter, en lo que formó a este pueblo durante siglos. Desde comienzos del siglo XIX, su mundo había sido asolado por violencia, asesinatos y represión. Sebastián Englert no debería haberse sorprendido con los sentimientos de temor, desconfianza y odio.

La relación entre el padre y los rapa nui no fue tan idílica como muchos quisieron verla, incluyendo a Heyerdahl, que creía que «...todos sin excepción quieren al padre». Hablé con muchos isleños que conocieron bien a Sebastián Englert. Hasta hoy tiene a sus admiradores, especialmente admiradoras, pero la mayoría se manifestaba distante, incluso hostil. Un ejemplo: el conflicto entre las antiguas costumbres rapa nui y la doctrina cristiana:

«Englert vio», me contó un anciano, «que todavía teníamos una fuerte relación con nuestra tradición, con el mana de nuestros moais. “Abjuren”, nos



LA IGLESIA DE HANGA ROA EN 1970. A SU DERECHA, DETRÁS DEL CERCO, SE ENCUENTRAN LAS TUMBAS DE EUGÈNE EYRAUD Y DE SEBASTIÁN ENGLERT.

advertía, “dejen de hacer un umo (curanto) durante el culto a los muertos y de hablar con los espíritus. Cuando vayan a un ahu tampoco deben tomar contacto con ellos”».

Otro recordaba:

«El viejo Dominic todavía sabía explicar lo que dicen las tablillas rongorongo. Se lo enseñaba a los niños. Pero el padre Sebastián lo impidió. Él, la gente de la hacienda y la Armada siempre trataron de sacar las tradiciones de nuestras cabezas. Nuestros rituales fueron prohibidos. Nadie podía hablar de eso a sus hijos, porque todo era del demonio».

Carolina, que padeció mucho, se enfureció:

«Englert quiso hacerse famoso con sus libros sobre Rapa Nui. Pensaba más en eso que en la gente encerrada. Nunca trató de buscar soluciones a nuestros problemas».

En la literatura sobre Englert no encontré nada sobre este aspecto. Es interesante que recibo la confirmación justamente de una monja que trabaja en la parroquia, la hermana Augustina. No alcanzó a conocer personalmente a Sebastián Englert, pero ante mi pregunta, si no pudo ayudar a los encerrados, me contesta:

«El padre Sebastián no fue enviado por la Iglesia. No se podía apoyar en la Iglesia como para haber ayudado a alguien. Llegó como lingüista y más tarde tuvo un empleo como bibliotecario de la Armada de Chile».

Una declaración sorprendente. Pero sigamos escuchando a Carolina:

«Nos quejamos con él por qué para nosotros no había contratos formales con la Compañía y con sueldos decentes. El padre muchas veces incluso lo impidió. Sebastián Englert se puso de acuerdo con la Armada, y para el bien de la Williamson & Balfour contó el cuento de la lepra en el Continente. Cuando los primeros de nosotros salieron a estudiar a Chile, Englert escribió en El Mercurio que eso era peligroso por la lepra. Pero la verdad es que Englert no quería que los estudiantes tengan contacto con el mundo exterior. En vez de instruir a los rapa nui, los atontó».

Afirmaciones como ésta, por supuesto, son calificadas de mentiras mal intencionadas. En todo caso, son una prueba de que las heridas todavía están frescas. Además demuestran que los rapa nui no estaban dispuestos a someterse fácilmente ni a abandonar su forma de vida y ritos tradicionales. No fue fácil para el padre acercarlos la religión como un gran bien. Pero la misión apostólica no le permitía hacer compromisos. Quien se sabe poseedor de la verdad única podrá compadecer cristianamente a los extraviados por el demonio, pero jamás podrá tolerarlos. Sin embargo, Sebastián Englert podría haberse comprometido para mejorar la suerte material de su rebaño, oprimido y carente de derechos. ¿Se planteó la cuestión de la dignidad y de los derechos humanos? Especialmente como alemán, lo ocurrido en su patria durante la Segunda Guerra Mundial debería haberlo sensibilizado al respecto. Nuevamente no encontré nada en la literatura, de modo que volví a interrogar a algunos isleños que conocieron bien a Englert.

Juan Chávez opinó que probablemente la Compañía había manejado a Englert y que el padre se esforzaba por mantener buenas relaciones con el gobernador. «De los derechos de los rapa nui no se preocupó. Como alemán no quería pensar en este tema».

Benito Rapahango se expresó con diplomática reserva: «Sebastián Englert no quería que la civilización llegara a Isla de Pascua, para que la gente se mantuviera en un nivel saludable». «¿Con eso se refiere a la religión?».

Con una leve sonrisa, Benito esquivó la pregunta: «Nuestra gente en ese tiempo eran muy sana, y muy ingenua. Y Englert apoyaba el trabajo de la Compañía».

Jorge Edmunds, a quien ya conocimos y que fue amigo personal de Englert, nos señaló la estrecha relación que existió entre el padre y la Compañía, recordando que los estancieros le ayudaron en muchas ocasiones y que todos los sábados estaba invitado a comer en la casa del administrador.

Le pregunté a Jorge cómo Englert veía la situación de los isleños.

«Una vez le pregunté», me contestó el medio inglés con una sonrisa irónica, «si la gente estaba mejor ahora, después de su llegada. "No, está mal", me contestó. Me ref y le dije: "Entonces es su culpa. ¿Para qué está aquí?"».

Una broma entre amigos, no más. Quise saber qué opinaba Englert de la situación jurídica de los rapa nui. Jorge murmuró, como queriendo evitar una respuesta:

«A Englert le faltó firmeza frente a la Compañía. Era un cobarde». Y agregó con un suspiro: «El padre no quería el contacto con el exterior. Una vez le dije: "Al que se mete al río, se lo lleva la corriente". Pero no quería saber nada de eso».

El deseo de permanecer alejado del mundanal ruido se refleja también en el diario parroquial. En 1962, Englert se lamenta:

«Parece ser cierto que dentro de pocos años el aeropuerto será realidad. Entonces llegarán frecuentemente aviones, lo que significará bienes materiales, pero también males morales».

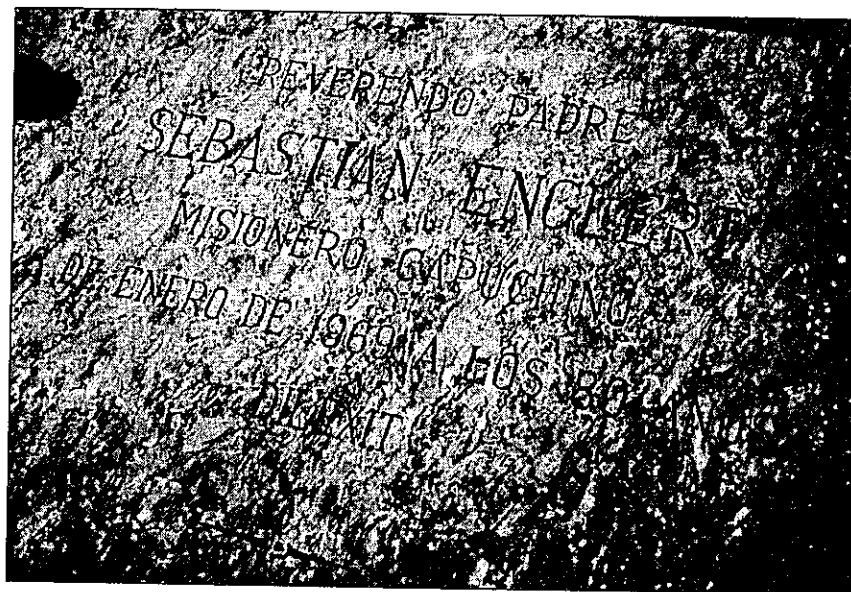
Ya seis años antes había manifestado su preocupación al respecto en una carta a su hermana, fechada a 31 de marzo de 1956:

«Personalmente no me alegra, por el contrario, lo lamento. El aislamiento del mundo exterior fue, en el sentido religioso y moral, una bendición para los nativos. Mientras más contacto hay con el así llamado "mundo civilizado", más nefastas son sus influencias. Eso lo puedo constatar, para mi gran pesar,

desde hace algunos años, porque... los nativos están viajando más a Chile y después de su año de ausencia vuelven cambiados. Me temo mucho que en los próximos años registraremos un lamentable retroceso de la vida religiosa. Dios nos guarde a nosotros y a la isla de que así suceda. Pero temo mucho».

«...mas libranos del mal». Sebastián Englert veía muy bien que con el evangelio también habían llegado y seguirían llegando las tentaciones mundanas y los defectos morales. Hizo todos los esfuerzos por mantenerlas alejadas, un esfuerzo ajeno a la realidad. Podemos lamentarlo o saludarlo, dependiendo de nuestra posición subjetiva. Sobre todo, había una contradicción: Si la meta del padre hubiese sido proteger a la cultura autóctona de Rapa Nui de influencias ajenas, habría sido lógico. Pero él formaba parte de la misión cristiana, inherente a la civilización occidental, que había intervenido en otra cultura, marcándola no sólo con lo bueno, sino también con todo lo malo que traía. Pero el padre no lo veía. Tenía la mente fija en su objetivo de transformar la isla en una fortaleza de la fe, a cuyos habitantes, protegidos de muchas tentaciones gracias al alambre de púas, había que preparar para el Más Allá. El valle de lágrimas en que sufrían estos hijos de Dios era la prueba que debían pasar antes de alcanzar la felicidad eterna. Todavía queda gente que considera a las estructuras de poder humanas como reflejo del orden divino, que sería un sacrilegio criticar. También pueden haber habido otros impulsos en Sebastián Englert. Muchas personas sienten la necesidad de conservar intacta la imagen que se han hecho de su mundo, sea grande o pequeño. Es más fácil moverse por el mundo cuando hay marcas conocidas que indican el rumbo; cuando uno puede orientarse por circunstancias conocidas y no tiene que buscar su camino en paisajes cambiantes. El huaso prefiere montar el caballo que conoce mejor. ¿Así también el padre Sebastián? ¿No quería cambios en su pequeño Ombligo del Mundo porque temía perder las riendas? ¿Habría sido ésa la razón por qué lo llamaban el «rey no coronado» de Isla de Pascua?

No queremos disminuir los méritos de Sebastián Englert. Fue un científico sobresaliente y un fiel e irreprochable servidor de su Iglesia católica. Su vocación misionera puede tolerarse, no es necesario compartirla. Si el mandato misionero (San Mateo 28,19) se agota en el esfuerzo por salvar las almas de los oprimidos y acercarlos a la Iglesia, sin preocuparse por que recuperen el derecho a su tierra, y en cambio se les enseña a ser mansos súbditos de los conquistadores, entonces hay una falta de amor al prójimo. La actitud de Englert frente a la situación en Rapa Nui sólo resulta comprensible si se considera que fue un hijo del colonialismo,



LA LÁPIDA DE SEBASTIÁN ENGLERT.

educado en una época en que su país resonaba de un patriotismo exacerbado y se acostumbraba mirar con condescendencia a los pueblos primitivos. Sin embargo, hay que ver críticamente que después de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, la nueva visión de los derechos y la dignidad del hombre, para él no fue motivo para revisar sus arraigadas convicciones. Se mantuvo alejado de la política, como suelen hacer las Iglesias que demasiadas veces callan mientras no ven un peligro para sus propios asuntos. Que los gobernantes del mundo a menudo persiguen sus intereses con violencia ilegítima, como aquí en Rapa Nui, era inconcebible para Englert. No se daba cuenta de la doble moral del poder. No veía que los rapanui habían perdido todos sus derechos a través de la represión, el encierro y el robo de sus tierras. Alguien que debiera haberle hecho reflexionar es San Agustín (354-430). En su obra *La Ciudad de Dios* critica duramente la hipocresía de los poderosos:

«¿Qué otra cosa son los reinos, si les falta la justicia, que grandes bandas de forajidos? Porque las bandas de maleantes no son otra cosa que pequeños feudos. También ellos son un grupo de hombres al mando de un comandante,

organizados en una comunidad que reparte el botín según reglas establecidas. Si mediante la integración de seres depravados, este organismo maligno crece hasta el punto de ocupar pueblos, fundar colonias, conquistar ciudades, someter naciones, entonces adopta sin más el nombre de reino, con lo que obviamente no pierde la codicia, sino que gana la impunidad».

El levantamiento

A cincuenta años de la rebelión de la sacerdotisa Angata

«Los que carecen de la experiencia no son capaces de ser libres; pero eso no autoriza a nadie para negarles la libertad. Se aprende a ser libre en la práctica de la libertad».

LUDWIG MARCUSE



FRANCIS MAZIÈRE.

El etnólogo francés Francis Mazière pasó casi todo el año 1963 investigando en Rapa Nui. Profundamente afectado por sus experiencias, formuló un vehemente llamado:

«En este diminuto, remoto y olvidado país, en esta tierra encadenada suceden cosas que, si no fueran tan trágicas, serían dignas de una farsa. La ley del silencio y de la violencia oprime a los rapa nui que sueñan con vivir, y que merecen la solidaridad de todos los que ven al racismo como sinónimo de crimen. En esta isla alejada del resto del mundo, habitada por un pueblo polinesio arruinado, el espíritu de la conquista ha arrojado muchos desechos cuyo hedor es insoportable. Y a pesar de eso, nadie habla de los isleños sobrevivientes. Ellos tampoco hablan».

Hoy sí hablan. Pero toma tiempo ganar su confianza, porque el miedo y el recelo todavía están profundamente arraigados.

Benedicto Tuki, el artesano en madera, recordó los años entre 1945 y 1955, cuando era un hombre joven:

«Nuestras cabañas las construíamos de las piedras que se encontraban por todos lados. Estaban techadas con paja sobre varas de bambú. Alrededor plantábamos plátanos y caña de azúcar, camote y taro. Carne había sólo cuando

podíamos matar un pollo. Eramos doce hermanos y muchas veces nos acostábamos con hambre. Sólo cuando había una fiesta, un casamiento o algo por el estilo, entonces todos aportaban y hacíamos un umu. Ollas todavía no teníamos».

«¿Y dónde hacían sus necesidades?».

«Hacíamos un hoyo y luego lo tapábamos».

Benedicto ríe: «En ese tiempo todavía no teníamos problemas de basura».

La escasez de agua potable es un amargo recuerdo para todos. Los habitantes del ghetto se construían sencillos estanques porque en Hanga Roa no existía ni un solo pozo. Después de varias semanas sin lluvia, muchas veces se vaciaban los estanques. De vez en cuando, el gobernador autorizaba a algunos rapa nui para traer agua del cráter del Rano Kao. Era una subida de casi dos horas. El agua se llenaba en grandes bidones de lata dados de baja por la Compañía o la Armada —que son muy solicitados hasta hoy— y luego había que acarrearla hasta el pueblo. De este modo, un hombre podía llevarle veinte litros a su familia, apenas suficiente para calmar la sed por tres, cuatro días. Sólo quedaba esperar que lloviera, o arriesgarse a cruzar el cerco de noche. En el límite norte de Hanga Roa está el ahu de Tahai, donde había un pozo. Se necesitaba valor, porque los que eran sorprendidos eran duramente castigados.

En cuanto a su alimentación, hasta los años sesenta, los rapa nui prácticamente tuvieron que conformarse con lo que cosechaban en sus chacras, además de pescado, pollo y ratas. Estaba prohibido tener ovejas. Entonces no quedaba más que la pulpería de la Compañía, de la que posteriormente se hizo cargo la Armada. Pero sólo los que ganaban un salario tenían los pesos necesarios para comprar en ella. Felipe me contó que una vez hicieron una huelga por mejores salarios. Obtuvieron el aumento, pero al mismo tiempo subieron los precios de la tienda. Antonio, furioso: «Muchos chilenos eran verdaderos racistas. En la pulpería había azúcar de dos colores: blanca y café. Los chilenos decían que el azúcar blanca era para el hombre blanco, porque el hombre blanco era mejor». «El que no tenía plata tenía que ver cómo se las arreglaba. Por hambre, muchos se vieron obligados a hurtar ovejas. A fines de los años cincuenta, se autorizó una vaca por familia para que los niños tuvieran leche. Williamson & Balfour no daba trabajo permanente más que a un puñado de personas. Para la esquila se necesitaban muchas manos, pero por pocos días. «Los hombres esquilaban, las mujeres tenían que juntar la lana y llevarla a Hanga Pico (el puerto)» sigue reclamando Felipe. «Toda la lana iba al Continente. A nosotros no nos dejaban ni siquiera para nuestras camas».

A las seis de la tarde se cerraban las puertas del ghetto. Nadie podía salir de su casa de noche. Pero el hambre hacía que los hombres salieran en la oscuridad a pescar. Si los pescadores eran detenidos y encerrados, «los niños tenían que mariscar. Pero eso no alcanzaba para el hambre».

Carlotta Hacker, una integrante de la comisión médica canadiense de 1965, tuvo la impresión que a los chilenos residentes y también a la autoridad, la isla les era indiferente. El gobernador y su esposa no tenían ningún contacto con los rapa nui. Observó que cada mujer no tenía más que un vestido decente, y éste se lo ponía únicamente para recibir a un barco. Muchas cabañas carecían de techo por falta de material de construcción. Su interior era desolado: una banca, un catre, un colchón de paja y un cordel tendido que hacía las veces de armario.

«Fue una época terrible», se queja un anciano lisiado, «estábamos encerrados y fichados de leproso. Los que tenían que salir a trabajar al campo, eran custodiados por soldados armados. Los rebeldes eran acusados de ladrones y maltratados brutalmente. Muchos fueron azotados delante de la iglesia, y todos tenían que estar ahí viéndolo. Por pequeños delitos, hombres y mujeres eran rapados y arrojados a un calabozo. A mí también me encerraron una vez y me dejaron inválido».

Ante mi pregunta qué le hicieron los marinos, calla largo rato. Finalmente balbucea entre lágrimas: «No puedo hablar de eso».

Helen Ried, a quien ya hemos citado en el capítulo sobre la lepra, y que también formaba parte de la comisión canadiense, anotó que una monja le había contado que por el hurto de un reloj, un hombre pasó un año engrillado en el calabozo.

Uno de los castigos más arbitrarios y horribles que ejecutó la Armada se comenta hasta el día de hoy: Carlos Rapu, un hermano de Alfonso —de quién hablaremos más adelante— tuvo que ir al hospital. El tipo de examen que le practicaron le pareció tan extraño que saltó de la camilla y acusó al médico de



ALFONSO RAPU, NACIDO EN 1942.

homosexual. Furioso, éste corrió donde el gobernador, y Carlos Rapu fue condenado a 150 azotes. Sobrevivió. «Quisieron matarlo», aseguran los ancianos. En 1965, el Parlamento chileno se ocuparía de este caso.

Me contaron de muchas otras torturas. Quisiera dejarlo hasta ahí. La arbitrariedad del régimen militar no pudo quebrar a los rapa nui. Sólo dio más fuerza a su resistencia.

En Santiago de Chile se barajaban alternativas cómo mejorar las condiciones en Isla de Pascua, pero los isleños no estaban informados. La decisión, en 1953, de desahuciar definitivamente el contrato con la CEDIP y de encargar la administración a la Armada de Chile, en vez de mejorar la situación, más bien la había empeorado. Porque a la capital casi no llegaban noticias del régimen de los marinos, que gobernaban la isla según las ordenanzas de la armada para buques de guerra. El impulso decisivo probablemente llegó desde el exterior. El colonialismo europeo estaba debilitado y los pueblos oprimidos comenzaban a surgir en su lucha por la libertad. Esa fue la primera señal. Se sumaron otras. En 1951, el piloto chileno Roberto Parrague hizo el primer vuelo directo de Chile a Rapa Nui en su avión *Manutara*. Demoró 19 horas. En el Continente, esto dio origen al plan de acercar Isla de Pascua al resto del país vía aérea. Chile y los EE. UU. elaboraron un proyecto de aeropuerto. Además, los americanos tenían en mente a Rapa Nui como pista de emergencia para su programa espacial. En 1962, llegaron los ingenieros y obreros y empezó la construcción de la pista de aterrizaje. Con ellos, llegó también la electricidad al Ombligo del Mundo. De improviso, los isleños se vieron confrontados no sólo con la técnica moderna, sino que también con otras formas y conceptos de vida. El aislamiento que tanto le habría gustado mantener a Sebastián Englert, había terminado.

Probablemente fue Eduardo Frei Montalva –elegido Presidente de Chile en 1964 por mayoría absoluta– quien inició las reformas. Frei envió al Parlamento un proyecto de ley, el N° 16.441, cuya tramitación se inició el 27 de octubre de 1964. El punto central era la igualdad ante la ley de Rapa Nui y chilenos.

Ahora entra en escena un hombre cuyo papel fue decisivo al momento de representar los intereses Rapa Nui: Alfonso Rapu, quien entonces contaba 22 años. Según me contó la hermana Agustina, Rapu había sido llevado a Chile por la señora Verminos Vargas, una chilena continental, para que pudiese estudiar pedagogía. Pero no en una institución religiosa, lo que tuvo consecuencias. Después de su regreso, Alfonso se encontró con Francis Mazière, del que aprendió ideas liberales. Alfonso congregó primero a unos pocos, luego cada vez a más gente de su pueblo, les

transmitió las nuevas formas de pensar y les dijo que al otro lado del océano existía una vida en libertad. Amaba a su pueblo y quería sacarlo del cautiverio. Cuando empezaron los debates en el Parlamento, Alfonso vio que era la oportunidad para llamar la atención sobre la represión de que eran objeto los rapa nui. Con Antonio Tepano, Kiko Paté, Germán Hotu, Guillermo Tori, Matías Riroroko, Edmundo Edwards y Juan Mau Manu redactaron una carta al Presidente, la que fue suscrita por cincuenta rapa nui y hecha llegar clandestinamente a Eduardo Frei y a numerosos diarios en Chile y en los EE. UU., donde fue publicada en diciembre de 1964:

«Excelentísimo señor Presidente:

Nosotros los pascuenses nos queremos dirigir al señor Presidente de la República, con todo el respeto de nosotros a esta autoridad máxima de Chile, que también es nuestro Chile. Así lo hemos pensado, porque nunca ninguna carta ha llegado antes a poder de nuestros Presidentes y si ha llegado no tuvimos respuesta.

Tenemos por obligación que escribirle, molestándolo en su atención, porque lo que queremos decir no podemos decirlo aquí en la Isla, porque el funcionario de la Armada y los otros Gobernadores de la Armada que también son funcionarios que la Isla ha tenido antes, como el que ahora nos gobierna, no nos resuelve los problemas o nos engaña.

Nosotros, con todo respeto, señor Excelentísimo Presidente de Chile, queremos expresarle que conocemos también nuestros derechos y obligaciones que son para todos los chilenos iguales.

Pero aquí no podemos hablar libremente, porque vivimos amenazados,... esto nos hace vivir bajo una tiranía...

Vivimos bajo un régimen de colonialismo ya que nos hacen separación de clases sociales y forma problemas raciales entre nosotros y continentales.»

Alfonso Rapu y los demás firmantes se quejan que el gobernador los amenazaba cuando exigían sus derechos y los trataba como personas irresponsables e inconscientes. Si alguien quería viajar a Chile tenía que pagar una fianza de 350 Escudos. No obstante, muchas solicitudes eran rechazadas con el argumento de que no había cupo en el barco. Otros puntos eran que no podían comprar los productos de los terrenos fiscales. Que sus conversaciones telefónicas eran interceptadas, y por eso les estaba prohibido hablar por teléfono en su lengua, el rapa nui. Se quejan amargamente de que no podían transitar libremente por su isla. Que al atardecer se cerraban los portones, y de noche

les estaba prohibido salir de sus casas. Se atentaba contra su dignidad con castigos como el rapado del cabello, los encadenamientos y los azotes. Especial énfasis ponen en que no tenían el derecho de elegir al Presidente ni a los señores Senadores o Diputados.

«No podemos elegir a nuestro alcalde, porque el gobernador nombra a uno, pero que nosotros no podemos respetar. Si queremos elegir a otras personas, éstas reciben amenazas para que retiren su candidatura».

La chispa cayó en el polvorín. Los diputados y senadores de la capital estaban sumamente alterados, porque hasta entonces, según el abogado Dougnac, no habían tenido idea de lo que estaba pasando en Isla de Pascua. Además, Alfonso Rapu y los suyos convocaron —contraviniendo la ley— a las primeras elecciones democráticas de alcalde para el 8 de diciembre de 1964. «A la reunión también asistieron representantes de la Armada» recuerda María Rosario. «En ese tiempo, Alberto Huke era alcalde. Su tío Guillermo Pikitari sugirió elegir a un hombre más joven. Entonces Alberto Huke se sacó la camisa y se la entregó a Alfonso».

El comandante de la Armada, capitán de corbeta Jorge Portillo, se enfrentaba a un desafío inusitado. Por si acaso pidió refuerzos por radio, mientras seguía atentamente los acontecimientos en el pueblo.

Cinco días después de la elección ilegal arribó la comisión médica canadiense METEL, a cargo del Dr. Stanley C. Skoryna. Probablemente fue el momento menos oportuno para la autoridad naval, porque habría observadores internacionales que podrían informar al mundo sobre acontecimientos cuyo desarrollo era totalmente imprevisible.

En una primera instancia, todo permaneció tranquilo. Los canadienses montaron su campamento en lo que hoy es la cancha de fútbol, despidieron a su barco, el *Cape Scott*, que vendría a recogerlos dentro de dos meses, y Portillo seguía esperando sus refuerzos. Pero antes de zarpar, el gobernador le había pedido al capitán del *Cape Scott* si podía llevar a Chile un bulldozer que la Armada ya no necesitaba. Alfonso consideró que la máquina tenía que quedarse porque había muchos caminos que reparar en la isla. En la noche más oscura, junto a unos amigos, desmontó algunas partes vitales del vehículo, de modo que el coloso quedó inmovilizado.

Ahora sí que empezaron los problemas.

«Los soldados amarraron a Alfonso y lo llevaron a Mataverí donde Jorge Portillo», recuerda perfectamente María Rosario, que entonces tenía 42 años.



DOCTOR SKORYNA, CAPITÁN SHAW, SEBASTIÁN ENGLERT, COMANDANTE LAW.

«Todos quisimos entrar a la reunión donde lo estaban juzgando. Pero a los hombres se lo prohibieron. Portillo estaba furioso. Acusó a Alfonso de sabotaje y exigió que devuelva las partes que había sacado del bulldozer, y que Alfonso no era el verdadero alcalde según la ley. Pero Alfonso no se dejó amedrentar. Contestó: "Soy el alcalde de la isla. No puedo aceptar que tú hagas las decisiones aquí. Crees que eres nuestro rey. Quién te dijo que vengas aquí para decirnos lo que tenemos que hacer". De ahí, Alfonso le dijo a Portillo que tenía que desocupar su sillón, bajar la bandera chilena e izar la de Rapa Nui. Alfonso dijo además que había estudiado en Chile para educar a su pueblo y no dejar que siga en la ignorancia.

Cuando sacaron a Alfonso, ya había muchos soldados armados. Alfonso nos dijo en voz alta: "Gracias por haberme elegido y haberme puesto la camisa. Lo primero que tenemos que hacer es trabajar para recuperar nuestra tierra, nuestra libertad y nuestra dignidad como personas. La Armada viola a nuestras mujeres. Nos torturan y nos azotan por mínimos delitos. Contra esa tiranía es que tenemos que luchar".

Uno de la Armada le gritó que se callara. Ahí Alfonso se dio vuelta y le contestó: "¿Quién eres tú? Nosotros los rapa nui sentimos dolor en nuestra carne, en nuestra sangre y en nuestro espíritu por el trato que ustedes nos han dado". Y a nosotros nos dijo: "Tenemos que permanecer unidos y luchar por nuestros intereses". El padre Sebastián escuchó todo eso».

Para Sebastián Englert un mundo se vino abajo. No había podido detener el «mal». La radio, el teléfono, los constructores del aeropuerto y los afuerinos como Francis Mazière habían abierto las compuertas del descontento. Profundamente frustrado, anota en la crónica parroquial:

«Extremadamente triste resultó la experiencia que tuvimos con varios niños. Fueron al Continente para recibir una educación mejor; pero al mismo tiempo perdieron la fe y dejaron de practicar la religión. Uno de ellos [Alfonso Rapu] recibió su formación en el Continente y regresó como profesor. Su mal ejemplo de una vida completamente sin religión por suerte no hizo escuela, o por lo menos todavía no para una mayoría. Sus seguidores a menudo expresaron ideas subversivas, gritando por las calles que no necesitaban las autoridades del Continente, que se podían gobernar solos».

Mientras las mujeres presenciaban el interrogatorio de Alfonso por el gobernador, los hombres no habían estado inactivos. Sospechaban lo que pasaría con su nuevo alcalde. Antonio Tepano organizó la resistencia:

«Bloqueamos todas las calles para que no pudieran llevarse a Antonio en el vehículo. En Mataveri incluso abrimos una zanja que cruzaba la calle. Estábamos listos para la pelea. Podríamos haber atacado a los infantes de marina porque sabíamos dónde estaba el arsenal. Me habría gustado tomarlo. Pero los otros no quisieron».

Siguió una noche llena de temores y preocupación. Los rapa nui se reunieron en la oscuridad para decidir qué hacer si Alfonso era llevado detenido al barco y los soldados abrían fuego ante el intento de rescatarlo. «Las mujeres nos encargamos», salió en la reunión, «a nosotras no nos van a disparar».

«Estábamos todas muy nerviosas», sigue María Rosa casi susurrando. Deja de lado el recuerdo amenazante y sigue con los ojos radiantes: «A la mañana siguiente las mujeres nos juntamos frente a la casa del gobernador. Después de un tiempo los soldados sacaron a Alfonso. Nos gritó que

se lo llevaban a la cárcel en Chile. No lo pudimos creer y nos enojamos tanto que nos tiramos encima de los soldados. Les dio pánico y empezaron a disparar a diestra y siniestra, pero al aire. Fue cierto que no se atrevieron a apuntarnos a nosotras las mujeres. Fue un caos tremendo. Grité: "Llevamos a Alfonso al campamento donde el Dr. Skoryna. Allá va a estar seguro". Y lo logramos».

Helen Ried es sorprendida por los acontecimientos:

«Estaba trabajando en la recepción del consultorio y por lo tanto fuera del campamento cercado, cuando escuché extraños gritos y lamentos que venían del pueblo. Abrí la puerta y vi una multitud que corría hacia el sector iluminado por los focos, con Alfonso Rapu al medio. Traté de abrirme paso por la muchedumbre, para llegar al centro del campamento, pero encontré la entrada custodiada por soldados que hacían retroceder a la gente a culatazos y también a mí me impidieron seguir. Un miembro de la expedición me gritó que pasara y abrió el portón desde adentro.

Cuando me metí, entraron conmigo unos cincuenta rapa nui, entre ellos Rapu. Se dirigió hacia el otro extremo de la plaza, a su alrededor una verdadera muralla de mujeres que con sus cuerpos lo protegían de los soldados. Un sargento pasó corriendo por mi lado, en la mano una pistola con que apuntaba a Rapu... Rapu se mantuvo en la parte posterior de la plaza, siempre rodeado de las mujeres, era hermoso con su camisa blanca abierta que dejaba ver su pecho velludo... Fue escoltado por dos miembros de la expedición hasta el portón trasero del campamento. Como en una película del oeste, le llevaron un caballo. Recibió un abrigo oscuro, para esconder su camisa clara, y un gorro. Se inclinó brevemente frente a los que lo habían acompañado, dio media vuelta y saltó sobre su caballo».

Felipe también participó:

«Habíamos esperado a Alfonso con caballos afuera del portón, y después de varios rodeos lo llevamos a Omohi. Allá nos quedamos un día y medio. Uno de nosotros subió a caballo al Terevaka para ver si el escampavía Yelcho ya se había ido o si estaba esperando para ver si detenían a Alfonso. Los soldados lo buscaron en cada casa y debajo de cada piedra. Pero no pudieron dar con las cuevas donde teníamos escondido a Alfonso. Y nadie lo delató».

Con el Yelcho no sólo habían llegado refuerzos militares, sino además el comandante Guillermo Rojas, enviado por el gobierno para reemplazar a Jorge Portillo en la tarea de restablecer el orden. Para su apoyo llegó además el

capitán John Martin, que había sido gobernador antes de Portillo y hablaba rapa nui. Después de la derrota frente a las mujeres, Rojas sabía que por la fuerza no lograría nada. Trató de vencer la resistencia practicando algunos arrestos. Pero por lo visto no tuvo éxito, pues Helen Ried escribe que habría cambiado de táctica y afirmado que

«Las firmas bajo la carta de Rapu se consiguieron mediante un truco. Alberto Tepije y Antonio Tepano habrían hecho circular la carta diciendo que se trataba de un saludo de Año Nuevo para el Presidente, además de la solicitud de quedarse con el bulldozer. Incluso ellos mismos habrían agregado algunas de las firmas, y la falsificación de firmas es un delito».

Pero ni las calumnias ni la amenaza con represalias lograron su objetivo. Rojas tuvo que dar su brazo a torcer, dar un salvoconducto a Alfonso Rapu y fijar una nueva elección de alcalde para el 12 de enero de 1965. El régimen militar intentó por última vez de recuperar el terreno perdido y nombró a otros candidatos para competir con Rapu. Resignado, Sebastián Englert anotó:

«Como era previsible, el profesor, que es su ídolo, fue elegido por amplia mayoría, aunque no practica su religión. Por el momento no se sabe cuánto va a durar su popularidad. No necesariamente la parte que pesa más también vale más».

Alfonso sigue siendo altamente respetado por su pueblo hasta el día de hoy. Jorge Portillo, en cambio, fue dado de baja de la Armada y reemplazado por Arnet Arentsen.

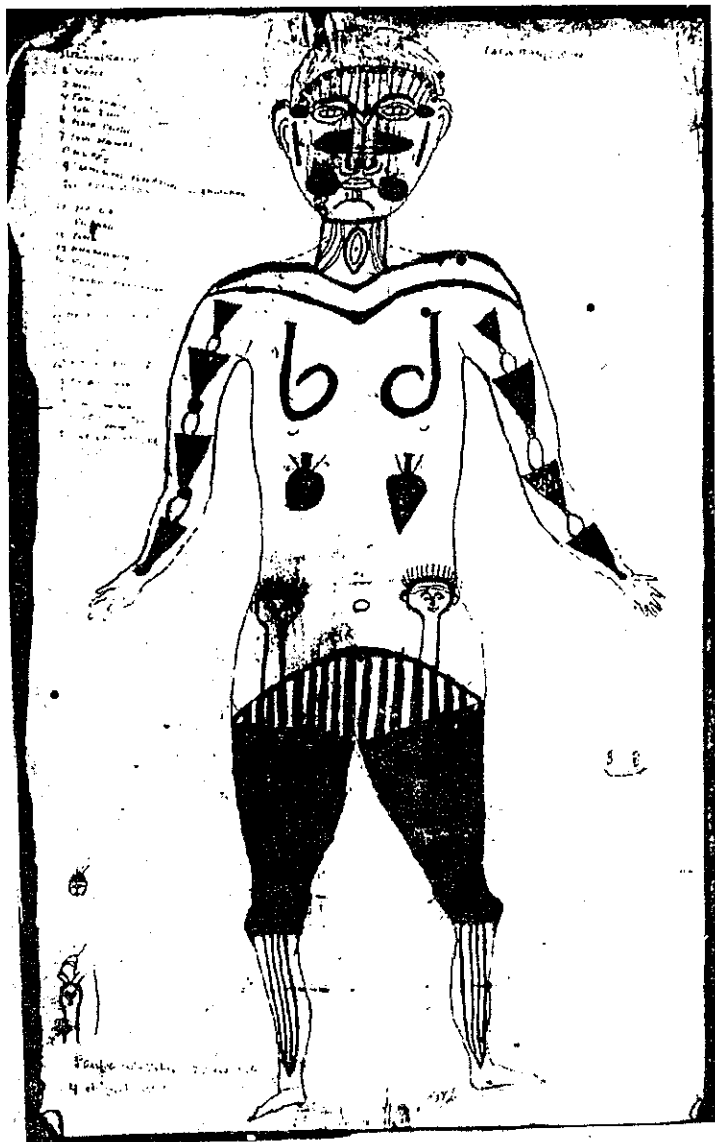
El debate parlamentario de la ley que por fin daría a los rapa nui la igualdad ante la ley y pondría fin al ghetto, se prolongó hasta el 26 de enero de 1966. Fue promulgada el 1 de marzo del mismo año.

Si uno conversa con los participantes de la rebelión, sólo ve miradas radiantes. Y muchas veces puede escuchar: «A Alfonso le debemos nuestra libertad». Pero no olvidemos a los muchos otros, en especial a las mujeres, que valientemente se enfrentaron a la fuerza pública, infringiéndole una penosa derrota. Por supuesto, entretanto también en Santiago se habían dado cuenta de que la situación en Isla de Pascua era insostenible. Pero la lucha por su libertad la libró el pueblo rapa nui. Sin esta victoria, muchas cosas se habrían desarrollado de otra manera.

Sin embargo, la Armada de Chile necesitaba una víctima, como en 1914 a Daniel Chávez. Esta vez fue el doctor Guido Andrade. Este médico de la marina, que ejercía su profesión en el hospital de Hanga Roa, había criticado detalladamente las condiciones y el despotismo reinantes en Rapa Nui. Andrade fue detenido, llevado al Continente y enjuiciado. Fue condenado a un año de cárcel más cuatro años de prohibición de ejercer su profesión, y dado de baja de su institución, «ya que él también», según Englert, «había transmitido ideas subversivas a los nativos».



EN ALGUNAS PARTES DE HANGA ROA TODAVÍA ES ASÍ.



TATUAJE DE UN RAPA NUI.

Voces indignadas El debate parlamentario

*«No puedo asegurarles si un cambio será para mejor;
pero puedo asegurarles que tendrá que haber
cambios para que pueda haber mejoras».*

GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG

Cuando el 27 de octubre de 1964 empezó el debate del proyecto de ley 16.441, pidió la palabra el diputado Leigh:

«...para expresar nuestro reconocimiento a la labor que la Armada Nacional ha desarrollado a través de estos doce años. Durante este lapso, ha cumplido una tarea no sólo meramente formal para abastecer a Isla de Pascua o para ejercer positivos actos de soberanía en ella; además, ha cumplido con celo, dedicación y afán patriótico, una tarea que no es propia de ningún instituto armado: como es la de realizar actos de administración civil, de mantenimiento del orden, de administración de justicia».

El diputado Muñoz no quiso ser menos y declaró:

«Tengo el deber de reconocerlo en esta ocasión. Indiscutiblemente, dentro de sus limitados medios económicos, dentro de sus posibilidades, la Armada de Chile ha tenido una atención preferente con respecto a la administración misma de la Isla y del bienestar de sus habitantes, no obstante algunos cargos que se han formulado, tal vez en forma ligera e injusta».

Los demás senadores y diputados no compartían esa opinión. La respuesta del diputado Millas no se hizo esperar:

«Señor Presidente, la propia redacción del proyecto de ley que está considerando la Honorable Cámara, confirma el absoluto abandono en que se ha mantenido a la Isla de Pascua. Tal negligencia resulta verdaderamente dolorosa para nuestros sentimientos patrióticos... En efecto, todo nos señala que muchos gobernantes de nuestro país han faltado a sus deberes de tales respecto de esta posesión del territorio nacional».

El senador Bossay está seguro de que:

«...la situación de Pascua, aparte lo mucho que se ha tergiversado, es evidentemente mala. Desde luego, sería absurdo sostener que la forma como ella ha sido manejada es conveniente para nuestro prestigio».

El diputado González Madariaga supone que:

«...en general, Pascua ostenta un atraso de ochenta años... El país debe informarse de este proyecto de ley, y cuando lo haga, no dejará de llevarse gran sorpresa. Atónito, sabrá que la isla de Pascua, que tiene 800 habitantes de vida pastoril, carece de agua potable y emplea agua lluvia... Dije antes que este proyecto es típico de la burocracia chilena. Ahora debo declarar que la iniciativa en debate es una manifestación de la desorientación con que estamos procediendo. Lo digo con dolor ¡pero que se me rectifique, si es posible!».



RAPA NUI.

Una respuesta viene del senador Ampuero:

«No presumo de experto en cuestiones pascuenses. El viaje que efectué, lo hice hace ya diez años, de manera que mi juicio lleve valor relativo. Creo que, en general, no han cambiado mucho las cosas y que la atención prestada por Chile a la isla ha sido muy reducida. Indudablemente, ahora se requiere un esfuerzo grande que justifique la cuantía de los recursos puestos a disposición de este plan; ...A mi juicio, es el momento de hacer una inversión importante. Aunque parezca exagerada, no lo es si tomamos en cuenta los largos años de atención precaria que ha tenido la población isleña. En lo referente al problema central de este artículo, ...no podemos tener la pretensión de crear una legislación definitiva y perfecta. Hay desconocimiento de las condiciones materiales y humanas de la isla como para fijarnos un objetivo tan ambicioso».

Ampuero critica, como todos, la falta de información, pero sorprendentemente afirma en otra ocasión:

«Hace más de 10 años, cuando ingresé al Senado, viajé a la Isla de Pascua con el propósito de conocer la verdadera naturaleza de los problemas que ella enfrenta. Desde entonces hasta ahora, he procurado mantenerme próximo a los estudios, investigaciones y anhelos de los propios pascuenses, muchos de los cuales, jóvenes, llegan a estudiar al continente y han mantenido vinculaciones con el Senador que alguna vez conocieron en su propia tierra».

Habría sido la oportunidad de consultar al senador qué hizo él, ya que decía estar al corriente de la situación. Esa pregunta no se hizo.

Sin embargo, los debates no se limitaron a una crítica general, incluyendo la gestión de Williamson & Balfour. Se trató también el tema del uso futuro de los terrenos fiscales (88 %) que desde 1953 estaban bajo tuición de la Armada. Sobre este punto, opina el diputado Millas:

«Nosotros creemos que ha sido una política funesta y negativa aquella de entregar, primero, a la Isla de Pascua en concesión a la firma Williamson & Balfour y, después, considerarla como un territorio cerrado, en el cual imperaba una especie de ley marcial por estar entregada sólo a la administración de la Armada Nacional. Estimamos que de esta manera se ha demostrado una gran falta de interés por incorporar a esta isla a la economía nacional, y por establecer lazos de unidad auténtica... Es demasiado grave la situación que actualmente existe en esta materia dentro de la Isla. Tenemos que 13.700 hectáreas del fundo fiscal

«Maitea» se encuentran erosionadas, porque la firma que tuvo anteriormente la concesión, dejó estas tierras en muy malas condiciones».

Nadie le contradice. El senador Bossay especifica:

«Finalmente, según opinión de los técnicos de la CORFO, el saldo, de más o menos 14 mil hectáreas, no está en condiciones de ser aprovechado agrícolamente... Trataré al efecto de repetir lo más fielmente posible las palabras expresadas en la Comisión por el técnico de la CORFO señor Rogers. Manifestó dicho asesor técnico que la mantención de 40 mil a 60 mil cabezas de ganado en 14 mil hectáreas había prácticamente arrasado con el suelo, y que para prepararlo de nuevo y convertirlo en tierra fértil, apta para los nuevos planes, que no son ganaderos, sino agrícolas, se necesitan no menos de 20 años».

A continuación se analiza quién sería el encargado de administrar este 88 % de la isla. El senador Contreras encuentra poco conveniente la disposición que

«...establece que las tierras fiscales de la isla sólo podrán ser entregadas en concesión por plazos determinados y renovables, de acuerdo con el reglamento que dicte el Presidente de la República».

Continúa, dirigiéndose a algunos colegas:

«(Ustedes) fueron partidarios de que la propiedad en la Isla de Pascua se mantuviera estatal. Por principio, comparto tal idea; pero por el momento difiero de ella, por las experiencias funestas que ya tuvimos con relación a las concesiones otorgadas... No quiero que lo mismo ocurra con las concesiones que se otorgarán en la Isla de Pascua».

El senador González Madariaga no está de acuerdo:

«Es indispensable otorgar títulos de dominio a estos ciudadanos», sugiere, y agrega, un poco ajeno a la realidad, «con el propósito de que puedan obtener de los bancos los créditos necesarios».

Esta solución habría saboteado el traspaso de las tierras a los rapa nui. ¿Qué bancos les habrían dado crédito? El fundo fiscal trabajó a pérdida por un tiempo, y el balance de la Armada tampoco puede haber sido positivo. Esto

nos recuerda al crédito de 4.000 libras que la WBC otorgó a Merlet a sabiendas de que no podría pagarlo, con lo que la Compañía se hizo de la tierra.

El senador Bossay no aceptó estas ideas poco elaboradas:

«Está bien que no se concedan concesiones a empresas como Williamson & Balfour, a franceses o a entidades de otras nacionalidades; pero no es lógico que las personas que nacieron en esa isla, cuyos antepasados por milenios han vivido allí, no puedan ser incorporados al total de nuestros derechos ni participar en plenitud de nuestra organización jurídica. No se los puede dejar como una especie de pasajeros transitorios en el terreno que explotan. Si deseamos incorporar al isleño a la plenitud dentro de los derechos de que disfrutamos, es lógico que también gocen del derecho de propiedad sobre las extensiones de terreno que ellos explotan».

Para esto no basta una declaración de principios, afirmó el senador Ampuero:

«Personalmente, me inclino más a la entrega definitiva de la tierra a la Municipalidad... Me parece difícil que un cultivo como ése pueda mantenerse en propiedades pequeñas. De manera que, desde el punto de vista agronómico, económico, demográfico y social, la solución está en mantener, mientras tanto, la propiedad del Estado, con la posibilidad de entregarla en concesión ulteriormente a la Municipalidad y aplicar un régimen de explotación cooperativo, pero que sean los isleños quienes aprovechen el rendimiento de los suelos, que, a mi juicio, nunca salieron realmente de su dominio, si nos atenemos a los antecedentes históricos».

En la próxima sesión, el senador Contreras retoma el hilo:

«En la sesión pasada, el Honorable señor Ampuero formuló indicación para que sólo la Municipalidad tuviera tuición sobre las tierras en Pascua, pero ahora son muchas las instituciones fiscales o semifiscales que la tendrán. A mi juicio, los menos beneficiados con ello serán los actuales residentes de la isla, pues ellos, para poder gozar de los beneficios de la explotación de la tierra, deberán incorporarse a las cooperativas. Teóricamente, ello es muy importante, los isleños no han tenido mayor contacto con la civilización, han vivido a su manera —para usar un término popular— durante toda su vida, y por lo tanto, es difícil organizarlos en cooperativas».

Señor Curti: «No hay obligación de organizar cooperativas en las pequeñas parcelas que se distribuirán. Las habrá en la extensión de 14 mil hectáreas correspondiente al fundo fiscal».

Contreras: «¿Y quién explotará este fundo?».

Curti: «La Corporación de Fomento de la Producción».

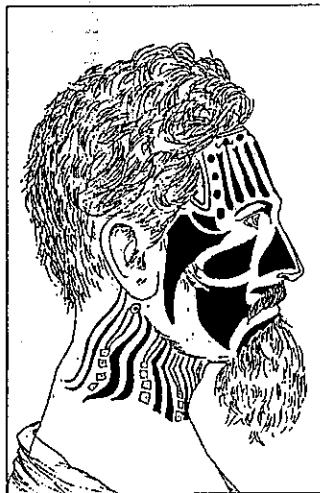
Contreras: «Entonces, los isleños quedarán en las mismas condiciones de siempre».

A pesar de eso, sostiene que las tierras deberán seguir siendo fiscales, dejando en claro que

«...los campesinos deben tener preferencia para el usufructo de la tierra. Soy partidario de que gran parte de los terrenos sea propiedad fiscal, pero no de que los isleños vayan a ser explotados por otras instituciones».

En otra parte, sin embargo, parte del supuesto que

«...este grupo de ciudadanos, al incorporarse a nuestro territorio, no entregaron su suelo al gobierno de Chile... Durante todo el tiempo en que Pascua estuvo arrendada, sus habitantes no gozaron del usufructo de la tierra, como no disfrutaban de él en la actualidad, no obstante estar entregada a una repartición de la Armada».



TATUAJE RAPA NUI.

Detrás de estas afirmaciones, que muchas veces parecen contradictorias, se esconde la falta de conocimiento real que los políticos tenían de la situación y las condiciones de la isla, así como cierta inseguridad acerca de qué decisiones tomar en este asunto tan importante. Tampoco ayuda la reiterada afirmación que los rapa nui tienen un derecho hereditario sobre sus tierras. Ya Ampuero había señalado, como recordamos, que en el Tratado de Cesión de 1888 en ninguna parte dice que los jefes de los clanes entregaron sus tierras a Chile. La devolución de las tierras a los rapa nui era una exigencia antigua de muchas partes, pero después de tanta tramitación el asunto estaba completamente atascado. Lo que posiblemente más de un político pensaba —pero no se atrevía a decir para no revelar las propias omisiones— era que, en vista de su

«atraso de ochenta años», los rapa nui no estarían preparados para hacerse cargo de sus asuntos.

El senador Barros prescindió de declaraciones de principio y resumió preocupado:

«La gravedad de este inciso radica en la reserva que para sí hace el Estado del derecho a conceder terrenos, bajo el disfraz de establecer cooperativas en ellos... cualquier afuerino puede llegar a Pascua con las manos limpias para apropiarse de la tierra».

Al final, igual quedó en eso: El Estado se quedó con la prerrogativa de disponer de los terrenos fiscales.

Los Honorables también se complicaron con el tema de los derechos civiles de los rapa nui. El diputado Silva Ulloa se indigna:

«Sabemos que los pascuenses eligen sus autoridades de acuerdo con sus propias normas. Sin embargo, se pretende que el Alcalde de la Municipalidad que se crea por este proyecto sea designado por el Presidente de la República. Este es un atentado contra la manera de ser de los pascuenses».

El senador Millas lo secunda:

«Ahora se constituye legalmente una municipalidad, pero respecto de ella se establece como una especie de minoría de edad, como si fuese necesaria una tutoría, en circunstancias que allí habrá un Subdelegado, que será una autoridad designada por el Presidente de la República. Este es un camino por el cual no puede tomar el Congreso Nacional de Chile».

El diputado Godoy Urrutia todavía no ve claro, y expresa sus dudas

«...respecto de cómo, en el futuro, será elegido el Alcalde de este municipio. No sé si éste será designado directamente por el Presidente de la República, ...o se elegirá de entre el grupo de Regidores que integren la Municipalidad ... Basta recordar el caso del profesor [Alfonso Rapu] a quien se había atribuido determinadas actitudes y responsabilidades, pero quien, sencillamente, era una persona que no gozaba del afecto y de la confianza de los jefes militares de la Isla de Pascua. Es natural que los habitantes de aquella parte del territorio nacional a quienes se ha considerado como personas de segunda clase desde el punto de vista político electoral y se ha negado toda oportunidad, pongan su confianza

en un maestro al cual han investido casi con el poder de un alcalde para la resolución de los conflictos que puedan tener por la tenencia o pérdida de alguna cosa».

Con eso, por lo menos, los críticos tuvieron éxito. En la ley se incluyó que la elección de alcalde y regidores no requieran la aprobación de una instancia superior. En cambio, no fue aceptada la moción de los senadores Ampuero y Contreras de elegir un diputado rapa nui.

Resultan extrañas las reiteradas quejas por la falta de antecedentes. ¿A qué se debía? Los políticos ¿no se habían informado por falta de interés? ¿Acaso el alto mando de la Armada, de quien dependía la administración de Isla de Pascua, tampoco estaba al tanto de lo que allí sucedía?

Lo lógico hubiese sido que la oficialidad de los «ingleses de Sudamérica» hubiese cumplido con su deber de informar a sus superiores o al gobierno. ¿O no? ¿O no decían toda la verdad? ¿Es posible que después de 1914 –del espectacular viaje de inspección de la *Baquedano*– se hayan realizado sólo visitas de camaradería, pero sin un control efectivo de los gobernadores? Por último estaba el gobierno que podría haber recopilado datos sistemáticamente. Si bien el proyecto de ley demuestra que sus autores manejaban antecedentes, los debates parecen indicar que los parlamentarios, o carecían de éstos, o no los habían estudiado. Sea quien sea el responsable de estas omisiones: fueron graves.

No es de sorprender entonces que el senador Bossay se lamente que

«Nada sacamos con dar algunas posibilidades a las familias de los insulares, dotándolas de un buen juez, de un buen gobernador, de funcionarios para el juzgado, de un director del hospital, si no vinculamos de manera efectiva a la isla misma con el territorio continental. Todo lo demás es una novela de Salgari; es extraordinariamente hermoso e imaginativo, pero, a los dos o tres años, se transformará en una aventura fracasada».

Y Ampuero constata resignado:

«Ahora bien, dentro de ese criterio limitado, de esa concepción de una legislación experimental, temo que estemos cometiendo graves errores difíciles de evitar. Los señores Senadores deben tomar en cuenta que los antecedentes antropológicos y psicológicos y las características demográficas y sociales de la isla, son absolutamente distintas de las que caracterizan a la población continental».

Tampoco prospera el llamado de Millas en el sentido que

«...debe realizarse una política absolutamente nueva, sin asomo, en ningún sentido, de desprecio al pueblo de la Isla de Pascua. Porque es desprecio lo que notamos, lamentablemente –y esto nos produce una gran amargura– en algunas declaraciones, a que antes me referí, del Encargado de las Relaciones Públicas de la Armada Nacional y de otros funcionarios públicos».

Lamentablemente, no nos enteramos qué dijeron esos señores. Pero debe haber puesto los pelos de punta a Millas y a otros.

Pareciera ser que recién la carta de Alfonso Rapu y sus compañeros de lucha entregó la información de contexto necesaria para el debate. Cuando explotó la bomba, fue la gran hora del diputado Millas. Recuenta las denuncias de los firmantes: la prohibición de reuniones masivas, las restricciones del derecho de libre tránsito y de viajes fuera de la isla, la interceptación de las conversaciones telefónicas, los castigos draconianos, y prosigue:

«Dicen que esto no está de acuerdo con sus costumbres ancestrales, con lo que hacían sus antepasados al administrar justicia. Esto indica que no se toman en cuenta sus costumbres, sino que se aplican medidas contrarias a ellas, creando, en consecuencia, un lógico resentimiento, una situación de amargura... Dan a conocer también algo extraordinariamente grave relacionado con la vigencia de las garantías constitucionales. Estos vecinos de la Isla dicen que no se puede transitar libremente, porque hay prohibición de andar en la calle después de las nueve de la noche».

Millas señala además que en la revista *Ercilla* acaba de publicarse un artículo en el cual

«...don Mariano Pakarati expresa lo siguiente: "A un niño (hermano del profesor Rapu) lo azotaron porque dijo que el dentista era más mujer que hombre. Le dieron 150 azotes. Según la Armada, se dice que a una niña la pelaron al rape por robos reiterados, y es verdad. Pero a otras tres les aplicaron la misma pena por cantar una canción contra el anterior Gobernador de la Isla, el capitán de corbeta John Martin"».

El diputado Lavanderos está indignado:

«En la isla no rigen ni la Constitución, ni los Códigos, ni ninguna de las disposiciones legales que se aplican en el Continente chileno... Estos chilenos se rigen —como he señalado— por un sistema extraordinariamente anticuado y colonial».

Millas continúa:

«En su edición de hoy, la revista Ercilla publica también declaraciones de algunos hijos de Pascua. Don Melchor Hucke y su hermana Felicias, por un lado, y don Mariano Pakarati, por otro, hacen allí afirmaciones muy parecidas y que, en lo fundamental, corresponden a lo sostenido por los cincuenta y tantos habitantes de la Isla que, dramáticamente, han tenido que dirigirse al Presidente de la República clamando por justicia.

Don Melchor Hucke y su hermana Felicias señalan "que en la Isla tampoco existe el derecho a defensa, como ocurre en cualquiera parte del mundo" y que "si un pascuense comete un delito, el castigo son los azotes". Esta pena ya no se aplica en el territorio continental, pero ocurre que se la mantiene vigente en Pascua, según se dice, por adaptarse mejor a la idiosincrasia de los isleños, a pesar de que nunca ha pertenecido a sus costumbres. Ha sido llevada a la Isla por malos funcionarios, que en esa forma han perjudicado el prestigio de nuestra República y, por lo tanto, han desarrollado una labor que no podemos calificar sino de antipatriótica».

El señor Rivas: «¡Qué vergüenza!»

Millas: *«Además, estos hijos de la Isla... afirmaron a la revista Ercilla lo siguiente: "Actualmente no hay transporte con la Isla que tenga capacidad para llevar mercaderías para el abastecimiento. El año pasado, cuando viajamos en el transporte «Pinto», a los isleños nos dieron la bodega 2 y allí tuvimos que alojar, solamente en una litera sin sábanas, sin colchones, sin ropa de abrigo, con la bodega totalmente abierta. Yo creo" —dice Melchor Hucke— "que éste no es tratamiento para los seres humanos, no es para un chileno. Han ocultado muchas cosas"».*

Millas cierra su discurso con un ferviente llamado:

«En forma responsable y concreta, varios ciudadanos han hecho denuncias graves que afectan la dignidad nacional y demuestran la necesidad de investigarlas. Indiqué la conveniencia de pedir esa indagación al señor Ministro de Defensa Nacional, como expresión de la más amplia solidaridad de los sectores de

la Cámara de Diputados para con los habitantes de este territorio nacional, a fin de informar detalladamente a la opinión pública si ellas han correspondido a la verdad y, en caso que así fuera, qué sanciones se han aplicado a los responsables de la transgresión».

El intento de los diputados Leigh y Muñoz, de solidarizar con la Armada Nacional mediante una declaración de honor, no prosperó debido a la crítica de ambas cámaras. De ese modo, el senador Víctor Contreras pudo constatar que

«Hay consenso unánime de que la política seguida respecto de la isla de Pascua ha sido funesta. La entrega de ella a la firma Williamson & Balfour y posteriormente considerado como una especie de territorio cerrado, rígidamente gobernado por la Armada Nacional, han sido factores determinantes en el atraso de la isla y en su integración con Chile».

Pero, ¿qué resultado dieron los acalorados debates, la gran indignación y los fervientes llamados? Por fin, la ley promulgada el 1 de marzo de 1966 reconoció a los rapa nui todos los derechos que les corresponden como ciudadanos chilenos. El ghetto fue disuelto, y los descendientes de aquella cultura grande y única pudieron volver a transitar libremente por su Ombligo del Mundo. Pero hasta el día de hoy se les niega el usufructo de los terrenos fiscales, lo mismo que el derecho de participar en la administración de éstos, y el derecho de uso. No les quedó más que antes: el 12% de su isla, la Comuna de Hanga Roa.

A la vista de todos, los representantes del pueblo chileno habían criticado duramente al Estado y a la Armada Nacional. Habría sido el momento de redefinir la historia y el desarrollo de Isla de Pascua bajo nuevos conceptos: una tarea no solamente para los chilenos, sino que también para los numerosos investigadores y periodistas que hasta ese momento habían mantenido silencio.



MUJERES RAPA NUI.

Lo más banal... *No querer saber refuerza la autocomplacencia*

«Los hombres utilizan su inteligencia sólo para justificar sus injusticias, y sus palabras sólo para esconder sus pensamientos».

VOLTAIRE

En enero de 1994, visité a la monja católica hermana Augustina, cuya misión en Isla de Pascua estaba por terminar después de 17 años. En el transcurso de nuestra conversación, mencioné el tema del ghetto, el alambre de púas, los portones cerrados y el hecho que nadie podía salir de Hanga Roa sin autorización del Gobernador.

La hermana Augustina rechazó esto con un indignado «¡¡No!!», como si alguien la hubiese inculcado a ella.

Le hice ver que en la literatura hay acuerdo unánime sobre estos hechos. Irritada, movió la cabeza: «No me lo puedo imaginar. ¿Tan estricto? De eso no supimos nunca. Las hermanas que volvían a la casa matriz nos contaban todo. Pero de ese alambre de púas, no».

Si había escuchado de los permisos para salir del pueblo, quise saber.

Había perdido la seguridad y respondió pausadamente: «Sí, puede haber sido. En realidad, es como muy europeo, eso de avisar cuando se sale y se entra. Pero nunca tan estricto». Pensó un rato e intentó una explicación: «Hay que considerar que había medidas por la lepra. Por eso los nativos tampoco podían tener perros. Tenían cerdos y plantaban maíz. No pasaban hambre y estaban bastante felices».

En agosto de 1993, escribí una carta con algunas preguntas a Thor Heyerdahl. Uno de sus colaboradores más estrechos, Arne Skjæsvold, me contestó que acababa de volver de un congreso de arqueología en Wyoming, donde Heyerdahl había sido distinguido como «campeón» de la Isla de Pascua en presencia del gobernador, el alcalde y varios otros pascuenses. Sobre la situación de los rapa nui dijo lo siguiente:

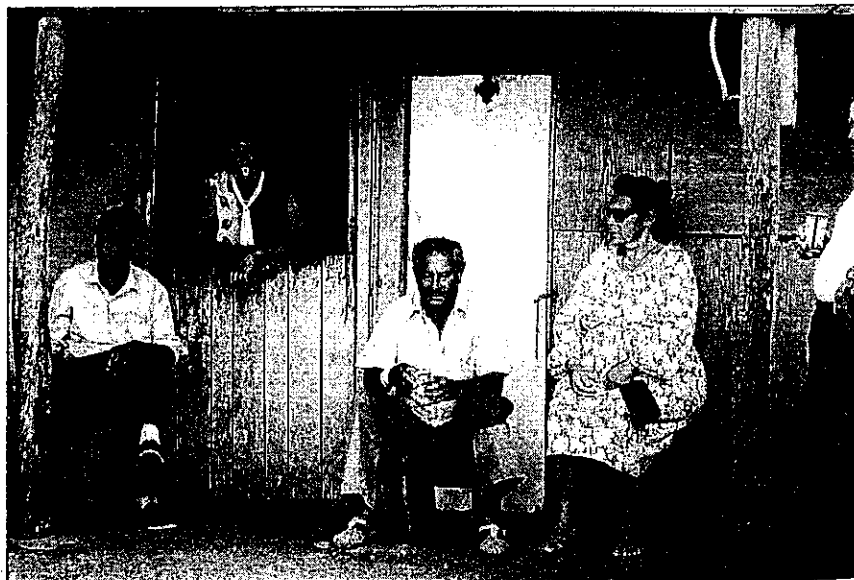
«La Isla de Pascua es una comunidad aislada y pequeña con recursos naturales muy limitados. Según criterios europeos, por supuesto que allá reina una pobreza generalizada. Pero no hay hambre, y, hasta donde yo puedo juzgar, la

mayoría de los pascuenses tiene una vida relativamente buena... Las condiciones han mejorado a través de los últimos diez años».

Sobre las condiciones de 1955, la primera vez que estuvo en la isla con Heyerdahl, la carta no dice nada.

Federico Felbermeyer, al que ya conocimos como miembro activo y comprometido de la «Sociedad de Amigos de Isla de Pascua», recopiló las leyendas Rapa Nui de la época anterior a la destrucción de su cultura ancestral. Entre los años 1946 y 1966 viajó muchas veces a la isla. En el prólogo de su libro *Sagen und Überlieferungen der Osterinsel* (Leyendas y Tradiciones de Isla de Pascua) describe un día en la vida de los pascuenses de la siguiente manera:

«Natural y alegre es su vida. Inmediatamente después de levantarse, cada isleño sale a darse un baño de mar. Algunos bucean por langostas, las que atrapan con la mano. Otros, con lanzas especialmente confeccionadas, arponean peces con una precisión increíble. Después del baño, van a sus chacras. Cada uno tiene un pedazo de tierra donde se trabaja durante todo el día... A la puesta del



FAMILIA RAPA NUI.

sol todos sin excepción, hombres y mujeres, grandes y pequeños, están nuevamente en el agua bañándose. Hasta hace poco, todos se bañaban sin ropa, sin estar conscientes de su desnudez. Después de comer se reúnen en sus casas. Allí se cuentan historias, se canta y se baila».

El cerco y el alambre de púas son detalles que Felbermeyer pasa por alto. Pero no olvida dar las gracias a la Armada «...que en tantas oportunidades me ha dado y me sigue dando la oportunidad de visitar la isla». Su libro se publicó en 1971.

El médico Dr. Skoryna, director de la METEL, que sin querer estuvo involucrado en los días rebeldes de 1964 y 1965, treinta años después quiso hacer un seguimiento. En diciembre de 1992 apareció una retrospectiva en el *Rapa Nui Journal*. Dedicó sólo algunas líneas a los acontecimientos tan excitantes, pero alaba:

«El comandante Rojas tomó una de las mejores decisiones que un oficial de marina podía tomar: durante nuestra estadía dispuso elecciones libres en la isla. Hizo más de lo que los isleños habían pedido y transformó una situación explosiva en una "gloriosa revolución"».

Conversé con un británico que no parecía del todo desinformado, y le presenté mi punto de vista sobre la situación de entonces. Con una débil sonrisa me contestó:

«¿Qué quiere? Tan mal no estaban los rapa nui. Los dejaban tranquilos y podían multiplicarse. Otros pueblos indígenas como los indios americanos han sido cruelmente diezmados, o completamente exterminados como los Onas de Tierra del Fuego o los Aborígenes de Tasmania. Cuando los ingleses ocupamos esa isla australiana en 1803, lo hicimos siguiendo el mandato bíblico: multiplicad y poblad la tierra. Y cuando vimos que los aborígenes no hacían labores agrícolas, vale decir que no habían sometido la tierra, los exterminamos rápida y radicalmente dentro de 65 años». Guiñándome un ojo, siguió en tono malicioso: «¿Y qué hicieron los chilenos aquí en Easter Island? Con un cerco protegieron a los rapa nui para que no fuesen presa de gente tan mala como nosotros».

«Claro, Policarpo Toro», le seguí la onda, «humanista como era, quiso proteger a los indefensos nativos de un destino tan cruel». Mi amigo inglés se rió a carcajadas.

La historia nunca estará a salvo de la fantasía. Sigamos hilando y hagamos conjeturas –lo que el historiador en realidad no debería hacer– acerca de

si los rapa nui habrían sobrevivido, si una de las grandes potencia hubiese decidido ocupar el Ombligo del Mundo a comienzos del siglo XIX. O qué hubiese pasado si el Estado chileno se hubiese comprometido con su nueva adquisición y la colonización de Pedro Pablo Toro hubiese prosperado: lo más probable es que en la isla, entre muchas familias de origen europeo sobrevivieran unos cuantos rapa nui como empleados domésticos. Viéndolo así, los rapa nui deberían estar agradecidos por el abandono porque se les permitió sobrevivir como pueblo.

¿No sería esta una bonita conclusión? Dejaría contentos a todos los responsables y les evitaría el esfuerzo de tener que negar el pasado. Pero para que la historia no se convierta en sátira, mejor atengámonos a la realidad. El Parlamento chileno dejó en claro quiénes eran los políticamente responsables de la situación de Isla de Pascua. Pero eso no basta para volver a la orden del día. Detrás de cada decisión, hay personas con juicios valóricos. Ahora, tampoco podemos generalizar y hablar de los chilenos. Hubo muchos hombres y mujeres en Chile que con simpatía y solidaridad estuvieron del lado del pueblo rapa nui. Baste recordar a los donantes que escucharon el llamado del obispo Edwards, a los Amigos de Isla de Pascua, al doctor Andrade que sufrió las consecuencias de su compromiso con los isleños, a las observaciones críticas de Walter Knoche y *—last but not least—* a los senadores y diputados comprometidos. Pero hubo otros *—también entre los no-chilenos—* que por su arrogancia o para no sentirse culpables opinaban que el encierro era un modo de vida adecuado para esa especie de humanos, o no querían saber y apartaban la vista. Según el Dr. Dougnac, eso no excluye a los científicos:

«Se interesaban sólo por la cultura pre-europea. No establecían la relación entre aquella cultura y las personas que vivían en el ghetto. Simplemente no percibían la existencia de los rapa nui... Del mismo modo, la mayoría de los científicos que estuvieron investigando en la isla prácticamente no se interesó por la historia posterior a la anexión».

Alfred Métraux, Francis Mazière y Robert J. Casey son excepciones, como también Adelbert von Chamisso, a quien no podemos dejar de nombrar aquí. Los dos primeros elevaron vehementes protestas que no quedaron sin eco. Pero ellos no pudieron hacer más que llamar la atención sobre la desigualdad entre los chilenos continentales y los rapa nui. Demasiado tiempo faltó la voluntad política para intervenir. Total, para los que no vivían en la isla no había problemas. Aparte de los castigos inhumanos, que los chilenos continentales desconocían, era cierto que no había una persecución contra los nativos como

en los tiempos de Dutrou-Bornier o Merlet, que hubiesen querido exterminarlos o deportarlos a todos. En Isla de Pascua, «solamente» hubo una dictadura que duró 78 años, donde unos pocos tenían todo y el resto no tenía nada que decir. Fue suficiente que los poderosos estuviesen convencidos de que actuaban en nombre de la justicia, el deber, el honor y de todas esas hermosas palabras que tenemos para encubrir nuestras pasiones e intereses. A los representantes de la raza blanca les agrada verse como los hijos predilectos de Dios. Así, muchos tienen un sentimiento de superioridad, producto de su educación, que les asegura que aquéllos que tienen una historia distinta, o peor aún un color de piel distinto, necesariamente tienen que ser inferiores. Que son *—se decía y se sigue diciendo—* incultos, degenerados, alcohólicos, maniáticos sexuales y sin respeto por la propiedad ajena. «Y sobre todo», advirtió Sebastián Englert a Mazière, «no les crea a los aborígenes. Son todos mentirosos y bribones». También yo recibí más de una vez esa advertencia.

Si les preguntamos a los rapa nui, estos prejuicios no han cambiado mucho. Los chilenos, por supuesto, lo ven de otra manera. A pesar de eso, la República de Chile hasta el día de hoy no se decide a entregar la isla a los rapa nui para que ellos la administren.

Le pregunté a Benito Rapahango: «¿Pero cómo quieren hacerlo? La isla es un negocio a pérdida para el Estado».

No estuvo de acuerdo con eso y me contestó con una alegoría:

«Cuando adopto un niño, tengo distintos compromisos. Un buen padre dará a su hijo una buena educación, para que éste pueda decidir libremente su camino, y no porque el padre esté pensando en hacer ganancias. Pero si tengo un padre adoptivo que es un miserable y me trata mal, tengo que decirle lo desconforme que estoy con él. Nosotros no buscamos la independencia, sino que queremos más autonomía. Exigimos al gobierno que por fin reconozca que las tierras nos pertenecen a nosotros los rapa nui y no al Estado. La excusa de Chile en 1888 fue que quería proteger la isla. ¿De quién? Si nosotros reconocemos su soberanía, ellos tienen que protegernos, pero no pueden robar lo que nos pertenece. Si algo así pasa en el Continente, se va a tribunales. Eso es lo que estamos haciendo ahora. Y el gobierno ya se dio cuenta».

¿Qué impide al gobierno desarrollar un programa de transición de varios años, y a capacitar a los rapa nui para una autonomía bajo bandera chilena?

Si hacemos un balance de lo que caracterizó la autocracia de 78 años de los estancieros y de la Armada Nacional, no fue la represión violenta. Lo que imperó en Rapa Nui fueron arrogancia e ignorancia, displicencia y desprecio,

insensibilidad y descuido, olvido y silencio, y en el mejor de los casos una benevolencia condescendiente, vale decir: toda la banalidad del mal con que se humilla y rebaja al prójimo. Las denuncias de los pocos defensores tuvieron poquísima resonancia.

Todos los que escribieron sobre Isla de Pascua, señalando su situación y emitiendo juicios sobre los rapa nui habían llegado de afuera. Salvo contadas excepciones —que ya hemos mencionado— se conformaron con las apariencias. Su parámetro era la civilización cristiano-occidental y ni siquiera se preocuparon por descubrir las razones que motivaban la conducta de los nativos. Tampoco se preguntaron si la imagen que los rapa nui tenían de ellos, los afuerinos, comenzando con Roggeveen, correspondía a la imagen que ellos hubiesen querido proyectar. «El americano que primero avistó a Colón», satiriza en 1783 Georg Christoph Lichtenberg, «hizo un terrible descubrimiento».

Ya es hora que cronistas rapa nui empiecen a registrar su historia, sus experiencias y los hechos desde la perspectiva de los afectados. «¿Por qué no lo hacen?» La respuesta, llena de autocomplacencia, denota la opinión mayoritaria: «Porque son tontos y primitivos y además nos llenarían de mentiras». El que así piensa, olvida que los esclavistas del siglo XIX despojaron a la sociedad rapa nui de su clase dirigente, de su escritura y de su sistema social. A continuación, los misioneros les quitaron el resto de su identidad. Tuvieron que vivir como prisioneros en su propia isla, sin saber escribir, y por lo tanto sin la posibilidad de anotar nada. Cuando medio siglo después de la anexión fueron sometidos a los planes de estudios de Chile, estuvieron obligados a aprender el idioma y el alfabeto de los colonialistas. Además, Chile no está interesado en una elaboración crítica de la historia del ghetto. Si se toman en cuenta todos estos factores, se entiende por qué es tan difícil para los rapa nui escribir la historia de su pueblo. La mayoría de los extranjeros han asignado a los rapa nui, como un director de película, la función de comparsas. Como extras aparecen en la historia del hombre blanco, como éste quiere verlos: un elemento folklórico sin derecho a voz.

Los protagonistas fueron otros. El rol del obispo Rafael Edwards se considera honorable, y más aún el de Sebastián Englert. También algunos gobernadores, como el Dr. Tejada, aparecen en los anales como hombres enérgicos y loables. Un monumento recuerda a Policarpo Toro en Isla de Pascua, y la calle central de Hanga Roa lleva su nombre. A tal señor, tal honor. Nosotros preguntamos, con Bertolt Brecht: «¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas? En los libros aparecen los nombres de reyes. ¿Acaso los reyes acarrearón las piedras?». Vanamente buscamos en Hanga Roa una calle que lleve el nombre de Angata. Tampoco existe una plaza Alfonso Rapu. ¿Quién ha conmemorado

públicamente al último Ariki Riroroko, hecho asesinar por Merlet? ¿Quién recopiló los nombres de las mujeres y hombres que en tiempos duros mantuvieron unido a su pueblo y le dieron fuerzas para sobrevivir? En el viejo cementerio al lado del gimnasio, donde no es posible identificar ni una tumba, yacen los anónimos y olvidados.



Epílogo

*«Aquí estamos, con desencanto y aflicción,
y sin respuesta, mas cae el telón».*

BERTOLT BRECHT; *EL ALMA BUENA DE SECHUÁN*

No todas, pero muchas preguntas quedan aún por resolver antes de que la historia de Isla de Pascua desde 1888 hasta 1966 pueda ser contada con todas sus facetas. Por un lado se necesitarán más testimonios de los rapa nui, pero los que están dispuestos a hablar suelen ser catalogados de fantasiosos o mentirosos. Por lo demás, también escasean informes de terceros que hayan tratado de comprender a los nativos. Sería interesante saber si en los primeros cincuenta años hubo alguien que entrevistó a isleños. Tampoco sabemos si en los informes de los administradores de la estancia, a la vez subdelegados marítimos, y de los gobernadores a sus superiores, se encuentran antecedentes sobre la vida de los rapa nui, y sobre la forma de ejercer la autoridad frente a los encerrados. También surge la pregunta si hubo investigadores que por consideración con el anfitrión Chile, optaron por no hablar de la situación de los rapa nui, o prefirieron aceptar las explicaciones que recibieron de los responsables.

Uno de ellos fue Sir Henry Luke, ex gobernador británico de las islas Fidji. En 1952 alojó durante una semana en Mataveri en la casa de Mr. Daley, el último administrador de la CEDIP. Sir Harry escribe que el comandante de la Armada llevaba un régimen benevolente, que la Compañía se preocupaba paternalmente de los nativos y los había prevenido de emigrar al Continente. Percibía a los isleños como amables, que no había delincuencia y por lo tanto no hacía falta una cárcel. Esta es la imagen que comúnmente se tiene de Isla de Pascua. Probablemente por oportunismo: Otro ejemplo: en su libro *Die Geheimnisse der Osterinsel* (Los Secretos de Isla de Pascua, 1980), notable por lo demás, los investigadores soviéticos Krendelyov y Kondratov mencionan solamente con una frase, en el cuadro cronológico, que la anexión convirtió al pueblo de Hanga Roa en «reservación», un término frecuentemente empleado. En numerosos informes, el capítulo sobre la historia de la

isla termina con la anexión, o el período siguiente es tratado muy someramente. Helen Ried anotó que Chile primero negó la autorización para la expedición (METE), y que después la dio con la condición de que cada equipo de investigadores –en total ocho– debía ir acompañado de un observador chileno.

¿Controlaba Chile la labor de los científicos y revisaba sus trabajos escritos? ¿Se preocupaba el Estado, representado por los gobernadores de turno, que científicos o visitantes como Sir Harry Luke no tuviesen un contacto demasiado estrecho con los rapa nui? A diferencia de los demás, Mazière vivió con su esposa tahitiana, durante nueve meses, no en la residencia de Mataveri, sino en el ghetto con los pascuenses. Después de finalizar su trabajo, el francés se despidió, pensativo y con el corazón oprimido, de los isleños que él y su mujer sentían tan hermanos. Recuerda:

«El gobernador saludó sin ninguna señal de emoción».

Continúa con una frase difícil de interpretar:

«Sonría, gobernador de la Isla de Pascua, porque puede ser que tengamos problemas, y usted nunca se enterará de lo que eso significa en Francia».

¿Temía Mazière que Chile le enviaría una nota a Francia declarándolo «persona non grata», porque tenía la intención de criticar fundamentalmente las relaciones de dominio en Rapa Nui? ¿O estaba equivocado en su apreciación de la situación?

No sin tristeza concluye su libro:

«Allí están los amigos cuyos nombres no quise dar en este libro, porque tienen que seguir viviendo en esta isla... Doloroso todo esto.

El corazón lleno de dolor,

el motor andando,

¡listos para el zarpe!

Fin».

Francis Mazière la llamó «La Isla del Silencio». ¿Fue un silencio forzado? ¿Un silencio cortés? ¿Quizás un silencio por temor?

¿O realmente fue como varios, p.ej. Federico Felbermeyer, quisieron verlo: una convivencia informal y alegre de la autoridad con sus súbditos en una reservación donde los descendientes de una gran cultura vivían protegidos y en paz, molestados sólo de vez en cuando por la insubordinación de unos pocos? Pero este idilio era más bien una foto de estudio, destinada a

proyectar ante el mundo la imagen de un régimen humanitario, así como durante 120 años los rapa nui tuvieron que ponerse sus vestidos domingueros para posar ante las cámaras. Que tras los muros de una cárcel también hay risas y alegrías, a pesar del miedo y la desesperación, nadie lo niega. De otro modo, no se podría vivir.

Desde los tiempos de Dutrou-Bornier, los rapa nui no conocían otra vida que dentro de límites estrechos y vigilados. Aunque para terceros la similitud con un sistema carcelario era evidente, llama la atención que los que nacieron tras las alambradas tampoco aceptaban su situación como normal, sino que conservaron su capacidad de resistencia, la que se manifestó una y otra vez.

¿Cómo siguió la historia en Isla de Pascua después de la caída del muro y de las alambradas en 1966? ¿Qué cambió? Este capítulo amerita un estudio separado como el de J. Douglas Porteous, y de otros que vendrán. Yo quisiera limitarme a unas pocas frases.

Por supuesto que la infraestructura de Isla de Pascua ha mejorado. La inauguración del aeropuerto en 1967 jugó un rol importante, aunque la línea aérea Lan Chile tiene el monopolio y dicta los precios de pasajes y carga. Esto es especialmente crítico para los isleños, ya que todo, con la excepción de algunos productos agropecuarios, tiene que ser traído desde el Continente, lo que encarece las mercaderías tres o cuatro veces en relación con Chile Central. Por eso las voces que piden la construcción de un puerto son cada vez más fuertes. Pero los costos son demasiado altos para el Estado. Por el otro lado, recién los aviones trajeron el turismo a Isla de Pascua. De él profitan no sólo los hoteles y residenciales, sino la mayoría de la población. Estos ingresos son el único pilar de su economía, porque prácticamente no hay nada para exportar. Un significativo retroceso del número de visitantes conlleva pérdidas para todos, como sucedió durante los 17 años de dictadura militar que frenaron el desarrollo de la isla. El Consejo de Ancianos Rapa Nui, constituido en 1966, fue disuelto y reemplazado, como todos los organismos de la administración civil en Chile, por los militares. Cuando Patricio Aylwin sucedió a Augusto Pinochet en 1990, pasó bastante tiempo hasta que este cambio se reflejara en Isla de Pascua. En los últimos años se han podido constatar una serie de adelantos. Algunos son: la ampliación de la escuela, la creación de becas de estudio para el Continente, y finalmente la construcción de caminos. Un importante paso hacia la descentralización asignó a la Municipalidad un presupuesto propio para ser administrado según sus necesidades. Hasta mediados de los años noventa, la comuna tenía que solicitar el financiamiento de cada medida en Santiago.

A menudo me preguntan: «En las últimas tres décadas ¿ha habido un acercamiento entre los rapa nui y los chilenos continentales que viven en Isla de Pascua?» Seguramente. Pero las tensiones y diferencias son imposibles de ignorar. La mayoría de los antiguos residentes se sienten como rapa nui bajo una soberanía chilena que les es ajena. Entre ellos, hablan sólo la lengua rapa nui. El castellano es para muchos el primer idioma extranjero. Su identidad tiene raíces históricas completamente distintas que la de los demás chilenos, quienes han desarrollado un sentimiento patriótico específico desde que lograron su independencia de España en 1818. Proviene de dos vertientes culturales fundamentalmente distintas. Eso hace que la mutua comprensión sea complicada. Actualmente, Isla de Pascua tiene cerca de 3.500 habitantes, unos 500 de éstos son chilenos continentales, algunos de ellos casados con isleños. Frecuentemente se ven «matrimonios mixtos» con europeos o americanos. Generalmente, las mujeres rapa nui emigran con sus maridos al país de éstos, mientras que muchas de las mujeres foráneas casadas con rapa nui, se han quedado en la isla. Se dice que por el mestizaje que comenzó con la llegada de Roggeveen, prácticamente ya no quedarían rapa nui genéticamente puros. A pesar de esto, los rapa nui mantienen un fuerte sentido de identidad y lealtad hacia su «isla sagrada», como Piru la llamara en alguna ocasión. Incluso boicotearon las celebraciones del centenario de la anexión, en 1988. Por eso, no debe sorprender a nadie que el «dominio ajeno» sobre el 88 % de su territorio sea para ellos como un cuerpo extraño en su misma carne.

¿Habrá cambios? Le pregunté al gobernador si se podía contar con la devolución de las tierras, y en caso positivo, cuándo. Su respuesta fue enigmática:

«En cien años, aquí vivirán 40.000 personas».

Yo lo entendí así que no tenía esperanza de una devolución legal, pero que confiaba en el poder inmanente de los hechos, al que Chile a la larga no podría sustraerse.

También a mí me preguntan cómo veo el futuro de Isla de Pascua. Los pronósticos sobre el futuro son un juego intelectual popular e inofensivo en todo el mundo. Cuando era joven, también solía hacer augurios. Pero desde que en 1989 se derrumbó la RDA y todo el bloque socialista, aprendí que el profeta cauto, antes de afirmar algo, espera que las cosas hayan sucedido.

Abstengámonos entonces de pronósticos. Pero sí me queda una pregunta al futuro: Frente a las tentaciones materiales del mundo moderno, los rapa nui ¿perderán su idiosincrasia? La ansiada multiculturalidad, ¿se ahogará en el

mar de la globalización, tendencia mucho más antigua que su nombre de moda? ¿O este minúsculo grupo humano podrá conservar los restos de su identidad cultural, su idioma, su forma de pensar y de vivir? ¡Quién podría decirlo!

Una noche de enero de 1965, Juan Atan le dijo a Helen Ried:
«*Caminas con los ojos cerrados.*
Crees conocer a los rapa nui.
Pero eres ciega.».

Creo que el anciano no estaba tan equivocado.

Anexo



ORONGO.

Robo de esclavos en Isla de Pascua 1862 - 1863

Antes de la llegada de los esclavistas peruanos, más de 4.000 personas vivían en Rapa Nui.

Barco**	Capitán	Registrado en	Número de deportados*	de vuelta a Callao
Bella Margarita	Hinrichsen	Chile	154	23 de nov. de 1862
Cora*	de Aguirre	Perú	1	Príncipe a Tahiti
Eliza Mason*	Sasuategui	Chile	238	6 de enero de 1863
Serpentina Marina	Martínez	Perú	2	a Tahiti
General Prim	Olano	Perú	117	6 de enero de 1863
Carolina	Morales	Perú	124	24 de enero de 1863
Hermosa Dolores*	Garay	Perú	161	26 de enero de 1863
Rosalía	Bollo	Perú	196	3 de febrero de 1863
Teresa	Núñez	Perú	203	21 de febrero de 1863
Misti	Basagoitía	Perú	2	12 de marzo de 1863
Carolina	Morales	Perú	73	1 de abril de 1863
José Castro*	Acevedo	Perú	73	1 de abril de 1863
Bárbara Gómez	Penny	Perú	23	3 de abril de 1863
Guillermo*	Campell	Perú	77	9 de abril de 1863
Rosa Patricia	Mota	Perú	102	13 de abril de 1863
Micaela Miranda*	Cárcamo	Perú	1	24 de abril de 1863
Rosa y Carmen*	Maristany	España	126	10 de julio de 1863
Urmeneta y Ramos	Urrubarrencon	Perú	31	17 de julio de 1863
Total de deportados:			1.704	

* Los números de deportados se basan sobre todo en Conte Oliveros (1994). Ya que entre los 1.704 secuestrados se encontraban también personas reclutadas en otras islas polinésicas, Conte Oliveros estima la cantidad de rapa nui en aproximadamente 1.400, incluyendo a 274 mujeres y 54 niños.

** Solamente en la incursión del 23 de noviembre de 1862, fueron robadas 801 personas. Los barcos cuyas tripulaciones participaron en la matanza, están marcados con *.

EMIGRACION.

DE LAS ISLAS DE LA OCEANIA

CONTRATA

EL CAPITAN DON JOAN D. SASNATEGUI EN REPRESENTACION DE LA
SOCIEDAD "BEISAMIGOS" ESTABLECIDA EN LA

CIUDAD DEL CALLAO, PUERTO PRINCIPAL DEL PERU.

POR UNA PARTE,

El *Hotu Matua y su familia (cuerpo del Hotu)*
por otra, todos por espontanea voluntad, se comprometen
a cumplir las condiciones siguientes:

DEBERES DEL CAPITAN SASNATEGUI
Y DE QUIEN LO REPRESENTA

- 1.º Recibir *lo* a bordo de la Barca Chilena "Elisa Mason" y conducir *lo* a cualquier puerto del Perú
- 2.º Se *le* proporcionará alimentos sanos, un vestido, colijas para la cama, así como cinco pesos en oro ó plata al mes.
- 3.º En caso de enfermedad se *le* curará, pero sin pagarle sueldo.
- 4.º El sueldo mensual que se *le* pagare, será cinco pesos y seis onzas cuatro pesos se darán al contado, y un peso se le descontará por los gastos de pasaje, ropa, medicina, y alimentos en el puerto de *arriba*.
- 5.º Se *le* darán dos vestidos por año.

DEBERES DEL COLONO Ó INMIGRADO

- 6.º Prestar *su* servicio en el lugar que se designe, por el término de *seis* años, contados desde el día, que se *le* avisó ó ratificó esta contrata.
- 7.º Se *le* dejará libre en el ejercicio de *su* religión.
- 8.º Los días festivos no será *le* obligada á trabajos forzados, á excepción del servicio doméstico.
- 9.º Obedecer *al* respeto y obediencia á *su* superiores.

Hecho en *Callao* á *20* de *Septiembre* 185 *2*

SIGNO DEL INMIGRANTE

SIGNO DEL INTERPRETE

FIRMA DEL CAPITAN.

Sasnategui

RATIFICADA

Hotu

Alonso del Valle

*En copia de los originales con que he
llegado la 2ª División. Elisa Mason*

Alonso del Valle

Cronología

Siglo V	Primer descubrimiento de Isla de Pascua.	Florecimiento de la cultura Maya. Fin del imperio Tolteca en México.
Siglo XIII	Hotu Matua desembarca con su pueblo en el Ombligo del Mundo.	
1541		El español Pedro de Valdivia conquista Chile.
1722	Roggeveen llega como primer europeo.	
1727		Los cuáqueros de EE. UU. exigen la abolición de la esclavitud.
1770	Felipe González anexiona la isla.	
1770		Cook toma posesión de Australia para la corona británica.
1774	James Cook visita Isla de Pascua.	
1786	La Pérouse visita Isla de Pascua.	
1788		Australia se convierte en colonia penitenciaria de Inglaterra.
1805	Asalto de la Nancy	
1811	Asalto de la Pindos	
1818		Chile: Fin de la Guerra de Independencia liderada por O'Higgins. Fundación del Estado chileno.
1833		Inglaterra prohíbe el comercio de esclavos.
1848		Francia la sigue.
1861-65		Guerra civil en EE. UU. por el asunto de los esclavos.
1862	En repetidas incursiones, esclavistas peruanos secuestran a 1.826 rapa nui.	

1864	El francés Eugène Eyraud llega como primer misionero a Rapa Nui.				
1868	Dutrou-Bornier gobierna como déspota.	1868	Derecho a voto para los negros en EE. UU.	1931	Derrocamiento de Ibáñez, retorno de Arturo Alessandri.
1876	Dutrou-Bornier muere asesinado. Fin de la primera actividad misionera.				
1869-86	Buques de distintas naciones visitan Isla de Pascua para sondear el terreno.	1879-83	En la Guerra del Salitre contra Perú y Bolivia, Chile conquista las provincias del norte.	1933	La Isla de Pascua es registrada en el Conservador de Bienes Raíces de Valparaíso.
		1884/85	En la Conferencia sobre el Congo, dirigida por Bismarck, los europeos se reparten África.	1935	El belga Alfred Métraux critica duramente las condiciones reinantes en la isla.
				1937	Comienza su labor el sacerdote capuchino alemán Sebastián Englert.
				1938	Con motivo del cincuentenario, la isla es declarada Monumento Histórico. Tejada gobernador. Monjas hacen clases.
1888	Policarpo Toro anexiona Isla de Pascua para Chile. En el mismo año, Pedro Pablo Toro intenta su colonización.	1891	Guerra civil en Chile: Derrocado el presidente liberal Balmaceda. En la batalla de Little Big Horn, los EE. UU. aniquilan a los Sioux.	1938	Comienzo de los gobiernos del Frente Popular, por 13 años.
				1939-45	Segunda Guerra Mundial
1895	Chile da en arriendo la Isla de Pascua a Enrique Merlet.			1944	Primero de ocho intentos de fuga desde Rapa Nui, primero a Chile, luego a Tahiti.
1898	Merlet hace asesinar al último rey, el Ariki Riroroko.	1899-1902	Guerra de Inglaterra contra los bóers sudafricanos.	1952	El social-fascista Carlos Ibáñez re-elegido Presidente por 6 años.
		1900-11	Sangrienta represión de distintos levantamientos en las colonias europeas.	1953	Chile desahucia definitivamente el contrato con la CEDIP. Autocracia de la Armada de Chile.
1914	La «sacerdotisa» Angata lidera una rebelión contra los estancieros. Katherine Routledge investiga en Rapa Nui.	1914	Comienza la Primera Guerra Mundial	1955	Primera expedición de Thor Heyerdahl a Rapa Nui.
				1958	Jorge Alessandri, hijo de Arturo, elegido sucesor de Ibáñez.
1917	Isla de Pascua pasa a depender de las autoridades navales de Valparaíso. Gobernador: Exequiel Acuña.			1963	Francis Mazière critica la situación en Rapa Nui.
		1920	El reformador social Arturo Alessandri es elegido Presidente de Chile.	1964	Rebelión. Alfonso Rapu elegido alcalde en forma ilegal.
		1929	Alessandri es derrocado por el dictador Carlos Ibáñez.	1964	Comienza a tramitarse la ley sobre la igualdad de derechos ciudadanos para los rapa nui.
		1930	La invención del salitre sintético hace caer las exportaciones salitreras en un 90%. Crisis económica en Chile.	1966	Fin del ghetto.
				1967	Inauguración del aeropuerto.
				1970	Salvador Allende, líder socialista, es elegido Presidente.
				1973	Golpe militar de las Fuerzas Armadas Muere Allende.
				1988	Los rapa nui boicotean la celebración del centenario de la anexión.
				1990	Restablecimiento de la democracia.

Bibliografía

- 1500 Jahre Kultur der Osterinsel: *Schätze aus dem Land des Hotu Matua*. Mainz: von Zabern 1989.
- Anónimo: *La Isla de Pascua y los delincuentes*, La Nación (Santiago de Chile), mayo de 1935.
- Anónimo: *Tweejaarige Reyze rondom de Wereld Ter nader Ondekkinge der Onbekende Zuydlanden ... in het Jaar 1721 ondernomen*. Dordrecht: Johannes van Braam 1728.
- Armada Nacional: *Informe de inspección del capitán de la Baquedano, Luis Stuyen*, del 9.9.1914.
- Arredondo Bravo, Ana María: "La educación en Isla de Pascua", en: *Revista de Educación*, N° 159, agosto de 1988.
- Bahn, Paul / Flenley, John: *Easter Island, Earth island*. New York: Thames and Hudson 1992.
- Behrens, Carl Friedrich: *Reise durch die Südländer und um die Welt*. Frankfurt: Leipzig 1737.
- Behrens, Carl Friedrich: *Der wohlversuchte Süd-Länder*. Leipzig: Monath 1738.
- Buschkühl, Matthias: *Missionsgeschichte der Osterinsel*. Eichstätt: Univ.-Bibl. 1988.
- Casey, Robert J: *Easter Island*. New York: Ribbon 1931.
- Chamisso, Adelbert von: *Entdeckungsreise um die Welt 1815-1818*. München: Alpine Verlagsanstalt 1925.
- Christmann, Helmut: *Die Osterinsel*. 2. Aufl. München: Petersen-Roill 1992.
- Cook, James: *The Journal of H.M.S. Resolution*. Guilford: Genesis Publ. 1981.

- Cook, James: *Entdeckungsfahrten im Pacifik*. 7. Aufl. Stuttgart, Viena: Erdmann 1995.
- Cook, James: *A Voyage toward the South Pole, and around the World*. 2 vol. London: Strahan & Cadell 1777.
- Cook, James: *Die Weltumsegelungsfahrten des Kapitän James Cook*. Hrsg. v. Edwin Hennig. Hamburg: Gutenberg 1908.
- Congreso de la República de Chile: *Diario de Sesiones del Senado*, (Sesión 17, miércoles 6 de enero de 1965 y Sesión 27, del 3 de noviembre de 1965). Santiago de Chile: Cámara de Diputados.
- ✓ Conte Oliveros, Jesús: *Isla de Pascua*. Santiago de Chile: Centro de Investigación de la Imagen, 1994.
- Corney, Balton Glanvill: *the Voyage of Captain don Felipe Gonzalez in the ship of the Line San Lorenzo, with the Frigate Santa Rosalia in company, to Easter Island in 1770-71*. Preceded by an Extract from Mynheer Jacob Roggeveen's Official Log of his Discovery of and Visit to Easter Island in 1722. Reprint of the 1908 ed. Nendeln: Kraus Reprint 1967.
- Daumoser, Innozenz: *Aus unserer Mission in Chile*. 3 Aufsätze. Dokumentation Osterinsel. *Vom Naturpark zum Horchposten des Pentagon*, en: Eco Press. 2.1985, 17.
- Domingo, P.: *Die Insel der Geheimnisse*. En. Seraphisches Weltapostolat des Hl. Franz von Assisi. 3. 1927, 7.
- Donoso Cavallo, F.: *Constitución de la Sociedad "Compañía Explotadora de la Isla de Pascua"*, 7.11.1916.
- ✓ Edwards, Rafael: *La Isla de Pascua*. Santiago de Chile: Imprenta de San José 1918.
- Englert; Sebastian: *Das erste christliche Jahrhundert der Osterinsel 1864-1964*. Frankfurt/M.: Verwuert 1996.
- Englert; Sebastian: *Die Indianerseele*, en: Ewige Anbetung, Dezember 1929.
- Englert; Sebastian: *Plauderei über die Osterinsel*, en: Kapuzinerprovinz 1937.
- Englert; Sebastian: *Die Probleme der Osterinsel*, en: Seraphisches Weltapostolat des Hl. Franz von Assisi. 14. 1938.

- Esen-Baur, Heide-Margaret: *Untersuchungen über den Vogelmann-Kult auf der Osterinsel*. Wiesbaden: Steiner 1983.
- Felbermayer, Fritz: *Sagen und Überlieferungen der Osterinsel*. Nürnberg: Carl 1971.
- Forster, Georg: *Entdeckungsreise nach Tahiti und in die Südsee 1772-1775*. Tübingen: Erdmann 1979.
- Francé-Harrar, Annie: *Die Insel der Vogelmänner*, en: Neue Freie Presse/Chronikbeilage (Viena). 22.2.1929.
- Frank, Ladislaus: *Das Geheimnis der Osterinsel*, en: Berliner Morgenpost. 9.10.1932.
- ✓ García Tello: "La Isla de Pascua debe preocupar al Gobierno", en: *El Sur* (Concepción). 23.5.1935.
- Geiseler, Wilhelm: *Die Osterinsel*. Berlín: Mittler 1883.
- Hacker, Charlotte: *A Christmas Day on Easter Island*. London: Josephs 1968.
- Helfritz, Hans: *Die Rätsel der Osterinsel*. In: Kosmos. 51. 1955, 8. pág. 345-351.
- Helwig, Werner: *Die entzauberte Osterinsel*, en: Merkur. 20. 1966, 6. pág. 535-548.
- Heyerdahl, Thor: *Kon-Tiki*. Frankfurt: Ullstein 1980.
- Heyerdahl, Thor: *Aku-Aku*. Berlín: Ullstein 1957.
- Hey Icka, Sonia: *He Oromatu'a ko Sebastian Englert. Isla de Pascua*: Taller de Escritores Rapa Nui 1985.
- Hunt, Wallis: *Heirs of Great Adventures*. 2 vol. London: Balfour, Williamson 1951-1960.
- Huppertz, Josefina: *Kulturtraditionen der Osterinsulaner und ihre Christianisierung*. Würzburg: Stürtz 1994.
- Klinger, Hermann: *Eroberer ohne Land, von waghalsigen Missionaren in aller Welt*. Freiburg: Herder 1956.
- Knoche, Walter: *La Isla de Pascua*, en: El Globo (Santiago de Chile) 1921.
- Krendeljow, Fedor P./ Kondratow, Aleksandr M.: *Los Secretos de la Isla de Pascua*. Moscú: Mir 1987.
- Kubitschek, Hans-Dieter: *Geheimnisse der Osterinsel*, en: Urania. 29. 1966, 3. pág. 10-13.
- Lehmann, Walt: *Nach langer zeit ist die ethnographisch so überaus merkwürdige Osterinsel*, en: Globus. 89. 1906, 20.
- Lehmann, Walt: *Die Osterinsel*, en: Der Tag (Berlín). 3.4.1904.

- Luke, Sir Henry: *A Visit to Easter Island*, en: Geographical Magazine. 25. 1952. pág. 298-306.
- McCall, Grant:
Mann, Peggy:
Mazière, Francis: *Rapanui*. St. Leonards: Allen & Unwin 1994.
Easter Island. New York: Holst 1976.
Insel des Schweigens. Berlin: Ullstein 1967 (Original: Fantastique Ile de Paques. Robert Laffont 1965.).
- ✓ Manghaca de Naranjo,
Graciela: "Hace cincuenta años que la Isla de Pascua fue incorporada al territorio nacional", en: *El Mercurio* (Santiago de Chile). 23.10.1938.
✓ Métraux, Alfred:
Moeller, Klara von: *La Isla de Pascua*. México, Buenos Aires: 1950.
Die Osterinsel und Peru, en: Zeitschrift für Ethnologie. 69. 1937. pág. 7-22.
- La Pérouse, Jean Francois
de Galaup, Comte de: *Voyage de La Pérouse autour du monde*. 4 vols. Paris: Impr. de la République 1797.
- La Pérouse, Jean Francois
de Galaup, Comte de: *Voyages and Adventures of La Pérouse*. Amsterdam: N. Israel, New York: Da Capo Press 1969.
- Porteous, J. Douglas: *The Modernization of Easter Island*. Victoria: Univ. 1981.
- Rahm, G.: *Die Rätsel der Osterinsel*, en: Umschau. 38. 1934, 12. pág. 226-230.
- Reid, Helen: *A World away, a canadian adventure on Easter Island*. Toronto: Ryerson Press 1965.
- Roussel, Hipólito: *Extractos de la relación del P. Hipólito Roussel de los sucesos acaecidos en la Isla de Pascua del 12-09-1869 al 16-09-1870 y de la relación sobre los hechos de Rapa Nui dirigida a Mons. Tepano Jaussen en 1871*, en: Conte Oliveros, pág. 267-271.
- Routledge, Katharine: *The Mystery of Easter Island*. 2.ed. London: Sifton Praed & Co. 1920.
- Sánchez Manterola,
Alberto J.: *Cinco años en la Isla de Pascua*, en: Conte Oliveros, pág. 315-326.
- Sagnes, François/
Heinrichs, Hans-Jürgen: *Die Osterinsel*. München. Schirmer-Mosel 1990.

- Schaffer, F.X.: *Die Rätsel der Osterinsel*, en: Neue Freie Presse (Viena). 23.10.1927.
- Schulze-Mazier, Friedrich: *Das Geheimnis der Osterinsel*, en: Tägliche Rundschau (Berlin). 11.6.1933.
- ✓ Sepúlveda Whittle, Tomás B.: "Desde hace medio siglo, flamea en la Isla de Pascua la bandera de la estrella solitaria", en: *El Sur* (Concepción). 18.9.1938.
- Skoryna, Stanley: *Metei*, en: Rapa Nui Journal (Los Osos), diciembre de 1992.
- St. R.: *Das Geheimnis der Osterinsel*, en: Berliner Morgenpost (Berlín) 4.6.1922.
- ✓ Streeter, Edgardo: "En la Isla de Pascua se advierten adelantos materiales y culturales", en: *El Mercurio* (Valparaíso) 4.1.1940.
- Thompson, W.J.: *Te pito te Henua, or Easter Island*, en: Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution 1888-1889, Washington 1891.
- Toro, Pedro Pablo: *Memoria del Ministerio de Culto i Colonización, presentada al congreso Nacional en 1892*. Vol. 3. Santiago de Chile: Imprenta Nacional 1893.
- Toro, Policarpo: *La Isla de Pascua se vuelve chilena*. Informe de Octubre de 1886.
- Waldmann, Emil: *Eine neue Fahrt zur Osterinsel*, en: Königsberger Allgemeine Zeitung (Königsberg). 14.6.1933.
- Zimmermann, Ludwig: *Der Imperialismus*. Stuttgart: Klett 1971.

Índice

Prólogo	5
Casualidad	13
Por encargo de Europa	17
El hombre blanco pone su pie en el Ombligo del Mundo	19
La violencia	35
Objetos de libre caza <i>Los crímenes de la «Nancy» y la «Pindos»</i>	37
Cazadores de esclavos <i>Las incursiones de 1862 y 1863</i>	43
La bendición de la Iglesia o el ocaso de una gran cultura <i>Torometi y los misioneros</i>	57
El aventurero <i>Juan I, rey de Isla de Pascua</i>	71
La conquista de lo inútil <i>Isla de Pascua como objeto del deseo</i>	87
El «Tratado» <i>La cuestionable anexión por Chile</i>	93

Los nuevos Amos	101
El botín <i>La pelea por los títulos de dominio</i>	103
El Ghetto	113
Los primeros cuatro años <i>El fracaso de Pedro Pablo Toro</i>	115
Chile da en arriendo la Isla de Pascua <i>La autocracia del estanciero Enrique Merlet</i>	127
La rebelión de 1914 <i>La «sacerdotisa» Angata como líder del levantamiento</i>	141
Se toman medidas, pero... <i>El gobierno se ve obligado a actuar</i>	157
Dos mundos <i>Los amos y los indefensos</i>	171
La crítica surte efecto <i>Chile tiene que reaccionar</i>	185
Cincuenta años de colonialismo Una laudatoria a la Armada de Chile	191
Tiempo de fuga <i>Las ansias de libertad</i>	201
La escuela <i>Enseñar es muchas veces lo contrario de emancipar</i>	209
Lepra <i>El trauma de los rapa nui</i>	219
El Rey no coronado de Isla De Pascua <i>El sacerdote capuchino Sebastián Englert</i>	227

El levantamiento <i>A cincuenta años de la rebelión de la sacerdotisa Angata</i>	239
Voces indignadas <i>El debate parlamentario</i>	251
Lo más banal... <i>No querer saber refuerza la autocomplacencia</i>	263
Epílogo	271
Anexo Robo de esclavos en Isla de Pascua 1862 -1863	277 279
Cronología	281
Bibliografía	285

